



Desátame

Noe Casado

www.EdicionesBabylon.es

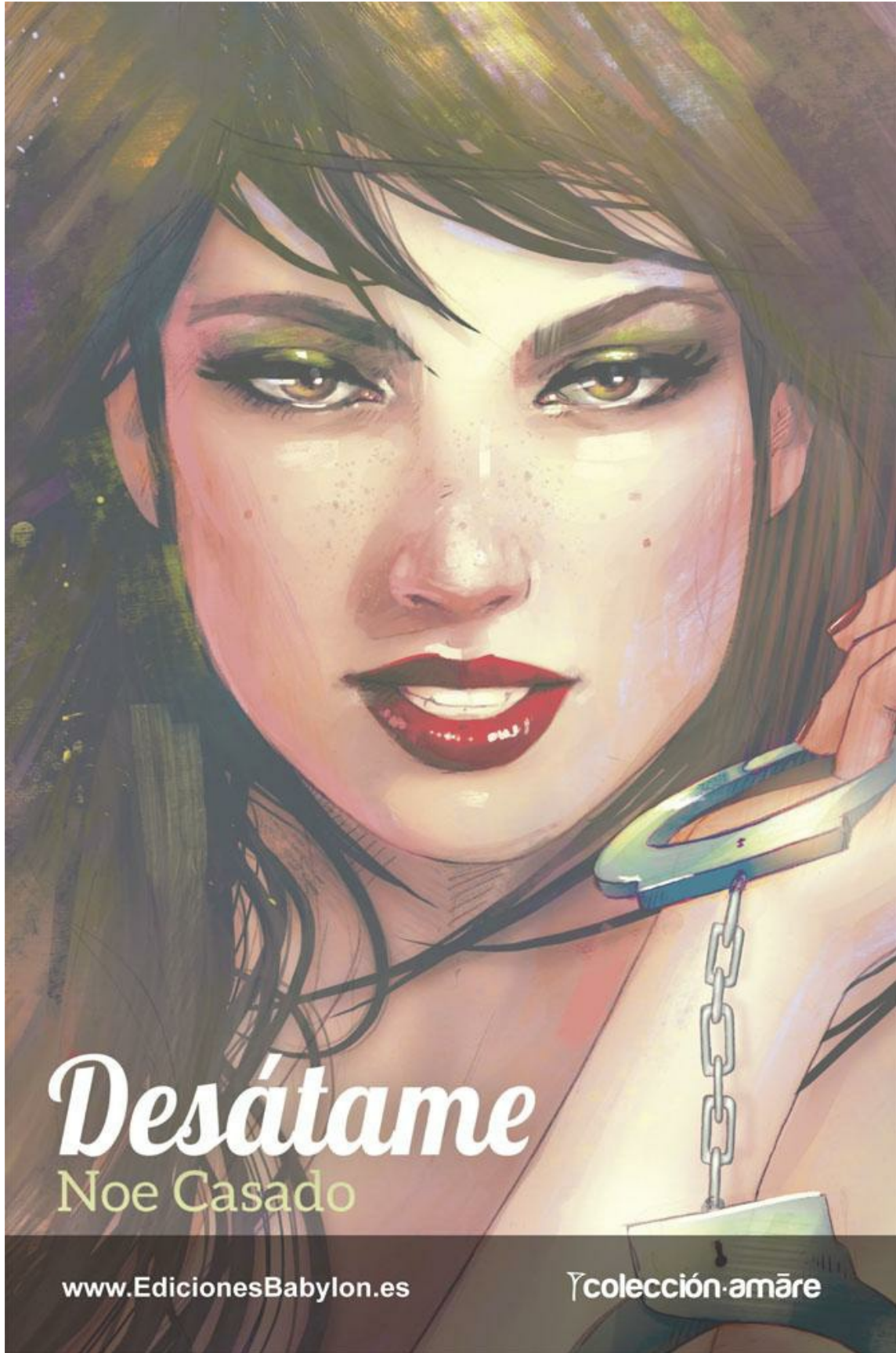
El compromiso de Ediciones Babylon con las publicaciones electrónicas

Ediciones Babylon apuesta fervientemente por el libro electrónico como formato de lectura. Lejos de concebirlo como un complemento del tradicional de papel, lo considera un poderoso vehículo de comunicación y difusión. Para ello, ofrece libros electrónicos en varios formatos, como Kindle, ePub o PDF, todos sin protección DRM, puesto que, en nuestra opinión, la mejor manera de llegar al lector es por medio de libros electrónicos de calidad, fáciles de usar y a bajo coste, sin impedimentos adicionales.

Sin embargo, esta política no tiene sentido si el comprador no se involucra de forma recíproca. El pirateo indiscriminado de libros electrónicos puede beneficiar inicialmente al usuario que los descarga, puesto que obtiene un producto de forma gratuita, pero la editorial, el equipo humano que hay detrás del libro electrónico en cuestión, ha realizado un trabajo que se refleja, en el umbral mínimo posible, en su precio. Si no se apoya la apuesta de la editorial adquiriendo reglamentariamente los libros electrónicos, a la editorial le resultará inviable lanzar nuevos títulos. Por tanto, el mayor perjudicado por la piratería de libros electrónicos, es el propio lector.

En Ediciones Babylon apostamos por ti. Si tú también apuestas por nosotros, ten por seguro que nos seguiremos esforzando por traerte nuevos y mejores libros electrónicos manteniéndonos firmes en nuestra política de precios reducidos y archivos no cifrados.

Gracias por tu confianza y apoyo.



Desátame
Noe Casado

www.EdicionesBabylon.es

Υcolección·amāre

ADVERTENCIA

Este libro contiene algunas escenas sexualmente explícitas y lenguaje adulto que podría ser considerado ofensivo para algunos lectores y no es recomendable para menores de edad.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes, y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación del autor.

©2014, Desátame

©2013, Noe Casado

©2013, Ilustración de portada: Jorge Monreal y Marta Nael

©2014, De esta publicación digital

Colección Amare nº11

[Ediciones Babylon](#)

Calle Martínez Valls, 56

46870 Ontinyent (Valencia-España)

publicaciones@edicionesbabylon.es

www.edicionesbabylon.es

ISBN: 978-84-15565-77-2

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

Este libro no está dedicado al señor que vive conmigo, ya que critica los títulos que elijo y no lee lo que escribo porque está esperando a que hagan la película

La situación era cuanto menos para echarse a reír, por no llorar, claro está.

Carla dejó la carta sobre la ajada encimera de la cocina, junto al sobre arrugado; ni tan siquiera iba a hacer una bola para tirarla con rabia a la papelera. Durante varios meses había jugado al despiste con el jefe de personal, inventándose enfermedades, propias o de algún familiar; todo valía para justificar sus retrasos al trabajo.

Tendría que haberlo visto venir, pero no había sido así, quizás porque, en el fondo, tenía miedo de afrontarlo y esperaba una especie de milagro de última hora, que, evidentemente, no se produjo.

Ser una simple administrativa en una empresa de conservas no era el sueño de su vida, pero no podía aspirar a mucho más. Debía dar gracias por que no se hubiesen dado cuenta de que su título académico era falso. Nunca se licenció como administrativa. Ni tan siquiera acabó el instituto. El puesto era suyo gracias a un rollo que mantuvo con el anterior jefe; a él no le interesaba que ella tuviera mucho tiempo libre y le diera por llamar a su mujer para contarle ciertas *reuniones de trabajo* a altas horas de la noche. Pero Eddie dejó la empresa y desde entonces nadie tapaba sus faltas. El señor Ward no perdonaba una y ella ahora estaba en la calle.

No disponía de ahorros y seguramente en su cuenta bancaria apenas tendría para hacer una compra decente.

Siempre había vivido al día y jamás se preocupó por ahorrar, por eso de si venían las vacas flacas. Ella nunca había sido así, porque no quería ningún tipo de limitación.

El subsidio por desempleo apenas cubriría sus gastos durante cuatro meses, cinco a lo sumo, y eso si tenía cuidado y no salía de noche. Toda una maldita contradicción: ahora tenía tiempo, pero no dinero. Podía llamar a su hermano Sebastian, pero aunque él nunca le negaba nada, su padre acabaría enterándose y por nada del mundo quería ver la cara del señor Reginald Stone, con esa sonrisa cínica de satisfacción, pronunciando la estúpida frase «lo sabía».

Abrió la nevera sin mucha fe, pues era consciente de que no tenía demasiadas opciones para elegir. Podía arreglarse un poco y dirigirse al HOT,

seguro que conseguía enredarse con alguno y cenar gratis. Miró la hora; sí, a las diez el local estaría lleno de tipos con ganas de divertirse y de llevarse a una chica a cenar para después follar con ella.

Sacó un yogur, comprobó que no estaba pasado de fecha, cerró la puerta de la nevera con el trasero y apartó la idea de salir.

Sentada en un taburete de la cocina, miró de nuevo la carta. Metió la cuchara en el yogur y se la llevó a la boca.

Estaba sola.

Tenía conocidos por todas partes, amigos con los cuales pasar buenos ratos y divertirse hasta llegar a casa de día. Lo que son las cosas... Cómo se había reído de la gente que iba a sus trabajos cuando ella regresaba a casa tras una noche loca.

Pero toda esa gente no eran más que conocidos, nadie que pudiera echarle una mano.

Descartando a su hermano, solo le quedaba otra persona con quien hablar, pero Bianca ahora estaba casada, con una hija y un marido que no tenía muy buena opinión que digamos de ella.

Compartieron el apartamento durante más de cuatro años, su amiga siempre fue la parte sensata, la equilibrada, quien de vez en cuando le hacía poner los pies en la tierra.

Carla se dio cuenta de lo egoísta que había sido con Bianca. La echaba de menos. Sí, seguían siendo amigas, pero ella ya no vivía allí, no le cubría las espaldas cuando un mes iba mal de dinero, o no mentía por ella cuando su jefe llamaba de malas pulgas.

Estaba sola.

¿Alguna vez no lo había estado?

Todas esas noches riendo, bailando, divirtiéndose... Esos no eran amigos de verdad. Hombres con los que se acostaba sin pensar en nada más que en el momento.

Si descartaba a su hermano, ¿qué familia tenía? Ninguna.

Su padre era, a esas alturas, un simple donante de semen, y su madre una desconocida que se largó cuando ella tenía catorce años con un músico; las últimas noticias que tenía de ella era que vivía en Italia y que no pensaba regresar. A pesar de su abandono, podía entenderla. Vivir con el tirano donante de semen amargaría a cualquiera, y ella escogió vivir.

Nunca nadie regala nada, pues desde que se marchó, o huyó de casa, Carla siempre se había sacado ella misma las castañas del fuego, evitando, en todo

momento, ser dependiente.

Su primer empleo fue en un restaurante. Allí, aparte de limpiar cacharros y servir mesas, conoció a su primer novio: el hijo del dueño.

Un buen chico que la trató bien, con el que se divirtió y con el que aprendió mucho más que a cocinar...

Pero a los dieciocho años una no busca, ni quiere, estabilidad; por lo que comenzó a salir en cuanto tenía una noche libre, a evitar ir al cine con él y a buscarse otros amigos que le ofrecieran otra clase de entretenimiento.

Carla había vivido toda su adolescencia sometida a las órdenes de su padre. Ciertamente era que su chico no la obligaba a cumplir un estricto decálogo de novia perfecta, pero sí limitaba sus opciones en cuanto a salidas nocturnas se trataba, porque, de alguna forma u otra, una se podía llegar a sentir culpable o, dicho de otro modo, menos propensa al desfase, cuando la media naranja se quedaba en casa.

Y claro, por muy comprensivo que fuera el chaval, había cosas que ninguno pasaría por alto.

Así que, en vez de engañarle, de estar todo el día inventando excusas para evitarle, decidió que lo mejor era seguir caminos separados.

Y a partir de ese momento ya no hubo novios, de ningún tipo, pues Carla decidía si quería pasar una sola noche con uno o con otro, o repetir. Todo dependiendo de su estado de ánimo o del amante de turno y su pericia entre las sábanas. Si algo tenía claro, era que no iba a conformarse con cualquier cosa.

Una de las ventajas que tenía el conocer a tanta gente era que, con solo fijarse un poco, se lograba sacar el lado positivo y aprender; quedarse con lo bueno y enriquecerse con las experiencias.

Y ella deseaba experimentar, sin restricciones, sin imposiciones, dejarse llevar...

Esa actitud no siempre estaba bien vista; más de una vez le habían soltado que «una mujer no cambia de amante como de camisa», pero Carla no pensaba en ello; simplemente, seguía adelante.

Si bien había tenido la desgracia de encontrarse con gilipollas de manual, que aparte de malos amantes eran unos imbéciles, la mayoría de los tipos que conocía resultaban decentes, y eso hacía que hasta pasara por alto sus carencias si no cumplían sus expectativas.

A la par que llevaba esa vida nocturna y desenfrenada, iba compaginando trabajos temporales, aunque resultaba muy complicado presentarse a primera

hora de la mañana después de pasar toda la noche de juega.

Por eso acabó aceptando trabajos nocturnos, desde camarera hasta animadora en una discoteca; en esos momentos daba lo mismo.

En mitad de toda esa vorágine conoció a Bianca, una chica tímida y reservada con la que acabó compartiendo piso. Una mujer que aportaba cierto equilibrio en su alocada forma de vivir, pero que no consiguió reformarla del todo, pues sus salidas después del trabajo seguían siendo inevitables.

Carla pasó por varias fases a la hora de elegir amigos con derecho a roce. Desde luego, el periodo que, según su compañera de piso, resultó más divertido, fue el de los *dj's*.

En muchas ocasiones ni se preocupaba de preguntar al *dj* de turno cuál era su nombre real, se conformaba con el artístico. Coincidió con ellos en salas de fiesta y clubes y daba por hecho que no se necesitaban más datos.

Cuando en algunas ocasiones, influenciada sin duda por la sensatez de su amiga, hablaba sobre sus desfases y se paraba a pensar en el porqué de su comportamiento, se daba perfecta cuenta de que ese ritmo desenfrenado, si bien no era destructivo, sí resultaba poco apropiado y no conducía a ninguna parte.

Todos esos amigos, compañeros de juega, no aportaban nada.

Intentaba llegar a una conclusión; a veces creía que tantos años sometida al yugo paternal era la explicación por la que buscaba esa libertad a toda costa. Sin horarios, sin normas, sin pensar en nada, solo en el momento.

El *carpe diem* llevado a su máxima expresión.

Pero esa excusa podía servir al principio; después era, simple y llanamente, un modo de vida en el que estaba atrapada, pero del que, aun sabiéndolo, no deseaba salir.

No deseaba hacerlo, pues la excitación, la diversión y el riesgo eran una potente y adictiva sensación de la que no quería desengancharse.

Pero poco a poco todo eso que parecía lo más, que le hacía sentir más viva que nunca, fue perdiendo lustre, o, sencillamente, Carla, a medida que cumplía años, fue dándose cuenta de que todo no era tan ideal.

Esa vorágine en la que estaba metida no siempre la hacía sentirse tan bien como creía, tenía sus fallos.

Durante sus largas charlas con Bianca, la cual se escandalizaba cuando le relataba sus andanzas, cayó en la cuenta de que podía probar otras opciones vitales. Pero si bien la teoría podía funcionar, en la práctica costaba mucho, y en más de una ocasión volvió a las andadas.

En una de esas salidas conoció a Eddie, al que podía considerar su amante de más larga duración.

No hubo falsas promesas, pues él estaba casado; tampoco compromisos ni mucho menos exclusividad, y estableció con él una cómoda situación, la cual beneficiaba a ambos, poniendo así fin a su etapa de *dj's*.

Ella podía haber aprovechado esa oportunidad, pues Eddie la colocó en la empresa donde trabajaba, en un puesto sin muchas preocupaciones. Pero como se decía por ahí, la cabra tiraba al monte, y Carla la había jodido, pero bien además.

Antes podía «despistarse», ya que tenía por un lado al «jefe» tapando sus ausencias y a Bianca salvándole el culo en los temas referentes a la casa y demás. Pero nada era para siempre y ahora lo tenía completamente al aire.

—Vale ya de autocompasión —dijo enfadada consigo misma.

Se bajó del taburete de la cocina, tiró el yogur a la basura y se dirigió a su cuarto.

—Venga, tío, no te hagas de rogar. Te necesitamos.

Aidan levantó la vista y miró por encima de su ordenador. Dos de sus compañeros, Mike y Charlie, estaban ya preparados para marcharse tras finalizar su turno.

Les sonrió sin ganas; siempre era preferible deshacerse de ambos haciéndose el tonto que enfrentándose a ellos.

—Mira —empezó Mike —, sólo tienes que acompañarnos un rato, te tomas una cerveza, sonrías un poco y en cuanto un par de tías buenas se nos acerquen, te largas.

—¿Y qué gano yo con eso? —inquirió Aidan sin perder la sonrisa.

—Nuestra eterna gratitud, por supuesto.

—Ya —dijo reclinándose en su silla. Los muy cabrones iban a sudar un poco si querían que les hiciese de Celestina.

—Joder, Patts, ¿qué te cuesta? No sé qué ven las mujeres en ti, pero se les cae la baba. Sólo tienes que decirles un par de tonterías de esas que les gustan tanto, poniendo esa cara de inocente que tienes, y ya está. Nosotros nos encargamos del resto.

—Interesante filosofía —apuntó una voz grave.

Aidan giró su silla y miró a su compañero, Luke, quien tenía una sonrisa burlona. Sin duda se lo estaba pasando bien oyendo la conversación.

—A ver si me aclaro... Me queréis de gancho, ¿no? —preguntó divertido.

—Joder, pues claro —alegó Charlie—. No sé por qué las tías prefieren a un niño como tú, pero funciona.

—¿Y dónde tenéis pensado ir?

—Al Eternity.

—Ese es un antro de mala muerte.

—Sí, pero las tías más desesperadas van allí.

—¿Y qué pasa con tu mujer, Charlie? —Aidan formuló la pregunta como si tal cosa.

—Olvídate de mi mujer, Patts, y levanta tu culo de esa silla.

—Bueno, yo he acabado por hoy. —Luke se incorporó—. Me largo de aquí.

—Adams, desde que te has casado parece que te tienen cogido por los huevos —le pinchó Mike.

—¿Y? —El aludido sonrió ampliamente—. A diferencia de otros, no tengo que ir por ahí mendigando ni esperar que mi mujer me dé una patada en el culo en cualquier momento. Y dejad al chaval en paz.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro, así que no te metas. —Charlie se dirigió a Aidan—. Vamos, seguramente encontraremos una colegiala para ti. —Se rio de su absurda broma—. Para que puedas llevarla a tomar un helado.

Aidan apagó su ordenador y se levantó. Ir con Mike y Charlie a tomar una cerveza era desesperante, los dos babeaban tras cualquier cosa que tuviera faldas.

Agarró la chaqueta de su traje y se la puso. Ir a un antro como ese club no significaba vestir como un desaliñado.

—Saluda a Bianca de mi parte —le dijo a Luke mientras este salía por la puerta y luego miró a sus compañeros—. Vamos, pero una cerveza y me largo.

Ambos se miraron el uno al otro y sonrieron ufanos. Estaba claro que esperaban llegar y besar el santo. Otra cosa muy distinta era que alguien quisiese besar a esos dos.

El Eternity estaba hasta la bandera. Aidan entró tras sus compañeros; no estaba de buen humor para soportar tonterías, así que no iba a servirles de señuelo para que los dos follaran esa noche. Si accedió a acompañarlos era para que le dejaran en paz, tenía mejores cosas que hacer. Además, en ese club no solo se servían bebidas, todos lo sabían, lo cual era toda una contradicción. Los porteros hacían la vista gorda, al igual que ese par de perdedores.

Pero claro, ellos buscaban carne fresca, no hacer cumplir la ley.

Encontraron una mesa junto a la zona de baile y se sentaron. Como dos buitres ansiosos, Mike y Charlie empezaron a mirar de un lado a otro buscando su presa.

Pidieron sus bebidas, la camarera guiñó un ojo a Aidan y sus dos «amigos» le miraron con envidia. En menos de diez minutos ya estaban servidos.

Mike le dio un codazo para señalar a tres mujeres que estaban a escasos dos metros.

—Ve y preséntate —le instó Mike—. Además, con ese traje pareces un banquero.

—No seas impaciente —respondió. ¡Dios, cómo odiaba a los tíos así! ¿Tan desesperados estaban? Al parecer, sí. Solo les faltaba babear.

—La morena no está nada mal. Vvenga, chico, ataca.

—Hay que joderse... —Aidan se levantó, con tal de no aguantar más tonterías.

Cogió su cerveza y se acercó a las tres mujeres. Las miró y pasó de largo.

—¿Pero qué hace ese imbécil? —se quejó Mike.

—Debe ser una nueva táctica —dijo Charlie no muy convencido.

Aidan se dio una vuelta por el local. Vale, si tenía que ligarse a un par para luego mandarlas con esos dos, lo mínimo que podía hacer era buscar a dos arpías lo suficientemente listas como para que se aprovecharan de pánfilos como ellos, bebiendo toda la noche a su costa y que luego los dejaran plantados.

Volvió a la mesa donde estaban Mike y Charlie y se sentó. Se aflojó la corbata y dio un largo trago a su cerveza.

—¿Se puede saber a qué esperas? —le increpó Mike.

Aidan sonrió sin mirarle. Sí, esas tres podían ser adecuadas. Dio otro trago y las miró: la más bajita, una rubia (con necesidad de pasar por la peluquería para seguir siéndolo), le devolvió la mirada; levantó su botellín en un brindis silencioso y ella le devolvió el gesto.

—Joder —dijo Charlie observando toda la escena y palmeó a Aidan—. Ya sabía yo que el chico de oro no iba a fallarnos.

Aidan los miró de reojo. Vaya par de perdedores... En fin, cuanto antes empezara, antes acabaría.

—Esperad aquí —dijo levantándose y advirtiéndoles con la mirada que no dijeran nada.

Tranquilamente se acercó a la mujer rubia de bote que parecía más interesada en él que en la conversación de sus dos amigas. Se sintió observado y supo la conclusión a la que había llegado ella, la misma que sus compañeros: que era un empleado de banca.

Aidan era más que consciente de su aspecto. Desde pequeño había obtenido todo sonriendo a la gente, aprovechando que le subestimaban para así poder llevarse el gato al agua.

Sonrió sin despegar los labios y se situó junto a una rubia, dio un trago a su cerveza y se puso a observar a la multitud.

—Hola —ronroneó la mujer.

Bien, siempre era mejor que ellas dieran el primer paso. Tardó más de lo necesario en girarse para mirarla.

—¿Nos conocemos? —dijo él por fin con voz suave, inclinándose lo justo para que ella le oyera por encima de la música.

La desconocida parpadeó, sin quitarle la vista de encima.

—No. —Mantuvo su mirada y observó la copa que la mujer sostenía en la mano. A saber qué brebaje estaba tomando. No lo preguntó.

—Bueno, pues eso tiene fácil solución. —Se acercó a él—. Me llamo Rachel.

Aidan extendió la mano, pero antes de que diera cuenta ella le había plantado un beso en la mejilla.

—Yo, Bill. —Por nada del mundo iba a dar su nombre real. Bueno, tenía que reconocer que la mujer por lo menos no estaba borracha. Pensó por un instante en pasar de sus compañeros, coger a Rachel de la mano y largarse, pero, aunque la chica era mona, no le ponía ni lo más mínimo. Era hora de llamar su atención—. Estoy con unos amigos. —Señaló con la cerveza la mesa donde estaban Mike y Charlie.

—Ah, bueno, yo tampoco he venido sola. —Tiró del bolso de la mujer que estaba junto a ella—. ¿Rose? Te presento a Bill. —La tal Rose le miró y sonrió—. Y esta es Liz.

—Encantado —respondió con educación.

—¿En qué podemos ayudarte? —suspiró Liz comiéndoselo con los ojos.

Bien, ahora venía la parte delicada: hechas las presentaciones, tenía que conducir las hacia sus compañeros y terminar. Echó una mirada a Mike y a Charlie. Joder, ya podían contenerse un poco... Parecían dos carroñeros a punto de lanzarse a por su presa.

—Mis amigos quieren conoceros. ¿Os importa? —Dio un trago a su bebida esperando que dijeran que sí. Para ello se esforzó al máximo con su sonrisa.

—Bueno.... —empezó Rose no muy convencida.

—Por mí... bien —asintió inmediatamente Liz arrimándose a él; estaba claro lo que quería y si para ello tenía que soportar a esos dos, no parecía importar mucho.

Rachel la miró frunciendo el cejo. Era una advertencia clara: ella le vio primero y no iba a dejarse pisar el terreno.

Se sentía como un vulgar proxeneta buscando mujeres para sus colegas, pero ya no podía echarse atrás. Las condujo hasta la mesa e hizo las

presentaciones. Charlie y Mike se levantaron de sus asientos como impulsados por un resorte y después las invitaron a sentarse.

Genial, su misión había concluido.

—¿Dónde vas? —preguntó rápidamente Liz al ver que Aidan no se unía y se daba la vuelta para irse.

—Al servicio.

—Puedo acompañarte —ronroneó ella, y de ninguna manera estaba preguntando.

—Gracias, pero soy mayorcito para eso. ¿No crees? Ahora vuelvo.

Ni muerto lo iba a hacer. Sin perder la sonrisa se dio la vuelta. Miró su cerveza; estaba en las últimas, así que se acercó a la barra para dejar el botellín vacío. Por supuesto que haría una parada en el servicio, por si le observaban (lo cual era más que probable), y después se escabulliría.

Tenía trabajo que hacer. Unos amigos de sus padres le habían encargado el diseño de una página web para su tienda de mascotas y tenía que acabarla.

Aidan se acercó a la barra sorteando a los allí congregados. Dejó la botella vacía y, cuando estaba a punto de darse la vuelta, su mirada se cruzó con la de la camarera.

Carla estaba secando unas jarras; el trabajo era una mierda, además de mal pagado, y el encargado, Tony, un baboso salido. Aunque llevaba allí apenas dos semanas, estaba más que con ganas de dejarlos plantados. Sabía que el Eternity no era el mejor de los sitios para ganarse el pan, pero de momento no tenía otra cosa. Y Dios era testigo de que había buscado, incluso pedido favores a conocidos, pero lo único que le ofrecieron fue ser camarera en aquel tugurio.

Así que aceptó por necesidad; en menos de una semana la echarían de su apartamento si no pagaba el alquiler y si completaba el mes por lo menos podría ponerse al día con su casero.

—Eh, tú, deja eso y ven aquí.

El estridente vozarrón de Tony la sobresaltó. Levantó la mirada y se encontró con el par de ojos más azules que había visto en su vida, y por desgracia conocía a su propietario.

«Mierda, nadie sabía que trabajaba aquí...».

Casi deja caer una de las jarras. Lo que le faltaba. Él iría con el cuento, y por si fuera poco el tipo se la tenía jurada. Se había burlado de él descaradamente y le puso en ridículo delante de sus compañeros, aunque todo por una buena causa: Bianca, su mejor amiga, quería darle una sorpresa a su marido por su primer aniversario de boda y para ello necesitaban su colaboración. Podría, por supuesto que podría, haberse mostrado amable y pedirle su ayuda, pero su vena sádica la pudo.

Luke, el marido de Bianca, los había presentado con la intención de distraerla, y él, como un tonto sin personalidad, accedió. Distraerla a ella... ¡Ja! Conocía perfectamente los sentimientos de Bianca y no iba a permitir que Luke le hiciera daño. Para eso estaban las amigas, ¿no? Las intenciones del *señor machote* no estaban claras y no iba a dejar a Bianca sola ante el peligro. Pero el *señor machote* envió a su compañero, un tipo encantador y de ojos azules, pensando que ella iba a derretirse.

Casi lo consigue, cuando le vio por primera vez se quedó impresionada. Nadie tenía derecho tener esa cara de niño bueno, pero afortunadamente pudo resistirse.

Así que cuando se presentó la oportunidad de devolvérsela, se aprovechó, y si de paso hacía un favor a una amiga, pues mejor que mejor.

Carla no era de las que hacían daño porque sí, pero es que el compañero de Luke era sospechosamente demasiado tonto para su gusto. ¡Por favor, si hasta intentó ganarse su confianza contándole los peores chistes que había oído en su vida!

Pero ese no era el problema. El tonto de ojos azules tenía toda la pinta de ser un lobo con piel de cordero y ella ya había tropezado con demasiados tipos así.

La culpa de todo eso la tenía Luke, desde luego. Para que ella no se interpusiera entre Bianca y él, mandó al poli novato y ella reaccionó como siempre: al ataque.

Iba listo si pensaba que el niño ese iba a conseguir algo..., pero lo cierto era que el muy cabrón se las había apañado para despistarla a base de tonterías y Luke se había salido con la suya.

Así que cuando tuvo su oportunidad le dejó en ridículo, proclamando a los cuatro vientos que era el peor tipo con el que alguna vez había tenido la desgracia de acostarse.

Una reacción de lo más pueril y absurda, pero es que en ese momento todo aquello la pilló con el paso cambiado. Su situación personal no estaba lo que se decía boyante y quizás su comportamiento fue egoísta, por miedo a perder a la mejor y única amiga que había tenido.

Ahora no le quedaba otro remedio. Bianca había encontrado al hombre perfecto, aunque jamás lo admitiese delante de nadie, y ella estaba intentando tocar fondo para conseguir recuperarse.

Desde luego el chico se lo tomó bastante bien, aunque fue objeto de burlas por parte de sus compañeros de trabajo, y ya se sabe cómo se comporta una panda de hormonas masculinas con armas reglamentarias de serie cuando se bromea sobre su hombría.

Hizo una mueca; él tarde o temprano se la devolvería, y ella, ahora que ya empezaba a comportarse como una mujer sensata y adulta, tendría que encajar el golpe.

—¿Estás sorda? —de nuevo Tony al ataque sacándola de sus pensamientos.

—¡Voy! ¡Qué cansino!

Dejó el trapo debajo de la barra y se acercó a ver qué tripa se le había roto ahora, mirándole pero sin decir nada.

—Esa blusa —el encargado señaló el escote de Carla.

—¿Qué pasa con mi blusa?

—Desabróchate otro botón, guapa. Los clientes no vienen aquí solo por la bebida. Podrías sacar mejores propinas.

—Ya, bueno... —Carla no le hizo caso; se dio la vuelta y volvió a cruzar la mirada con esos ojos azules.

—Un momento, ¿no me has oído? —Tony llevó sus manos al escote de Carla e hizo una demostración práctica de su teoría—. Mucho mejor. Ahora sé buena chica y acompáñame.

—¿A dónde?

—A conocer a unos amigos que han preguntado por ti. No te preocupes, Kate se ocupará de la barra.

—Mi trabajo consiste en servir copas, no en entretener a tus amigos. —Dio un paso atrás.

—Mira, no tengo tiempo para estupideces. ¡Kate! —El jefe llamó a la otra camarera, una rubia a la que debía de haber aleccionado perfectamente, pues su *top* mostraba lo necesario.

—¿Sí, jefe?

—Explica a tu compañera de trabajo cómo funcionan aquí las cosas.

—Mira, bonita, los clientes se toman unas copas, tú se las sirves y de paso les das un poco de cháchara; si les caes bien, gastan más, y tú obtienes mejores propinas. Y para eso nada mejor que alegrarles la vista, ¿me sigues?

—¿Y qué he estado haciendo yo? —preguntó Carla, aunque sabía muy bien qué estaban insinuando su jefe y Kate.

—¿Ves a ese de ahí? —señaló con la mirada a un tipo—. ¿Sabes quién es? —Carla negó con la cabeza—. Es Greg Hart, tiene pasta a montones y por alguna razón se ha interesado en ti.

Aidan se quedó helado oyendo la conversación desde su privilegiado sitio junto a la barra. Conocía perfectamente de dónde obtenía Greg Hart su dinero. Tenía un negocio de vehículos usados, pero todos sabían que la venta de coches no daba para tanto; le investigaron en el pasado sin obtener pruebas contundentes; por eso aún andaba por ahí, aunque todavía estaba bajo vigilancia.

Había escuchado toda la charla y estaba claro lo que pretendía el tiparraco ese. Ser amable con el cliente... Sí, claro. Traducido venía a significar: «deja que te manosee a su antojo para después acostarte con él. Y todo con buena cara, que las propinas son las propinas».

Ella no era santo de su devoción, aún le escocían las pullas y las burlas de sus compañeros, pero incluso así ninguna mujer se merecía aquel trato. Miró en dirección a sus dos colegas; podía pedirles ayuda, pero los vio demasiado ocupados en sus menesteres.

—Andando. —Tony le dio una palmadita en el culo a Carla, empujándola—. Sé buena chica, me lo agradecerás por la mañana.

—No. —Carla se quedó en el sitio.

—Jefe, ya voy yo. —Se dio la vuelta y miró a Carla—. No sabes lo que te pierdes, ese tío es muy generoso.

—¿Así piensas ganar dinero? —la increpó su jefe viendo cómo Kate se contoneaba en dirección a Greg Hart.

—Si quisiera ser puta, no estaría aquí.

—Pero qué ilusa eres, guapa —dijo riéndose—. Cuando tipos como ese se fijan en una mujer, la consiguen. Hoy puede que te libres, afortunadamente Kate sabe hacer su trabajo.

—Si no tienes más que decirme, vuelvo a mi puesto, a servir copas —dijo enfatizando esto último.

—Sí, cómo no, pero estás advertida —masculló Tony, tras lo cual se dio la vuelta y se acercó a un grupo que le reclamaba.

Carla se abrochó de nuevo la blusa. Definitivamente, tenía que largarse. Terminaría su turno y mandaría a paseo a tipos como su jefe.

Caminó detrás de la barra y fue a atender a un parroquiano pasando de largo esos ojos azules. Durante toda la conversación con Tony había sido consciente de que él no le quitaba la vista de encima. ¿Sería otro de los amiguitos de su próximo exjefe?

Aidan permanecía en la barra, sujetando el botellín de cerveza vacío, cuando la tal Kate se acercó, muy solícita ella, y le preguntó si quería tomar algo. Pidió otra cerveza, no se iba a ir de ese local sin saber cómo terminaba todo. Observó la forma en que Carla servía las copas; era evidente que sus sonrisas eran fingidas y que estaba más que deseosa de salir de allí.

Se movió disimuladamente por la barra hasta situarse cerca del grupo con el que se había reunido Tony. Fingió estar borracho; para ello se aflojó la corbata y se apoyó en la barra de cualquier manera. Escuchó cómo sin reparos ofrecía carne fresca a sus amigos, entre otras cosas. Al parecer, el almacén estaba muy bien equipado. Tomó nota detenidamente.

Pidió su tercera cerveza y miró el reloj: casi las dos de la madrugada. Afortunadamente la hora de cerrar estaba cerca y sus amigos habían

desaparecido. Bien por ellos. Sacó su cartera para pagar las consumiciones cuando alguien le dio unos toquécitos en la espalda.

—Aún sigues aquí...

Mierda. Ahora no tenía ganas de buscar una excusa, ni tampoco cabeza para ello, pero Rachel estaba allí esperando una respuesta.

—Pues sí —dijo pronunciando deliberadamente mal. Si pensaba que estaba borracho, quizás pasara de él.

—¿Necesitas a alguien que te lleve a casa?

Justo lo que no necesitaba, un alma caritativa. Se enderezó. Mejor ser honesto, ya se había comportado como un perro al principio de la noche.

—No, gracias —habló con normalidad—. Estoy esperando a una amiga. —Vio la cara de desilusión de la chica.

—Bueno.... —Ella se encogió de hombros—. Pues otra vez será.

Lo dijo de tal forma que Aidan se sintió culpable; a la pobre chica la habían dejado tirada.

—Si quieres te acompaño a buscar un taxi —se ofreció; era lo mínimo que podía hacer.

—Mira, no soy tonta, es evidente que pasas de mí, así que buenas noches.

Aidan la vio marcharse y oyó con claridad un «cabrón». Se lo tenía merecido.

Volvió a prestar atención a la barra, y constató que Carla ya no estaba. Apuró su cerveza y esperó unos minutos a ver si aparecía, pero no lo hizo. Comprobó la hora y se dijo a sí mismo que ya tocaba volver a casa.

Cuando salió a la calle se dio cuenta de un importante detalle: su coche estaba aparcado unas cuantas calles más allá, y ningún tonto se arriesgaría a dejar un Mercedes CLK en esa zona. Además, conociendo a esos dos nunca se hubiera arriesgado a ir con ellos, habría preferido seguirlos en su propio vehículo. Tendría que caminar un poco. Bueno, así se despejaría un rato. Movié la cabeza con disgusto y empezó a andar por la acera. Terminó de quitarse la corbata y se la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

La noche no podría haber resultado peor.

Apenas había rodeado el edificio donde estaba ubicado el Eternity cuando oyó unas voces.

«Vaya por Dios, ahora precisamente...», se lamentó. Lo que menos le apetecía era tener que preocuparse por los problemas de un inocente ciudadano.

—Quitadme las manos de encima. ¡Cabrones!

—Mira, Greg, qué vocabulario tiene la zorra.

—Como a mí me gustan, con carácter. Venga, guapa, has estado toda la noche provocándome. Ahora haz bien tu trabajo y déjame ver ese par de tetas.

—Aparta esa mano, cerdo.

—No, no, no, así no, bonita. El tío Greg va a ocuparse de ti, vas a ver lo que es un hombre de verdad; cuanto más te resistas, más voy a divertirme. ¡Frank! Sujétala bien.

—Sí, jefe.

—Idos a tomar por culo —espetó ella rabiosa intentando soltarse.

—Cuidado con esa rodilla, Greg, la puta tiene mal genio.

—Ya me he dado cuenta, pero no por mucho tiempo.

Aidan se detuvo y escuchó las voces provenientes del callejón con más atención; era una salida lateral, utilizada seguramente por los trabajadores del local. Se asomó y contempló la escena. La voz de la chica le era conocida y cuando vio a Carla apoyada contra un muro de ladrillo revolviéndose mientras dos tipos la sujetaban, se llevó la mano a su pistolera.

—Mierda —siseó entre dientes. No la tenía encima, la había dejado en su taquilla—. Mierda —repitió.

Si fuera un buen policía llevaría un arma escondida en una bota, pero él siempre prefería llevar buenos zapatos acordes con sus trajes. Además, se suponía que no estaba de servicio. Buscó en sus bolsillos; aparte del móvil y su cartera no tenía nada más encima.

¡Tenía que ser ella la *inocente* ciudadana en peligro!

Esa mujer tenía una especie de imán para atraer los problemas y una vena sádica para tocar las pelotas a diestro y siniestro.

Y él podía opinar con conocimiento de causa, pues sufrió en primera persona sus intentos por dejarle en ridículo delante de una panda de policías, además compañeros de trabajo, a cada cual más salido.

Luke, que la conocía bien, era el culpable, pues por hacerle un favor y poder ligarse a la chica buena le había endosado la mala, y él, como un tonto, había ayudado a un compañero en apuros.

Estaba claro que esa mujer sabía muy bien cómo minar la autoestima masculina, pero claro, para eso primero tenía que haber algo que minar. Como se decía comúnmente, ofende quien puede, no quien quiere.

Y Aidan se había reído como el que más cuando ella proclamó a los cuatro vientos que era poco menos que un eunuco, o, según palabras textuales, el

jodido enanito follador. Evidentemente, lo de *enanito* era por su «tamaño».

Los babosos salidos de sus compañeros que desternillaron de risa, pero él ni se inmutó.

Podía haber rebatido tan absurda aseveración diciendo simplemente que ni siquiera se había acercado a ella, pero prefirió dejarlo pasar, que se fuera tranquila pensando que le había ridiculizado. Cosa que a él le resbalaba. Tenía claro lo que era y lo que no, así que la opinión de una cantamañanas como esa carecía de importancia.

Había quedado claro que la «ocurrente amiguita mala» de Bianca era ingeniosa a la hora de inventar apodosos y de tocar las pelotas a la gente, pero si lo analizaba con lógica no pasaba de ser una reacción infantil.

Cierto que la bromita entretuvo a la panda de barrigones salidos durante un tiempo, pero siempre era preferible que se divirtieran con cosas sin relevancia a que intentaran meter las narices donde no se debe; eso le permitía evitar conversaciones y confidencias personales.

No había nada mejor para estropear una relación laboral que hablar de uno mismo con cualquiera.

Oyó de nuevo las voces procedentes del callejón y se centró en el asunto. ¿Qué importancia tenía ahora?

Pensó por un instante en sus compañeros, pero por desgracia ya se habían largado, así que estaba solo. Palpó la seda de su corbata dentro del bolsillo lateral de su chaqueta; genial, era lo único de lo que disponía.

Observó a su alrededor; nadie pasaba por allí, así que tampoco podía pedir ayuda. Notó cómo su cuerpo se tensaba. Él no era un policía de acción, prefería trabajar delante de un ordenador, pero no podía dejarla a solas. Apretó el puño dentro de su bolsillo, aferrándose a la corbata; bien era una pena estropear una tan elegante como aquella, regalo de su madre, pero era su única arma disponible. Hizo un barrido visual a su alrededor para ver si encontraba algún desperdicio que pudiera servirle., aAquello estaba lleno de mierda, por lo que no le costaría mucho hallar algo útil, a ser posible fuerte fuera del contenedor ;, ya sólo le faltaba tener que hurgar dentro.

Se adentró en el callejón despacio, no quería que esos dos tipos se pusieran nerviosos e hicieran una tontería.

Caminó lentamente; por fortuna los dos matones le daban la espalda, así que podía acercarse lo necesario.

Iba tan concentrado que no se fijó y pisó un vidrio roto, llamando la atención de los dos matones.

Primero se giró uno y le miró, e inmediatamente dio un toque a su compañero para advertirle. El que estaba manoseando el pecho de la camarera también se fijó en él. Aidan tropezó a propósito; prefería que le subestimaran y que pensaran que iba en avanzado estado de embriaguez. Eso, al menos, le daría cierto margen de actuación.

Aidan le reconoció enseguida. Era el tipo del bar, Greg Hart.

«Joder...».

—¿Qué coño quieres? —le increpó el tiparraco—. Piérdete.

Carla le miró y Aidan rogó por que ella no hiciese ninguna tontería, como por ejemplo reconocerle en voz alta. Se encogió de hombros y volvió a tambalearse.

—Es un borracho —anunció innecesariamente el otro tipo; Frank, se llamaba—. Lárgate.

Vale, el lacayo tenía pinta de faltarle un hervor y de esperar las órdenes del jefe. Nada mejor que conseguir que le infravalorasen.

—Eeeh... —escupió Aidan alargando la sílaba y levantó una mano; la otra permanecía dentro de su bolsillo agarrando la corbata—. ¿Puedo mirar? —Controló sus ganas de lanzarse sobre esos dos y patearles la cara. Afortunadamente, ella no dijo nada.

—Estoy hasta los cojones de tipos como ese —saltó Greg con desprecio señalando a Aidan—. Mírale, todo un señorito trajeado. ¿Qué pasa, tío? ¿Hoy no ha sido tu día de suerte, eh? ¿O eres uno de esos pervertidos con dinero a los que les gusta fisgonear?

—No me gustan los mirones —se quejó Frank, el lacayo sin dos dedos de frente.

—¿Y tú qué dices, guapa? —Separó los bordes de la camisa de Carla, dejando expuesto su sujetador negro mientras Frank la agarraba—. ¿Quieres tener público?

—¡Hijo de puta! —escupió ella; se revolvió levantando una rodilla, pero Greg se apartó a tiempo, lo que le valió un buen bofetón.

—¡Zorra!

«Cállate y estate quieta, por lo que más quieras», pidió el policía en silencio advirtiéndola con la mirada.

—¿Y qué hacemos con ese? —preguntó Frank.

—Déjale que mire y así aprenderá —respondió Greg con aire de superioridad y metió una mano bajo la minifalda vaquera de ella—. Buenas piernas —murmuró.

«Vaya, un tipo de esos a los que les gusta fanfarronear delante de la gente, especialmente cuando van a cometer alguna de sus fechorías», pensó Aidan y dio otro paso tambaleándose.

—¿Qué haces? —balbuceó Frank. Este sí estaba bebido, a juzgar por su forma de balbucear.

—No quiero perderme nada —respondió con voz y pronunciación poco clara. Miró fugazmente a Carla y le advirtió de nuevo con la mirada que se mantuviera atenta y, a ser posible, que no los cabreara más.

—¡Eres un jodido mirón! —exclamó Greg sonriendo; estaba claro que no le disgustaba tener espectadores—. Bueno, pues vas a tener un buen espectáculo. Y puede que... —dio una palmada en el culo a Carla— cuando acabemos puedas disfrutar de ella.

—Prefiero mirar —aseguró Aidan poniendo cara de inocente. Debía ganarse la confianza de esos dos estúpidos antes de actuar.

—Como quieras —respondió Greg y se inclinó para besarla; ella apartó la cara pero estaba en desventaja, ya que la agarró de la garganta obligándola a mirarle—. Sé buena y dame un beso.

Para enfado de su agresor y a la vez de su posible salvador, ella le escupió en la cara al tiempo que espetaba:

—Que te jodan. ¡Y lávate los dientes! ¡Apesta!

A Aidan se le revolvió el estómago, y no por la mala calidad de la bebida que servían en ese local de mala muerte. Tenía que actuar. Ya. Pero el imbécil de Frank no le quitaba el ojo de encima, estaba bien entrenado...

Sacó disimuladamente la corbata del bolsillo y empezó a jugar con ella. Mientras ellos intentaban desnudarla, permaneció unos instantes, que se le hicieron eternos, a la espera.

Carla no se lo estaba poniendo nada fácil. Se revolvió y lanzaba todo tipo de improperios de lo más creativo, como *¡eres un hijo de siete putas!* o su clásico *¡jodido enano follador!*

Casi se sintió celoso. Joder, ese título era suyo...

Aidan parpadeó. ¿Dónde había aprendido esta mujer tales apelativos?

Cuando vio la oportunidad levantó la corbata y la pasó alrededor del cuello de Greg, tirando de él e inmovilizándole.

Eso les pilló por sorpresa y Frank se quedó un segundo paralizado, el tiempo justo para que Carla, al verse libre por un lado, se moviera con rapidez asestándole un rodillazo en la entrepierna a su agresor, haciendo que este se inclinara y se llevase las manos a sus partes. Carla remató la jugada dándole otro en la cara. Frank cayó de rodillas y ella no se detuvo ahí, sino que siguió aporreándole y pateándole mientras el tipo se retorció en el suelo.

—¡Hija de puta! —vociferaba Frank desde el suelo. Intentaba protegerse con las manos su cara y su entrepierna alternativamente, pues ella no cejaba en su empeño por sacudirle.

Al mismo tiempo, Aidan redujo a Greg. Primero le estampó de cara a la pared, haciéndole perder la orientación para después tirarle al suelo y que terminase besando el sucio asfalto del callejón. Le inmovilizó presionando con la rodilla sobre su columna y le ató las manos a la espalda con la corbata. Después le dejó a un lado y se acercó a Carla.

—Déjale ya —dijo agarrándola del brazo.

El pobre desgraciado tenía la cara ensangrentada y no dejaba de soltar todo tipo de improperios. Aidan le colocó mirando al suelo.

—Busca algo para atarle —gritó a Carla—. Cualquier cosa. Joder, date prisa.

Frank, a pesar de su lamentable estado, se revolvió en el suelo.

—¡Aquí no hay nada! ¿No tienes las esposas? —chilló ella.

—¿Eres un jodido policía? —graznó Greg desde el suelo mirándole con

odio.

—¡Cállate! —le gritó Carla obsequiándole con una patada en la boca.

—Las medias —gritó a su vez Aidan mientras mantenía sujeto a Frank.

—¿Qué? —Carla le miró sin comprender.

—¡Dame tus malditas medias! Y tú —se dirigió a Frank—, deja de moverte. —Se sentó a horcajadas encima de él para controlarle—. ¡Joder, vamos! Quítate las putas medias. —Aidan se dio cuenta demasiado tarde de que así había echado a perder el pantalón, No había tintorería que pudiera limpiar esa mugre. Los daños colaterales, podría decirse.

Carla se apartó de Greg dándole un respiro; apoyó una mano en el muro para mantener el equilibrio y empezó a bajarse la cremallera de la bota derecha.

—¡Esto no es un maldito *streptase*! —gritó Aidan, ya que ninguno de los tres hombres dejaba de mirarla.

—Ya voy, ya voy, joder, ¡qué *cagaprisas*!

Por suerte, Carla llevaba medias y no *pantys*. Hizo una bola con la media y se la lanzó a Aidan, que la recogió rápidamente perdiéndose la estupenda vista de Carla inclinándose para colocarse de nuevo la bota sobre su piel desnuda. Le ató con presteza las manos a la espalda y se incorporó.

—¿Estás bien? —preguntó a Carla colocándose a su lado.

—Sí.

—¿Segura?

—Joder, que sí —masculló a la defensiva. Si había sido humillante que él la hubiera visto sirviendo copas en el Eternity, más humillante era que la hubiera salvado de esos dos tipejos.

Aidan se sacudió los pantalones, sin éxito, y buscó la cartera en su chaqueta. Sacó su identificación y se la pasó por las narices a aquellos dos, que no dejaban de retorcerse e insultar desde el suelo. Cosa que tenía que haber hecho antes, pero ya que él no era un policía deseoso de entrar en acción, esas cosas no eran para él.

Miró a Carla, quien estaba allí, de pie, temblando pese a disimularlo. Sin pensárselo dos veces se quitó la chaqueta del traje y se la ofreció.

—Toma.

—No es necesario.

—No seas cría. —La voz de Aidan era férrea y eso le sorprendió—. Estás muerta de frío.

Ella se puso la chaqueta. Estaba tibia y le quedaba grande, así que agarró

las solapas y se abrigó con ellas.

Observó a esos dos cabrones tirados en el suelo y no pudo contenerse. Se acercó a Greg, que se había colocado de medio lado, y sin mediar palabra le clavó el tacón de aguja de su bota en la entrepierna, haciéndole aullar de dolor.

—Déjalo ya —Aidan la apartó.

—Y una mierda. —Estaba a punto de llorar; se pasó la manga de la chaqueta por la cara para limpiársela y dejó una mancha de sangre.

—Joder, estás herida —dijo Aidan aún respirando con dificultad; el subidón de adrenalina tras la pelea aún le dominaba—. Déjame ver. —La agarró de la barbilla haciéndola levantar el rostro y vio una pequeña herida en la mejilla. Buscó en su pantalón y extrajo un pañuelo—. Saca la lengua.

—¿Eh?

—Joder... —Aidan humedeció el pañuelo con su propia saliva y acercó el pañuelo.

—¿Pero qué haces? —preguntó apartándose.

—¿Limpiarte la herida? —Sin dar más explicaciones, lo hizo—. A saber la cantidad de mierda que llevaba ese hijo de puta en las uñas.

—Ah. —Se dejó limpiar obedientemente sin rechistar. Cuando él acabó, empezó a abrir la chaqueta y ella se sobresaltó—. ¿Pero qué haces ahora?

—Buscar mi móvil. —Sin contemplaciones abrió la chaqueta y metió la mano hasta dar con el bolsillo interior y sacar su teléfono—. Avisaré para que vengan a por estos dos.

Carla le observó mientras él hablaba; nunca antes le había visto así, no quedaba ni rastro del tipo aniñado y ridículo que ella conocía, sino que se dirigía a su interlocutor dando los datos concisos. Él se debió de sentir observado porque le sostuvo la mirada por encima del hombro mientras seguía dando instrucciones por teléfono. Carla apartó la vista algo avergonzada; no solo le había mirado, sino que se recreó contemplándole, así sin chaqueta. La camisa, sin duda de seda, le marcaba los músculos de la espalda, así como su vientre plano.

Estaba en buena forma. ¿Por qué no se fijó antes en este detalle? Simple y llanamente porque desde el principio solo pensó en él como el amiguito lameculos de Luke que intentaba agradar y ser útil intentando controlarla. Nunca antes se había percatado de su excelente forma física.

—Enseguida estarán aquí, también viene una ambulancia de camino.

Estaba tan absorta examinándole que no se dio cuenta de que había

terminado su conversación telefónica y estaba de nuevo junto a ella.

—No, de ninguna manera, no necesito una ambulancia —protestó Carla e intentó distanciarse de él. No quería deberle nada, no quería que él la compadeciera y mucho menos que la consolara.

—No seas testaruda. Ven aquí. —Sin permiso la abrazó, acariciándole la espalda en un gesto reconfortante—. ¿Seguro que estás bien? —dijo, pasando el pulgar por su mejilla dañada.

—¡Mira a los tortolitos! —se rio Frank—. Al final ese hijo puta se la va a follar.

—¡Cállate! Gilipollas —le reprendió Greg de mal humor al bocazas de su cómplice.

Carla se soltó del abrazo de Aidan y se dirigió como una flecha hasta Frank; acto seguido le pisó los huevos, presionando con el tacón de su bota. Otra vez.

—¿Es que no has tenido suficiente, hijo de puta? ¿Quieres más? —presionó con más fuerza.

—Joder, tío, quítamela de encima —rugió Frank mirando suplicante a Aidan.

—No, no he tenido suficiente, ni mucho menos, hijo de la gran puta. —Carla intentó volver a la carga.

Aidan la agarró desde atrás.

Si por él fuera, dejaría que esos dos acabaran castrados, pero su deber como policía era impedirlo.

Ella no quería que él la abrazase de nuevo, porque no estaba segura de sí misma. A pesar de que el abrazo era solo un gesto reconfortante, Carla necesitaba mantener su control. Ese simple contacto resultó demasiado íntimo. En el breve lapsus de tiempo que él la sostuvo se sintió inquieta, no esperaba verse rodeada de un cuerpo masculino tan sólido; durante el contacto pudo apreciar su olor y su calor. Hubiera preferido que le resultara repulsivo, pero no fue así. Estaba destrozada por dentro, con unas ganas locas de volver a su apartamento y esconderse unos cuantos días.

Aidan no la soltó, no solo porque no quería arriesgarse a que ella atacara de nuevo, sino porque a pesar de que ella se mostrase autosuficiente, como si el incidente fuera un simple contrat tiempo, él sabía que no era así. Notó cómo temblaba, y no solo de frío. La mantuvo entre sus brazos, impidiendo que ella mirase a esos dos tipejos o les arrease de nuevo.

Se separaron bruscamente cuando oyeron las sirenas de la policía.

Él la tomó de la mano para sacarla del callejón, hasta la calle principal, y se detuvo frente a un coche patrulla.

—Buenas noches, Martin —saludó Aidan al agente que bajaba del vehículo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió su compañero mirándoles a los dos de arriba abajo.

—Una agresión. Dos tipos, están ahí inmovilizados —hizo un gesto con la cabeza hacia el callejón.

—Mal asunto —dijo Martin pensativo—. ¿Ella....? —miró a Carla.

—Aparentemente no está herida, pero de todas formas iremos al hospital.

—No voy a ir al hospital —los interrumpió Carla.

—Disculpe, señorita....

—Stone —dijo Carla—. Estoy bien, solo ha sido un susto. Puedo volver a casa por mi cuenta. —Tiró de la mano por la que Aidan aún la sujetaba, sin éxito.

—Ocúpate de esos dos, yo me encargo de ella —dijo Aidan con rotundidad impidiendo que Carla abriese de nuevo la boca. —Mañana redactaré el informe. —Martín asintió—. Y ella hará la denuncia.

—De acuerdo —acertó Martín—. Eh, Justin —llamó al otro agente que estaba al volante—. Échame una mano.

Los dos agentes se internaron en el callejón dejándolos momentáneamente a solas.

—Me voy —dijo Carla—. Gracias por todo. Ya nos veremos. —Tiró de su mano.

—No, la ambulancia está en camino, necesitamos que te vea un médico y redacte un parte de lesiones, así la denuncia tendrá fundamento.

—He dicho que no. ¿Estás sordo? —Consiguió soltarse.

En ese momento aparecieron los dos agentes sujetando a Greg y Frank y empujándolos hacia la parte trasera del coche patrulla.

—¡Buen trabajo, Patts! —exclamó Justin.

—Al jefe le va a encantar —dijo Martin.

—¡Se os va a caer el pelo por brutalidad policial! —gritó Greg mientras le metían a empujones en el coche—. ¡Y tú, zorra, ya nos veremos!

—Cierra el pico —intervino Martin cerrando de un portazo. Se volvió hacia Aidan—. ¿Nos necesitas para algo más?

—No, gracias por todo. Tomadles declaración.

—Les has dejado la cara como un mapa.

—Bueno... Sí, se resistieron un poco. —Agarró a Carla de nuevo para que no dijera nada.

—Está bien, nos vamos entonces.

En cuanto el coche de policía se alejó, Aidan se volvió hacia Carla. Ella observó cómo de nuevo había desaparecido el gesto amable en la cara de él que había mantenido con sus compañeros.

—Tengo el coche aquí cerca. Vamos, te llevaré a casa.

—Puedo ir yo sola, gracias —le espetó enfadada y comenzó a andar.

Aidan soltó un juramento entre dientes; esa mujer podía acabar con la paciencia del más santo. La siguió hasta colocarse a su lado y la detuvo bruscamente agarrándola del brazo.

—Mira, es tarde, este barrio no es lo que se dice de lo más recomendable, así que por una vez pórtate bien, te llevaré a casa.

—¿Quieres colgarte otra medalla? —le increpó ella.

—No, pero tampoco quiero tener que preocuparme por ti, así que andando. —Tiró de ella sin miramientos.

—¡Está bien! Si quieres jugar a ser el héroe yo no soy quién para impedírtelo, pero puedo caminar sin tu ayuda —arguyó intentando liberarse. Iba listo si pensaba controlarla de esa forma.

Aidan la soltó y comenzó a andar. La miró de reojo; permanecía con cara de enfado y abrigándose con su chaqueta asiendo las solapas con fuerza. Estaba de lo más patética, con el pelo alborotado, su americana que la tapaba hasta medio muslo, las botas de tacón y solo con una media enfundando sus piernas.

Inexplicablemente, se excitó. Notó un tirón en su entrepierna. Genial, vaya un momento para que se le pusiera dura, y por si fuera poco con quien iba a su lado, haciendo retumbar los tacones de sus botas sobre la acera. Gruñó de pura frustración.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mirándole con gesto interrogativo.

—No —gruñó de nuevo. Por suerte, su coche ya estaba a la vista.

—Pues no lo parece.

Se detuvo frente a su Mercedes plateado y se palpó los bolsillos en busca de las llaves. Debían de estar en la chaqueta.

—Busca en el bolsillo, las llaves tienen que estar ahí.

—¿Este es tu coche? —dijo Carla haciendo lo indicado—. Aquí están. —Le entregó las llaves.

Aidan accionó el mando a distancia y los cuatro intermitentes parpadearon.

—Venga, sube. Y ponte el cinturón.

—Cómo no —dijo con sarcasmo—. La seguridad ante todo.

Él arrancó el coche y encendió la calefacción. Por supuesto no tenía frío, pero ella sí.

Maniobró para incorporarse al tráfico, y se internó en una calle principal hasta que detuvo el coche en un semáforo en rojo.

—¿Sigues viviendo en aquel apartamento? —preguntó mirándola de reojo.

—Sí. —No por mucho tiempo, pero él no tenía por qué saberlo—. Este coche no te pega —dijo ella al cabo de unos minutos mientras circulaban por las calles; a esas horas de la noche, sin apenas tráfico, se avanzaba con rapidez—. Además, el color... Bueno, ¿sabías que los hacen en amarillo? —Él hizo una mueca. No sabía por qué, pero intentaba cabrearle—. O en rojo, eso estaría bien. —Carla siguió hablando, necesitaba que él se cabreara de verdad para poder escabullirse—. Pero claro, es demasiado moderno para ti.

Aidan se mantuvo callado. Sabía que le estaba provocando, pero ella era así, como también sabía que era su forma de sentirse mejor y no revivir lo ocurrido en el callejón.

Detuvo el coche frente al edificio donde ella vivía.

—Mañana te espero en la comisaría. Rellenaremos la denuncia.

—Vale —mintió—. Allí estaré, a primera hora. Por cierto... ¿A qué hora abren?

Pero él se debió de dar cuenta porque la miró sonriendo de medio lado. Eso le produjo un escalofrío.

Carla tiró de la manilla del coche evitando mirarle, pero no tuvo tanta suerte. Él había sido más rápido y ya estaba frente a ella abriéndole la puerta.

—No es necesario que me acompañes.

—Insisto —dijo como si se tratara de una cita y él fuese un caballero que la acompañaba a casa.

Eso la mosqueó aún más. Con paso decidido se encaminó hacia su edificio sin mirar si él la seguía o no. Pero cuando se detuvo para introducir la llave en la cerradura, sintió su presencia en la espalda.

—Supongo que no esperarás un beso de buenas noches, ¿no? —dijo con ríntintín.

—Pues no estaría nada mal, teniendo en cuenta las circunstancias. Por si lo habías olvidado, te he salvado de esos dos tipos y he dejado mi traje hecho un asco. Es lo mínimo que puedes hacer —explicó sonriéndole—. Aunque... —Carla tropezó con el primer escalón al oír ese tono de voz susurrante y fijarse

en unos seductores ojos azules—. Un beso sería una pobre recompensa, ¿no crees?

¿Estaba coqueteando con ella?

Carla se quedó sin la respuesta necesaria para darle en las narices. El muy... había entrado en su juego.

«¿Dónde está el niño que conozco?», se preguntó, no por primera vez esa noche.

—Buenas noches —graznó empujando la puerta con más ímpetu del necesario. Bufó al oír las risas a su espalda. Tenía que volver a colocar a Aidan en su sitio.

Si alguien más le palmeaba la espalda o le llamaba héroe antes de llegar a su mesa, iba a pasar algo muy gordo, pensó Aidan intentando mantener su tono distendido habitual. Desde que atravesó la puerta y cruzó el vestíbulo de la comisaría, sus compañeros no le habían dejado en paz. Si bien unos se lo decían con cierto tonito, otros se mostraban amables, pero aun así le molestaba. Joder, iba a mandar a paseo seis años de impecable comportamiento. Él no era un policía ávido de emociones, su campo de trabajo era la investigación, a ser posible delante de un ordenador y sin ensuciarse demasiado.

Dejó su americana de raya diplomática colgada en la silla. Cuando levantó la vista, una cara muy familiar le sonreía con sorna.

—¿Qué? —preguntó.

—Por fin aparece el héroe del día —se guaseó Luke—. ¿Cómo sienta estar en boca de todos?

—¿Desde cuándo eres un cotilla? —Se sentó frente a su ordenador con la intención de rellenar el expediente. Miró el reloj; en breve llegaría Carla y formalizarían la denuncia. Entonces, cayó en la cuenta: a Luke no iba a gustarle nada su presencia. Por no hablar de cómo reaccionaría ella.

—Bueno, bueno, estamos quisquillosos hoy, ¿eh? —Luke no iba a dejar pasar la oportunidad—. Así que... —le hizo un gesto con la mano, instándole a hablar—. Desembucha.

—¿Tu mujer no te ha dicho que es de mala educación... —se reclinó en la silla, adoptando una pose indiferente— meterse en las vidas ajenas?

—Mi mujer dice muchas cosas. —A Luke le brillaron los ojos.

—Bianca es una santa, no sé qué ha visto en ti, pero espero que recobre pronto el juicio —le dijo con humor—. Ahora, si no te importa, me gustaría trabajar un poco.

Luke se rio con ganas ante la descripción hecha por su compañero sobre Bianca. Si él supiera...

Aidan comenzó a escribir en su ordenador los hechos de la noche pasada. No llevaba apenas escritas tres frases cuando oyó la voz de Orson, su jefe.

—¡Adams, Patts! A mi despacho —vociferó el comisario desde la puerta

de su oficina.

Ambos se levantaron y se encaminaron hacia la sala donde su superior esperaba. Luke entró primero y, sin esperar a que se lo indicaran, se sentó. Aidan, por el contrario, esperó a que le dieran permiso.

—Quiero una explicación, y por Dios, Adams, una explicación coherente de lo ocurrido. —Lanzó unos papeles sobre la mesa en dirección a Luke—. Cuando he llegado esta mañana me he encontrado esta mierda. ¿Dónde tienes la cabeza?

Luke cogió los papeles y les echó un vistazo. Sin decir nada se los pasó a su compañero.

—El agente encargado del turno de noche me ha informado de la detención de Greg Hart. ¿Estás loco?

—Jefe... Me parece que... —empezó Luke, pero Orson levantó la mano para que callara.

—Ese tipo estaba siendo vigilado por Narcóticos, los cuales me han llamado pidiéndome explicaciones. Se suponía que no tenías que interferir, pero no, tú siempre igual, no cambias y con la edad vas a peor, te pasas las órdenes por el arco del triunfo.

—Disculpe —intervino *el héroe del día*—. Yo fui quien le arrestó.

—Mira, Patts —el cabreo de Orson iba en aumento—, no soy tonto, sé perfectamente que intentas salvar el culo a tu compañero, pero esta vez todo se ha salido de madre. Anoche ninguno de los dos estabais de servicio, así que, ¿podéis explicármelo para que consiga entender esta cagada?

—Fue algo imprevisto —explicó Aidan mirando a Luke, que permanecía como si la bronca no fuera con él—. Como verá en mi informe, no tuve otra opción que intervenir. Ese tipo junto con otro estaban agrediendo a una mujer.

—¿Y tú qué hacías mientras tanto? —señaló a Luke—. Se supone que tienes más experiencia.

—Él no estaba presente. Como bien ha dicho, no estábamos de servicio.

—¿Me estás diciendo que tú solo te encargaste de esos dos tipos? —preguntó incrédulo.

—Pues sí, jefe. Al parecer mi compañero tiene buenos reflejos y se encargó él solito. ¿Algo más? —dijo Luke queriendo dar por finalizada la reunión.

—Cojonudo —se quejó Orson—. ¿Sabéis que el tipo ha puesto una denuncia por brutalidad policial?

Aidan hizo una mueca. ¿Brutalidad policial? Y una mierda. El muy cobarde no iba a admitir que una chica le había pateado los huevos. Repetidas veces.

—Se resistió, no quedó otro remedio. —Él tampoco podía admitirlo, aunque tarde o temprano su jefe debería saberlo.

—Y la chica... ¿dónde está? ¿Cómo se llama?

—Está a punto de llegar —respondió Aidan mirando de reojo a su temperamental compañero. Se iba a poner hecho una fiera cuando supiera el nombre de la interfecta.

—Ya. Y esa... señorita, ¿tiene nombre? —insistió Orson.

—Esto... Carla Stone —dijo atropelladamente.

—Me cago en la... —Luke se levantó como impulsado por un resorte—. ¡No jodas! ¿Por qué no me has dicho que era Carla?

—¿La conoce? —preguntó el comisario indudablemente sorprendido por la reacción de Luke.

—Por desgracia, sí, la conozco. Es amiga de mi mujer. —Miró a Aidan frunciendo el ceño.

—Esto se complica por momentos —reflexionó Orson en voz alta—. Está bien, esperaremos a que la señorita Stone confirme su informe. Si no, estaremos metidos en un buen lío. En cuanto aparezca, que Kristy se ocupe de ella. Las agresiones a mujeres últimamente despiertan demasiadas susceptibilidades. Mantenedme informado.

Luke abrió la puerta del despacho echando humo, iba a agarrar a Patts de las orejas. ¿En qué demonios estaba pensando el muy imbécil? Y lo más interesante..., ¿por qué estaba con ella?

—Tienes muchas cosas que contarme, ¿no? —dijo Luke en cuanto volvieron a su mesa—. Ahora. —Chasqueó los dedos delante de sus narices para que no se saliera por la tangente.

—El informe no creo que se haga solo —soltó intentando evadirse.

—A la mierda el informe. ¿Qué hacías tú con esa... mujer?

—No estaba con ella, y baja la voz.

—Ya.

—Joder —murmuró Aidan al ver que se acercaba Mike; estaba seguro de que deseaba dar un completísimo reporte de la noche anterior.

—Por lo visto tuviste suerte anoche después de todo, ¿eh? Nosotros nos tuvimos que conformar con unas nenas corrientes y tú te ligas a una camarera del Eternity. —Se rio de su propio chiste—. El chico de oro no deja de

sorprenderme —le palmeó la espalda a Aidan—. La próxima vez sé más generoso, colega.

Mike se marchó y el ceño de Luke se acentuó aún más.

—¿Cómo que la camarera del Eternity? —gruñó Luke—. Y ya puestos..., ¿qué hacías tú en ese antro? —Aidan no respondió—. No me digas que la camarera del... —Se detuvo analizando los hechos. Joder, todo cuadraba—. ¿Carla trabaja en el Eternity? —preguntó subiendo el tono de voz.

—*Tranqui*, tío. —A Luke le ponía enfermo esos comentarios, pero a Aidan le gustaba irritarle.

—Como vuelvas a decir una estupidez de ese tipo, te doy con la mano abierta. Vamos a ver, que yo me entere, porque me he llevado una bronca sin comerlo ni beberlo. Explícate.

—Carla trabaja allí, sí. Por lo visto su jefe ofrece, por decirlo de una forma suave, un *entretenimiento adicional* a sus clientes. Es decir, a las camareras en bandeja, y ella se negó. Al tipejo este no le sentó muy bien y la abordó en un callejón. ¿Qué querías que hiciese? Joder, hasta tú hubieras intervenido.

—Pensé que te caía mal.

—Eso carece de importancia. ¿No crees?

—Joder, esa tía no tiene remedio. Es un problema andante.

—Ella no tuvo la culpa —la defendió—. Ninguna mujer va por ahí pidiendo que la agredan.

—No estoy tan seguro... —Hizo una pausa analizando la burrada que acababa de decir—. Lo siento —se retractó en el acto—. Pero aún no me explicó qué hacías tú ahí.

—Acompañé a Mike y a Charlie.

—Ya veo. De celestina otra vez, ¿eh? No sé cuándo aprenderás.

Aidan miró el reloj; entre una cosa y otra se había pasado el tiempo y ella no aparecía, lo cual era mala señal.

—Tengo que irme. —Se levantó y agarró su chaqueta.

—Te acompaño.

—Déjalo.

—Vas a buscarla, ¿no? Te vas a meter en problemas si no aparece. Definitivamente, voy contigo.

—Lo más seguro es que haya pasado una mala noche después de todo lo sucedido. Además, si te ve aparecer se pondrá de mal humor. No tenéis lo que se dice una relación muy cordial.

—Que yo sepa tampoco es santo de tu devoción. Pero tiene sentido.

Afortunadamente, Luke sabía anteponer la lógica a sus sentimientos personales, por lo que Aidan se marchó solo.

Para evitar más comentarios absurdos o felicitaciones innecesarias, salió del edificio por la salida de emergencia.

Por suerte, la puerta de acceso al edificio estaba abierta, así no tenía que recurrir al telefonillo y aguantar un rechazo por parte de ella, como estaba seguro de que haría.

—¿Dónde cree que va, joven? —le interrumpió un hombre entrado en años cuando se disponía a llamar al ascensor.

—Buenos días. —Ante todo, buena educación—. Vengo a visitar a una... amiga —explicó cordialmente y pulsó el botón de llamada.

—A la chica morena del cuarto, ¿no? —El hombre negó con la cabeza, disgustado.

—¿No está en casa? —Mira que era mala suerte.

—Seguramente a estas horas ni se habrá levantado. No lleva lo que se dice una vida muy ordenada.

Demasiada información, pensó Aidan, y demasiada mala fama.

—Gracias —le dijo amablemente y se metió en el ascensor en cuanto se abrieron las puertas.

Llamó al timbre, pero no emitía ningún sonido. Volvió a hacerlo y llegó a la conclusión de que no funcionaba, por lo que golpeó la puerta suavemente con los nudillos. Tampoco era cuestión de que otros residentes salieran al rellano y le brindaran más información sobre Carla. La actitud del hombre dejaba más que clara la opinión que tenían de ella.

«¿Y de qué te extrañas?», se dijo a sí mismo.

Nada, ni un ruido al otro lado de la puerta. Llamó con más insistencia, arriesgándose a que otros vecinos salieran.

Se acercó a la puerta pegando la oreja. Nada. ¿Y si no estaba en casa? Golpeó por última vez.

Se la había jugado, de nuevo.

A punto estaba de marcharse cuando se le ocurrió otra idea.

Buscó dentro de su cartera. Siempre llevaba un plástico especial para abrir cerraduras, así que comprobó tanteando la puerta que no estuviera cerrada con llave y lo introdujo desde la parte superior hasta dar con el pestillo. Posicionó el plástico y lo giró hasta hacerlo saltar, abriendo la puerta. Cerró

tras de sí suavemente.

El apartamento estaba como lo recordaba, se accedía directamente al salón. Miró a su alrededor, encontrando todo más o menos ordenado.

—¿Carla? —llamó sin elevar la voz.

No respondió nadie. Tal y como esperaba.

Quizás aún estaba dormida. O quizás... Mierda, otro pensamiento más inquietante se le pasó por la cabeza. ¿Y si algún matón a las órdenes de Hart se había adelantado? Con esa birria de puerta y una cerradura tan precaria no costaba nada colarse, tal y como él mismo había hecho hacía unos instantes.

—¿Carla? —preguntó de nuevo alzando un poco más el tono.

Más nervioso que de costumbre se llevó la mano a la espalda y sacó su arma reglamentaria. Y mira que odiaba hacerlo, pero tras lo ocurrido la noche anterior no iba a volver a jugar al superhéroe.

Caminó hasta el fondo y con lentitud abrió la puerta del dormitorio.

—Joder —masculló.

La cama estaba deshecha, pero ni rastro de ella. Sobre la silla estaba la ropa que Carla vestía la noche anterior, pues la reconoció al instante.

Las cosas se estaban poniendo feas. Y otra vez le tocaba a él, en solitario, salir del paso. Entonces oyó un ruido, algo que seguramente no hubiese percibido si el apartamento no estuviera en el más absoluto de los silencios. Salió del dormitorio, agudizando el oído.

Permaneció unos instantes inmóvil en el pasillo, con el arma posicionada. Entonces se dio cuenta de un error: no había quitado el seguro. Corrigió inmediatamente ese descuido.

Se fijó en una de las puertas y se situó frente a ella. Estaba cerrada. Pegó la espalda a la pared, manteniendo el arma apuntando hacia el suelo, como si se tratara de una operación de alto riesgo, atento a cualquier posible indicio.

¿Cómo podían sus compañeros soportar esa tensión? Él desde luego odiaba aquellas situaciones. No tenía madera de policía, lo sabía, pero no podía marcharse sin más, o alertar por teléfono para pedir ayuda. Mierda y mil veces mierda.

Contó mentalmente hasta tres antes de estirar la mano y girar el pomo.

Su mano no le respondió y volvió a contar.

Movió el pomo y empujó la puerta, quedándose pegado a la pared. Levantó el arma, cogió aire y girando sobre sí mismo apuntó al interior.

Un grito ensordecedor le paralizó.

—¡Fuera!

Aidan no podía procesar inmediatamente la orden. Como un tonto, así se sentía, allí de pie, apuntando con su arma a una mujer sentada en el retrete.

—¡Que te largues, coño! —gritó ella de nuevo.

—Lo... Lo siento. —Cerró la puerta, aturdido.

Se pasó la mano por la cara intentando serenarse y miró el arma que aún sostenía como si fuera una bomba nuclear.

—Imbécil —se dijo guardándosela—. Eres un jodido imbécil.

Aidan salió del baño intentando no mirarla, lo cual resultaba imposible, pues era una imagen demasiado perturbadora; se encaminó al salón y se dejó caer en el sofá. ¿Cuántas veces se podía meter la pata? Al parecer, infinitas.

Llevado por la tensión, el miedo o vete a saber qué, había sorprendido a Carla en el cuarto de baño, y para rematar la faena le apuntaba con la pistola.

Oyó correr el agua y abrirse la puerta.

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí? —le increpó ella.

Aidan se incorporó y la miró. No podía responder a eso sin ponerse más en ridículo. Ella estaba que echaba chispas; no era para menos, se había colado en su casa y presenciado un momento demasiado íntimo.

Y para colmo de males, ella tan solo llevaba un *short* negro con una fina camiseta de tirantes rosa chicle que le mostraba demasiada piel, por no hablar de dos pezones erectos que le apuntaban como misiles teledirigidos. No podía apartar sus ojos de ellos ni tampoco pudo controlar que su polla se endureciera.

—Maldita sea —masculló entre dientes.

Carla permanecía de pie frente a él, arqueando una ceja; era consciente de la reacción de su cuerpo.

—Ejem —carraspeó cruzándose de brazos en actitud guerrera, para nada incómoda con su escaso atuendo.

—Lo siento, ¿vale? —se metió las manos en los bolsillos del pantalón intentando disimular su erección.

Carla no dijo nada y se limitó a señalar la puerta.

¿Por qué demonios tenía que reaccionar así ante ella? No era la primera

vez que la veía. Bueno, era la primera vez que la veía así, si bien su vestuario habitual era provocador y siempre conseguía controlar sus instintos. Pero... ¿por qué ahora no?

—Si has venido a buscar un agradecimiento especial por tu brillante actuación de anoche, vas de culo. —Señaló de nuevo la puerta—. Fuera. Te mandaré una nota.

—Me temo que no es posible —consiguió decir—. Te he esperado toda la mañana, debes acompañarme.

—Me temo que no es posible —le imitó ella. Caminó hasta situarse tras la barra que separaba la cocina del salón—. Ahora, si no te importa, voy a desayunar. Así que muchas gracias por todo, *blablabla* y adiós.

¿De qué se sorprendía? Ella no iba a mostrarse colaboradora ni por asomo.

—Mira, creo que no comprendes la gravedad de la situación —dijo en tono amable, aunque sus palabras no lo eran—. Esos dos tipos que te asaltaron anoche están detenidos, pero, a menos que prestes declaración, saldrán en menos de veinticuatro horas.

—Gracias por tu preocupación. —Puso la cafetera en marcha pasando olímpicamente de él.

—Además, *esos tipos* no aceptan una negativa así como así, lo más seguro es que manden a alguien para que los recuerdes.

—¿Y?

—Joder, no puedo creerlo...

Aidan observó impotente cómo ella se preparaba el desayuno sin ni tan siquiera prestar atención a su presencia, moviéndose por la cocina como si tal cosa, poniéndole no solo nervioso, sino además excitándole.

Unos golpes en la puerta hicieron que Carla se sobresaltase.

—Quédate ahí —ordenó él—. Yo abriré.

—P-Peró... —un leve síntoma de miedo tiñó la voz de ella.

Aidan abrió la puerta preparado para cualquier cosa.

Una mujer rubia, vestida con un obsoleto traje y de unos cincuentaitantos años entró en el apartamento como si tal cosa. Le miró de arriba abajo.

—¿Y usted es...? —volvió a examinarle—. No, no me lo diga. Un cliente, ¿verdad?

—¿Cliente? —repitió él sin comprender.

—¿Cree que soy tonta? Todos sabemos a qué se dedica ella. —Miró el reloj—. Da igual, los ejecutivos son sus víctimas preferidas. Rápidos y pagan bien.

—Disculpe, señora, pero no la entiendo.

—No hace falta que disimule. —Se situó en medio del salón y se encaró con Carla—. Señorita Stone, creo que he sido más que paciente, he creído sus excusas, pero le informo de que debe abandonar el apartamento en veinticuatro horas. Sus retrasos en el pago del alquiler son inadmisibles, por no hablar de su profesión.

—Señora Waytt, sé que tiene razón, pero... —el tono sumiso de Carla sorprendió a Aidan—. Estoy pasando una mala racha y...

—No admito más demoras. Usted es incorregible. Desde que se marchó su amiga no ha estado ni un solo mes al corriente de pago. Ella era de fiar, usted no.

—Le prometo que...

—Veinticuatro horas. —Se dio la vuelta para irse pero se detuvo junto a Aidan—. No sé qué le ven los hombres. —Negó con la cabeza—. Usted tiene buena planta, no entiendo cómo paga por estar con ella.

—Señora Waytt —intervino Aidan—. No me gusta nada lo que está insinuando —su tono era duro—. Y no voy a tolerar que insulte usted así a mi prometida y menos aún que la intimide.

—Pero...

—La señorita Stone va a dejar este apartamento cochambroso a finales de semana, cuando esté preparada nuestra casa. Supongo que dispone de la fianza del alquiler. —Deseó que así fuera; si no, tirarse un farol carecía de sentido—. Haga uso de ella y discúlpese.

—Yo... Lo siento, no sabía que usted era...

—Conmigo no, con ella. —Se situó junto a Carla y la rodeó por la cintura atrayéndola hacia sí.

—Disculpe, señorita Stone —dijo la señora Waytt evidentemente sorprendida.

—Y ahora, si nos deja, tenemos cosas que hablar, cosas que a usted no le incumben.

Carla se separó de él nada más cerrarse la puerta y le miró enfadada. ¿Cómo se atrevía? Ella no necesitaba un maldito salvador.

Aidan se apoyó en la encimera e hizo una mueca de disculpa, pero eso a ella la sentó aun peor.

—Estarás contento, ¿no? ¿Qué pretendes? —Él no respondió—. Me lo imaginaba. Supongo que aquí en la cocina es tan buen sitio como otro o el señor buenos modales prefiere el dormitorio.

—Déjalo ya, ¿vale? No busco nada —replicó ofendido a sus constantes insinuaciones.

—Pues no lo parece. —Ella señaló su entrepierna. Respiró profundamente antes de continuar—: Por favor, vete.

—Tienes que acompañarme —insistió él.

—No.

—¿Por qué no, si puede saberse?

—No quiero que nadie sepa lo ocurrido, ¿de acuerdo?

—Un poco tarde para eso.

—¿Se lo has contado a *machoman*? ¡Joder, no! ¿Cómo has podido? Mierda, mierda, mierda...

—*Tranqui*, ¿vale? A pesar de lo que creas, Luke es un profesional.

—Y tú un lameculos.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Carla empezó a soltar toda clase de improperios, principalmente dirigidos a él, de los cuales chivato era el más suave.

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor. Yo tampoco estoy dando saltos de alegría con todo este asunto. ¿Quieres que ese tío se vaya de rositas? Pues yo no, anoche me jugué el pellejo.

—Ya te he dado las gracias.

—¡Eres imposible! —dijo él empezando a perder el buen humor.

—Es mi vida, son mis problemas y tú estás fuera.

—Vas a acompañarme. —Aidan la agarró de la muñeca colocando su cara a solo unos milímetros de la de ella—. No vas a dejarme tirado y cubierto de mierda, y si tienes un poco de sentido común confiarías más en las personas que se preocupan por ti. Por lo que he visto, no tienes mucho éxito solucionando tus problemas.

A pesar de utilizar un tono cercano a la burla, el mensaje no lo era ni por asomo.

—Vete a la mierd... —Aidan la detuvo tapándole la boca.

—Baja de las nubes, y por una vez haz lo correcto. Vístete, que nos vamos. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Carla se soltó bruscamente, fulminándole con la mirada. El muy cretino todavía mantenía esa cara sonriente... ¿Si le daba un buen rodillazo la detendría? ¿Con esposas y todo?

Salió de la cocina, antes de que sus pensamientos siguieran por ese

camino. Vale, iría a la comisaría, haría la puta denuncia y después buscaría otro apartamento.

Y se olvidaría de Aidan. Siempre y cuando su cuerpo no la traicionara.

Se encerró en su dormitorio con un portazo.

Estaba de mal humor, con todos en general, pero consigo misma en particular. ¿Por qué ahora? ¿Por qué se había excitado?

Sentada en la cama, se tapó el rostro con las manos. ¿Cómo iba a salir de todo esto sin que nadie se enterara? Controló su respiración, o al menos lo intentó.

—Ponte algo... —Carla le oyó hablarle desde el otro lado de la puerta— cómodo.

Aidan no quería ni por un momento pensar en el revuelo que podría causar ella si se presentaba en la comisaría con su atuendo habitual.

Carla maldijo, juró y perjuró, una y otra vez. ¿Algo cómodo? Y una mierda.

Mientras sacaba ropa del armario repasó toda la escena, y se dio cuenta de que su actitud había sido de lo más maleducada, eso como mínimo. Si bien Aidan se había colado en su casa (por cierto, ese tema debía aclararlo), únicamente era con afán protector, y después de su actuación con la casera debería estarle agradecida de por vida. La cara de la señora Waytt no tenía precio.

*Lips are turning blue
A kiss that can't renew
I only dream of you
my beautiful...*

Carla oyó la música, procedente del salón. Maldito Aidan... Esa canción resultaba en esos momentos demasiado angustiada.

—Apaga eso —ordenó Carla saliendo de su habitación a medio vestir.

*Tiptoe to your room
a starlight in the gloom
I only dream of you
and you never knew... [1]*

—Sing for absolution... Me encanta esta canción —dijo él sin volverse sosteniendo la caja del cd en sus manos.

*Sing for absolution
I will be singing
falling from your grace.*

—Apágalo, por favor. No estoy de humor.

Aidan percibió el tono de Carla. Evocaba demasiados recuerdos, era de dolor, pero estaba intrigado. Por lo poco que sabía de ella su música preferida era el *tecno* o similar; cuando había encontrado el disco de Muse junto al equipo de música se sorprendió y sin pensárselo dos veces lo puso.

—¿Por qué?

Ella no respondió. Se dio la vuelta y terminó de vestirse en su cuarto sin protestar.

Quince minutos más tarde, Aidan arrancaba el coche con Carla sentada a su lado y asesinándole con la mirada.

[*Sing for absolution*, Muse. A&E Records, 2003](#)

—¿La salida de emergencias? —preguntó Carla mientras Aidan sujetaba la puerta para que ella entrara. Eran las primeras palabras que le dirigía desde que salieron de casa.

—Es mejor así, créeme.

Carla se encogió de hombros y Aidan la siguió. No quería tocarla, de ninguna de las maneras; le indicó con la mano por dónde tenía que avanzar hasta situarse junto a los ascensores. Tenía que conseguir llegar hasta su mesa sin cruzarse con ningún compañero.

Ella permanecía en silencio, lo cual no sabía decir si era bueno o no. Cruzó un instante la mirada con ella, pero enseguida la desvió.

—Te estábamos esperando —dijo Luke levantándose cuando los vio aparecer.

—Genial, *machomen* —masculló Carla.

—¿Dónde está Kristy? —preguntó Aidan.

—Hablando con Orson, no te preocupes. —Miró a Carla—. ¿Todo bien?

—Sí —respondió intentando mantener un mínimo de educación; que sintieran una manifiesta animadversión mutua no significaba montar un numerito allí mismo—. Gracias.

—He leído tu informe —le dijo a Aidan—. Orson también, ya está más tranquilo.

—Excelente. —Sonrió sin ganas y levantó el auricular para avisar a Kristy. Tras una breve conversación, prosiguió—: Estará aquí en unos minutos.

—¿Te apetece tomar algo mientras?

Luke se había dirigido a ella con normalidad, y eso no era bueno.

—No, gracias.

—¡Hola, chicos! —saludó Kristy—. Tú eres Carla, ¿verdad?

Carla asintió y miró a Kristy. Toda una profesional, a juzgar por el elegante traje de chaqueta y pantalón gris, su pelo recogido y su suave voz. Maldijo en silencio por sus vaqueros desgastados y su sudadera de rayas con capucha. Algo cómodo, había dicho Aidan. Si por lo menos tuviera unos taconazos en vez de las deportivas, no dudaría en clavarle uno en sus relucientes zapatos perfectamente conjuntados con su traje de ejecutivo...

Pero tuvo que limitarse a seguir a Kristy sin decir nada.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Luke en cuanto se quedaron a solas. Aidan se encogió de hombros—. Venga ya, te ha estado mirando como si quisiera clavarte un puñal.

—No me he dado cuenta —mintió.

Aidan quería zanjar así el tema. Se sentó tras su mesa y empezó a revisar unos expedientes, pero Luke no le quitaba la vista de encima. Intentó ignorarle, pero su compañero mantenía esa sonrisa burlona de medio lado.

—¿Qué? —preguntó sin poderse contener más.

—¿Qué de qué?

—Sea lo que sea que estés pensando, ahórratelo.

Luke estalló en carcajadas, haciendo que otros compañeros les prestaran atención, cosa que Aidan aborrecía, ya que siempre prefería trabajar en un segundo plano.

Por suerte, sonó un móvil, el de Luke, y este se apartó para contestar.

Aidan vio cómo discutía por teléfono. Bien. Quien quiera que fuese le estaba haciendo un favor, así podía concentrarse.

—Hay alguien que pregunta por ti —le dijo Ann, una de las becarias, sacándole de sus pensamientos.

—¿Quién?

—Un tal Reginald Stone.

A Aidan no le sonaba de nada, pero aun así indicó a Ann que lo dejara pasar.

Un hombre alto, delgado, con canas y cara de pocos amigos entró. Se dirigió directamente a él.

—¿En qué puedo ayudarle?

—¿Es usted el mequetrefe que ayudó a mi hija anoche? —preguntó el señor Stone sin rodeos.

—¿Perdón?

Aidan se quedó blanco; por suerte, Luke había regresado.

—Soy el agente Adams, y él, mi compañero, el agente Patts. ¿En qué podemos ayudarle?

Luke no se dejaba amedrentar por nadie y así lo demostraba, dirigiéndose al otro de forma cortante y sin formalismos.

—Mire, no he venido aquí para perder el tiempo. Quiero que me informe de lo sucedido anoche con mi hija.

—Me temo que eso es confidencial —intervino Luke.

—Me importa una mierda si es confidencial o no. Quiero los detalles, sé perfectamente cómo es mi hija y la clase de gente con la que se junta.

—Pues tendrá que esperar a que ella venga. Si decide hablar o no con usted, es cosa suya.

—¿Sabe usted con quién está hablando, hijo?

Ese tono autoritario y militar enfureció a Luke.

Aidan no salía de su asombro. Él debería estar hablando con el señor Stone, pero aún no era capaz de articular una frase coherente.

—Me importa muy poco quién sea usted —continuó Luke—, tenemos trabajo. Buenos días.

—Exijo ver a su superior —dijo elevando el tono de voz.

—Perfecto. —Luke le señaló una puerta—. Pase sin llamar —indicó con ironía.

Reginald Stone los miró con odio, especialmente a Luke, y se dirigió a grandes zancadas hacia el despacho de Orson no sin antes soltar una amenaza.

—Va a arrepentirse de esto, agente Adams.

—Joder —silbó un compañero, situado en una mesa junto a la de Luke—. Tienes huevos, Adams, tengo que reconocerlo. Mira que hablar así a Reginald Stone...

—¿Y? —se encogió de hombros, pero la curiosidad le hizo preguntar—: ¿Sabes quién es?

—Es el más jodido y severo instructor que puedas imaginar. Dejó su puesto como Teniente de policía para trabajar en la academia.

—Genial —dijo Luke entre dientes y miró a Aidan—. ¿No vas a decir nada?

—Gracias.

—¡Adams! ¡Patts! A mi despacho, inmediatamente —gritó Orson asomándose por la puerta de su despacho.

—El día mejora por momentos... —resopló Luke.

—Puedes hablar con total libertad —dijo la policía invitando a que se pusiera cómoda en el despacho—, aquí no juzgamos a nadie. Y todo cuanto nos contemos será confidencial.

—Eso espero —respondió no muy convencida.

—Escúchame: si hoy no te sientes con fuerzas para hablar de ello, lo

comprenderé. Pero piensa que cuanto más tiempo transcurra, más fácil es que se pierdan detalles. Aunque te parezcan insignificantes, pueden ser cruciales para la investigación.

Carla sopesó las palabras. Desde luego la mujer hablaba con tranquilidad y no exigía que hiciera una redacción pormenorizada de los hechos olvidándose de los sentimientos, así que debía, por lo menos, mostrarse igual de amable.

—Antes de nada, quiero dejar constancia de que Aidan me ayudó sin que yo se lo pidiera, y que intentó detenerme cuando me desquité con ese par de cabrones.

Kristy sonrió.

—Es una reacción comprensible y no creo que nadie te juzgue por ello. Hay víctimas que se quedan paralizadas, otras reaccionan como tú. En cualquier caso, estás en tu derecho.

—Sí, bueno... —hizo una mueca—. Creo que me excedí, pero es que... ¡Maldita sea! Por el simple hecho de trabajar en ese antro y de llevar minifalda, se creen con derecho a todo. ¡Y no es así! —dijo con énfasis—. No iba a consentir que me tocaran o cualquier otra cosa que tuvieran en mente y resignarme.

Por su tono dejaba muy claro que no se sentía para nada una víctima y que era capaz de salir adelante.

—Tu actitud es muy positiva.

—Imbéciles como esos no van a conseguir joderme la vida, en ningún sentido. ¡Estoy harta de que encima se nos cuestione! Ellos son quienes deben avergonzarse por lo que hacen y no nosotras.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. —Sonrió asintiendo—. Muy bien, empezamos entonces con la declaración.

—Quiero dejar clara una cosa: no necesito ayuda psicológica de ningún tipo.

—De acuerdo. Comencemos.

Y durante la siguiente hora, Carla fue respondiendo a las preguntas de la policía, si bien al principio con cautela y algo aburrida; una vez que completaron los datos básicos de rigor, la conversación se fue relajando, consiguiendo un ambiente distendido y que Carla relatara todo lo que sucedió la noche anterior, desde que llegó a su puesto de trabajo hasta que Aidan la dejó en casa.

—Gracias por todo, Kristy.

—Estoy aquí para ayudar. —Sonrió afablemente—. Y me lo has puesto

fácil. No todas las víctimas de agresión mantienen la cabeza fría. Tu declaración será crucial y junto al informe de Aidan ese tipo no saldrá impune.

—Nada me gustaría más.

—Venga, te acompaño hasta la mesa de Aidan.

—Prefiero irme ya —concretó Carla.

—¿Y eso?

—Tengo cosas que hacer.

—Aidan me pidió que volvieras con él. Es un buen tipo.

¿Eso qué significaba?

—No tenemos lo que se dice muy buena relación.

—Me resulta difícil de creer. Desde que le conozco siempre se ha comportado de forma impecable, es educado y..., bueno, salta a la vista que no está nada mal. —Kristy le guiñó un ojo—. Parece que se preocupa mucho por ti.

—Es su trabajo.

—Puede ser, pero no es de esos a los que les gusta ir haciéndose el héroe, y contigo se ha mostrado demasiado protector. Antes, mientras me comentaba el caso, me di cuenta. —Kristy notó la incomodidad de ella—. Perdona, quizás me haya dejado llevar, era solo una impresión. No me hagas caso.

Carla se percató de algo y preguntó sin rodeos:

—¿Te gusta Aidan?

—¿Y a qué mujer no? —Sonrió—. Salí con él un par de veces, pero no funcionó.

—No me extraña. Resulta demasiado... —se detuvo. No le conocía demasiado como para aventurarse.

—Lleva tiempo conocerle, eso es cierto, pero ante todo es un tipo legal. ¿Vamos?

—Señor Stone, tranquilícese, por favor —intervino Orson—. El agente Patts hizo lo correcto.

—Conozco perfectamente a mi hija, sé de lo que es capaz. Siempre anda metiéndose en líos. A él —señaló despectivamente a Aidan— puede engañarle, pero a mí, no. Quiero hablar inmediatamente con ella y aclarar este asunto en privado.

—Ya se ha cursado una denuncia.

—No quiero que mi nombre se vea mezclado en esto, ¿estamos? Dudo mucho que ella se viera en esa situación sin tener nada que ver.

—¿Está diciendo que Carla provocó a esos dos hombres? —preguntó Aidan incrédulo. ¿Cómo podía hablar un padre así de su hija?

—Mi hija es capaz de eso y de mucho más, se lo aseguro.

—¿Sabe lo que está diciendo? —intervino Luke defendiéndola, por increíble que pareciera.

—Mi hija siempre ha sido rebelde, desde los dieciocho años ha ido por ahí dando tumbos. Pero eso se acabó, voy a tomar cartas en el asunto.

—Ella es mayor de edad y por lo tanto no depende de usted.

Unos golpes en la puerta detuvieron la conversación.

—¡Adelante!

—Siento interrumpir... —dijo Ann con una vocecilla—. Agente Adams, su mujer le espera fuera.

—Ahora voy.

Aidan se pasó la mano por el pelo, nervioso. Genial, cada vez se ponía la cosa mejor...

—Hola, Kristy —saludó Bianca—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. —Miró el reloj—. Tengo una reunión en cinco minutos, os dejo. Si quieres, luego podemos comer juntas.

—Estupendo.

—Ya veo que eres popular por aquí —dijo Carla cuando se quedaron a solas.

—Kristy es un encanto. Bueno, cuéntamelo todo, porque Luke no se ha explayado mucho.

—Tu marido es un chivato. Pero debo reconocer que se ha comportado mejor de lo que pensaba.

—¿Y qué esperabas? ¿Que te gritase o algo así?

—Joder, he vuelto a cagarla. —Empezaba a ver la realidad y a dejar de autoengañarse.

—Es una forma de decirlo, pero no te preocupes. —Tras una pausa, Bianca preguntó lo que se moría de ganas por saber—: ¿Qué tal con Aidan?

—¿Qué quieres decir? —la miró de reojo.

—Bueno.... Teniendo en cuenta las circunstancias...

—Se portó asquerosamente bien —admitió a regañadientes.

—Ya.

—¿Y?

—Pues eso. Bien —murmuró intentando evadir la verdadera cuestión—. Necesito un café.

—Yo también —sonrió Bianca—. Espero que la cafeína te ayude a soltar la lengua.

Las dos mujeres se levantaron y se encaminaron hacia la máquina del pasillo.

Carla no quería hablar más del asunto, pero por la expresión de Bianca sabía que el tema no iba a morir ahí.

—Hola, cariño. —Luke se inclinó para darle un beso rápido a su mujer—. ¿No tendrías que estar en clase?

—He pedido la mañana libre por asuntos personales. ¿Cómo os va por aquí?

—Pues todo lo bien que podría ir. —Se giró para mirar a Carla—. Hay alguien que quiere verte —dijo con un tono formal.

—¿Quién?

—Tu padre.

— ¡¿Qué?!

Pero a Luke no le dio tiempo a dar explicaciones. Reginald Stone, seguido de Aidan, se acercaba a ella. Carla le miró; sus ojos azules parecían pedirle perdón en silencio.

—Déjenos solos, por favor —pidió autoritariamente el padre de Carla.

—¡Ni hablar! —dijo esta.

—No —interrumpió Aidan, lo que provocó que Reginald Stone le mirara con odio.

Aunque Aidan no se movió del sitio, no iba a dejarla a merced de aquel insensible.

—Joven, no se busque más problemas. Es mi hija y yo me ocuparé de ella. Usted aquí no pinta nada.

Bianca, que permanecía sentada junto a Carla, la tomó de la mano. Tampoco estaba dispuesta a dejarla.

Reginald Stone miró a Bianca y entrecerró los ojos.

—Me acuerdo de ti —dijo en tono despectivo—. Eres una de sus amiguitas, ¿no? Dios las cría y ellas se juntan. —Siguió con el mismo tono—. Supongo que por eso os entendéis tan bien: un par de mujerzuelas.

—Señor Stone, no tengo por qué escucharle. —Bianca se levantó—.

Vámonos.

—Mucho cuidado, señor Stone —se interpuso Luke—. No le permitiré que le hable así a mi mujer.

—Vaya, vaya... —dijo con sarcasmo—. Parece que al final la mosquita muerta ha engañado a un hombre. Está claro que ni un policía se libra de las malas artes de estas dos.

—Se acabó —espetó Luke—, lárguese ahora mismo. —Apretó los puños, debía contenerse.

—Por supuesto. —Miró a Carla—. Andando. En casa hablaremos de tu tendencia a meterte en problemas y vas a empezar a comportarte.

—Ella no va a ir a ningún sitio con usted. —Aidan habló por fin.

—¿Ah, no?

—¡Ya está bien! —gritó Carla; todos la estaban defendiendo ante su padre, lo cual le producía una extraña sensación—. No voy a ir a ningún sitio contigo. —Se puso en pie y antes de que pudiera hacer nada, Aidan la rodeó de la cintura.

Ella intentó soltarse, pero por desgracia la tenía bien sujeta.

—Ella está conmigo, señor Stone, y no voy a permitir que siga insultándola.

—¿Y tú quién demonios eres?

—Su prometido —le soltó, repitiendo la estrategia de hacía apenas una hora.

Aidan habló antes de pensarlo; sintió cómo Carla se tensaba, y notó las miradas interrogativas de Luke y Bianca, los cuales, afortunadamente, no dijeron nada, y la cara de absoluto odio del señor Stone.

—Ya veo... —casi escupió las palabras—. Ya veo en qué se ha convertido la policía, pero esto no va a acabar aquí. Tengo contactos, haré todo lo posible para que ustedes dos paguen las consecuencias.

—No amenace, cae en saco roto. Y ahora, por última vez, lárguese de aquí.

—Yo no amenazo —dijo el padre de Carla antes de darse la vuelta y marcharse.

Ella se soltó del brazo de Aidan y se dejó caer en la silla enterrando la cara en las manos.

—Lo siento —murmuró con la voz amortiguada.

—Oh, cariño... —Bianca la abrazó—. No te preocupes ahora por eso.

—No creo que haga nada, Orson ya le ha dejado claro que no debe inmiscuirse.

—Vosotros no le conocéis.

—Nos hacemos una idea —Luke hizo una mueca.

—Venga, te vienes a casa con nosotros. —Bianca miró de reojo a su marido.

—No, no voy a molestaros más con mis cosas. —Esbozó una sonrisa triste—. Yo me he metido en este lío y yo lo resolveré.

—No seas tonta, tú no tienes la culpa de nada —dijo Aidan—, esos dos hijos de puta son culpables.

—¡Deja ya de salvarme el culo! —Carla se puso en pie—. Me voy a casa.

—No puedes volver a casa —explicó pacientemente Aidan—. Tu casera, ¿recuerdas?

Debería haberse callado, pero si con ello conseguía que dejara la cabezonería a un lado...

—Bocazas —masculló la sintecho mirando a su salvador. Después se dirigió a su amiga, poniendo cara de circunstancias—. No me mires así. Ya sabes cómo se las gasta esa mujer, y... —se detuvo al darse cuenta de que no tenía una excusa decente.

Su antigua compañera de piso fue tajante:

—¿Qué pasa con la señora Waytt?

Y Carla, sosteniendo la atenta mirada de los tres, no tuvo otro remedio que contar la verdad.

—Pues... —Aidan se detuvo.

«Mierda, tendría que haberme quedado calladito», se dijo. La mirada de Carla se lo confirmó.

—No podías mantener la boca cerrada, ¿verdad? —le espetó rabiosa, intentando contenerse para no soltarle una buena patada en la rodilla. El jodido buen samaritano en acción.

—¿Qué ha pasado? —insistió Bianca—. Es un poco rara, pero siempre entra en razón. ¿Qué te ha dicho, Carla? Contesta, dinos qué pasa.

—Nada, ¿vale? —dijo furiosa—. Ya me las arreglaré.

—Cielo santo... Te ha echado, ¿verdad? —El silencio de Carla confirmó sus sospechas—. No importa, definitivamente te vienes con nosotros. Y no se hable más.

—¿Estás loca? No me puedo ir a vivir con vosotros —dijo mirando al marido de su amiga.

Todos se giraron hacia Luke esperando que pusiera alguna objeción, pero este mantuvo la boca cerrada, aunque no le hacía mucha gracia. El apartamento que compartía con Bianca no era muy grande, y además con la llegada de la pequeña Sarah estaban bastante justos de espacio. Por no hablar de las posibles repercusiones que tendría convivir bajo el mismo techo.

—Tiene razón —intervino Aidan—, Van justos de espacio. Se viene conmigo.

Ahora era el turno de Aidan de recibir las miradas de los demás. ¿Estaba loco?

—¿Pero de qué vais? ¿Es algún tipo de apuesta para ver quién se queda con la pobre Carla? —espetó ella.

—¿Estás seguro? —preguntó Bianca. Su marido agradeció en silencio que hubiera hecho la pregunta—. No me malinterpretes, lo que quiero decir es si...

—Mi apartamento es lo suficientemente amplio para los dos —afirmó Aidan.

—No voy a ir a tu casa —aseveró Carla tercamente.

—¿Y qué otra opción tienes?

—Ya buscaré algo. —Otra cosa bien distinta era conseguirlo.

—Ya...

Luke y Bianca miraban a los dos sin saber muy bien qué hacer. Estaba claro que antes de una semana, si convivían bajo el mismo techo, los vecinos serían testigos de las peleas.

—¿Te recuerdo lo que pasó esta mañana?

—No hace falta.

—Pues entonces deja de ser una cría y andando. Pasamos por el apartamento, recoges lo que necesites y ya me encargará mañana del resto.

—Tú no vas a hacer nada. Y no voy a ir a tu casa.

—Joder. —Aidan se pasó la mano por el pelo y miró a Bianca—. Haz el favor de convencerla, a ti te escucha.

—No siempre... —La miró, suplicante—. Carla, cielo, es lo mejor. Además, solo serán unos días.

—No quiero deber favores a nadie y menos a este... Bueno, a él. ¿No tiene la policía pisos de acogida o algo así?

—No creo que te gustase vivir allí —apuntó Luke intentando echar una mano.

Carla estaba que echaba humo. ¿Cómo se atrevían a tratarla así, como si fuera una pordiosera? Vale, estaba más tirada que una colilla, sin casa; la señora Waytt había sido muy explícita al respecto. Andaba mal de dinero, así que a lo único a lo que podía aspirar era a una habitación en un hotel de mala muerte.

—Te pagaré un alquiler —le dijo tras una pausa a Aidan.

—¿Qué?

—Que te pagaré mientras esté en tu casa.

—Como quieras. —No iba a permitirselo, pero bueno, de momento ella había cedido—. Anda, vámonos.

—¿Quién crees que atacará primero? —preguntó Luke en broma a su mujer mientras Carla y Aidan se alejaban.

—Ella, no lo dudes. ¿Quieres apostar?

Mientras esperaba a que recogiera lo más necesario en una maleta, Aidan curioseaba en el exapartamento de Carla. No le había dirigido la palabra en todo el trayecto desde la comisaría y se temía que pasarían unos días así.

Se aflojó el nudo de la corbata. ¿En qué demonios se estaba metiendo?

Carla era todo lo que él no quería en una mujer: respondona, irritable, maleducada, altiva, provocadora... Bueno, eso sí podía tolerarlo, claro que si él era la diana de sus provocaciones no sabía cómo iba a salir airoso. Analizando en frío la situación, llegó a la conclusión de que si se mantenía lo suficientemente alejado de ella, podrían llegar a un entendimiento. Había disponibles tres dormitorios, aunque él utilizaba uno como despacho, así que quedaba un tercero para que ella se instalase. Además, dependiendo de sus turnos de trabajo, seguramente la mayoría de los días ni tan siquiera se verían las caras.

—Ya está. —Carla apareció en el salón con una maleta de tamaño considerable. Se había cambiado de ropa; ya no llevaba esa horrible sudadera, la había sustituido por una camiseta ajustada con la palabra «muérdeme» trazada con diminutos brillantes.

—Nos llevamos estos —dijo mientras cogía unos cuantos CD's, apurado. Maldita sea, ¿es que su polla no podía elegir un momento mejor para manifestarse?

—¿Ocurre algo? —preguntó Carla al ver su incomodidad.

—No. —Tenía que mantenerse firme; si mostraba cualquier signo de debilidad, ella se le tiraría a la yugular.

—Pues vámonos.

Aidan no respondió y se limitó a agarrar la maleta para llevarla hasta el coche, cosa que ella no permitió, dejándole claro que se ocupara de sus asuntos. Él prefirió mostrarse indiferente y se encogió de hombros.

Tres cuartos de hora más tarde aparcaba en su plaza de garaje y pulsó el mando a distancia para que se abriera el maletero del Mercedes. No hizo ningún movimiento más y esperó a que ella se peleara con la maleta para sacarla, del mismo modo en que se había peleado cuando la metió.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó sonriendo con aire de suficiencia.

—Tienes una mierda de coche, que lo sepas —jadeó tirando de la maleta; casi se cae de culo, pero consiguió dejarla de pie manteniendo un mínimo de dignidad.

Él le indicó el camino hasta el ascensor; una vez en casa, señaló la distribución.

—Este es tu dormitorio —indicó tras abrir la puerta del final del pasillo.

—Gracias —contestó entre dientes.

—Es la hora de comer. —Miró el reloj.

—Muy bien, puedes irte. Ya has hecho más que suficiente.

—No hay nada en la nevera —concretó—. Hoy termino sobre las ocho, así que debemos hacer la compra luego, pero de momento te invito al almuerzo.

—Deja ya ese papel de hombre caballeroso —pidió, exasperada—. Los dos sabemos que no soy más que una molestia, así que ahorrémonos el drama.

—¿Sabes? Es increíble lo gilipollas que puedes llegar a ser, por no hablar de lo desagradecida que eres —le espetó Aidan manteniéndose sonriente y tranquilo, al menos aparentemente.

—¿Sabes? Es increíble lo gilipollas que eres, por no hablar de tu tendencia a tocarme las narices —le contestó del mismo modo, imitándole—. No necesito una invitación a comer.

—Pero necesitas alimentarte, ¿no? —Sin querer, hizo un repaso visual de su cuerpo.

—Cosa de la cual puedo ocuparme yo solita —le señaló testaruda.

—¡Joder! —Levantó las manos en señal de rendición—. ¡Que sólo te he invitado a comer!

—Pues ahórrate la invitación, no soy tu compañera de piso —protestó.

—¿Ah, no?

—Soy tu inquilina.

—Considéralo entonces un regalo de bienvenida. Mira, podemos estar aquí de pie, discutiendo, pero me muero de hambre. Si quieres venir, bien; si no, tú misma. Para aguantar a niñas de diez años ya tengo a mi sobrina. ¿Quieres una piruleta? —Se estaba burlando de ella descaradamente.

—Está bien —accedió tras pensárselo—. Pero yo elijo el sitio.

—Ni hablar, es innegociable. Yo pago, yo elijo.

—Vete a la mier...

—Venga ya... —Se acercó a ella y le dio un empujoncito—. Deja de hacerte la dura, ¿vale?

—Y tú deja de hacerte el gracioso.

Mientras esperaban a que llegara el ascensor, ella sonrió y preguntó:

—¿De verdad llevas encima una piruleta?

Él, que no sabía el repentino cambio, pensó en lo que tenía cerca de la bandolera. No era una piruleta exactamente, pero podía servir.

—Ajá.

—Pues métetela por el culo.

Aidan la llevó a un restaurante italiano que ella no conocía, Montini's. Una estampa típica, con la única salvedad de que los manteles en vez de ser a cuadros blancos y rojos, eran blancos con cuadros azules.

El restaurante estaba a rebosar, pero según observó Carla, a él no parecía importarle lo más mínimo. Le vio saludar con la mano a uno de los camareros.

No tenía que haber aceptado la invitación a comer y menos aun quedarse en casa de Aidan. ¿Pero en qué estaba pensando?

Tenía constantes deseos de arrearle un sopapo y borrarle esa sonrisa permanente de la cara que sólo había perdido en la comisaría, delante de su odioso padre, y para colmo repitió una vez más que era su prometido, cosa que tenía que hablar con él lo antes posible. «Prometido». Qué poca imaginación... Sí, un buen sopapo en esa cara perfecta podría hacerle sentir mejor, o tal vez un rodillazo en la entrepierna. Verle retorcerse de dolor podría calmarla un poco.

Hizo una mueca, pues con ese pensamiento solo estaba intentando enmascarar otros menos agresivos. Bueno, según se mirase, porque esos pensamientos, más cercanos a la realidad y qué incluían connotaciones sexuales, la sorprendían.

¿Se había golpeado la cabeza con algo y no lo recordaba? Porque de todas, todas, tenía que ser eso. Pensar en Aidan como un hombre sexualmente atractivo y no como el lameculos infantil que siempre le había considerado, no resultaba especialmente gratificante.

—¿Vamos?

Él interrumpió, afortunadamente, sus reflexiones, porque tal y como se iban desarrollando podían acabar en una vívida imagen de ambos en la cama, cosa que no iba a ocurrir, desde luego, se aseguró a sí misma.

Carla le miró; iba dos pasos por delante de ella, esperando que le siguiera, pero ¿a dónde? No quedaba una mesa libre.

—No me digas que vamos a colarnos —le dijo—. No me esperaba eso de ti.

Aidan sonrió, otra vez, y no dijo nada. Ella tampoco, y se limitó a seguirle hasta el fondo del local. Él abrió una puerta y la sostuvo para que Carla pasara. Otra vez esa maldita educación... Definitivamente, una bofetada, pero no a él, sino a sí misma por hacerle caso.

Entraron en un comedor privado en el que había dispuestas unas cuatro mesas y solo una estaba ocupada.

—¿Clientes VIP? —le preguntó.

—Más o menos.

Vale, tampoco podía quejarse por eso.

—¡Aidan! —chilló una mujer que se acercaba a ellos—. ¡Qué alegría verte!

La mujer, mayor, de unos cincuenta y tantos, le dio dos sonoros besos y después le pellizó las mejillas como si fuera un niño pequeño. Carla aguantó la risa tapándose la boca con una mano.

—Hola, tía Roberta.

—Pero qué bien te encuentro, demonio de crío, cada vez es más difícil que te veamos el pelo. —Le despeinó cariñosamente—. Bueno, bueno... —La mujer se dio la vuelta y miró a Carla—. ¡Y vienes acompañado! ¿No vas a presentármela?

—Tía Roberta, esta es Carla, una am...

—Su prometida —respondió ella; ojo por ojo.

—¡¿Qué?! ¡Ay, Dios mío!

Carla se arrepintió en el momento por haber abierto la boca ante la reacción de la mujer. Pero poco a poco su expresión de desconcierto se fue tornando una amplia sonrisa.

—¡Ay, tesoro! —La tía Roberta le abrazó efusivamente—. ¡Por fin! Ya habíamos perdido las esperanzas contigo. —Después se acercó a Carla—. Bienvenida a la familia, hija mía, no sabes lo feliz que me hace saber que mi sobrino favorito por fin va a sentar la cabeza.

Carla se limitó a sonreír como una boba, o mejor dicho, como Aidan. Joder, no llevaba más que unas horas en su compañía y ya se estaba contagiando...

—¡Pero qué cabeza la mía! Sentaos, sentaos, enseguida os traigo el menú. ¡Piero! —gritó la mujer—. No te lo vas a creer, mi sobrino Aidan... —Su voz se fue desvaneciendo a medida que se alejaba en dirección a la cocina.

Ambos se sentaron. Carla le miró; el muy tonto no perdía la sonrisa. Una cosa era mentir para salvar el culo y otra bien distinta soltar una bomba así delante de la familia sin ningún propósito, lo mínimo que podía hacer era mostrarse cuanto menos enfadado, pero no. ¿Qué hacía falta para sacarle de sus casillas?

Iba a averiguarlo en el acto.

—Te lo tenías merecido, pero no te preocupes, en cuanto vuelva le diré la verdad.

—Déjalo. No tiene hijos y a mi tía le encanta hacer de casamentera. Vive para eso. Ya hablaré yo con ella.

—Pero... —Su protesta murió en el acto cuando la tía Roberta apareció con un cestillo de pan y dos cartas.

—Aquí tenéis.

La mujer se mostraba entusiasmada, cosa que a Carla le hizo sentirse mal. Aidan podía ser el cretino número uno, pero su tía parecía ser todo lo contrario.

—Gracias, tía. —Estiró un pie y dio a Carla en la espinilla para que no abriera la boca.

—Gracias —respondió ella, tensa, fulminándole con la mirada. Otra que devolverle. Genial.

—Os recomiendo los *fussili*; está mal que yo lo diga, pero hoy me han salido mejor que nunca. Pero si lo preferís acabo de meter en el horno unas pizzas vegetarianas.

—Suena bien. ¿Tú qué dices..., *cariñito*? —preguntó Aidan.

Iba a matarle. Fuera pensamientos calientes, fuera inocentes bofetadas; cuando estuviese dormido, se vengaría. Ese «cariñito» con rentintín era su sentencia de muerte. Espera y verás, le dijo con la mirada. Espera y verás.

—Sí, como tú quieras, «cielito» —le respondió. Estiró el pie para darle un adelanto, pero él debió de darse cuenta y se apartó. Cabrón.

—Pues muy bien, os lo traeré en un momento.

La mujer se marchó sin percatarse de la tensión por debajo de la mesa.

—Compórtate, ¿quieres? —dijo él cuando se quedaron a solas—. Y deja de darme patadas.

—¿Qué pasa, nunca has tenido una pelea de enamorados? —Volvió a intentar darle—. Pues aquí tienes la primera, para que vayas cogiendo práctica.

—No seas melodramática —se rio él.

—Yo que tú dormiría con un ojo abierto.

—¿Vas a venir a mi dormitorio esta noche? *Mmmmm*.

—¡Ja! Qué más quisieras... —Entrecerró los ojos al más puro estilo devoradora de hombres que tantos buenos resultados le daba.

—Estamos *comprometidos*, ¿recuerdas? Nadie va a pensar mal de ti por querer meter mano a tu novio antes de la boda. —Aidan se estaba divirtiendo.

—Tú sigue soñando, *querido*, sigue soñando.

—Me matas. —Aidan se llevó una mano al corazón—. Yo pensé que

tendríamos un adelanto de nuestra noche de bodas, pero ya veo que estás decidida a hacerte la estrecha. Una pena.

—Mira, chaval, no he sido una estrecha en mi vida. —Carla mantuvo su pose de chica mala.

—Entonces, ¡qué suerte la mía! —bromeó con fingido pesar—. Estás decidida a hacerme sufrir, mujer cruel.

—En eso estamos de acuerdo: vas a sufrir —añadió ella.

—Mujer cruel y sin sentimientos. —La miró intensamente, decidido a tocarle un poco más la moral—. ¿Y si después de la boda nos damos cuenta de que no somos compatibles, que me siento decepcionado? En la cama, me refiero.

—¿Ves? En eso también estamos de acuerdo. No somos compatibles, no durarías ni un asalto, nene. —Carla hizo una pausa antes de entrar a matar—: Por cierto, ¿eres diestro o zurdo?

Él se quedó descolocado ante esa pregunta.

—Diestro. ¿Por qué? —respondió con cautela.

—Me parece que te va a doler la mano derecha de tanto hacerte...

Aidan estalló en carcajadas. Joder con Carla. Debía reconocer que no se amilanaba con nada, sus insinuaciones eran directas, pero ella mantenía la discusión, respondía sin más a sus desafíos.

Mierda, se estaba excitando. Otra vez. Pocas veces las mujeres hablaban de sexo abiertamente, pero Carla no parecía una de ellas. Debía controlarse. Joder, si no, iba a tener un dolor de huevos constante.

Les sirvieron el almuerzo y Aidan decidió que era mejor comer en silencio y no meterse en más escaramuzas verbales con ella, pero claro, había una cosa con la que no contaba: verla comer. Cada movimiento al llevarse un bocado era tentador, demasiado erótico para su ya alterada libido.

Cada vez que saboreaba la comida entrecerraba los ojos, como si estuviera a punto de tener un orgasmo. Joder, joder, vale, la comida era realmente buena, pero... ¿tanto?

Miró su propio plato; estaba tan concentrado en verla comer que prácticamente no lo había tocado. Se concentró en lo que tenía entre manos, pero sin éxito. ¿Ella lo estaba haciendo a propósito? Podía ser que no, pero esa burda imitación de una felación le estaba volviendo loco. Maldita sea, tenía treinta y seis años, ya había superado su etapa de adolescente-cachondo-a-todas-horas. Su vida sexual era como mínimo aceptable. ¿Por qué, entonces, estaba como una moto?

—¡Aidan Patts! —Un gritito le hizo bajar de golpe a la tierra.

Miró hacia atrás y suspiró. Lo que faltaba.

—No digas nada —le siseó a Carla entre dientes, y después se levantó—. ¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

¿Su madre? ¿Esa era su madre? Parecía demasiado joven; vestida con unos vaqueros desgastados, una blusa negra y el pelo rubio recogido en una coleta parecía más una treintañera que una respetable madre de familia. «Yo quiero envejecer así», pensó Carla.

La mujer abrazó a su hijo como si fuera un niño pequeño, le peinó con los dedos, le enderezó la corbata, alisó con las manos las solapas de su chaqueta y le volvió a dar dos sonoros besos en la mejilla.

—Aidan, ¿cómo has podido? —le regañaba cariñosamente—. Casi me caigo de la impresión, mi pequeñín. —Enfatizó esto último pellizcándole en la mejilla. A favor del *pequeñín* había que decir que soportaba con una de sus típicas sonrisas las atenciones de su madre—. ¡Ay, hijo! Casi había perdido las esperanzas. ¡Por fin! Después de lo de esa... Bah, no quiero ni decir su nombre. Mi pequeñín no se merece que le hagan daño.

Carla volvió a taparse la boca para disimular la risa.

Entonces la madre de Aidan le soltó, girándose para mirarla directamente. Carla sintió un nudo en el estómago. Se levantó y esperó.

—¿Es ella? —le preguntó a su hijo y este asintió—. Ven aquí. —La señora Patts se acercó y la abrazó—. Aidan, preséntamela como es debido.

—Mamá, ella es Carla.

Carla percibió cierta duda en la voz de Aidan, que se limitó a meterse las manos en los bolsillos y observar.

—Muy guapa —dijo la señora Patts soltándola—. Ay, pillín, qué calladito te lo tenías. Bueno... —Se sentó junto a Carla—. Contadme, quiero saberlo todo.

—Mamá... No la atosigues.

—No digas bobadas, Aidan, va a ser de la familia. —Se giró para dirigirse a Carla—. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Señora Patts... Esto...

—Merry. Llámame Merry —pidió ella sin perder la sonrisa.

—Mamá, ¿hoy no tenías clases de guitarra? —intentó desviar la conversación.

—Ya veo cómo te preocupas por tu madre... Lo dejé el mes pasado. Bah, me aburría, ahora me he apuntado a clases de equitación. Es más

emocionante.

—¿Y qué opina papá de eso?

—Tu padre es el culpable. Desde que aceptó el puesto de director comercial viaja constantemente, y no sabes lo difícil que me resulta. —Miró a Carla con picardía—. Ya me entiendes.

—Disculpadme un momento. —Aidan sacó su móvil y se apartó para responder.

—Bueno, cielo, cuéntame, ¿cómo os conocisteis? Cuando estuvo en casa el domingo pasado no dijo nada. He llamado a sus hermanas y ellas tampoco estaban al tanto. Venga, cuenta...

—Nos conocemos desde hace tiempo —empezó Carla. No iba a mentir a la madre de Aidan por nada del mundo, era una mujer agradable y no se merecía soportar las tonterías de su hijo.

—Ya, bueno, ¿y? —Merry la animó a continuar—. ¿Cuánto hace que salís juntos?

—Unas... cuatro horas —apuntó con sinceridad y la madre abrió los ojos como platos.

—Tengo que irme. —Él se acercó a la mesa—. Ha surgido un imprevisto y me esperan.

Carla hizo amago de levantarse; saldría con él y luego le diría cuatro cosas bien dichas.

—Quédate aquí conmigo. Que mi hijo vaya a salvar al mundo si quiere, o lo que quiera Dios que haga. Siempre le dije que no se metiera a policía, pero nunca escucha a su madre.

—Yo, bueno...

—¿Tienes algún compromiso?

Carla negó con la cabeza antes de darse cuenta de que esa hubiese sido una buena salida.

—Pues quédate. Así charlaremos un rato —insistió Merry.

—Te veré luego —dijo Aidan.

—¡Aidan!, ¿qué forma es esa de despedirte de tu novia? ¿Es que no te he enseñado nada? ¡Ay, qué chico! Por lo menos dale un beso de despedida. —Tiró de Carla para que se levantara—. ¡Vamos! No seáis tímidos —dijo Merry, sonriente—, si queréis, no miro. —Se tapó los ojos con una mano pero inmediatamente separó los dedos.

Carla se acercó a Aidan con una sonrisa que no presagiaba nada bueno y se plantó frente a él; sus caras estaban a escasos diez centímetros la una de la

otra. Él tomó la iniciativa, se inclinó y la besó en la mejilla.

—Luego hablamos —susurró al oído.

Notó cómo él depositaba algo en su mano disimuladamente. Ella lo agarró y cerró el puño. Al instante se percató de que eran unas llaves.

—¿Pero qué tipo de beso es ese? —los interrumpió Merry.

—Mamá, se supone que no estabas espiando —dijo él pero sin apartar la mirada de Carla.

—Bésala como es debido. Si no, la pobre criatura pensará que no mereces la pena. ¡Señor! —exclamó Merry resoplando.

Bajó la cabeza e instintivamente protegió su entrepierna antes de besarla en los labios. Esperaba un rodillazo, pero no llegó. Ella separó los labios y dejó que la besara. Aceptó esa invitación en el acto, intensificando la presión sobre su boca. No estaba preparado para eso.

—Así está mejor. —Volvió a interrumpirlos Merry.

Él se apartó bruscamente. «Joder con mi madre», pensó a disgusto, «y joder con las emergencias». Se dio la vuelta y se marchó.

Carla se quedó muda, desconcertada, pero al instante se dio cuenta de que se había dejado llevar. Pese a que su cabeza no paraba de buscar formas de torturarle, su boca había respondido. Un beso, un simple beso, y estaba como tonta. No recordaba que la hubiesen besado así antes, con un toque de respeto y una pizca de temor, pero sobre todo con tanta suavidad.

—Es igualito que su padre —Merry llamó su atención—. Ven, siéntate conmigo.

Carla obedeció. Aún notaba el llavero en su puño cerrado y aligeró la presión. Lo guardó en el bolsillo de su pantalón antes de que Merry se diera cuenta e hiciera más preguntas.

Carla salió del restaurante dos horas más tarde sintiéndose bastante mal consigo misma. Por más que insistió, la madre de Aidan no le creía. Merry no dejaba de decir que veía a su hijo diferente, que se le notaba en la mirada, que nunca antes había llevado a una mujer a comer al restaurante de su tía. Y esta, la tía Roberta, que se unió cuando acabó de recoger las mesas, lo confirmaba. Las dos le hablaron de Aidan contando todas sus virtudes, lo inteligente que era, lo bueno que había sido de niño, lo bien que se le daban los estudios... Carla no podía creérselo, así que tras varios intentos por negarlo todo, se dejó llevar.

Tanto Merry como Roberta le cayeron bien desde el principio. Cualquiera otra madre se hubiera mostrado cuanto menos recelosa de que su hijo se presentara con una mujer y que esta resultase ser su prometida, así, de repente. Pero no; ellas, desde el primer segundo, se mostraron entusiasmadas. La madre y la tía de Aidan estaban encantadas con ella. Carla se rio. Hacía mucho tiempo que no se encontraba tan relajada y estaba disfrutando con las anécdotas que le contaban, pero se sentía fuera de lugar. Tarde o temprano se sabría la verdad y le dolía pensar que ellas la tomaran por una especie de buscona.

Mientras caminaba por la calle se dio cuenta de que Aidan era así, alegre, sociable y amable, porque su familia lo era; nada de imposiciones, nada de recriminaciones. Una familia. Aunque sabía que era imposible, le hubiera gustado conocer al famoso Anthony Patts, el padre de Aidan. A Merry se le iluminaban los ojos cada vez que hablaba de él. Sus mismos ojos azules.

Era absurdo, aunque muy tentador, vengarse de su *casero*; él, aun siendo cómplice, lo único que había intentado era hacerla sentir cómoda. Se mostraba paciente con ella y debía admitir que había pasado un buen rato. Tanto que no se acordaba de la noche anterior.

Le debía, al menos, una disculpa. Pero decir «lo siento» le resultaba difícil, nunca lo hacía.

Se detuvo un momento en medio de la acera.

Haría algo por él.

Preguntó a una mujer que paseaba con un perro si había un cajero cerca. La

mujer se lo indicó y fue inmediatamente. Introdujo su tarjeta de crédito y observó su saldo: cuarenta y nueve con veintitrés libras. Hizo una mueca. Pulsó la tecla de sacar dinero.

Con treinta libras tendría que bastar.

Llegó a casa de Aidan hora y media más tarde, abrió la puerta, se dirigió a la cocina y dejó las bolsas de la compra sobre la encimera. Se quedó un poco desubicada al verse rodeada de la cocina más moderna y equipada que hubiera visto nunca.

—Manos a la obra —dijo al cabo de diez minutos de contemplación improductiva.

Con sus escasos recursos tampoco podría obsequiarle con un festín de *gourmet*, pero sí con una buena cena casera. Sonrió para sí; quizás la sorpresa que se llevaría él fuera mayor que si le tendía una especie de trampa para reírse de él. Muchas veces se podía sorprender más al contrario haciendo algo positivo que negativo.

Rebuscó por la cocina hasta que encontró todo lo necesario. Era ultramoderna, pero a juzgar por el estado de algunos recipientes, poco usada. ¡Si algunos utensilios tenían aún la etiqueta con el precio!

Vale, Aidan no era un hombre acostumbrado a comer en casa, así que la sorpresa sería mayor.

Sacó las pechugas de pollo de su envase y empezó a filetearlas, muy finas; después las dejó en un bol regadas con leche para ablandarlas. Troceó los champiñones en láminas y los puso a fuego lento con una cucharadita de buen aceite, hasta dorarlos. Empezó después a salpimentar las pechugas y rebozarlas. Cuando estaban preparadas lo juntó todo en una gran fuente de cristal y lo introdujo en el horno.

De repente oyó una voz y casi le da un síncope. ¡Por el amor de Dios! Cuánta tontería para un simple electrodoméstico... ¡Un horno que hablaba!

Miró el reloj. Eran casi las nueve de la noche. Estupendo. Limpió todo y mientras se horneaba la comida se dirigió a su dormitorio. Tenía tiempo de darse una buena ducha.

—Joder, parezco una ama de casa. Solo me faltan la bata y los rulos. —Las zapatillas rosas sí formaban parte de su ajuar.

Entró en el cuarto de baño y no se creyó lo que veía. ¿Una cenefa de patitos? No quiso analizar su simbolismo. Prefirió entrar en la ducha, bastante precaria. ¿No le había quedado un centavo después de equipar la cocina? Probablemente, así era.

Más relajada tras su baño se puso un chándal, se recogió el pelo con una pinza y fue a la cocina para comprobar el estado de la cena. Todo según lo previsto.

Abrió una botella de vino, no del barato envasado en *tetra brik*, pero seguramente no aparecería en la lista de los mejores caldos.

Tras dar un sorbo se percató de la luz parpadeante del contestador. Alguien había llamado mientras estaba con los patitos en el baño. Su primer impulso fue presionar la tecla de reproducir, pero se frenó. No quería parecer una cotilla. Pero... ¿y si la llamada era para ella?

—Solo hay una forma de saberlo —dijo en voz alta; además, si no borraba el mensaje nadie sabría que lo había escuchado.

«Hola, veo que no has podido resistir la tentación de escuchar mis mensajes.»

—Muy gracioso, Aidan —refunfuñó ella.

«No importa. Bueno, no sé a qué hora llegaré, no me esperes levantada.» Eso último lo dijo con cierto tonito de burla. «Adiós.»

—Ah, muy bien —protestó—. Al menos tienes la cena preparada.

Sacó la fuente del horno y se sirvió una ración.

Estaba acostumbrada a cenar sola. Una noche más, otro día más. La sensación de pesimismo la invadió; vivía de prestado, eso estaba más claro que el agua.

Pero podía salir adelante, ¿no?

Mientras cenaba cogió el periódico gratuito que trajo del supermercado y fue directa a la sección de anuncios clasificados.

Señaló un par de ellos: dependienta en una ferretería o cajera en un supermercado. Nada de camarera, a pesar de haber ofertas de trabajo en ese sector. Ya había tenido suficiente experiencia en el Eternity.

Cuando terminó de cenar estuvo tentada de tirar la comida, enfadada consigo misma por ser tan ilusa. Aidan parecía tonto, pero no lo era. A pesar de ser un bocazas, él tenía la sartén por el mango. «Vives de prestado», se recordó una vez más.

Al final prevaleció la sensatez y tapó la fuente con papel de aluminio.

Alguien golpeó la ventanilla del todoterreno sobresaltando a Aidan y a Luke, que permanecían en el interior vigilando.

Volvieron a golpear la ventanilla. Luke gruñó y bajó el cristal.

—Joder, ya era hora —dijo Luke al compañero que venía a relevarlos—. Tengo el trasero con forma de asiento. —Miró el reloj—. Mierda, son casi las dos de la madrugada. ¿En qué coño estabas pensando, Keller?

—Tuvimos problemas —respondió este—. ¿Ha ocurrido algo interesante?

—No, todo más o menos como siempre —masculló Luke con ganas evidentes de salir de allí.

—Por lo visto Hart se está portando jodidamente bien, así que esto va a ser aburrido a no poder más —informó Aidan.

—Vaya putada, nos toca seguir a un tipo famoso por sus desmadres, sus fiestas subidas de tono, y ahora va y se nos hace un puto monje —protestó Keller.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar —arguyó Luke mirando de reojo a su compañero.

—Sí... Bueno, lo siento, tío —dijo el aludido mirando a Aidan—, sé que tu chica lo estará pasando fatal.

«Menuda mierda de disculpa», pensó Aidan, pero sonrió como si la aceptara. No tenía la menor intención de entrar al trapo con un imbécil como Keller. Podía ser un buen agente, pero tacto, lo que se decía tacto, de eso no gastaba.

Luke arrancó el todoterreno tras intercambiar unas palabras más.

—Ahora empieza lo bueno —le dijo a Aidan una vez que estaban en marcha.

—¿De qué hablas? —inquirió distraído. Era tarde y solo le apetecía regresar a su casa y pillar la cama.

—¿Tienes el casco y una buena coquilla para tus huevos? —Luke se rio con ganas.

—No sé cómo tienes ganas aún de bromear después de la nochecita que hemos pasado —le dijo con fingida calma.

—Hemos apostado, ¿sabes? Tener a Carla bajo el mismo techo puede hacer perder la paciencia al más santo, y hasta tú, chico de oro, tienes un límite.

—Ja, ja, ja —espetó con sarcasmo—. ¿Bianca sabe lo cretino que eres? Porque creo que se merece algo mejor que un tocapelotas cuarentón con pésimo sentido del humor.

—El que se pica... —se guaseó Luke.

—¿Qué tipo de apuesta? —preguntó al cabo de un rato.

—Quién dará primero a quién. Yo he apostado por ella. Lo siento,

compañero... Me caes bien, pero juego sobre seguro. Estoy seguro de que ella es quien lleva los pantalones en casa. —Se rio, él solo, de su broma.

—Tu sentido del humor mejora por momentos —murmuró sin perder la sonrisa—. Acércame hasta mi coche, anda. —Sacó el móvil y empezó a teclear a toda velocidad.

—¿A quién vas a llamar ahora? —le preguntó, burlón—. ¿Tienes toque de queda?

—No. —Sonrió satisfecho. Envío el mensaje y no dijo más, hasta que Luke le dejó junto a su vehículo.

Condujo con más velocidad de la recomendable, pero a esas horas el tráfico era casi inexistente y, además, necesitaba llegar cuanto antes a su apartamento.

Abrió la puerta de su casa y la cerró con cuidado. Por la hora, Carla ya estaría durmiendo. Era extraño; llevaba tanto tiempo viviendo solo que el pensar en la presencia de alguien más en su apartamento le inquietó.

Producto de un impulso le había ofrecido quedarse con él, aun a sabiendas de la alta probabilidad de tener serios enfrentamientos con ella. Echó un vistazo al salón; todo estaba como él lo había dejado. Bien. Hizo una parada técnica en el baño.

Todo en su sitio. Excelente. Le gustaba el orden y no sabía qué clase de persona era Carla; podía ser una de esas mujeres que van dejando un rastro de cosas a su paso o bien alguien medianamente organizada. Deseaba esto último.

Tenía hambre, así que entró en la cocina, se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta. Algo no cuadraba; la cocina estaba ordenada, pero encontró pruebas de que la habían usado. Se fijó en la fuente, tapada con papel de aluminio que había en la encimera.

—No me lo puedo creer —dijo en voz alta cuando vio el contenido.

¿Carla le había dejado la cena hecha?

Imposible, seguramente sería alguno de esos platos precocinados que por desgracia a veces eran su menú diario. Pero al ver los utensilios de cocina en el escurrer platos se dio cuenta de que ella, o alguien, había cocinado. Repentinamente se sintió molesto. No la creía capaz, pero con ella nunca se sabía. Quizás había invitado a algún amiguito... Maldita sea.

Pero tenía hambre, así que calentó la comida en el microondas. Mientras esperaba, inspeccionó el escurrer platos. Era absurdo, pero al ver que solo se había usado un juego de cubiertos, un plato y una copa, se sintió mejor.

—Joder, qué bueno —dijo tras probar el primer bocado.

Se lo comió rápidamente, sin ni tan siquiera sentarse en la mesa. Rara vez cenaba en casa y rara vez alguien le dejaba la comida preparada, exceptuando su madre mientras vivía con ella. Desde que vivía solo, se resignaba a picar cualquier cosa.

Carla le había dejado la cena hecha.

Interesante.

Frustrante. Muy frustrante, joder.

Mientras se desvestía pensó una y otra vez en la bruja que había acogido bajo su techo. *Su prometida*, refunfuñó colgando el traje en la percha para llevarlo a la tintorería.

Se desnudó por completo y se dejó caer en la cama. Agarró el mando a distancia y encendió el televisor, sabiendo de antemano que la programación de madrugada era una mierda. Cambió de canal repetidas veces. Estaba enfadado, no sabía muy bien el motivo, pero lo estaba. Para empezar, el turno de vigilancia junto a Luke resultó una pérdida de tiempo, por no hablar de las constantes pullas a las que había hecho frente con su habitual sentido del humor, pero que a medida que transcurría la noche le resultaba más difícil mantener.

En su cabeza no dejaba de dar vueltas, una y otra vez, a lo que se encontró al llegar a casa. Esa mujer era capaz de sorprenderle; creía conocerla, pero cuando ya tenía una opinión más o menos formada, ella iba y le rompía los esquemas.

¿A santo de qué había hecho eso? Y lo más preocupante, ¿qué pretendía?

Seguro que tenía un motivo. Ese era el quid de la cuestión. Lo peor de todo era que ahora le tocaba a él averiguarlo.

Apagó el televisor, tiró el mando sobre la mesilla de noche, golpeó las almohadas para ponerse cómodo y dio un par de vueltas, pero nada, una y otra vez pensaba en ella. Maldita sea, debía dormir y descansar.

Miró de reojo la hora en el despertador de la mesilla y suspiró; iba a resultar una noche muy larga. Pensó en levantarse e ir a la cocina, tomarse algo e intentar relajarse, pero la idea la descartó, pues la causa de su falta de sueño estaba más que clara: demasiada tensión, y conociéndose sólo había una forma de descargarla. Era de locos, vale que llevaba más de tres semanas sin acostarse con ninguna mujer, pero no era la primera vez que pasaba por

eso. En ocasiones similares el cansancio le dejaba para el arrastre y con un único objetivo: recuperar fuerzas. Sin embargo, parecía que su cuerpo no atendía a razones y en especial su polla, pues estaba empalmado.

Suspiró en la oscuridad, tumbado boca arriba. El silencio era absoluto y había cerrado la puerta, por lo que sólo le quedaba una cosa por hacer. Con resignación se rascó el estómago intentando hacer una lista mental de las tareas pendientes en su trabajo, en la casa..., en cualquier cosa que le distrajera, pero no hubo manera. Se agarró la polla con la mano derecha y empezó a acariciarse, despacio al principio, pero poco a poco fue moviendo la mano con más velocidad. No era algo que hiciera a menudo, pero bueno, era por pura necesidad. Cerró los ojos recreando una fantasía; se acordó de Hannah, su primera novia en el instituto, con la que nunca llegó a hacerlo, no por falta de ganas, sino por la negativa de ella. Esa era una buena fantasía: pensar en Hannah, en cómo sería ahora, en cómo sería montárselo con ella. Su mano iba ganando velocidad, estaba cerca; se concentró en la recreación, pero para su disgusto quien envolvía su erección era Carla, arrodillada frente a él, mirándole pícaramente y susurrándole palabras de ánimo. Provocándole, jugando con sus manos, con sus labios sobre su polla, mordisqueándole, lamiéndole hasta que explotó.

—Maldita sea —dijo en voz alta al sentir sobre su estómago el chorro de semen caliente.

Se movió con cuidado hasta abrir el cajón de la mesita de noche y sacar un pañuelo de papel para limpiarse.

Debería sentirse mejor, pero no era así. Se había masturbado pensando en Carla. Algo no iba bien.

Golpeó con rabia las almohadas... Esa mujer se le había colado hasta en sus fantasías.

Carla se despertó y se estiró entre las sábanas. ¿Cuánto hacía que no dormía así? La cama era muy cómoda, no como la suya. De hecho, podía llegar a acostumbrarse a no tener ningún muelle asesino clavándose en su espalda. Tras unos minutos mirando el techo, decidió levantarse, pues la naturaleza la reclamaba. Así que se incorporó, se recogió el pelo en una coleta mientras se calzaba sus zapatillas rosas y fue en dirección al baño.

Entró rápido y cerró la puerta con pestillo; no quería interrupciones. Se sentó tranquilamente y entonces se dio cuenta, demasiado tarde, de tres cosas: no estaba sola, no podía parar el curso de la naturaleza y no tenía nada para taparse.

Aidan estaba tras la mampara de la ducha, de espaldas, completamente desnudo. «¿Esperabas que se duchara vestido, pedazo de idiota?», se recriminó para sus adentros. Con el ruido del agua seguramente él no la había oído, porque seguía a lo suyo.

De repente se dio la vuelta y ella se quedó clavada en el sitio, con las bragas negras en las rodillas y sin saber qué hacer o decir. Pero, cielo santo, ¿cómo perderse esa magnífica vista? Ahora tenía ante sus ojos un espléndido catálogo de músculos y piel húmeda. Ninguna mujer sería inmune a un espécimen masculino de aquel calibre...

—Buenos días.

Ella parpadeó.

Tierra llamando a Carla, Tierra llamando a Carla...

Aidan sonrió y sacó una mano para coger una toalla, salió de la ducha y se la enroscó en la cintura, privándola de terminar su examen visual.

«Los buenos momentos son breves», pensó ella con amargura.

—Por cierto, bonitas bragas —dijo él agarrando otra toalla y secándose el pelo con energía.

Eso le permitió levantarse y colocárselas en su sitio, al tiempo que se hacía unas cuantas notas mentales:

«Uno: antes de entrar en el cuarto de baño, asegúrate de que está disponible.

Dos: no salgas de la habitación en bragas y camiseta.

Tres: deja de mirarle y comértelo con los ojos, que va a darse cuenta».

—Esto... Iré a preparar el desayuno —balbuceó.

—Vale. —Aidan tiró la toalla con la que se había secado el pelo y sacó sus útiles de afeitar.

Carla tiró de la manilla, pero la puerta no se abría, así que volvió a intentarlo.

—Maldita sea —protestó—. ¡Ábrete, joder! —Tiró con fuerza.

Aidan miró a través del espejo cómo ella se peleaba con la puerta, y cómo en cada movimiento meneaba su trasero. La dejaría forcejear un rato más, hasta advertirle que primero debía quitar el pestillo. Extendió el gel de afeitar sin quitar un ojo de su trasero enfundado en las minúsculas bragas negras, pero la alegría le duró apenas medio minuto al darse cuenta de que una parte de su cuerpo chocaba con el borde del lavabo.

—¿Qué haces? —preguntó ella con un gritito infantil al sentir el cuerpo de él a su espalda y cómo un brazo pasaba junto a su oreja.

—Esto. —Aidan quitó el pestillo—. Prueba ahora.

Carla giró el pomo y comprobó aliviada que la puerta se abría, pero parecía que alguien le había pegado los pies al suelo. Se quedó inmóvil, sintiendo el calor y la humedad del cuerpo de Aidan a su espalda. Maldijo en silencio y reaccionó, aunque no de la forma en que ella quería, pues sintió cómo la humedad no solo provenía del cuerpo de él, sino también del suyo propio.

Si quería salir de allí, indemne y sin hacer ninguna estupidez del tipo lanzarse encima de él y mandar al cuerno las consecuencias, debía apartarle para pedir que abriera completamente la puerta y salir. Pero Aidan permanecía allí, ahogándola, excitándola y mortificándola.

¿Qué demonios le estaba pasando?

Era una mujer que aceptaba sus necesidades y no se arrepentía de eso; si no encontraba un compañero de cama aceptable (como por desgracia venía ocurriendo últimamente), no ponía reparos en satisfacerse a sí misma. Había invertido una gran cantidad de dinero en juguetes eróticos. Entonces... ¿por qué su sola presencia la excitaba?

«Sal de aquí, ahora mismo», se ordenó.

—Si me permites... —consiguió decir sin girarse, pues no quería que esos ojos azules la hicieran aún más vulnerable.

Él dio un paso atrás.

—Espera un momento.

—¿Qué?

—Te he manchado sin querer —explicó él.

Aidan pasó la mano por su sien, donde le había dejado gel de afeitarse.

—No importa —refunfuñó Carla y se escabulló. Como la cobarde que nunca había sido.

Aidan cerró la puerta, apoyó la frente en la madera e hizo un par de respiraciones profundas; su vista enfocó el bulto que sobresalía de la toalla.

«Maldita sea».

Ya sabía que invitarla a vivir con él iba a traerle complicaciones, pero no de aquel tipo. Esperaba discusiones, malas respuestas, enfados, peleas, salidas de tono, enredos verbales..., pero no una excitación constante.

Y mientras él divagaba, Carla entró en su habitación y buscó en su bolsa de viaje algo con lo que cubrirse, a ser posible lo suficientemente anodino como para sentirse poco femenina.

—Esto puede valer —murmuró al sacar un chándal azul marino. Pero después lo descartó, ya que tenía que acudir a dos entrevistas de trabajo.

Se desnudó y empezó a vestirse. Se cambió de ropa interior, dejando a un lado la sucia, lo cual representaba otro problema: no tenía dinero para permitirse una lavandería, así que tendría que hacerlo ella misma; sin que él se enterase, claro estaba.

Una vez vestida con un pantalón negro un pelín apretado, pero que combinaba con todo, y una camiseta, se miró en el espejo. Demasiado ajustado para una entrevista, pero tendría que valer. Además, con la cazadora de piel podría disimular. Hizo la cama, abrió la ventana para ventilar el cuarto y se fue a la cocina.

Por allí no había ni rastro de Aidan. Mejor. Supuso que hacer café no tendría que suponerle mayor problema. Mientras esperaba a que la cafetera terminase, vio los restos de la cena que le dejó preparada. Sí que tenía buen saque, sí, a juzgar por cómo había limpiado la fuente.

Se sirvió mientras echaba un vistazo al periódico del día anterior, en el que marcó las dos ofertas de trabajo. Dio pequeños sorbos a la bebida mientras repasaba los anuncios clasificados, por si pasó alguno interesante por alto.

No hubo suerte.

—¿Ya está el café? —preguntó Aidan entrando en la cocina.

Ella le miró por encima del borde de su taza. Cielo santo... Recién afeitado, con su pelo perfectamente peinado y aquel traje (para alegrarle la vista, todavía no se había puesto la chaqueta), estaba para hacerle unas cuantas proposiciones indecentes. Era para agarrarle por la corbata, atraerlo hacia ella

y, sin más, abrir las piernas indicándole el camino...

—Sí —respondió entre dientes. Si decía algo más, su libido podría traicionarla.

Se apartó para dejar que se sirviera mientras ella intentaba leer, sin éxito, y dejar de mirarle.

—¿Solo vas a tomar eso?

Genial. Él quería entablar conversación, lógico por otro lado, pero lo que ella tenía ahora mismo en la cabeza no era apropiado para una inocente conversación matutina. Así que se encogió de hombros y fingió no prestarle atención.

Aidan abrió uno de los armarios y sacó el pan de molde; sin preguntarle puso dos rebanadas en el tostador, dándole a ella una magnífica panorámica de su trasero.

Carla se atragantó con el café.

—¿Estás bien? —preguntó él mirándola con curiosidad.

—Sí.

«Deja de sonreír, maldito cretino, y lárgate», rumió para sus adentros.

Él puso las dos tostadas en un plato, abrió el frigorífico y sacó un frasco de mermelada. Tras untar las dos rebanas, le ofreció una.

—Toma, necesitas un buen desayuno.

—Gracias, pero no. Con esto —levantó su taza— me basta.

—Eso no es suficiente. Come una —insistió—. La mermelada es casera, la prepara mi madre. Apuesto a que no has probado nunca una así.

—Bueno... —refunfuñó, pero cuando dio el primer mordisco se dio cuenta de que él no mentía.

—Por cierto, ¿te sabes ese de *quién me ha pintado el caballo de rosa*?

Ella volvió a atragantarse. No soportaba sus malditos chistes, no tenían puta gracia.

—No, y no me lo cuentes —le advirtió ella.

—¡Es muy gracioso! Verás, entra un vaquero en el *saloon*, un tipo duro, y grita: *¿Quién me ha pintado el caballo de rosa?* Como nadie le responde, se acerca al pianista para que deje de tocar y vuelve a gritar: *¿Quién me ha pintado el caballo de rosa?* Esta vez con voz mucho más amenazante.

—Aidan, por favor... —gimió ella aguantándose para no ponerle la tostada de sombrero.

—Entonces —prosiguió él como si nada— el vaquero, cabreado porque nadie le responde, amenaza con sacar su revólver y de repente aparece el tipo

más grande que te puedas imaginar y le dice: *He sido yo, ¿qué pasa?* Y el vaquero, acojonado, dice con un hilo de voz: *Nada, nada. Que necesita otra manita.*

Carla inspiró para tranquilizarse. Vaya tortura.

Menos mal que Aidan, después de aguarle la mañana con su inexistente sentido del humor, optó por no seguir castigando sus oídos.

Desayunaron en silencio. Carla le miraba de reojo y no le pasó por alto que él hacía lo mismo. Cuando acabó, dejó las cosas en el fregadero.

—¿Qué planes tienes hoy? —preguntó él.

—¿Tengo que informar de mis movimientos?

—No, por supuesto que no. Era una simple pregunta. Además, ayer te dije que teníamos que hacer la compra, pero estoy bastante liado. —Sacó la cartera—. Así que te agradecería si pudieras ocuparte tú de ello.

—Alto ahí. —Levantó la mano—. Si quieres que me ocupe de llenarte la nevera, lo haré, pero no vas a pagar mis gastos.

—No seas ridícula. Estás en mi casa.

—No sigas por ese camino —le advirtió—, y hazme una lista de lo que quieres.

—Está bien. —Suspiró resignado y empezó a escribir en un bloc que había junto al teléfono—. Aquí tienes. —Sacó dinero de la cartera y se lo dejó sobre la encimera—. Puedes pedir que lo entreguen a domicilio.

—Como quieras —dijo guardándose la nota junto con el dinero en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

Mierda. ¿Podía dejar de ser tan amable?

—No, puedo apañármelas.

—Vale.

Aidan le sonrió y abandonó la cocina. Ella, aunque esperó unos instantes antes de marcharse, salió y se tropezó con el policía, quien no tardó en comentar:

—Antes de que se me olvide, gracias por la cena.

Y antes de que Carla abriera la boca le estampó un beso rápido en los labios, se giró y se fue en dirección a la puerta, dejándola allí, plantada pero con unas ganas terribles de darle una buena patada en... la espinilla.

Por si acaso. Nunca se sabía.

—Pero mira quién ha llegado, el representante de la ONG Patts sin fronteras... —exclamó Luke,

—Deja de hacer el ganso.

—Y tú deja de enviar mensajes a mi mujer diciéndole que se divorcie de mí.

—Pues deja de tocarme los huevos. ¿Qué tenemos hoy?

—Uy, uy... —Luke seguía con su tono burlón—. ¿Problemas en tu nidito de amor? Espera, no me lo digas... —Hizo una pausa como si meditara—. ¿Te ha echado sal en el café? O mejor aún, ¿ha usado tu maquinilla de afeitar? —Señaló un corte que Aidan tenía en la barbilla—. Joder, tío, por lo menos has sobrevivido. Que no es poco.

—¿Has terminado ya? —inquirió sin perder la sonrisa.

—Pues no. Ya había comprado flores para llevártelas al hospital.

—Ja, ja, mira cómo me río.

—*Humm...*

—*Humm*, ¿qué? Venga, dilo y empecemos a trabajar.

—Te ha comido el coco. Lo estoy viendo. ¿Se ha paseado delante de ti en ropa interior?

—Cabrón... —dijo entre dientes.

Pero Luke le entendió perfectamente y estalló en carcajadas.

—Amigo mío... —Se acercó a él y le palmeó la espalda—. Estás cogido por los huevos.

—¿Como tú?

—Puede ser, pero hay una diferencia: a mí me gusta y disfruto con ello, y no sé por qué me da que no es tu caso.

—Agradezco enormemente tu interés, pero no, no es el caso —arguyó tan relajado como pudo, pues la sola mención de Carla en ropa interior le causaba serios problemas—. Ahora, ¿hemos acabado las confidencias? Porque si no es así, te recuerdo que estamos aquí para trabajar.

—De momento lo dejaremos aquí, pero te recuerdo que tengo mis fuentes de información fidedignas...

Carla salió de la entrevista de trabajo en la ferretería bastante enfadada. Sí, había conseguido el empleo, pero a costa de soportar unas cuantas insinuaciones por parte del encargado. ¿Cuándo iba a acabar aquello? Estaba claro que tenía que llegar un momento en que todo en la vida de una se derrumba, pero... ¿no podía ir por etapas? Por lo visto, no. ¿Es que su racha de mala suerte no iba a acabarse? ¿O acaso estaba asistiendo al derrumbe de su vida?

Mientras caminaba por la acera, no dejaba de recriminarse su comportamiento de los últimos años. «Inconsciente»; esa era la palabra que lo describía a la perfección, así que ahora tocaba recoger los restos y aguantar el temporal viviendo de prestado, incluyendo el dinero que llevaba en el bolsillo.

—¡Joder! —exclamó al darse cuenta.

Entre divagación y divagación se había olvidado de la compra, así que tendría que apañárselas.

«Maldito Aidan», pensó con rencor. Si por lo menos fuera de prepotente o arrogante podría enfrentarse a él, pero no. El niño era amable hasta la médula...

Algo vibró en su bolso. Rebuscó entre sus pertenencias hasta que encontró el móvil, y al echar un vistazo a la pantalla reconoció el número.

—Dime.

—Hola, cielo. ¿Dónde estás?

—De camino al supermercado. ¿Y tú?

—Por hoy he terminado mis clases. Estoy libre, si te apetece comemos juntas.

Carla hizo una mueca; la apetecía muchísimo pasar un buen rato con Bianca, pero no podía permitirse comer fuera de casa.

—Bueno... Pero tendrá que ser en el local de Roy.

El bar de Roy era el lugar de encuentro de muchos estudiantes que siempre andaban cortos de dinero, por lo que los menús eran más que económicos.

—*Humm*, vale. Nos vemos en media hora.

Bianca no había puesto ninguna objeción, pues conocía perfectamente el

local por haber comido allí en algunas ocasiones en las que ambas andaban mal de pasta. . Pese a que ahora a ella le iban bien las cosas y tenía un buen trabajo como educadora especial, así Carla no tenía que explicarse.

Fue esta la llegó primero y pidió una mesa. Roy, quien la trató como a una cliente de toda la vida, le preparó una al instante.

—Hace tiempo que no te veía por aquí —dijo el dueño del bar sonriéndole al verla de nuevo.

—Ya ves. —Se encogió de hombros. No estaba de humor como para entablar una conversación.

—¿Vas a comer sola?

—No. Pon dos cubiertos. —Carla era plenamente consciente de lo seco de sus respuestas y de lo descortés de su comportamiento; no obstante, terminó por esforzarse y hablar con él de cualquier tema insustancial, mientras esperaba la llegada de su amiga.

Poco después Bianca hizo aparición, momento que Roy aprovechó para retirarse.

—Hola, siento llegar tarde —se disculpó ella; se dieron dos besos.

—No importa, tampoco tengo otra cosa que hacer. —Carla quiso decirlo despreocupadamente, pero Bianca notó cierto tono amargo en su voz.

—Bueno, y ¿cómo te van las cosas? Hace tiempo que no hablamos.

—De puta madre, no podrían ir mejor —contestó con ironía.

—Conmigo no tienes por qué fingir. Vamos, suéltalo.

—¿Tu marido, el señor machote, te ha instruido para arrancar confesiones?

—Deja a Luke en paz. —Sus ojos brillaron—. Y antes de que digas nada, debes saber que se está implicando junto con Aidan en la investigación de lo que te ocurrió.

—Es su trabajo.

—No seas cínica, por favor.

Ambas se quedaron en silencio mientras estudiaban la carta. Hicieron sus pedidos. Hasta que no estuvieron servidas no volvieron a hablar.

—Sé que no te gusta que me meta en tus cosas, pero, cielo... —Bianca se inclinó hacia delante y le cogió una mano—. Estoy preocupada y enfadada contigo. Creía que éramos amigas. Antes hablábamos de todo, y ahora...

—Lo sé, y lo siento de verdad. Las cosas se han desmadrado un poco.

—¿Por qué no me contaste que tenías problemas?

—Bianca, tú tienes tu vida, yo saldré adelante.

—¡Te atacaron! Eso no es ninguna tontería, y por si fuera poco me entero,

y no por ti, de que te echan del apartamento.

—Ese bocazas...

—No te metas con Aidan. Es un buen tío, no sé por qué siempre le has tenido en el punto de mira. Podría haberse limitado a su trabajo, pero..., y aun no me lo explico, se preocupa por ti. No me mires con esa cara, sabes que es verdad.

—No tengo nada en contra de él, es simplemente que... —Se detuvo; Bianca tenía razón—. Bueno, que no congeniamos y punto.

—Ya, pero ahora estás viviendo con él.

—En su casa, que no es lo mismo, y de forma temporal, que conste. En cuando pueda, me largo.

—Mira que eres cabezota... Espero que sepas comportarte, Aidan no se merece que le vuelvas loco.

—¿Desde cuándo eres su más ardiente defensora?

—Siempre me ha caído bien.

—Pues tu marido no opina lo mismo.

—Luke le aprecia más de lo que deja entrever, pero eso no viene al caso. ¿Vas a portarte bien?

—A lo mejor. —Se encogió de hombros—. ¿Qué? —preguntó al ver la cara que ponía Bianca. Entonces sacó la lista de la compra—. ¿Ves esto? Tengo que encargarme de llenarle la nevera. ¿Es suficiente buen comportamiento? ¿O también debo lavarle la ropa interior a mano?

—Puede.

—¿Y qué más tengo que hacerle?

—¿De verdad te vas a encargar tú de eso?

—Pues sí. Y para que lo sepas, aún no he discutido con él.

—Mierda... Había apostado a que antes de una semana los dos os tirabais los trastos a la cabeza.

—¿Cómo dices?

—Es que... —Bianca se mordió el labio.

—¿No confías en mí, verdad? Piensas que le voy a hacer la vida imposible. ¿No es cierto? —Miró la hora—. Soy lo suficientemente mayorcita como para saber cómo comportarme. —Sacó con brusquedad dinero del bolso para pagar la cuenta y se puso en pie—. Y ahora me voy. Tengo que hacer la compra del señorito —dijo con rintintín.

—Te acompaño, eso tengo que verlo —consiguió decir Bianca entre risas.

Llegaron al supermercado veinte minutos más tarde. Carla miraba

enfadada a su amiga. ¿Qué concepto tenía todo el mundo de ella? ¡Por el amor de Dios! Bianca la seguía y observaba cómo ella iba buscando los productos que se mencionaban en la lista.

—Ahí pone que quiere cerveza de importación —indicó Bianca.

—Sé leer, pero... ¿te has fijado en el precio? Estas —levantó un paquete de seis latas de cerveza de una marca que no la conocían ni en su casa— son más baratas y para el caso es lo mismo. —Carla siguió echando cosas en el carro atendiendo más o menos a las indicaciones de Aidan; iba a agradecerle que le ahorrara dinero. Cuando acabó, se dirigió a la caja.

—¿Tienes todo?

—*Hummm...* —Carla hizo un repaso rápido—. Sí.

—¿No te olvidas de algo?

—No, ¿por qué?

Bianca la arrastró hasta la sección de parafarmacia y señaló las cajas de condones. Después se rio y Carla bufó.

—Ya es mayorcito para ocuparse él solo.

—Bueno, siempre puede haber una emergencia... Ya sabes. —Le dio un empujoncito.

—No digas bobadas. ¿Aidan? Bah. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Antes las ranas crían pelo.

—¿Estás ciega? Un tipo así no creo que tenga muchos problemas para ligar. ¿Le has mirado bien?

«Y tanto», pensó Carla haciendo una mueca. A su mente vinieron las imágenes del baño y sintió un pequeño escalofrío.

—Pues si tanto te gusta, para ti, aunque me encantaría conocer la opinión de tu marido al respecto. ¿Sabe que babeas por su compañero? —preguntó Carla con la intención de meter cizaña y de paso dejar el tema.

—Estoy casada, pero eso no me impide ver un milagro de la madre naturaleza. —Cogió una caja de condones y la echó al carro—. Por si acaso.

—¿Por si acaso, qué? —Carla volvió a dejarla en el estante.

—Nunca está de más ser precavida, ya me entiendes...

—No, no te entiendo, y vámonos.

—¡Ay, qué sosa eres últimamente! —se rio Bianca.

—Pues si tanto los quieres, para ti —Carla agarró el paquete y se lo dio a su amiga—. Ahora, déjame en paz.

—¿Y qué pasaría si una noche... —Bianca jugueteó con la caja de condones— os ponéis los dos un poco... tontos y no tenéis nada a mano?

—¿Qué?!

—No pongas esa cara de mosquita muerta.

—Vamos a ver si dejamos una cosa clara —dijo Carla, irritada—. A mí no me gusta Aidan y yo no le gusto a él, así que es imposible. No hay dos personas más opuestas en todo el planeta. ¿Entiendes?

—Ya sabes lo que dicen: los polos opuestos se atraen —aseveró Bianca y se echó a reír ante la cara irritada de Carla.

—Vámonos antes de que nos echen —refunfuñó y empujó el carrito. Iba tan ofuscada que no se dio cuenta de que Bianca había deslizado junto a la compra el dichoso paquete de condones.

Carla discutió con un encargado sobre el importe que pensaban cobrar por llevar el pedido a casa, pero al final tuvo que aceptar a regañadientes, pues no podía llevarlo ella misma por sus propios medios. Eso sí, consiguió que hicieran el reparto esa misma tarde.

Cuando llegó a casa, vio un montón de cajas apiladas junto a la puerta. No dijo nada, no era asunto suyo si Aidan decidía cambiar las cosas de sitio o no.

Dejó el bolso en su habitación, se quitó la ropa y se puso un viejo chándal azul para estar cómoda. Con las tonterías de Bianca se había pasado toda la tarde por ahí. Bueno, tampoco venía mal distraerse. Se dirigió a la cocina.

—Hola —saludó Aidan sin levantar la vista de su portátil.

Estaba allí sentado, concentrado en la pantalla, pero eso no fue lo que le llamó la atención. Aidan no llevaba uno de sus trajes de diseño, sino que estaba en vaqueros y con una camiseta, de esas que tenían quinientos mil lavados y un aspecto asqueroso; incluso se notaba que las mangas estaban recortadas a tijeretazo limpio.

—Hola —respondió ella mirando cómo se le marcaban los músculos de los brazos. A cualquier otro con esa ropa le podrían detener por mendigo, y a Aidan también, pero por escándalo. ¿Cómo podía estar tan sexy con esa facha?—. ¿Qué haces tan pronto en casa?

Él despegó la vista de su ordenador y arqueó una ceja.

—Vivo aquí —explicó con una sonrisa y un tono divertido—. Hoy terminé antes y tengo algunos proyectos atrasados. —Señaló el ordenador—. Estoy diseñando una web para unos amigos. Es una tienda virtual de complementos para mascotas.

—¿Diseñas páginas web? —preguntó sorprendida.

—Sí. En mi tiempo libre. —Volvió a concentrarse en su ordenador.

La cocina se quedó en silencio. Carla no sabía qué decir o hacer; estaba allí

parada, apoyada en la encimera, mirándole como una boba. Él debió de darse cuenta, pues levantó la mirada un instante y le sonrió. No tenía ni la más remota idea de que le gustase la informática, pero, al fin y al cabo, ¿qué sabía de él?

El *ring* de la puerta la sacó del trance.

—Serán los del supermercado. No te levantes, ya me encargo yo.

Salió disparada de la cocina, contenta por tener un motivo para escabullirse.

El repartidor entró con ella y la ayudó a dejar las cosas sobre la encimera. Ahora tenía algo que hacer sin parecer una idiota contemplándole; además, podía hablar con él de un tema inocuo.

Empezó a sacar la compra de las bolsas. No sabía muy bien dónde debía colocar cada cosa, pero bueno, era cuestión de lógica.

Aidan la observaba de reojo; cada vez que se agachaba, la cinturilla elástica del pantalón bajaba lo suficiente como para dejarle ver la tira roja de un tanga.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó. Si seguía moviéndose por la cocina le iba a dar un infarto, como poco.

—No, ya me las apaño.

Y tanto que se las apañaba... Para alcanzar los estantes superiores se estiraba de tal forma que dejaba ver su ombligo. «La madre que la parió», rumió. Llevaba un *piercing*. Aidan se levantó, decidido a acabar con aquella tortura. Se acercó a ella y empezó a coger los envases; conocía perfectamente la distribución de la cocina, así que colocar la compra él mismo iba a ser más rápido y sensato para su dolor de huevos.

Carla agarró un envase de detergente y se agachó para guardarlo debajo del fregadero, quedando a sus pies. Una idea cruzó a toda velocidad por su cerebro. Cielo santo, ella estaba en la postura perfecta para una buena mamada. Cualquier hombre con un nivel aceptable de testosterona, en su caso acumulada en una parte de su anatomía, pensaría lo mismo. Ella le estaba provocando; la conversación, con una advertencia implícita, que había mantenido con Luke por la mañana quizás le estaba sugestionando y no era más que una mala pasada de su imaginación. ¡Qué narices! Era mejor pedir perdón que pedir permiso, así que dio un paso adelante, con lo que su entrepierna quedó a la altura de los ojos de ella. Carla tenía que darse cuenta.

—¡Ay! —se quejó cuando ella, que al parecer no se percató de su cercanía, se movió para incorporarse y su hombro le golpeó. Echó un paso atrás como

si hubiera metido la mano en el fuego.

—Perdona —dijo sin mirarle.

Maldita sea. O era muy tonta, o se hacía muy bien la tonta; para su desgracia, no tenía forma de averiguarlo. Aunque el buen juicio dictaba apartarse y dejarse de experimentos, su cuerpo reaccionó de otra forma. Agarró unas latas de conservas. Como las guardaba en uno de los armarios, esperó a que ella se situara junto a estos, se colocó tras ella levantando el brazo y la rozó para dejarla en su sitio.

Carla ladeó la cabeza evitando su contacto. No era idiota. Hizo como si nada y cerró la puerta, estirando más de lo necesario el brazo. Ella se apartó y se giró para quedar cara a cara.

—Creo que tu cocina es demasiado grande como para que tropecemos, ¿no te parece? —le dijo fulminándole con la mirada.

Aidan sonrió poniendo cara de niño travieso, pero ella no se lo tragó.

—Los armarios son demasiado altos y tú no llegas —explicó tranquilamente. Y con las mismas se fue a seguir ordenando cosas.

«Este es de los que tiran la piedra y escoden la mano», pensó ella. Pero ese breve contacto la encendió. Joder, Aidan ya podría ser de esos tíos delgaduchos a los que los vaqueros de cintura baja les sentaban como una patada en el culo, pero no. Para su desgracia, le iban como un guante. ¡Y esa camiseta! ¡Por Dios!

«Concéntrate y sigue con lo tuyo, chica, o aquí se va a liar una gorda». Maldita Bianca, por su culpa estaba pensando en lo que no debía. Abrió la última bolsa y se quedó helada. La cerró violentamente intentando disimular su contenido.

Por primera vez en su vida tenía que esconder los condones.

«Quién me ha visto y quién me ve», pensó molesta.

—¿Muerde? —preguntó él al ver cómo agarraba la bolsa.

—Esto... No —titubeó.

Aidan se apoyó en la encimera y la miró, cruzándose de brazos. ¿Por qué ella tenía esa expresión culpable?

—No pasa nada si has comprado algún artículo de uso personal. Somos adultos, ¿no crees?

«Cretino».

Mataría a Bianca, lenta y dolorosamente.

—¿Algo de uso femenino, quizás? —indagó y se rio—. Venga, que tengo dos hermanas. Puedes sacarlo con toda confianza. —Se incorporó lentamente

y avanzó un paso. Ella no se movió—. Dame la bolsa, vas a aplastar el cartón de leche.

—¿Qué? —Miró la bolsa y vio que efectivamente así era—. Toma. — Metió la mano intentando sacarlo rápidamente y quedarse con el resto, lo cual resultaba difícil, así que al final la bolsa acabó en el suelo.

Aidan estuvo más rápido de reflejos y se agachó para recogerla. La abrió, y con toda la parsimonia del mundo dejó el *brick* de leche sobre la encimera. Carla alargó la mano para arrebatársela, pero él la escondió tras de sí.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—Dámelo —farfulló.

—No sabía que eras tan vergonzosa.

«Deja de reírte o te rompo los dientes».

Aidan se deshizo de la bolsa de plástico y se la dio, quedándose con una pequeña caja rectangular entre las manos. La miró arqueando una ceja. Joder, valía la pena torturarla un poco... La expresión de Carla no tenía precio.

—¿Quieres explicarme para qué quieres esto? —preguntó fingiendo seriedad.

—Me parece que ya eres mayorcito para saberlo, ¿no? Uy, espera, que en el instituto aún no os han hablado del sexo seguro —le espetó con sorna.

—Veinticuatro... *Uumm*, ¿no eres un poco pretenciosa?

—No son míos.

—Ya —dijo pasándose el paquete de condones de una mano a otra.

—Quizás sean... del repartidor. Sí, eso. Seguramente se le han caído mientras preparaba el pedido.

«¿Pero qué tonterías estás diciendo, Carla?», se recriminó para sus adentros.

—Cariño, ese chico no tendrá más de dieciocho años, y a esa edad puede que tenga toda la resistencia del mundo, pero veo muy difícil que encuentre a alguien tan disponible. Por no hablar de que seguramente llevará uno en la cartera, y si consigue utilizarlo se considerará muy afortunado.

—¿Hablas por experiencia propia? —Ese comentario le hizo reír a carcajadas—. Quédatelos, aunque debo recordarte que tienen fecha de caducidad.

Aidan siguió riéndose; lanzó el paquete a Carla, que lo atrapó en el aire, y se sentó de nuevo frente a su ordenador.

—Hoy no hace falta que cocines —dijo al cabo de unos minutos, distraído, sin apartar la vista de la pantalla—. He pasado por el restaurante de mi tía y

he traído la cena.

—Pues qué bien —saltó sin entusiasmo.

Cuando Carla regresó a la cocina una hora más tarde, él seguía trabajando en su ordenador, así que decidió que era mejor mantener las formas. Difícil, pero no imposible.

—Enseguida acabo —dijo él sin mirarla.

Ella empezó a sacar la comida del frigorífico y a calentarla en el microondas; no pudo evitar echar un vistazo por encima de su hombro y ver en qué estaba tan concentrado. Mientras esperaba a que acabase, se apoyó en la encimera detrás de él. Carla odiaba que le hicieran eso, pero Aidan se lo había ganado a pulso tocándole las narices.

—¿Qué te parece? —preguntó él ladeando su cuerpo para que ella viese mejor. Había notado su presencia al instante.

Miró la pantalla, sobre todo por evitar mirarle a él, aunque por desgracia al inclinarse le llegó su olor. Desde la noche de la agresión, cuando él la abrazó, ese perfume había quedado almacenado en su memoria y para su bochorno no evocaba recuerdos desagradables, sino todo lo contrario.

—Está muy bien —dijo con sinceridad—, has colocado los enlaces bien visibles, para que el visitante no tenga que preguntarse dónde tiene que pinchar si quiere acceder a los contenidos. Y el logo de la tienda, sombreando toda la página, es muy buena idea, así se sabe en todo momento dónde se está. Pero esta foto.... —Negó con la cabeza—. Esta foto tiene muy mala definición. ¿Está escaneada? —Aidan asintió—. Pues yo tomaría las fotos y las descargaría directamente desde la cámara digital, así podrían retocarse con mayor facilidad y además ajustar mejor el tamaño.

Él la miró con incredulidad..

—No sabía que entendieras de esto.

—¿Qué pasa? ¿Tengo cara de ignorante? —le respondió Carla, cortante.

—No, no he querido decir eso —se disculpó—. Simplemente, me sorprende.

—¿Por qué? Ah, claro, soy una pobre chica con escasos recursos, y por ende sin conocimientos, ¿no? Vete a la mierda. —Se apartó de él.

Aidan cerró su ordenador y se levantó para situarse frente a ella, quien se había alejado hasta la otra punta de la cocina. Estaba enfadada y eso no le gustó nada.

—Carla... —Puso un dedo bajo su mentón y la obligó a mirarle—. Yo no he dicho que tengas cara de ignorante, no podrías serlo aunque quisieras,

siento haberme explicado mal. Quizás basándome en lo que la mayoría de la gente sabe de Internet he hecho suposiciones equivocadas, pero en ningún momento, créeme, he querido insinuar que tú fueras una de ellas.

Ella le miraba atentamente, perdida en la intensidad de su mirada azul, preguntándose si estaba siendo sincero. No sabía por qué se había puesto a la defensiva con él. Cualquiera otro que hubiera hecho un comentario similar se encontraría con una respuesta mordaz. Preguntándose por qué le afectaba tanto. Aidan estaba allí de pie, ahogándola con su mera presencia. Era la primera vez que le oía hablar de ese modo, sin medias sonrisas, sin esa expresión de burla. Había hablado con suavidad, con respeto, pero sobre todo con sinceridad.

—¿Cenamos? —inquirió ella al oír el *gong* del microondas.

La tentación de tocarla, de besarla, era una razón muy poderosa para mandar a paseo la cena, por mucho que se hubiera esmerado su tía Roberta. Una leve inclinación y podría tocar esos labios con los suyos propios. ¡Cómo lo deseaba! Y eso era quedarse corto.

—Vale... —Dio un paso atrás, separándose de ella; consciente de que cada vez iba a ser más difícil contenerse.

—Ha venido la abogada de Greg Hart.

—Pues qué bien —dijo Aidan mientras miraba el reloj; tenía unas ganas enormes de acabar su trabajo, pues le esperaban tres días libres después de catorce sin descanso.

—Ha hablado con el capitán y, por lo que sé, le ha tocado bien los huevos. No ha dejado de pedir papeles, y ahora viene lo mejor —Luke se estiró en su silla y siguió hablando—: quiere hablar contigo.

—¿Y eso por qué? En mi informe está todo bien detallado. —Aidan se aflojó el nudo de la corbata.

—Ha insistido.

—¿Está aún por aquí? —Luke asintió—. Cuanto antes hable con ella, mejor, un peso que me quito de encima. —Revisó unos papeles y los guardó en su escritorio—. ¿Quién es?

—Una tal... Nicole Sanders. Tiene fama de remover tierra y cielo para sacar del atolladero a sus defendidos.

—Mierda. —Su comentario no podía ser más acertado.

A Aidan le cambió la cara y perdió su expresión tranquila habitual, detalle que no pasó desapercibido para Luke, quien le miró con curiosidad.

—Por lo que veo, la conoces, ¿no? Y supongo que no te hace mucha gracia.

—¿Puedes encargarte tú?

—Podría, pero la dama te prefiere a ti. ¿Qué les das?

—A esta, por lo visto, no lo suficiente —murmuró. Sólo él sabía exactamente qué había querido decir.

—Uy, uy, esto se pone interesante... —Luke se puso de pie—. Pero no te preocupes, tienes fama de saber cómo tratar a una mujer con mala leche. Es tu especialidad, ¿no? —dijo, y se le quedó mirando con los brazos cruzados. Su mente se puso a trabajar a todo ritmo. Aidan era todo un ejemplo de diplomacia, así que... ¿por qué parecía querer esconderse?—. ¿Algún detalle que quieras compartir?

—Es una zorra de mil demonios, con eso queda todo dicho.

—Te acompaño. Intuyo que necesitas refuerzos.

Aidan no discutió y se encaminó hacia la sala de conferencias seguido de Luke.

Joder, qué suerte la suya.

—Buenas tardes —dijo Luke sin sonar para nada educado al entrar tras su compañero.

—Buenas tardes —respondió la abogada en tono educado, poniéndose en pie—. Hola, Aidan.

—Hola —respondió seco—. Acabemos con esto cuanto antes. —Agarró una silla y se sentó.

Luke permaneció de pie, así tenía mejor campo de visión para observarlos a los dos. Era evidente que se conocían y su olfato le decía que no era a causa de cuestiones profesionales.

—Como quieras —dijo la abogada, Nicole, sentándose frente a él. Le miró un instante y después se dirigió a Luke—: ¿Le importaría dejarnos a solas? —Su voz era educada pero firme.

—Lo siento, pero si se va a tratar algo sobre este caso debo estar presente.

—Según el informe usted no estaba cuando sucedieron los hechos, así que dudo mucho que su presencia pueda ser de alguna utilidad.

—Déjalo ya, Nicole, él se queda. Di lo que tengas que decir. —Miró su reloj con desdén—. No tengo toda la tarde.

—Como quieras, Aidan. —Abrió con demasiada rigidez sus documentos. Se entretuvo leyéndolos, pretendiendo sin duda incomodarlos.

—¿Vas a tardar mucho, Nicole?

Luke estaba atento al mal disimulado tono con el que se dirigían ambos. Muy curioso.

—Mi compañero tiene razón —intervino Luke—. Si aún no se ha preparado convenientemente, será mejor que venga otro día, cuando tenga los deberes hechos.

—¿Te has traído a este... neardental para que te defienda? —Cerró bruscamente una carpeta—. No estoy dispuesta a soportar ningún tipo de intimidación por parte de nadie.

—Defiendes a Greg Hart, eso lo dice todo —apuntó Aidan.

—Ya veo que aún sigues resentido...

—Te das demasiada importancia, Nicole —espetó, casi escupiendo su nombre—. ¿Vas a hacerme alguna pregunta relativa al caso o vas a tocarme las narices?

—Todavía me odias por lo que pasó. ¿No es cierto?

—¿Odiarte? Eso sería malgastar mi tiempo. —Aidan se levantó, respiró y recuperó su sonrisa habitual—. ¿Algo más?

—Mi cliente ha presentado una denuncia por agresión contra la señorita Carla Stone. ¿Qué tienes que decir al respecto?

«Vaya, por lo visto no le importa aceptar que una mujer le ha pateado los huevos», pensó Aidan para sus adentros con sarcasmo.

—Se resistió al ser detenido.

—Hay un testigo que afirma lo contrario.

—Él también se resistió —explicó con indiferencia Aidan.

—Me gustaría ver el parte de lesiones de la señorita Stone, no aparece por ninguna parte.

—No fue al hospital —apuntó Luke molesto. Vaya cagada. Carla tendría que haber acudido a un médico.

—¿Y por qué no? —inquirió la abogada.

—Porque estaba demasiado tensa y nerviosa como para pasarse la noche en un hospital rodeada de desconocidos —concretó Aidan—. Es bastante frecuente que una mujer que ha sufrido un intento de agresión quiera refugiarse en su casa.

—Presunto intento —recordó la abogada.

—De presunto, nada —apuntó Aidan—. Yo presencié toda la escena.

—Ya veo... —dijo ella con escepticismo—. Así que tú eres su único testigo, además de su defensor. —Su tono destilaba ironía.

—Deje de tocar los huevos y vaya al grano —murmuró Luke.

—Diríjase a mí de forma correcta o informaré a su superior.

—Hágalo, no creo que le sorprenda, pero por mí no se quede con las ganas.

—Le ruego que se marche. Es imposible mantener una conversación con alguien tan grosero como usted.

—¿Para qué? ¿Para que le pueda tocar los huevos a él? —inquirió Luke.

—Ya la gustaría —dijo Aidan sonriendo.

—Está bien, se acabó. —Nicole se puso en pie—. No toleraré más insultos.

—Nadie la ha insultado.

—Mira, Aidan, pensé que sabrías comportarte de forma profesional, pero por mucho que lo niegues aún te escuece que te dejara plantado. Podrías al menos madurar y saber aceptar las cosas... Ya veo que no, y por si fuera poco vienes acompañado de otro espécimen machista.

—¿Saliste con ella? Joder, tío, tú sí que los tienes bien puestos —le dijo en tono compasivo.

—Todos cometemos errores —respondió el aludido agarrando el pomo de la puerta.

—Dígale a Aidan que esto no se termina aquí —indicó con altanería la abogada a Luke cuando este salía por la puerta tras su compañero.

—Dígaselo usted, que he notado la excelente comunicación entre ambos —contestó este—. Además, puede que mi obtusa mente machista no sepa procesar la orden y no quiero que la culpa recaiga sobre el mensajero. Buenas tardes.

Dicho esto salió en busca de Aidan; su compañero le debía una explicación razonable y extensa.

Le encontró junto a su mesa recogiendo su chaqueta con claras intenciones de irse.

—Espera, que te invito a una cerveza.

—No estoy de humor. Además, se supone que tú ya no te entretienes tomando cervezas, siempre sales corriendo hacia tu casa. —Él quería hacer lo mismo, pero eso no tenía por qué decirlo en voz alta.

—Hoy tengo tiempo —dijo haciendo una mueca—. Bianca ha dejado a Sarah con mi suegra y se ha ido de cena con sus amiguitas.

—Veo que te encanta la idea. —Se dirigió hacia los ascensores y Luke le siguió.

—Tú no las conoces, pueden volver loco a cualquiera. Hazme caso: si las ves juntas a las cuatro, huye.

—¿Quiénes?

—A una la tienes viviendo contigo, y las otras dos..., menudas piezas. Mi excompañera Wella, no te fíes de ella, y su cuñada Dora.

—A mí no me parecen tan peligrosas. —Pensó en la mujer que vivía con él y rectificó—: Bueno, al menos Wella. Siempre que viene por aquí se comporta de forma agradable. Tu mujer es un pedazo de pan. —Luke carraspeó—. Y a la otra no la conozco mucho. Estás exagerando.

—Que conste que te he advertido.

—¿Dónde está Dora? —preguntó Bianca.

—Vendrá cuando le dé la gana, ya la conocéis —apuntó Wella—. Vamos pidiendo.

—Bueno, cuéntenos cómo es vivir con el chico de oro. —Bianca se dirigió a Carla.

—Mi trabajo es desesperante y el encargado quiere que revise con él todo el *stock* del almacén para poder insinuarse y frotarse —respondió la interpelada haciendo deliberadamente caso omiso a la pregunta.

—No te andes por las ramas, queremos saberlo todo. Y cuando digo todo, es todo. Díselo tú, Wella —insistió Bianca—. Aquí no nos callamos nada.

—Es cierto —corroboró esta—, así que te escuchamos.

—Apenas coincidimos, su horario y el mío son muy diferentes, yo me ocupo de mis cosas y él de las tuyas, fin de la historia —dijo Carla cansinamente.

—Ya —murmuró Bianca con escepticismo—. ¿Me vas a decir que no le has echado un buen vistazo?

—A mí me resultaría difícil vivir con un tipo tan impresionante y no hacerlo —convino Wella.

—Cambiemos de tema, por favor —resopló Carla. ¿Es que aquellas tres tiparracas no estaban felizmente casadas?

—Nos aburrimos. ¿Qué esperabas? —se quejó Bianca.

—¡Hola, hola! Siento llegar tarde —canturreó alegremente Dora sentándose a la mesa—. Pero he tenido un día de perros. —Miró a las tres—. Esto parece un funeral.

—Se niega a contarnos nada. —Bianca señaló a Carla con un dedo—. Vive con el chico de oro y no tiene nada que decir. ¿Te lo puedes creer?

—¿Vives con el poli macizo? —Dora abrió los ojos como platos—. ¿Y por qué no he sido informada al respecto?

—¿Porque te pasas el día viajando o enganchada a Ian, quizás? —preguntó Wella con rintintín.

—Eso se acabó. Voy a pedir el divorcio, no le aguanto más —aseveró con rotundidad—. Así que a partir de ahora podré estar al día. Venga, cuéntenos detalles, que me muero de ganas por saberlo todo. ¿Es bueno en la cama?

—¡No seas bruta! —se escandalizaron Bianca y Wella.

—¿Qué? Es eso lo que las dos os morís por saber, ¿no? —se defendió la recién llegada—. Y no me pongáis esa cara, que yo al menos lo admito.

—Él duerme en su cama y yo en la mía, así que no tengo ni la más remota idea —insistió Carla.

—No me lo creo —replicó sobre la marcha Wella.

—Yo tampoco —añadió Dora.

—¡Te di una caja de condones! —exclamó Bianca.

—Los cuales siguen en el cuarto de baño y dudo mucho que vayan a ser

utilizados, al menos por mi parte. Ya veo lo aburridas mujeres casadas que sois... —se desesperó Carla.

—A mí no me mires, dentro de nada seré divorciada —Dora hablaba con alegría.

—Perdona, bonita, pero no me lo trago. ¿Qué te ha hecho Ian? Si besa el suelo por donde pisas... Nunca se enfada contigo, siempre está pendiente de ti, y no dejasteis de... —Wella se aclaró la garganta—. De eso el fin de semana pasado. —Miró a Bianca y a Carla—. En casa de mis suegros no pararon, ya me entendéis.

—Mira quién habla.

—Está bien —Bianca suspiró—. Aquí lo importante es saber cómo es Aidan, tenemos derecho a saberlo. Así que empieza a hablar. Nosotras nos lo contamos todo. —Las demás sonrieron y asintieron.

—¿Esto qué es? ¿Casadas contra soltera? No hay nada, ni lo habrá. Vivimos en la misma casa, juntos pero no revueltos.

—¿Es gay? —preguntó Dora—. No sé, lo pregunto por si acaso. A mí no me lo parece, pero nunca se sabe.

—No es gay —le defendió rápidamente Bianca.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Wella.

—Por lo que mi marido me cuenta, no tiene problemas para interactuar con las mujeres.

—Ah, ¿pero tú y Luke habláis?

—Ja, ja. Pues sí, entre polvo y polvo, no te digo...

—Ya veo que estás bien servida, pero eso no es ninguna novedad. —Dora se arrimó a Carla—. No les hagas ni caso, tú concéntrate en lo importante: ese tipo impresionante que vive contigo.

—De verdad, os estáis poniendo pesaditas con el tema. ¿Por qué tanto empeño? Aidan hace su vida y yo la mía. Fin del asunto.

—Aquí tienen, señoras —interrumpió el camarero trayendo los platos.

—Señorita, si no te importa —dijo Dora.

—Deja de coquetear con el camarero.

—¿O qué? ¿Vas a chivarte?

—Pues no, confío en que Ian te ponga en tu sitio —respondió Wella.

—Bah, que lo intente. —Dora dio un sorbo a su copa de vino—. Entonces..., ¿Aidan está disponible?

—Todo tuyo.

—*Humm.*

Carla aguantó el acoso de sus tres amigas durante toda la cena, pero cuando por fin salieron del restaurante, pasada la una de la madrugada, declinó la oferta de ir a tomar una copa. Una y otra vez habían insistido, y Carla una y otra vez lo había negado todo, aunque en su interior, cada vez que una de ellas hacía una sugerencia realmente escandalosa, tardaba más de la cuenta en responder, ya que su imaginación se disparaba.

Si ellas supieran lo difícil que le estaba resultando resistirse a Aidan, y encima él no dejaba de provocarla... Bueno, quizás no fuera exactamente provocación, pues él estaba en su casa y podía pasearse por ella como le viniera en gana. ¿Provocación era *encontrarse* con él por las mañanas a medio vestir? Puede. ¿Provocación era oler tan bien? ¿Provocación era *tropezar* con él cuando salía del cuarto de baño recién duchado?

Claro que ella tampoco se preocupaba por su propio aspecto. Los dos primeros días sí lo hizo, pero resultaba agotador disimular, así que mandó a paseo el pudor. No tenía por qué dormir con un camisón de franela abrochado hasta la barbilla (desconocía incluso dónde podía adquirirse uno) y ponerse una bata cuando salía de su cuarto para desayunar. Y mucho menos preocuparse por si Aidan inspeccionaba el tendedero de la ropa. Si se había percatado de la lencería allí tendida, no había dado muestras en absoluto de ello.

Sus amigas tampoco eran conscientes del aspecto de Aidan cuando estaba por casa con unos vaqueros y una de sus roñosas camisetas.

Al diablo con ellas. Ahora tenía la cabeza llena de imágenes picantes. Bueno, tendría que ocuparse ella misma; cerraría su cuarto con llave y mantendría una intensa relación con su vibrador.

Cuando abrió la puerta del piso vio luces encendidas. Entró tranquilamente y al pasar por el salón le vio allí tumbado, con el portátil sobre las rodillas, con cara de concentración.

De fondo sonaba *Sing for absolution*. Maldito Aidan. Le saludaría brevemente y se encerraría en su cuarto. Con la música de fondo podría utilizar su vibrador sin problemas.

—Hola —le dijo desde la puerta.

—Hola. ¿Lo has pasado bien con tus amigas?

—¿Cómo sabes dónde estaba?

—Me lo dijo Luke —explicó, y después cerró su ordenador. Se puso en pie.

«¡Piensa en tu vibrador, piensa en tu vibrador! Y no en el chico de oro».

¿Se enfadaría mucho si al hacer la colada le estropeaba esos vaqueros?

—Pensé que llegarías más tarde.

—Pues ya ves. —Carla fingió un bostezo—. Hoy ha sido un día muy largo. Me voy a la cama.

—El vecino del cuarto me ha comentado algo sobre nuestro tendedero —dijo él de pronto metiéndose las manos en los bolsillos.

—Ya. ¿Y?

—Creo que la palabra que utilizó fue *curioso*.

—Bueno, pues dile que tendré más cuidado y que mire a otro lado. Viejo verde —refunfuñó.

—No creo que estuviera molesto —dijo él divertido—. Más bien todo lo contrario...

—Pues me alegro de alegrarle la vista a ese vejstorio. ¿Algo más?

«Y a mí también», pensó él. El primer día que vio colgada su ropa en el tendedero, se tuvo que aclarar la vista al ver el despliegue de color. Cuanta imaginación en tan poca tela.

—Es viernes, no me digas que vas a irte tan pronto a la cama. —dijo Aidan. Y sola, pero eso no lo añadió.

—Normalmente no, pero levantarse temprano tiene ese inconveniente —le respondió con sorna.

—Creí que saldrías por ahí.

—¿Y tú? ¿Qué haces en casa un viernes por la noche?

—No me apetecía salir solo. —Avanzó un paso.

—Entiendo, supongo que al estar yo en casa he interrumpido tus planes. Pues no te preocupes, si quieres traerte a alguna amiguita me lo dices, me encierro en mi habitación y prometo no salir hasta que me lo digas.

—¿Tengo que hacer yo lo mismo si tú decides traerte a un amiguito?

—Es tu casa, me comportaré. Pero, repito, tú no tienes por qué desatender tus necesidades.

—¿Y tú no las tienes?

—Puedo resistir la tentación, y, como ya te dije, de mis necesidades me ocupo yo —le informó en tono seco. Quería dar por finalizada esa peligrosa conversación.

En una charla anterior le había dejado claro que él no tendría que preocuparse por ella, pero estaba claro que no estaban hablando de necesidades básicas, como por ejemplo la comida.

—¿Sola?

—¿Algún problema?

—Ninguno. —Avanzó un paso más hasta quedarse a un escaso metro de ella—. Pero me parece absurdo. ¿No crees?

—Absurdo o no, es lo que toca. Esta no es mi casa y por lo tanto no puedo hacer lo que me venga en gana. Tú, por el contrario, no te prives. Ah, y puedes usar todos los condones que quieras. Te los regalo.

—Podríamos llegar a un acuerdo: yo me ocupo de tus necesidades y tú de las mías.

Carla parpadeó. Estaba siendo testigo de las dotes seductoras del chico de oro. ¿Esas mismas dotes que todas alababan y que ella prefería obviar? ¿Iba a desplegar ante ella todo su arsenal seductor sin previo aviso para pillarla desprevenida?

—Supongo que es un chiste, ¿no? El de esta mañana era tan malo que has decidido contarme otro —masculló a modo de defensa para desviar la conversación de las siempre espinosas connotaciones sexuales.

Carla sabía que él no bromeaba, lo veía en sus ojos. Maldita sea, ¿por qué tenían que ser tan azules?

—Te ríes con mis chistes.

—Solo por no hacerte un feo. Al fin y al cabo, vivo en tu casa. Qué menos.

—Solo que esto no es un chiste. —Avanzó el último paso y se situó frente a ella.

—Aidan, no quiero ser desagradable, ¿vale? Ni dañar ninguna parte vital de tu cuerpo.

«Ni ceder a tus insinuaciones sin oponer resistencia», se dijo a sí misma.

—Pues no lo seas —dijo bajando la voz—. No me digas que no te apetece. Tu vibrador es muy ruidoso.

«Mierda, mierda, mierda».

—Eso es asunto mío y de nadie más.

—Pues yo creo que no. —Levantó una mano y la colocó bajo su barbilla, haciendo que le mirase directamente a los ojos.

—Te estás ganando a pulso un buen rodillazo en los huevos.

—Me arriesgaré. —Ladeó un poco la cabeza buscando el ángulo preciso; ella protestaba, pero no se apartaba.

—Tú no me gustas.

—Tú a mí sí.

—Pues con que uno de los dos diga que no, es suficiente.

—Aún no me has dicho que no. —Se pegó a ella.

—Ya te lo dije una vez, no durarías ni un asalto. —Iba a caer, lo sabía, y lo peor de todo era que él tenía razón.

—Venga...

—Mira que eres duro de cabeza....

—No hables de cosas duras, a no ser que le pongas remedio.

—Aidan...

Era absurdo continuar la conversación, así que bajó la cabeza y acertó a la primera, posando sus labios sobre los de ella. Joder, qué ganas tenía. No iba a dejar que escapara; lo cual no iba a resultar muy difícil, pues Carla no se estaba resistiendo, todo lo contrario: al primer contacto abrió la boca, dando la bienvenida a su hambrienta lengua.

La estrechó por la cintura, quedando así ambos cuerpos perfectamente alineados. Daba miedo pensar en lo bien que encajaban.

—No... —protestó ella gimiendo.

—Calla... —Y volvió a besarla, sin darle tiempo siquiera a pensar.

Notaba cómo se movía entre sus brazos. Cielo santo, la fricción era insoportable... Cuando ella por fin abandonó su falsa mojigatería y le puso una mano en el trasero para que se pegara aún más, si era posible, Aidan gruñó en respuesta. Pues claro que le gustaba. ¿A qué hombre de sangre caliente no le gustaba una mujer que respondía así?

Ella seguía contorneándose mientras Aidan lamía su oreja; apartó con una mano su pelo, pues quería un acceso total, sin ninguna clase de restricción, a su piel. La oyó gemir y temió por su integridad física.

No podía fiarse de su respuesta y se giró a tiempo para evitar que Carla le clavara la rodilla en la entrepierna, pero recibió el golpe en su muslo derecho.

—Vas a pagar por esto —aseveró Aidan, sonriente—. Y muy caro.

—Pues no haberme besado. Lo haces de pena —le replicó frunciendo el entrecejo, más bien molesta consigo misma.

Él, durante un breve instante, hasta la creyó.

—Debo decir entonces que finges muy bien. —No quería sorpresas, así que la inmovilizó contra la pared para evitar nuevos conatos de agresividad, pues con una mujer como aquella nunca estaba de más ser precavido.

—Soy una experta fingiendo —replicó con altanería.

—No sé por qué, pero no te creo. Apuesto lo que quieras a que has mojado las bragas —aseveró sin dejar espacio para la duda.

—A mí no me vengas con numeritos de dominación —dijo sin desmentir su comentario e intentando soltarse, ya que Aidan le había levantado los brazos por encima de la cabeza.

—¿Lo comprobamos?

No le dio tiempo a responder, porque inmediatamente la besó con fuerza. Nada de besos suaves y provocadores como el de hacía unos instantes, nada de ir pidiendo permiso para introducir la lengua; la besó con ímpetu, sin opción a protestar, arremetiendo contra su boca con brusquedad.

Carla sentía cómo él marcaba el ritmo, y solo le quedaba una opción: seguirlo. Nunca pensó que Aidan besara así. Era abrasador, seguro y contundente.

¿Lo haría todo igual?

«No necesitas averiguarlo».

«Sí, claro que lo necesitas».

—¡Aidan! —gimió guturalmente cuando él le mordió el lóbulo de la oreja, succionándolo después para aliviar la zona.

—¿Qué? —preguntó aún lamiéndola.

—He mojado las bragas —confirmó con un suspiro que sonaba a rendición y acto seguido consiguió liberar sus manos.

Se quedó un momento indeciso, pero al instante notó cómo le echaba las manos al cuello, y no para estrangularle precisamente. Le obligó a bajar de nuevo la cabeza y esta vez fue ella quien invadió su boca. Y no solo eso, sino que se colgó de él, literalmente, rodeándole con las piernas y haciendo que él se tambalara. Afortunadamente gozaba de buenos reflejos, y posó ambas manos en su trasero para sujetarla.

La respuesta femenina le cortó la respiración. Estaba literalmente enrollada en su cuerpo, apretándose contra su erección y atenazándole con las piernas. Hacía mucho que no encontraba una mujer así, dispuesta al cien por cien. Lo sabía, por eso apostó y todo indicaba que iba a ganar.

Aidan intentaba no caerse y al mismo tiempo seguir besándola. Tenía las manos ocupadas sujetándola por el trasero, mientras que ella podía tocarle a su antojo, y lo estaba haciendo. Le despeinó por completo, gemía sin disimulo y movía su pelvis provocándole ciertas dudas sobre su resistencia. Debía llevarla hasta el dormitorio, el suyo, por supuesto, a la mayor brevedad posible.

Con ella en brazos salió al pasillo, pero sus avances no le dejaban moverse con libertad. Se lo estaba pasando en grande sobándole.

«El dormitorio. ¡Ya!».

Pero a mitad de camino ella le mordió en el cuello y respondió aplastándola contra la pared, haciendo que uno de los cuadros se moviera. Carla metió las manos bajo su camiseta enrollándosela en las axilas y se las arregló para lamerle el pecho. Eso era demasiado.

Necesitaba tener las manos libres, así que la dejó apoyar los pies en el suelo perdiendo el contacto con su culo; después se ocuparía de ello.

—¿Qué haces? —jadeó ella al ver cómo él empezaba a pelearse con los botones de su blusa.

—Desnudarte. —Consiguió abrirla, dejando al descubierto un sujetador rojo intenso.

Echó la cabeza hacia atrás para facilitarle la exploración, y Aidan, al

momento, se lanzó en picado hacia uno de sus pechos, lamiendo primero por encima de la línea que delimitaba la tela para luego apartar de forma brusca la copa y acceder al pezón.

—Más... —pidió entrecortadamente, entregada.

Mientras Aidan continuaba succionando el pezón endurecido, ella empezó a acariciarle por encima de los vaqueros. Intentó apartarla, pues tal y como iban las cosas remataría la faena antes de entrar a la plaza, y eso sí que no. Ella le había retado. ¿Un asalto, había dicho?

—Deja eso —gruñó él.

—¿Por qué? —le preguntó al oído.

No contestó. Se colocó de lado impidiendo sus avances y la rodeó con los brazos buscando el cierre trasero del sujetador, pero ella no dejaba de moverse, lo cual le hacía parecer un principiante. Cuando lo consiguió, Carla se rio descaradamente y le provocó aún más balanceando sus tetas frente a él. Dios, estaba preciosa... Toda descarado, toda tentación.

Pero sabía que debía llevar la batuta, pues Carla se lo comería vivo si se dejaba. Podía ser todo lo provocadora que quisiera, pero él ganaba en fuerza, así que volvió a cogerla en brazos. Sintió cómo los pezones le rozaban el torso y la muy desvergonzada continuaba tentándolo.

—Vas a pagar por esto —aseveró Aidan con voz ronca.

—Tú te lo has buscado —respondió en el mismo tono.

Él volvió a gruñir. «Ya está bien de juegos», se dijo, y avanzó como pudo hasta su dormitorio, pues ella no dejaba de pellizcarlo, de mordisquearle. Joder con aquella mujer... Era como ir a una misión de alto riesgo, pero aunque él detestaba el trabajo de campo, estaba dispuesto a hacer una excepción con Carla.

Entró a trompicones en la alcoba, y ella se rio a carcajadas al ver la expresión de Aidan, quien quería controlarse y no lo conseguía. Intentaba llevar la voz cantante y Carla le desbarataba los planes; cada vez que creía tenerla sujeta, ella se las ingeniaba para tocarle la polla metiendo la mano entre ambos y provocando que su corazón se acelerara, estaba al borde de la taquicardia.

Se sentó en la cama con ella a horcajadas y se echó hacia atrás. Quería contemplarla, toda sensualidad, con la camisa abierta, el sujetador colgando de un brazo y una mirada de pura excitación y lujuria.

—Vamos, Aidan. —Movi6 su pelvis, que estaba perfectamente encajada sobre su erección—. Haz algo —le instó con tono de burla, de nuevo

retándole.

—¿Qué tal si nos ocupamos de esto? —inquirió llevando las manos al botón de los vaqueros de ella.

—¿Necesitas ayuda? —se guaseó decidida a ponerle todas las barreras posibles.

—Deja de moverte —protestó mientras batallaba con su ropa.

—Te lo advertí.

—¿Qué...?

Le cortó en seco empujándole hacia atrás y tumbándole de espaldas, dejándole a su merced. Carla posó las manos sobre su estómago, clavando las uñas en el proceso, y fue ascendiendo hasta agarrar el borde de su camiseta, de la que tiró para quitársela.

—Bruja —dijo él medio enfadado y con la voz amortiguada, ya que le había tapado la cara con la prenda.

—Chulo —le respondió con descaro.

Aidan consiguió deshacerse de su camiseta, la tiró sin preocuparse y la observó. Carla permanecía encima de él, observándole con ojos entrecerrados pero sin perder esa mirada desafiante.

—¿Quieres guerra? —preguntó dispuesto a todo.

—Bah, tú no eres rival —se burló.

—Eso sí que no.

La agarró de las caderas y, afianzando los pies en el suelo, cogió impulso para moverse y conseguir tumbarla, sorprendiéndola. Empujó un par de veces más haciéndola jadear.

—¿Decías? —la provocó tumbándose encima de ella, aprisionándola bajo su cuerpo.

—Fanfarrón.

Aidan pensaba que iba a dominarla. ¡Ja! Iba listo. Metió la mano entre los dos cuerpos y le apretó la polla por encima de la tela vaquera. Como era de esperar, él gruñó.

—¿Llevas un calcetín? —No pensaba darle tregua.

Él sonrió. ¿Un calcetín?

Pero Carla, a pesar de tomarle el pelo, sabía que no lo era... Decidida a comprobarlo, le desabrochó el botón, bajó la cremallera, metió de nuevo la mano y volvió a apretarle el pene. Aidan quiso apartarse.

—¿Quieres estarte quieta? —jadeó él.

—¿Miedo escénico? —se guaseó apartándole los calzoncillos para

liberarle. En cuanto tocó su erección, abrió los ojos como platos y perdió su expresión burlona.

—¿Qué pasa? —inquirió preocupado.

—¡Madre del amor hermoso! —le empujó para que se apartara.

—¿Qué haces? Joder...

—Tengo que verlo. Oh, Dios mío, tengo que verlo.

—¿Pero de qué demonios hablas? —Estaba desconcertado.

—¡Aidan! —chilló cuando consiguió apartarse lo suficiente como para verle la polla.

—No me vengas ahora diciendo que pare, maldita sea.

—¡Joder, nunca pensé que...! —exclamó y se llevó una mano a la boca.

Él no se lo podía creer. La muy zorra le iba a dejar con un calentón de mil demonios. La miró sin entender nada.

—Dime que esto no es uno de tus tontos juegos, porque me voy a enfadar. Te lo digo en serio, no esperaba que fueras una calientapollas.

—¿Yo? —inquirió ofendida, y aunque seguía sorprendida, se defendió—: No, no, follar, vamos a follar, pero esto... —Señaló su erección—. Esto tengo que verlo, es... Es... —buscaba la palabra exacta— impresionante.

—Ah, bueno... —dijo más tranquilo—. ¿Qué esperabas?

—¿Veinte? ¿Veintidós?

—¿Qué? —¿De qué hablaba ahora esa loca?

—Centímetros.

—Joder. —Ella no dejaba de manosearle y de mirarle la polla como si fuera poco menos que un tesoro—. Creo que veintidós.

—No me esperaba esto de ti. —Su voz denotaba admiración.

—¿Vas a quedarte mirando toda la noche o vas a hacer algo?

—¿Te la has medido?

—Todos los tíos lo hacemos. —Se pasó la mano por el pelo, miró de reojo cómo le acariciaba y después a ella, allí de rodillas frente a él—. Bueno... Qué, ¿te decides?

Ella no dijo nada, así que Aidan tomó cartas en el asunto. Se giró colocándose de costado y alargó la mano para quitarle los vaqueros. Ella se dejó hacer y se tumbó junto a él; eso sí, sin soltarle la polla.

—Espera —le interrumpió Carla—. Las botas —le indicó.

—Cómo no. —Se sentó, ella le ayudó y rápidamente se deshicieron del calzado—. Y ahora, los pantalones. Yo también quiero ver lo que escondes.

—Voy a decepcionarte, no tengo veintidós centímetros —bromeó ella.

—Muy graciosa. —Él empezó a bajarle los pantalones, pero eran demasiado ajustados—. Joder, echa una mano, ¿quieres?

Carla levantó las caderas y él por fin pudo ver el escueto triángulo rojo, llamado comúnmente tanga. Un paso más y por fin la tendría desnuda. Posó la mano sobre aquel triángulo y apreció la suavidad de la tela y que ella no había mentido: estaba húmeda.

—¿Y tú qué? —protestó ella—. ¿No vas a quitarte esos malditos pantalones?

—Quítamelos tú —dijo desafiante.

Carla no se lo pensó dos veces. Se movió tan rápidamente que le desconcertó, y se colocó de pie frente a él; mientras Aidan empujaba hacia abajo, ella tiraba de las perneras. Cuando le contempló, gloriosamente desnudo, le sonrió con malicia.

—Ven aquí —pidió él.

—¿Para qué? —replicó ella, solo por hacerle esperar unos jodidos segundos más.

En otras circunstancias aquel tira y afloja le hubiera enfadado, pero resultaba de lo más estimulante pelearse con ella hasta en la cama. Así que, puesto que Carla lo pedía, alargó las manos y tiró de ella tumbándola sobre sí.

—¿No crees que llevas demasiada ropa? —sugirió él tirando del fino cordón del tanga, haciendo que la parte delantera la estimulara.

Ella le respondió mordisqueándole una tetilla y arañándole con los dientes sin dejar de contonearse sobre él. Aidan la palmeó en el trasero y empezó a frotar su coño con la mano por encima del tanga. Frunció el entrecejo, ahí faltaba algo. Tiró de la prenda rompiendo el fino cordón y acarició la piel desnuda.

—Joder, estás completamente rasurada...

—¿Algún problema? —Ella se incorporó mirándole desde arriba.

—No, desde luego que no —dijo sin dejar de acariciarla—. Es la primera vez que veo algo así —afirmó sinceramente.

—¿Sorprendido?

—Mucho.

—Ya veo lo enterado que estás... Me lo recomendó una amiga.

—*Mmmm*, ¿las chicas os contáis esas cosas?

—Vosotros os medís la polla en los ratos libres, ¿no?

Aidan se rio. Debía de estar loco para desearla, lo cual era cierto. La tenía

encima, desnuda, moviéndose, traspasándole la humedad de su coño, provocándole con sus ácidos comentarios, y él como un tonto entrando en el juego.

—Se acabó.

—¿Cómo dices?

—Voy a follarte, así que agárrate, que vienen curvas.

—Puedes intentarlo —le dijo ella con descaro—. Pero no creo que me sorprenda ya nada.

—Lo veremos.

Volvió a inmovilizarla bajo su cuerpo, saqueando su boca para evitar que siguiera hablando. También debía ocuparse de sujetar sus manos, pues la muy desvergonzada no dejaba de tocarle.

—Bla, bla, bla. Mucho hablar y poco hacer. —Volvió a provocarle disfrutando por el simple hecho de ver su reacción.

Aidan tenía que reconocer que se estaba divirtiendo más con estos extraños preliminares que en otras ocasiones, pero se estaba pasando de lista. Carla era una mujer que podía volver loco a cualquiera con su afilada lengua y él no estaba para tonterías. Cogió impulso y la penetró sin previo aviso, de una sola embestida, dejándola clavada bajo él.

—¡Aidan! —gritó ella al sentirle en su interior.

—¿Qué, ahora sigues con ganas de guerra? —inquirió guasón, disfrutando de su efímera victoria.

—¡Sácala!

—¿Cómo dices?

Se movió intentando que saliera, pero Aidan no iba a permitirlo.

—He dicho que salgas —repitió entre jadeos.

—Ni hablar. Aquí se está muy bien —alegó convencido de que le faltaba un tornillo o algo así; ni loco se apartaría.

—Quiero que la saques —insistió ella.

La observó un instante y pensó...

—¿Te he hecho daño? —empezaba a preocuparse. En otras ocasiones sí había ido con más cuidado, pero Carla le provocaba sin descanso. Se lo merecía.

—No, no seas idiota.

—Mmmm... ¿Entonces?

—Es que... ha... sido... tan... Bueno, hazlo otra vez, por favor.

—Como quieras —dijo aliviado. Así que se retiró despacio, bajó una

mano, se agarró la polla y empezó a describir círculos con la punta, acariciándole el clítoris y lubricándose con los fluidos de ella.

—Ahora —pidió Carla, y para instarle a obedecer le dio un buen cachete en el culo—. ¡Ahora!

—¿Quieres esto? —la tentó divertido, introduciendo apenas la punta; se lo estaba pasando en grande ahora que podía vengarse—. ¿Lo quieres? —Ella asintió fervorosamente—. Pues todo tuyo. —La embistió con fuerza.

—Ooooooh, ¡Dios, Aidan! ¡Qué bueno!

Él apoyó los brazos a ambos lados de la cabeza de ella y se levantó para observarla mientras la penetraba una y otra vez, intentando alargar el momento. Podría haber imaginado mil veces ese instante, pero nada era comparable con la realidad. Carla le acogía en su interior y cada vez que contraía los músculos vaginales, Aidan creía perder el control sobre sí mismo.

—Joder, es increíble —dijo él entrecortadamente intentando coger aire para aguantar.

—¡Más, más! —volvió a instarle con unas palmadas en el trasero sin dejar de contonearse bajo él.

—Para quieta —jadeó—. Por Dios, deja de moverte.

Pero ella no le hizo caso. Contraía sus músculos internos, levantaba la pelvis para hacer que cada una de sus embestidas les proporcionase a los dos el máximo contacto.

—¡Sigue, no pares!

—Si quieres que esto... dure... —tensó los músculos del cuello y se dejó caer sobre ella para intentar que se mantuviera quieta—, deja de moverte, maldita sea. No quiero correrme todavía.

—Tú ocúpate de lo tuyo, pero por lo que más quieras, no pares. Oh, sí, así... Haz eso otra vez.

—¿Esto? —Hizo un movimiento rotatorio con las caderas.

Carla apoyó las plantas de los pies sobre el colchón tomando impulso hacia arriba. Aidan gruñó, intentando aplastarla con su peso; quería llevar el control, pero ella no dejaba de moverse.

—Carla, por lo que más quieras... —suplicó.

—Vete a paseo —respondió ella.

No sabía cómo hacerlo, pues a pesar de la postura y de que se suponía que él dirigía la operación, le estaba llevando al límite de su aguante. Iba a correrse, lo sabía, y no quería hacerlo hasta que ella alcanzara el orgasmo.

Cualquiera se enfrentaba a Carla si la dejaba insatisfecha.

Por más que lo intentaba, ella seguía su ritmo. Una y otra vez se agitaba bajo él, una y otra vez le palmeaba el trasero. Se sorprendió al sentir esas palmadas en su culo, pues lejos de ser dolorosas, incrementaban el placer.

—Carla, por favor... —pidió por última vez—. No quiero dejarte a medias.

Ella gritó, clavándole las uñas en la espalda, tensando todo su cuerpo, echando la cabeza hacia atrás, quedándose inmóvil bajo él.

Al sentir las contracciones alrededor de su polla no pudo más y se corrió, con fuerza, en su interior. Se dejó caer, totalmente rendido sobre ella. Respiraba entrecortadamente, y giró la cabeza para buscar aire que llenara sus pulmones.

Entonces ella dejó de clavarle las uñas en la espalda y empezó a acariciarle suavemente.

—No tengo palabras —dijo con la voz amortiguada por la almohada, todavía dentro de ella.

—Yo tampoco —replicó. Estaba tan sorprendida como él.

—Joder, ¿qué me has hecho? —Aidan rompió el silencio tras unos minutos de agradable quietud.

«¿Y qué me has hecho tú a mí?».

Carla había conseguido normalizar su respiración; ahora tenía que conseguir normalizar sus pensamientos. Él permanecía sobre ella, pero no le importaba en absoluto: el sudor de ambos cuerpos entremezclados, el inconfundible aroma de la satisfacción sexual, los latidos del corazón y la extraña sensación de que aquello no podía ser real. No debía haberse dejado convencer por Aidan y acabar en su cama. Lo peor de todo era que le había gustado demasiado, nunca esperó que el chico de oro fuera tan..., tan... impresionante.

Ya tendría que estar abandonando al amante de turno. Decir «*Ciao*, guapo» y marcharse sin mirar atrás. Normalmente un tío después de follar se quedaba dormido o bien se ponía en plan meloso, o peor aún, a comentar la faena. ¿Cómo debía calificar a Aidan?

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Mejor que nunca. —Aidan levantó la cabeza y sonrió de oreja a oreja; a pesar de estar a oscuras sus ojos brillaban. Sin embargo, al instante perdió esa expresión risueña—. Ay, joder... —Se echó para atrás, separándose de ella como si tuviera la peste—. ¡Joder, joder, joder!, no me lo puedo creer —exclamó alarmado.

—¿Qué? —Carla se incorporó sobre los codos y le observó. Estaba de pie mirándola fijamente, y a juzgar por su cara no era nada bueno, cualesquiera que fuesen sus pensamientos. ¿Qué mosca le había picado ahora?

—¿Cómo he podido ser tan imbécil? —Se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Oye, tío, me parece que te estás pasando tres pueblos —le recriminó.

—Me parece que no eres consciente de un hecho...

—Sé perfectamente lo que acaba de pasar, pero no esperaba que fueras tan gilipollas. —Se sentó al borde de la cama—. Reconozco que tienes un buen polvo, pero debes mejorar el toque final.

—No es eso... Mierda, no hemos usado protección. —Se frotó la cara con

ambas manos—. No sé qué me ha pasado, supongo que me deje llevar.

—Ah, eso... —dijo algo más tranquila. Ver a Aidan preocupado por ella le gustaba, merecía la pena hacérselo pasar mal un poquito más.

—¿Ah, eso? ¿Cómo puedes estar tan tranquila? ¡Dios! Sabía que eras peligrosa! —la acusó.

—¡Un momento! Esto fue idea tuya, ¿recuerdas? —exageró su enfado.

—Vale, está bien. Tranquilicémonos, así no llegamos a ninguna parte. A ver, ¿cuándo tuviste tu última regla?

—¿A ti qué te importa? —Carla tuvo que concentrarse para no echarse a reír—. Esto... Creo que la semana pasada. No, espera...

—Soy el gilipollas número uno, tenemos una caja de condones en el baño... —Negó con la cabeza, disgustado consigo mismo—. Y tú encima no te lo estás tomando en serio.

Aidan se quedó de pie con las manos en las caderas. Seguía desnudo y eso hizo que Carla no pudiera seguir la conversación. Menudo capullo. Ella, sin embargo, había aprendido hacía mucho que no se podía dejar esos asuntos en manos de los tíos. Tomaba la píldora, pero no iba a decírselo. No al menos por el momento.

Pero aquel capullo en particular estaba desnudo y por lo visto preparado de nuevo.

«Dale caña», dijo su mente perversa.

Mmm, para comérselo.

—Bueno, ¿y qué sugieres? —dijo ella; su fingida preocupación le ponía aún más nervioso y se aprovechó de ello—. Si por casualidad uno de tus «soldaditos» ha hecho diana, tendrás que asumir las consecuencias, ¿no?

—Vístete —ordenó—. Nos vamos al hospital. —Se agachó, cogió sus vaqueros y empezó a pelearse con ellos intentando ponérselos, tan ofuscado que no atinaba.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —Recogió la ropa de ella y se la lanzó—. Supongo que aún estamos a tiempo, pediremos la píldora del día después.

—No —respondió observando cómo se vestía. Con las prisas se había olvidado de ponerse sus *boxers*—. Quizás sea mi última oportunidad de ser madre, ¿has oído hablar del reloj biológico?

—¿Me estás diciendo que no te importaría tener un hijo mío? —Se giró atónito por lo que acababa de escuchar.

—Yo no he dicho eso. —Hizo una bola con su ropa y se levantó—. Pero

ya que los bancos de semen están fuera de mi alcance y tú pareces un buen donante... —Se encogió de hombros—. Ya sabes, a caballo regalado...

—Estás como una cabra. —Estaba desconcertado. Si eso le hubiera pasado con otra mujer ya la hubiera arrastrado hasta el coche sin miramientos, pero por alguna razón la idea de tener un hijo con ella no le disgustaba tanto—. Me lo advirtieron, y no hice caso —se lamentó una vez más.

—Ya veo que mi fama me precede. —Anduvo hasta la puerta y agarró el pomo, pero antes de salir sonrió pícaramente, y sin volverse le dijo—: Antes de que te dé un infarto, que sepas que tomo la píldora.

Puso un pie en el pasillo, pero él la agarró inmediatamente deteniéndola con brusquedad.

—Serás...

—¿Qué? —Tiró de su brazo para soltarse.

—Hija de... Te lo has pasado en grande, ¿no?

—¿Y qué esperabas? Ay, pobrecito, ¿pensabas que iba a echarme a llorar y a rogarte que no me dejaras sola? ¿He herido tu orgullo? Pobre Aidan... No soy tan estúpida, ¿sabes? Nunca se puede confiar en los tíos. Vosotros llegáis, nos quitáis las bragas y ¡venga, al ataque!

—Deja de tocarme los huevos.

—Antes no has protestado. Me voy a la cama.

—Ni hablar. ¿Por qué no me lo has dicho? —Aidan recuperó su tono amable y eso la desconcertaba; prefería una confrontación directa.

—Mira, aprendí hace tiempo a cuidarme sola y eso incluye ser responsable.

—¿Y qué pasa con las enfermedades?

—Tú no pareces de esos.

—Ya, puedes estar segura, pero ¿qué pasa con... los otros tíos?

—Si estás insinuando que me voy a la cama con el primero que pillo, te aconsejo que protejas tus bienes, porque mi rodilla no se anda con miramientos.

Para su desesperación, él se echó a reír. Eso sí, sin soltarla.

Aidan la abrazó con fuerza. Ella quiso soltarse y su ropa se cayó al suelo.

Él empezó a acariciarle la espalda.

—Hacía tanto tiempo que no follaba sin condón que ya no me acordaba —dijo él con voz ronca—. ¿Me perdonas?

Ella no sabía qué decir. ¿Perdonarle? Joder, sí que era amable, sí.

—*Humm.*

—¿Y eso qué significa?

—Que lo pensaré. Ahora me voy a mi cama.

—Ni hablar. —La cogió en brazos arrastrándola hasta la cama—. Puesto que ya hemos aclarado este punto, ahora pasaremos al siguiente. —Como un depredador la dejó caer de espaldas y se inclinó peligrosamente.

Carla sintió el roce de los vaqueros en sus piernas. Él movió sus caderas provocativamente, haciéndola gemir, a lo que Aidan se rio y atrapó su boca, para besarla sin titubear mientras sus manos recorrían sus costados hasta detenerse bajo el nacimiento de sus pechos. Ella arqueó la espalda pidiendo más.

—Aidan...

—Calla un poco. —Bajó la cabeza y atrapó un pezón con los dientes.

Ella solo quería decir que se quitara los malditos pantalones, pero eso sería servirse en bandeja. Cosa que no iba a admitir ante él, por mucho que lo desease. Se movió y él cambió de pezón aplicando el mismo tratamiento. No pudo reprimir un gemido.

—Quítate de encima. —Le agarró por los hombros—. He dicho que no.

—No mientas. —Bajó una mano e introdujo un dedo en su coño, moviéndolo lentamente y empapándose de su humedad—. *Mmmm*, ¿y esto? —Introdujo otro dedo—. Me parece, querida, que debo continuar.

—Eres un imbécil. ¿Lo sabías?

Él tuvo el descaro de reírse contra sus pechos.

—Y tú una mentirosa, pero estoy dispuesto a hacer un sacrificio.

—Ya veo —dijo jadeando—. Por mí... no... lo... hagas.

—Has dicho que no aguantaría un asalto, ¿verdad? —Ella no respondió—. Pues siento llevarte la contraria, porque ahora tengo a mis..., ¿cómo has dicho, soldaditos?, en pie de guerra.

—Chulo.

—Zorra.

—Cabrón.

—Calientapollas.

—Cerdo.

—*Oink, oink*.

Carla no podía creerlo. ¿Estaba a punto de correrse y discutía por eso?

—Quiero ponerme encima.

—Después. —Aidan seguía enterrando los dedos en su coño, una y otra vez; ella quería pelea y a él no le importaba ofrecérsela. ¡Cómo le gustaba ese

constante rifirrafe!

«¿Esas tenemos?», pensó ella. Vale, él podría follarla con los dedos y hacerla llegar al orgasmo, de hecho estaba cerca, así que palpó su trasero hasta poder meter la mano por debajo de los pantalones; recordaba que no llevaba ropa interior.

—¿Qué haces? —preguntó él, confuso, al sentir cómo ella pasaba un dedo por su trasero buscando su ano—. Quitá la mano de ahí.

—No, tú sigue con lo tuyo. Estoy a punto, no pares, maldita sea, no pares o te corto los huevos.

Aidan se movió para que ella no pudiera seguir con su exploración. Ni hablar, no iba a permitirselo.

—Quiero ver cómo te corres con mis dedos.

—¿Ya no se te levanta? —le provocó entre jadeos.

—No sufras por eso —dijo ahogando la risa.

—Yo puedo soportarlo —mintió; necesitaba esos veintidós centímetros otra vez en su cuerpo—. Pero no quiero dejarte en evid... ¡Ay, Dios!

—Eso es. —Aidan presionó con el pulgar su clítoris—. Vas a correrte y yo voy a disfrutar con ello.

—¡Síii! —Puso la mano sobre la de él, instándole a que fuera más rápido.

Aidan se apartó un poco para observarla mejor. Ver cómo se retorció bajo sus caricias le encantaba: era toda naturalidad, gemía sin vergüenza, preciosa. Hacía mucho que no disfrutaba así con una mujer en la cama, aunque tuviera los pantalones puestos. Ver sus dedos atrapados con los de ella y entrar en su coño rasurado era increíblemente erótico. Poner ahí su boca sería indescriptible.

Carla cerró los ojos con fuerza al sentir la llegada de su orgasmo, aflojó la presión que mantenía sobre la mano de él y se mordió el labio para no chillar y despertar a los vecinos.

No fue consciente de cómo Aidan se apartaba, se desnudaba y se tumbaba sobre ella.

—Ahora, querida, vamos a por el broche de oro. —Presionó con la punta y entró apenas unos centímetros—. Abre los ojos —susurró contra sus labios, mordisqueando el inferior—. Me parece que esto de no tener que preocuparme por los condones va a resultar altamente práctico. —Entró en ella totalmente—. ¡Oh, Dios!

—¡Aidan...! —suspiró ella al sentirle en su interior.

Él acunó su cara y la miró fijamente mientras comenzaba a moverse en su

interior, lentamente. Ella acababa de correrse y sabía lo sensible que era en ese momento. Aunque todo su cuerpo le instaba a ir más rápido, debía aguantar. Era demasiado bueno.

Aidan se despertó como hacía mucho tiempo no lo hacía: pletórico, satisfecho y con ganas de más. Oh, sí, esa era una buena definición. En otras ocasiones, tras una buena ración de sexo estaba... ¿contento? Sí, sería raro no estarlo, pero aquella mañana se sentía diferente. Sonrió con los ojos cerrados al recordar todo lo sucedido en esa cama con la mujer que dormía a su lado.

Estaba impaciente por ver qué podía ocurrir a la luz del día.

Carla no había dejado de sorprenderle, resultaba increíble cómo ella se mostraba con total confianza en sí misma, nada de dudas respecto a su sexualidad. Cualquiera otro hombre podría haberse sentido intimidado ante una mujer como ella, pero a él no le asustaba en absoluto. Había que ser un necio para no apreciar algo así.

Levantó la sábana y movió su mano hacia abajo; perfecto, todo funcionaba a las mil maravillas. Hora de practicar sexo. Ella quizás estaría dolorida, pensó durante un instante, pero siempre podría ser tierno. *Hummm*, eso gustaba mucho entre el público femenino: tras una sesión (con varias etapas) de sexo puro y duro, un polvo, no menos importante, en modo suave.

Cambió de posición girándose para tocar ese tentador cuerpazo; quería verlo a plena luz del día, había sido un fallo imperdonable no encender todas las luces y deleitarse, pero en fin, con las prisas... Ese cuerpo propiedad de Carla necesitaba un buen repaso y él estaba más que preparado para ello.

Estiró la mano. Primero unas caricias suaves, estimulantes, sugerentes..., un acercamiento, una provocación...

—¿Qué...? —Aidan se incorporó de repente; ningún cuerpo estaba tan frío y menos aún tan arrugado—. Será...

Estaba más solo que la una.

Maldiciendo, se dejó caer de espaldas. Carla se había largado a su cuarto.

«Vale, que no cunda el pánico».

Se levantó. Quería ir directo a su dormitorio y exigir una explicación. Le pidió encarecidamente que se quedara acostada a su lado, y ella, debía habérselo figurado, sonreía y parpadeaba inocentemente. Se lo había camelado por completo.

Tuvo que hacer una inevitable parada en el cuarto de baño, tras lo cual

constató que no podía andar por casa desnudo. Bueno, sí, pero no con una erección visible.

Volvió a su cuarto y sacó ropa deportiva del armario.

Carla se sirvió un café y tiró el resto por el desagüe. Gilipollas... Aidan no tenía derecho a ser así. Bueno, siendo realistas, ningún hombre tenía derecho a ser así.

Vale, podía soportar a dioses del sexo durante unas horas, pero lo que no podía aguantar era a dioses del sexo educados y cariñosos a primera hora de la mañana. Y menos aún si encima compartías piso con ellos. «Vives en su casa», se corrigió.

Miró el reloj e hizo una mueca; era la primera vez en su vida que iba a llegar una hora antes al trabajo.

—Buenos días —la saludó Aidan entrado en la cocina.

«¿Pero qué he hecho yo para merecer esto?».

—Buenos días —farfulló en respuesta.

—¿No queda café? —preguntó levantando la jarra vacía—. Joder, qué suerte tengo. —Se dispuso a preparar más.

Carla se bajó del taburete, dejó su taza en el fregadero y sigilosamente se dispuso a largarse.

—¿Una o dos?

—¿Cómo dices?

—Tostadas. ¿Una o dos? Y no me vengas con el cuento de que solo desayunas una taza de café. —Colocó las rebanadas en el tostador sin esperar respuesta.

—Esto... Tengo prisa.

Aidan miró el reloj de la cocina, luego a ella y sonrió perversamente.

—Un poco pronto, ¿no?

—Debo irme.

—Ya. —Aidan se movió rápidamente y la acorraló contra la encimera—. Vamos a dejar las cosas claras.

—¿Eh?

—Primero, cuando me acuesto con una mujer espero despertarme con ella. —Carla fue a hablar, pero Aidan colocó un dedo en sus labios—. Segundo, me pongo de muy mal humor cuando no follo por las mañanas, y... —Se detuvo un instante—. Hoy es sábado, entras más tarde a trabajar y me apetece

que desayunemos juntos —dicho esto apartó el dedo de su boca y la besó, atrayéndola hacia sí.

Carla se dio cuenta de que había cometido un gran error táctico: subestimar a Aidan. No había gritado, pero sus palabras no dejaban lugar para dudas, y cómo la estaba besando... Madre del amor hermoso, cualquier hombre estaría aún tumbado panza arriba intentando recuperarse del maratón sexual de la noche anterior, pero Aidan no; estaba vivo y coleando.

«Aclárate, chica, o este puede hacértelo pasar muy mal. O muy bien, según se mire».

—Primero —le imitó ella poniendo los brazos entre los dos cuerpos a modo de palanca—, duermo donde quiero y con quien quiero. —Él sonrió, y le mataría por eso—. Segundo, si tantas ganas tienes de follar, te haces una paja en la ducha. —Él arqueó una ceja—. Y tercero... —No pudo seguir, porque él la besó de nuevo, atrapando sus labios con los dientes y haciéndola partícipe de su excitación, rozando su polla contra el muslo de Carla—. ¡Deja de besarme!

—¿O qué? —En ese momento saltaron las tostadas—. Salvada por la campana.

Quizás su reacción era más que exagerada, pues bien pensado casi era mejor que la besara en vez de soportar un chiste *made in Aidan*.

Él se apartó para coger las tostadas, y Carla por fin pudo respirar y pensar en qué se estaba metiendo. Aidan se mostraba demasiado afectuoso; bueno, desde el primer día había sido así, con la salvedad de que no la besaba a las primeras de cambio. Él podría ponérselo un poco más fácil y besar de pena, pero no, tenía que saborear su boca con decisión, dejándola sin palabras.

De nada sirvió protestar, pues antes de que pudiera decirle de nuevo dónde podía meterse las tostadas, él se acercó peligrosamente con una.

—Abre la boca —ordenó; si no fuera por su voz firme, no le creería, pues siempre acompañaba todas sus peticiones con una sonrisa.

Ella apretó con fuerza los labios y negó vehemente con la cabeza, cual niña enfurruñada.

—Vas a desayunar, por las buenas o por las malas. Tú eliges.

—¿Vas a obligarm...?

En ese instante Carla se percató de su error, pues en cuanto abrió la boca, él le metió la tostada untada con mermelada sin miramientos.

—*Baztarrro* —dijo ella con la boca llena.

—Come y calla. —Cogió su desayuno, dio un largo trago de café y se

comió su tostada—. Bueno, ¿y qué planes tienes para hoy?

«Darte una patada en los cojones. Aunque después puede que me arrepienta sinceramente de ello».

—Tengo que trabajar. —Se limpió con una servilleta.

—Por cierto, ¿te he contado el del trabajador incansable?

Ella gimió y puso los ojos en blanco. Iba a tener que escucharle, así que para evitar lanzarle improperios variados dio otro mordisco a su tostada.

—Es muy bueno —prosiguió él—. Resulta que llega el jefe a la oficina a última hora de la tarde y se encuentra a uno de los trabajadores haciendo horas extra y le pregunta: «¿Hoy no era el velatorio de su suegra?». Y él responde: «Sí, jefe, pero primero la obligación y después la diversión». —Aidan se echó a reír.

Ella hizo una mueca. No tenía remedio, ni entendía por qué se empeñaba en contar chistes sin gracia todas las mañanas.

—Vale. Si me esperas un momento, te llevo —dijo él finalmente cuando acabó su desayuno.

—Mira, voy a intentar explicártelo: no tienes por qué sentirte obligado, lo de anoche... Bueno, ya está, pasó, y si queremos llevarnos bien será mejor que lo olvidemos. Por mi parte ya lo está.

«Mentirosa, mentirosa mentirosa», se dijo.

—Espero que no seas uno de esos tíos que se ponen en plan superprotector y ese rollo sensiblero porque se han follado a una tía, así que por el bien de ambos, olvida todo y sigamos como hasta ahora.

—¿Has acabado? —Aidan dejó su taza en el fregadero.

—Ajá.

—Hoy tengo el día libre. Me he ofrecido a llevarte porque me viene de paso, tengo que visitar a unos amigos y enseñarles mi trabajo. Respecto a lo de anoche, dudo mucho que vayas a olvidarlo tan fácilmente, pero si es lo que quieres, por mí bien. —«Eso es, tío, échale un par de cojones o esta mujer te come por las patas». ¿Qué demonios le pasaba?—. Pero dudo seriamente que te resulte tan sencillo como me haces creer.

«Carla, te han pillado...».

—Está bien...

—Me ducho, me visto y nos vamos.

—Pero date prisa, o llegaré tarde.

Aidan ya estaba en la puerta de la cocina. ¿Llegar tarde? A otro perro con ese hueso. Carla tenía salidas para todo, pero se lo había puesto en bandeja.

Así que se detuvo y dijo tranquilamente:

—Vale, me pongo la capa y nos vamos volando. —Acto seguido se echó a reír y salió de la cocina, dejándola con la palabra en la boca.

—*¿Me pongo la capa y nos vamos volando?* —Le imitó ella con voz burlona—. *¿Eso era un chiste?* —gritó. Pero Aidan ya debía de estar en el cuarto de baño.

Carla oyó el ruido de la ducha y suspiró; si no hubiera sido tan tonta, podría estar ahí metida con él, comprobando si Aidan funcionaba tan bien en posición vertical como horizontal. O si en mojado respondía del mismo modo que en seco.

«No puede ser», se dijo.

«¿Por qué no?».

«Porque complicaría las cosas».

«¿Qué cosas?».

«¡Basta!».

Para no volverse loca decidió limpiar y recoger; metió todo en el lavavajillas y lo puso en funcionamiento. Así cuando volviera por la tarde tendría la cocina ordenada.

—¡Mierda! —dijo en voz alta al terminar de limpiar la encimera—. Parezco una estúpida ama de casa. Eso sí, una bastante cachonda. — Pensamiento que no le atraía en absoluto—. *¿Dónde tienes la cabeza, chica?*

Decidió que era mejor no seguir por ese camino y menos expresar en voz alta sus pensamientos, por si *don tipo amable* la escuchaba; entonces sí que se quedaría sin coartada.

—No me lo puedo creer... ¡Será desgraciada! —refunfuñó Aidan mientras salía de la ducha.

La noche anterior debía de haberse vuelto loco para llevársela a la cama. La muy... «Joder, mira que eres tonto».

Bueno, un poco loco sí; si ella se hubiera mostrado menos entusiasmada, quizás la sangre hubiese vuelto a su cerebro.

Cogió una toalla y se secó rápidamente. Al mirar hacia abajo se dio cuenta de que estaba empalmado.

Aún su riego sanguíneo necesitaba un reajuste.

—¡Hay que joderse! —suspiró. Ella le había echado un jarro de agua fría nada más verle y él, en cambio, reaccionaba poniéndose duro como una roca.

¿Con qué clase de tipos andaba esa loca?

¡Qué descaró! Cualquiera otra en su situación se hubiera mostrado mínimamente agradecida, pero esta no, cosa que, por otro lado, le intrigaba. No le gustaba atosigar a las mujeres con las que salía, era más, se cuidaba muy mucho de dar falsas esperanzas, lo cual no descartaba acompañarlas a su casa de vuelta si estaba en la suya o perder media hora desayunando con ellas, según el caso.

Lo peor de todo era que inexplicablemente la deseaba de nuevo, cosa bastante extraña, pero bien mirado, desde que la conoció todo era extraño.

Cómo podían cambiar tanto las cosas tras apenas una hora... Cuando se levantó era el rey del universo, el hombre sexualmente más satisfecho de la Tierra, y ahora se sentía como el tonto número uno del *ranking* personal de la jodida señorita Stone.

«Te está bien empleado, por gilipollas», se recriminó en silencio. Si tantas ganas tenías de follar, haber tirado de agenda.

Se vistió rápidamente. Joder con los vaqueros... O se calmaba, o iba a pasar un buen rato incómodo. Recogió sus llaves, la cartera y su chaqueta. Pasó por la habitación que hacía las veces de estudio y metió el ordenador portátil en su maletín.

—Estoy listo —dijo entrando en la cocina.

Carla dejó de pasar la bayeta por la encimera y se giró. Madre del amor hermoso. Ese no era Aidan, ese era el señor *sexy* con chaqueta de cuero.

Estaba acostumbrada a verle con sus impecables trajes hechos a medida, lo cual ya era de por sí bastante preocupante para su vívida imaginación. Cielo santo... Cuando le veía vestido con esos trajes, en su mente se recreaba la fantasía del típico ejecutivo serio y aburrido por fuera, pero vicioso y pervertido por dentro. *Hummm*.

Pero esa mañana... se había superado a sí mismo. Parecía el típico guaperas, y lo era, desenfadado, con ese atuendo informal. Definitivamente debía estropearle un par de vaqueros en la lavadora. Por el bien de la población femenina en general y por su paz mental en particular.

Apretó los muslos intentando controlarse. Quizás ella también era de las que se ponían de mal humor si no follaban por la mañana... Antes de irse tendría que pasar por su cuarto y cambiarse de bragas.

—¿Te pasa algo? —preguntó Aidan dejando el maletín del portátil sobre la mesa de la cocina—. Parece que tienes hormigas recorriéndote el cuerpo.

—No. —Se enderezó—. Espera, un minuto y nos vamos.

—Ni hablar. —La cogió de la mano y tiró de ella—. Se supone que vas a llegar tarde, ¿no? Pues andando.

Ella gimió frustrada y él, cómo no, se echó a reír, haciendo caso omiso a sus protestas.

—¡Señorita Stone...!

—Mierda —masculló entre dientes Carla al ver cómo el encargado, Jeremy, se acercaba por el pasillo de los adhesivos.

A pesar de no ser la tarea más divertida del mundo, Carla se ofreció voluntaria para recolocar los estantes de la sección, por dos motivos: no le apetecía nada en absoluto estar sentada en la caja registradora, y menos aún estar cerca del tocapelotas del encargado. Así que eligió una tarea desagradable. Por lo menos podría moverse y descargar la mala leche acumulada. Dado su estado, le resultaba imposible permanecer quieta.

Solo quedaba más o menos media hora para terminar su turno.

—Señorita Stone —Jeremy se colocó a su lado—, tiene una llamada de teléfono —dijo de mal humor.

—Enseguida voy —contestó conteniéndose para no mandarle a freír espárragos.

—Sabe perfectamente que no está permitido, pero puedo hacer una excepción.

A ese hombre, a pedante, no le ganaba nadie.

—No hace falta, gracias. —Dio un paso atrás; Jeremy podría resultar agradable si dejase de insinuarse de aquel modo tan baboso, si se duchara con más regularidad y si cambiaba de peinado—. Puede decir a quienquiera que me llame que lo haga más tarde. —Era mejor no deber favores.

—No soy tu secretaria.

—Entonces..., ¿qué? ¿Puedo o no puedo contestar?

—Puedes, pero que no vuelva a repetirse.

Carla le sacó la lengua cuando Jeremy se dio la vuelta. Vale, era un gesto infantil, pero altamente satisfactorio.

—¿Diga?

—Hola, cielo. ¿Te apetece una fiesta de chicas?

—¿Como la de ayer? No, gracias.

—Es sábado, Carla, no me digas que vas a quedarte en casita.

—Pues sí, eso es lo que voy a hacer —dijo con sarcasmo—. Por si no lo sabes, soy una mujer muy hogareña.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! —exclamó Bianca entre risas—. Aunque... ¿me estás diciendo toda la verdad? —preguntó en tono cómplice.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... ¿No tendrá nada que ver cierto caballero?

—Que te quede claro de una puta vez: entre Aidan y yo no hay nada. Fue un error, ya está olvidado y punto. —No se dio cuenta de que había metido la pata hasta que oyó la risa socarrona de Bianca.

—¡Lo sabía! ¡Síiii! —Carla oyó un gruñido tras el teléfono. Joder, ya podía tener su amiga al menos la decencia de hablar a solas con ella—. ¡HE GANADO!

—Mierda.

—¡HE GANADO!

—¿Pero se puede saber de qué coño estás hablando?

—Lo siento, cielo. —Bianca no estaba para nada arrepentida—. Me aposté con Luke que antes de una semana te enrollarías con Aidan. El muy tonto...

—¿Lo dices por tu marido?

—Aja. Me aposté que antes de una semana acabarías con él, en el buen sentido del término, claro. Y él... —Más risas—. Pues dijo que eso era imposible.

—Vaya, gracias por confiar en mí —masculló con desgana.

—No te preocupes. Bueno, ahora sí que sí. ¡Tenemos que salir a celebrarlo!

—No —replicó Carla rotundamente.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. No me gusta que hagas apuestas a mi costa.

—¡Qué gruñona!

—Por cierto, ¿qué te apostaste?

—*Hummm*.

—¿Qué?

—Una semana de... ¡No puedo decírtelo! —Bianca se rio tontamente.

—Vaya par de pervertidos —farfulló Carla disgustada—. Me da igual. ¿Algo más?

—¿Segura de que no te apetece venir con nosotras? —insistió.

—Cualquiera os aguanta. No, prefiero quedarme en casa.

—Te entiendo perfectamente —dijo con retintín.

—Vete a paseo.

—Atízale de lo lindo por mí, ¿quieres? —Dicho esto, Bianca colgó y se

echó a reír a carcajadas ante la buena noticia.

Carla refunfuñó mientras colgaba también el teléfono. Ya, bueno, la vida sexual de su amiga no era de su incumbencia. Se alegraba, cómo no, de la suerte de Bianca, y reconocía, (eso sí, jamás en público) que Luke era el hombre adecuado para ella, aunque siempre que se lo encontraba, este se encargaba de sacarle de sus casillas.

Pero aquello era como una tradición.

Dejó el despacho de Jeremy y se dirigió de nuevo al pasillo. Tras terminar su trabajo marchó a casa, no sin antes rezar para no toparse con Aidan.

O rezar para toparse con él...

—¡Joder! —exclamó Carla nada más entrar en la vivienda, pues tropezó con unas cajas.

No las había visto; estaban apiladas junto a la entrada, tres grandes cajas de cartón marrón, las típicas de una mudanza. Dejó un momento las bolsas que llevaba en la cocina y volvió para inspeccionar un poco. Nada de nada, ni una etiqueta ni indicaciones escritas a mano.

Puesto que no eran para ella, pasó del asunto.

La casa estaba vacía. ¿Una lástima? A pesar de llevar apenas una semana viviendo en la morada de Aidan, inexplicablemente se estaba acostumbrando a su presencia. Lo cual la llevaba a la siguiente reflexión: ¿dónde tenía la cabeza? Desde luego, no sobre los hombros, porque la noche anterior había perdido completamente el norte.

Una extraña metáfora para explicar el revolcón por etapas con Aidan. Podría achacarlo a una deficiencia alimenticia, o a su actual estado catastrófico, pero sabía que no era así.

Si tan solo hubiese sido un revolcón más, ahora no estaría pensando seriamente en repetir.

No era la primera vez que se acostaba con un tío hábil, ni tampoco la primera en que estaba con un tipo físicamente impresionante, pero aun así no llegaba a comprender por qué le deseaba de nuevo.

Quizás debía de haber aceptado la oferta de Bianca y reunirse con las chicas...

¡Bingo!

Ahí estaba el quid de la cuestión: si ellas no le hubiesen llenado la cabeza de ideas sobre Aidan... No, tendría que haberse resistido a la tentación. ¡Pero qué narices! Si ellas, las muy guarras, no se hubieran pasado la tarde preguntando sobre esto y aquello, tampoco habría tenido que satisfacer su

curiosidad personalmente.

«Pero qué pedazo de mentirosa estás hecha», se recriminó para sus adentros.

Decidida a cambiar de tema, se desvistió y se fue a la ducha. Quitarse el horrible uniforme de trabajo ya era de por sí una buena forma de mejorar la tarde.

Tras una relajante ducha se puso cómoda, recogió su ropa y puso la lavadora. Al pasar junto a la habitación de Aidan miró de reojo por la puerta abierta. La cama seguía deshecha.

Gimió ante los recuerdos.

¿Y si mandaba a paseo a todo el mundo, cogía a Aidan por banda y repetía?

Él seguro que estaba dispuesto, pero... ¿quién le aguantaba después?

Al encontrarse con él por la mañana se comportó como una auténtica gilipollas. Él sólo pretendía ser amable y si no llega a ser por la inoportuna interrupción del tostador, hubiesen acabado follando en la cocina. No tenía ninguna duda al respecto.

—¿Quién llama a estas horas? —se quejó al oír el teléfono.

Si era Bianca, la mandarían a paseo.

—¿Diga? —preguntó con cautela.

—¿Eres tú, querida? ¡Qué alegría hablar de nuevo contigo!

—Hola, señora Patts...

—Merry, ya te lo dije. Bueno, solo llamaba para recordarle a mi hijo que el próximo fin de semana tenemos fiesta familiar.

—Vale, se lo comentaré. —Lo dejó escrito en el taco de notas que había junto al teléfono.

—Espero que tú también vengas, están todos locos por conocerte.

—¿Todos?

—¡Pues claro! Imagínate, cuando se lo dije a mi marido casi se cae de la silla, y las hermanas de Aidan se mueren por hablar contigo. —Merry se echó a reír—. Pero tranquila, nos comportaremos.

—Es que... Bueno... No sé si debo ir, hablaré primero con Aidan.

—¡No seas tonta! Tienes que estar.

—Señora Patts... Digo..., Merry, es que él y yo no estamos comprometidos, ni nada de eso.

—¡Bobadas!

Se sentía mal. La madre de Aidan era una mujer encantadora, y no se

merecía seguir con el cuento. Para desgracia suya, no parecía escucharla.

Oyó cómo se abría la puerta y al cabo de unos segundos Aidan entraba en la cocina.

Estaba para comérselo.

—Es tu madre —le indicó tapando el auricular y tendiéndoselo.

—Hola, mamá —dijo Aidan tras tomarlo—. ¿Ocurre algo?

—Carla me ha dicho que no estáis comprometidos —bromeó—. No la culpo, quizás me he mostrado demasiado entusiasmada y la he asustado.

—Ya veo... —murmuró mirando a Carla de reojo. ¿Por qué se ponía cachondo al verla con esa ropa deportiva?

—¿Es cierto? —preguntó su madre.

—¿Qué le has dicho?

Carla empezó a preparar la cena. No quería mirarla, lo cual era fácil de decir, ya que allí estaba, moviéndose por la cocina y abriendo armarios. Sólo pensaba en agarrarla, echársela al hombro al más estilo primitivo y llevársela a su cueva.

Su madre le estaba contando algo sobre la reunión familiar, pero no prestaba mucha atención a la conversación.

—Cariño —dijo esta—, sé que desde lo de Nicole no has estado con ninguna mujer...

Aidan no pensaba explicarle eso a su madre.

—... pero me pareció veros a los dos bastante contentos —continuó—, y Carla es una chica sensata. —Aidan carraspeó—. No creo que te juegue una mala pasada, como esa estirada.

—Mamá, es su decisión.

—Tú tráela y nosotros nos encargamos del resto. Estás a punto de cumplir treinta y siete años, ya sé que no eres un niño, pero soy tu madre y siempre me preocupo por ti.

«Demasiado», pensó Aidan.

—Hablaré con ella.

Colgó poco después. Ver a su madre tan ilusionada con la mujer que en esos momentos preparaba la cena no le gustaba. Carla no era Nicole, eso saltaba a la vista, pero ambas tenían una cosa en común: no se dejaban llevar fácilmente.

—¿Qué haces? —preguntó sin acercarse a ella.

—Desarmar una bomba nuclear, no te jode... ¿A ti qué te parece?

—No es necesario que hagas la cena, lo sabes. Podemos salir fuera.

—Cocinar me relaja y me gusta. Aparta —le espetó para poder abrir el armario que estaba tras él—. Si no vas a echarme una mano, al menos no estorbes.

—Vale. —Recogió su maletín—. Me voy a trabajar un rato. Avísame cuando esté lista la cena.

Lo había dicho amablemente, pero a ella le fastidió; no quería establecer con él ninguna clase de rutina. Le había invitado a salir fuera y ella prefirió hacer oídos sordos, ser maleducada.

No tenía por qué ser así con él, pero no podía remediarlo.

—Concéntrate en la cena —se dijo a sí misma.

Una hora y media más tarde Carla estaba recogiendo los cacharros, las brochetas estaban en su punto y Aidan seguía encerrado en su estudio, cosa que la inquietó, pues siempre que andaba por casa le oía, la mayor parte de las veces diciendo tonterías, haciendo chistes malos o metiéndose con ella.

Miró la mesa de la cocina. Todo estaba listo y no sabía nada de él.

Se limpió las manos y fue en su busca. Llamó a la puerta, pues no quería pillarle en un momento incómodo, pero no obtuvo respuesta

Qué raro, apenas se oía un murmullo...

—¿Aidan? —Volvió a llamar—. Si estás viendo páginas guarras en Internet puedes ir apagando el ordenador, voy a entrar —indicó en plan madre cotilla. Y como tal actuó.

Abrió la puerta, y lo que vio era lo último que esperaba.

—¿A eso lo llamas tú trabajar? —inquirió acercándose a él.

—Un momento —dijo tenso—. Estoy a punto de lograrlo, no interrumpas. ¡Mierda! Joder, casi lo tenía. —La miró—. Por tu culpa.

—¿Cuántos años tienes? —dijo ella entrecerrando los ojos—. ¿Diez?

—Me gusta distraerme.

—Estabas con la PlayStation, ¿por el amor de Dios! ¿Has estado aquí encerrado casi dos horas jugando?

—¿Y? —preguntó divertido.

Carla se agachó para coger el estuche del juego. Después miró la pantalla y se quedó de piedra.

—¿Estabas en el nivel seis?

—Y si no me hubieras interrumpido, estaría en el siete.

—Yo nunca he pasado del cuatro —dijo con pesar.

—¿En serio? —Se levantó y apagó la consola—. Nunca pensé que fueras aficionada a esto.

Era un juego que combinaba la lucha con pruebas de lógica, carreras de coches y juegos mentales.

—Pues sí, soy bastante buena —presumió orgullosa.

—Toma. —Le entregó un mando—. Demuéstralo.

—¿Ahora?

—Sí. —Colocó de nuevo el juego—. Nivel uno. ¿Prefieres competir sola o contra mí? —la provocó encantado.

—Contra ti, por supuesto. —Se sentó junto a él en el sofá—. Dale, veremos lo bueno que eres —dijo retándole.

Aidan se echó a reír. Tras mirarla un instante, pensó: «Puede ganarme... Deja de mirarle las tetas y quizás consigas vencerla».

Empezaron el juego. Los dos primeros niveles no eran complicados y ambos los superaron sin problemas. En el tercero la cosa se fue poniendo interesante.

—Me aburro... —la provocó Aidan mientras esperaba a que ella superase el problema matemático.

—Distraer al contrario es trampa. —Carla solucionó la cuestión, ahora tenía que «pelearse» cuerpo a cuerpo con él—. Voy a machacarte. —Le dio un pequeño empujoncito, jugueteón.

—¡Ja! Que te crees tú eso. —Aidan empezó a pulsar rápidamente los botones de su mando, derribándola en el primer asalto—. ¿Quieres más? —Se burló—. Ay, pobrecita, ya sé que está mal abusar de las niñas... ¡Toma!

—Deja de... ¡Mierda! ¿Cómo has hecho eso?

—Horas de práctica —respondió sin distraerse.

—Joder... —bufó ella entre dientes al ver cómo Aidan iba ganando terreno—. ¡Tienes el mando trucado! ¡Es imposible hacer eso!

—Acepta que eres malísima —respondió petulante, pero se estaba divirtiendo de lo lindo.

—Cabrón —le insultó tirando el mando en el sofá—. Seguro que has hecho trampas. —Se cruzó de brazos enfurruñada.

—¿Quieres la revancha? —preguntó él divertido y dispuesto a ganarla de nuevo.

—¡Por supuesto! Pero esta vez jugaré con tu mando.

—Como quieras. —Se encogió de hombros—. Pero ponte una camiseta o algo.

—¿Qué?

Aidan señaló con la mirada su pecho y ella entrecerró los ojos. ¡Qué

cabrón! No se había percatado de ese detalle; si lo llega a saber, desde luego que se hubiese aprovechado.

«Bueno, nunca es tarde».

Se inclinó hacia ella y le ofreció el mando sospechoso con la más exquisita cortesía. Sin querer se rozaron, de forma muy breve, pero para sorpresa de Carla quien se apartó rápidamente fue él, murmurando un «perdona» muy extraño.

La joven, antes de coger su mando, se giró provocándole abiertamente con la mirada.

—Deja de hacer eso —protestó él—. Y, por favor, tápate.

—No te hagas el tonto. Has sido capaz de ganarme, así que una de dos: o has hecho trampas o eres realmente bueno.

—No sabes lo condenadamente bueno que soy... —presumió bajando la voz y se la quedó mirando unos segundos para tensar aún más el ambiente— con este juego.

Sonrió, cosa que le supuso un gran esfuerzo. Joder, ¿cómo podía deseársela después de lo ocurrido por la mañana? Y lo peor de todo, ¿cómo podía deseársela de nuevo si ya se la había follado? Eso sí que era preocupante. La primera vez, pase, a uno siempre le atrae la novedad, aunque lo más lógico sería haber satisfecho la curiosidad y a otro asunto, pero no. Podía haber satisfecho una parte, es decir, ya sabía cómo se las gastaba ella, solo que él deseaba más. Joder, y de qué manera. «Sonríe», se dijo, «y deja de mirar ese par de tetas que te pierdes».

—Eso lo comprobaremos ahora. —Carla se acomodó; notaba a Aidan a su lado izquierdo, sentado junto a ella—. ¿Te importa? —inquirió empujándole, pues necesitaba espacio para ganarle, y para no sentirse demasiado tentada de echarse encima de él. O simplemente como táctica para minar su concentración.

—¿Te pongo nerviosa?

«Más de lo que tú crees y yo estoy dispuesta a admitir».

—No, simplemente necesito concentrarme y estoy segura de que intentarás distraerme con alguno de tus «graciosos» comentarios.

—¿Y por qué no hacemos que esto sea más interesante? —preguntó él tras reiniciar el juego y sentarse de nuevo.

—Aidan, majete, si quieres perder hasta la camisa, adelante, por mí no te cortes. Esta vez estoy más que preparada.

—Si quieres que me quite la camisa no tienes más que pedírmelo, encanto

—respondió en actitud chulesca a la par que provocativa.

Carla estuvo a punto de tirar el mando, agarrarle de la camisa y echarse encima de él al escucharle hablar con ese tono seductor e íntimo. «Deja de sonreír, cretino».

Enderezó la espalda sacando pecho y le observó. Le vio hacer una mueca, y descaradamente bajó la vista. Oh, sí, podía ganarle, su riego sanguíneo había abandonado su cerebro.

«¿Y por qué no aprovechas la ocasión en tu beneficio y no precisamente para ganarle?».

—No, gracias —dijo al final.

—¿Qué apostamos?

—¿Qué quieres perder?

—Veamos... —Aidan fingió meditarlo—. Tiene que ser algo realmente bueno... No sé..., como...

—Piensa en algo que sea con la ropa puesta, por favor. —Carla rezaba para que él le pidiese algo realmente escandaloso. Así, si después se sentía culpable (cosa que dudaba seriamente), siempre podía echarle a él la culpa.

—Ya está —dijo chasqueando los dedos delante de sus ojos haciéndola regresar a la Tierra.

—Está bien, pero solo una vez —murmuró ella pensando en volver a verle desnudo.

—Aún no te he dicho lo que quiero.

Carla se sintió la estúpida número uno.

—¿Y qué quieres, si puede saberse? —inquirió molesta más consigo misma que con él.

«Joder, vaya pregunta», pensó Aidan. «¿Pues qué voy a querer? Maldita sea».

—Si gano yo... vendrás el próximo fin de semana a casa de mis padres. —Aidan puso un dedo en sus labios para impedirle hablar, cosa que no debía haber hecho—. No te preocupes, les explicaremos de qué va todo esto.

—*Bueeeeno* —aceptó al cabo de unos instantes, más que nada porque estaba tentada de chupar y mordérselo—. ¿Y si gano yo?

—Entonces iré solo.

—¡Ah, no, no, no y no! Si gano, yo quiero algo mucho mejor que eso.

—Me tienes a tu entera disposición, pide por esa boquita —apuntó él en tono juguetón.

No era tan tonta como para no darse cuenta de que, a pesar de hablar en

todo momento como si estuviera bromeando, Aidan sabía muy bien lo que hacía, y que poco a poco se la estaba llevando al huerto. ¡Qué cabrón! Con razón le llamaban el chico de oro: podía hacerse el tonto, y sin embargo distaba mucho de serlo.

Lo peor de todo era que ella estaba haciendo lo mismo, dejándose querer, fingiendo que no entendía sus indirectas, arqueando su espalda más de lo necesario al sentarse y llamándose estúpida cada cinco minutos. Menos mal que él no podía notar su excitación. ¿O sí? La de él era más que evidente y en honor a la verdad había que darle puntos extras; sabía mantener la conversación entretenida, mientras que muchos otros hombres se hubieran largado.

—Tu coche.

—¿Cómo?

—Si gano yo, y ten por seguro que esta vez voy a hacerlo..., me dejas tu coche durante una semana.

—*Mmmm*, vale. —Pulsó el botón para comenzar el juego—. ¿Preparada?

Durante las dos horas siguientes ambos se pelearon, se lanzaron puyas, se provocaron y, sobre todo, se rieron.

Aidan iba a ganar, Carla lo supo tras la primera media hora. Era condenadamente bueno, no se distraía a pesar de sus cada vez más descarados movimientos para desconcentrarle.

Lo importante era ganar; no por el premio, pues se lo había propuesto por el simple hecho de ver su reacción, sino porque para todos los tíos tocar su coche era como un sacrilegio, y él había aceptado la apuesta sin dudar demasiado. O estaba muy seguro de su victoria o acababa de ganar muchos puntos ante ella.

—¿Te rindes? —preguntó ante el último desafío.

Carla supo que aun resolviéndolo antes que él, no conseguiría los puntos necesarios para alcanzarle.

—¿Sabes lo feo que queda burlarte de los vencidos? —se quejó.

—Ya, como si tú no hubieras hecho lo mismo.

—Mira, ahí me has pillado —dijo animado—. Está bien. Por hoy lo admito: has sido mejor.

—¿Ves? ¿A que no duele asumirlo?

—Sí, sí, tú ríete, ya veremos quién ríe el último. —Se levantó y de repente se esfumó todo su buen humor—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? Pensé que lo habías aceptado. —Aidan apagó la consola—.

No te lo tomes a mal, pero debes asumir que te he ganado y que voy a ganarte de nuevo —dijo incorporándose para después acercarse a ella—. Y te aseguro que sabré elegir mejor mi apuesta.

—¿Pero qué dices? —se apartó de él—. No estoy enfadada por eso, serás gilipollas... ¡La cena! Maldita sea, se habrá quedado hecha un asco. Tú y tus maquinatas —le reprochó cargándole con toda la responsabilidad.

—¡Oye! Que yo no te he obligado. —Pero ella ya había salido del cuarto.

Cuando llegó a la cocina parpadeó al ver cómo Carla había dispuesto la mesa. Levantó la vista y la observó, allí de pie, con cara de disgusto. Se acercó a ella; tenía ganas de tocarla, pero no lo hizo.

—No importa —dijo suavemente—. Nos lo comeremos de todas formas.

—Joder, no te comportes de forma tan comprensiva, lo odio; estará asqueroso.

—No puede ser tan grave, vamos a ver. —Cogió una de las brochetas y se la llevó a la boca—. Bueno, podría estar peor, pero todo tiene remedio. —Agarró la fuente y la introdujo en el microondas.

—No servirá de nada recalentar la comida.

—Ya veremos. —Mientras, él buscó una botella de vino. Varios minutos después abrió el electrodoméstico—. ¿Ves? Todo arreglado, siéntate y disfruta.

Carla le obedeció y se sentaron a la mesa. Aidan no paró de hacer comentarios más que agradables: que si nunca había probado algo así, que si era una cocinera de primera...

—¡Ay, para ya! Sabes perfectamente que está de pena. —Dio un sorbo de vino—. Seamos sinceros, ¿vale?

—Estoy siendo sincero.

Carla le creyó. La estaba mirando con tal intensidad...

Aidan dejó tranquilamente su copa de vino sobre la mesa, se inclinó hacia delante y agarró una de sus manos.

—Llevo viviendo solo más de cuatro años y te aseguro que nadie antes se ha preocupado de hacerme la cena, exceptuando a mi madre, claro, así que el simple detalle de que te molestes en cocinar ya es suficiente, y no seas tan dura contigo misma. Estaba buenísimo.

Carla contuvo la respiración, bajó la vista y vio sus manos entrelazadas. Maldita sea.

No sabía qué decir o hacer. Apartar la mano de forma brusca no era una opción; además, Aidan estaba acariciando sus dedos de una forma tierna y la

sensación era maravillosa.

En cuanto a él, estaba en pleno debate interno: no debía tocarla, lo sabía, y aun así lo estaba haciendo. Lo que no llegaba a comprender era por qué ella se lo estaba permitiendo. Le dejó claro que no más acercamientos y, sin embargo, allí estaban, los dos solos, una noche de sábado haciendo manitas en la cocina.

Y aunque el gesto resultara de lo más inocente, ambos sabían que no lo era.

Aidan fue soltándola poco a poco hasta perder el contacto.

—Yo recogeré los platos —consiguió decir al cabo de un rato, cuando fue capaz de controlar sus instintos.

—Como quieras. —No pudo evitar responder con su tono habitual desdeñoso, como si le diera igual, de lo que se arrepintió en el acto. Aidan se estaba comportando; había sido así desde el principio, de forma impecable, y ella respondía a cada uno de sus amables gestos de forma desairada—. Mientras, iré haciendo el café —acertó a decir de forma algo más suave; él la recompensó con una enorme sonrisa.

—Las cosas cada vez se están poniendo más interesantes —dijo Luke arrojando un *dossier* sobre la mesa de Aidan.

—Sorpréndeme, oh, gran maestro, con tu sabiduría —se burló mientras abría la carpeta.

—Escucha al gurú —respondió Luke con humor—. No sé qué pasó entre esa abogada y tú, pero va a por ti.

—No me sorprende —comentó manteniendo la calma.

—Pero lo peor es que también va a por Carla —explicó con seriedad.

—No puede, ella es la agredida.

—Ha convencido a ese par de hijos de puta para que la denuncien y, por si fuera poco, alega que tú no hiciste nada por defenderlos.

—Joder, lo que me faltaba. —Se levantó de su silla.

—Debiste ser más amable con ella.

—¿Y me lo recomiendas tú, don *no me toques los huevos*?

—Tienes razón, pero soy el maestro, ¿no? —se exculpó Luke—. Hablaremos mientras tomamos una cerveza.

—Es jueves, ¿no tienes toque de queda?

—Pues no, y no te pases de listillo. Bianca termina hoy tarde sus clases y Sarah está con mi suegra. Además, si no recuerdo mal, tienes varias cosas que contarme.

Veinte minutos más tarde los dos estaban sentados en un bar bastante tranquilo situado cerca de la comisaría. Muchos de sus compañeros todavía andaban por ahí, pero no se unieron a ellos.

—El asunto se va a poner bastante feo, y no solo para ti, aunque por lo poco que sé esa abogada te la tiene jurada.

—Nicole siempre ha sido vengativa.

—Pero te dejó ella, ¿no?

—Es de las que ni joden ni dejan joder, ya me entiendes.

—*Humm*. Sabes que no soy partidario de dar consejos, pero creo que deberías hablar con ella y dejar que se crea que estás hecho polvo. No hay nada mejor para una mujer como esa que creer que tiene la sartén por el mango.

—Oh, maestro, su sabiduría me llega hasta lo más hondo —respondió burlándose—. Tiene huevos la cosa: pretendes que me rebaje.

—No, pequeño saltamontes, pretendo que la tranquilices. Lo haría yo, pero... no tengo ni tu paciencia ni estoy implicado directamente en el caso. ¿Qué crees que hará cuando se entere de que Carla vive contigo?

—Eso no es relevante —murmuró sin estar del todo convencido.

—No debería, pero si tanto la conoces, entonces sabrás que utilizará todo lo que esté a su alcance para joderte vivo. —Aidan hizo una mueca—. Y hablando de eso, ¿cómo va tu vida sexual? Necesito pruebas, ¿sabes? Bianca dice que ha ganado, aunque yo debo saber cuál es tu versión.

—No me apetece hablar de eso —Aidan sonrió sin ganas.

Pero Luke no iba a dejarle tranquilo, así que insistió:

—Mira, lo que hagas o dejes de hacer con tu... ¿compañera de piso te parece bien? —Aidan puso los ojos en blanco ante su sarcasmo— me trae sin cuidado, pero... —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Si hay de por medio una apuesta, la cosa cambia, ¿me sigues?

—Si tu vida sexual resulta tan patética —empezó Aidan usando el mismo tono impertinente, pero sin perder la sonrisa— que necesitas saber los detalles de la mía, es que por fin tu mujer ha visto la luz. Y no la culpo por ello. —Levantó su botellín de cerveza a modo de brindis.

—Mi mujer «ve la luz» todas las noches —respondió orgulloso, a lo que Aidan arqueó una ceja mostrando su escepticismo—. Así que no sigas por ahí. Concéntrate. ¿Hay o ha habido intercambio sexual entre vosotros dos?

—Joder, pareces un maldito abogado. —Casi se atragantó de la risa—. O el *poli* malo.

—Contesta.

—No.

—¿No? ¿No, qué?

—Que no te lo voy a decir, tío listo.

—Entonces es que sí, joder. Maldita sea.

—¡Oye! No sabía que te molestara tanto...

—Me importa un pimiento tu «escasa» vida sexual —le dijo para pincharle, pues por lo que se comentaba por los pasillos el chico de oro iba bien servido—. Solo tenías que haberte mantenido con los pantalones puestos una semana. ¡Una semana! ¿Tan difícil resulta?

—¿Y quién te ha dicho que me los quité? —Aidan se lo estaba pasando en grande; después mandaría un mensaje a Bianca, se lo tenía merecido.

—Tócame los huevos —le respondió de mal humor.
—Ya veo cómo está el patio. —Aidan controló su risa.

Carla salió de su trabajo bastante satisfecha. En sus manos llevaba el sobre con el cheque de su primer sueldo. Había valido la pena aguantar al imbécil de Jeremy. Oh, sí. No era mucho, pero por lo menos ahora podía pagarle a Aidan y no sentirse una okupa.

Él en ningún momento hizo que se sintiera así, todo lo contrario, y tenía que reconocer que ambos habían llegado a una especie de entendimiento, unas normas no escritas, que los dos respetaban.

Por ejemplo, el uso del cuarto de baño por la mañana; si alguno de los dos dejaba un pañuelo sobre el picaporte, estaba ocupado. Claro que Aidan dejó la marca y ella tuvo que esperar más de media hora... El muy cerdo se había levantado a media noche para jugársela.

Ella no se quedaba atrás; él había dejado tres de sus trajes recién traídos de la tintorería colgados en la percha del pasillo, y aprovechó para escondérselos.

Por supuesto, no faltaba el chiste a primera hora de la mañana. Tan cotidiano se había vuelto que los dos días en que Aidan se marchó antes de que ella se levantase, sintió que le faltaba algo.

Al entrar en casa tuvo cuidado de no tropezar con las malditas cajas. ¿Qué narices tenía allí ese hombre? Y, por si fuera poco, había añadido dos más.

No sabía a qué hora llegaría, así que tal y como acordaron, prepararía la cena, y si Aidan no estaba de vuelta a una hora prudencial, no tenía que esperarle. Se limitaría a cenar sola y dejar su ración en la cocina tapada con papel de aluminio.

Mientras sacaba las bandejas de comida no dejaba de pensar en las ironías del destino. Allí estaba, cocinando para un tipo con el que se había instalado (por necesidad). La idea debía resultar desagradable, ella siempre proclamaba su independencia a los cuatro vientos, pero se sentía a gusto. Aidan jamás decía nada respecto a su forma de llevar la casa y cuando podía, colaboraba, siempre se ocupaba de sus cosas, no era desordenado y la hacía reír.

«¿Qué mierda es esta?», se reprochó.

«No, no y no, no sigas por ahí, chica. Quizás todo pertenezca a un plan para tenerte donde él quiere, no sería la primera vez que un hombre encantador se transforma en un gilipollas insensible cuando ve que te tiene

atrapada...».

No, estaba allí temporalmente; en cuanto pudiera disponer de medios, se largaría, daría amablemente las gracias y adiós.

Terminó de preparar las verduras al vapor y se sentó en la mesa. Encendió el pequeño televisor de la cocina, pues siempre venía bien algo de ruido para distraerse, y se dispuso a cenar.

Cuando toda la cocina estuvo recogida, Aidan aún no había dado señales de vida. Se encogió de hombros; ese no era asunto suyo.

Aunque... ¿qué pasaría si alguien llamaba diciendo que estaba herido? ¿Cómo debía mostrarse ella?

Esos interrogantes le produjeron malas vibraciones. No quería, pero se preocupaba por él. ¿Cómo no hacerlo?

Y lo más preocupante..., ¿cómo enfocarlo? Al fin y al cabo, no tenía una relación con él (lo ocurrido el viernes por la noche no contaba).

¿Cómo soportaba Bianca esa incertidumbre?

Debía preguntárselo.

«No, no lo harás, o si no ella empezará a sospechar».

—¡Joder!

Carla se sobresaltó al oír a Aidan. Estaba en casa. Se levantó para ver qué había pasado.

—¿Qué haces? —le preguntó al ver cómo se frotaba la espinilla.

—Estas malditas cajas —dijo con pronunciación poco clara.

—¿Estás borracho? —inquirió al atar cabos.

—Un poco —respondió él poniendo cara de inocente.

—Ya veo. Te lo tienes merecido, si no fueras por ahí dejando tus cosas... Yo he tropezado ya más de diez veces —le recriminó en plan madre regañona, solo faltaba el clásico «te lo advertí».

—¿Pero qué dices? Estas cajas no son mías. —Avanzó un paso, no muy firme, soltándose la corbata.

—¿Ah, no? Pues entonces tenemos invitados en la casa —pronunció con sarcasmo. ¿Estaban teniendo la típica conversación de pareja?—. O son una especie de señal divina, tómatelo como mejor te guste.

—Son tus cosas —respondió dejándose caer en el sofá.

—¡¿MIS COSAS?!

—No estoy sordo. Sí, tus cosas —repitió con voz cansina.

Carla se le quedó mirando. Aidan se había sentado de cualquier manera en el sofá, con la corbata colgando, la cabeza echada hacia atrás, las piernas

estiradas... Debía de estar loca, porque dejó de gritarle e inexplicablemente solo deseaba sentarse junto a él.

El que se hubiese molestado en traer sus pertenencias decía mucho a su favor.

Nadie se mostraba tan pendiente de ella como lo hacía Aidan.

No debía levantarle la voz... Deseaba estar junto a él y agradecerle como era debido ese detalle.

—¿Las has traído tú? —le preguntó más suavemente. Se sentó en el otro extremo del sofá y él la miró de reojo.

—¿Va a durar mucho esta conversación? —Cerró los ojos de nuevo—. Lo digo, más que nada, porque no quiero ser grosero, ni que utilices cualquier cosa en mi contra. He bebido, no mucho, pero sí lo suficiente como para decir estupideces.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿El qué? —preguntó aun sabiendo a qué se refería.

—Mis cosas, ¿cuándo...? —Entonces le entró una especie de temor al pensar que Aidan podría haber visto ciertas... posesiones.

—El sábado —suspiró—. Acabé pronto y me acordé de que solo te habías traído lo básico. —Aidan seguía hablando sin mirarla—. Aún faltan cosas, si tengo tiempo este fin de semana me ocuparé de ello.

—No es necesario, yo me encargo.

—¿Cuándo? Tu horario es peor que el mío y no tienes coche.

—La próxima vez te acompañaré —insistió ella, molesta.

—No puedo saber cuándo iré, depende de muchos factores, pero si te sientes mejor te avisaré por si acaso.

—Gracias —murmuró ella, y se quedaba corta. Aún no daba crédito. ¡Aidan había traído sus pertenencias!

Él seguía con los ojos cerrados, en actitud relajada; era de agradecer que no fuera uno de esos hombres que en cuanto han bebido una copa de más se ponen pesados, besucones o desagradables.

—De nada —dijo al cabo de unos segundos, abrió un ojo y la miró—. ¿Qué haces ahí sentada? —Carla no supo qué responder ni a cuento de qué venía esa pregunta—. La respuesta es sí.

—¿Cómo?

—Si estás pensando en aprovecharte de mí... —sonrió de oreja a oreja— porque estoy algo bebido, la respuesta es sí.

—Tienes razón... —Observó cómo él se inquietaba—. Debería

aprovecharme de ti.

Aidan se tensó.

—Y... —Tragó saliva para no emocionarse antes de tiempo—. ¿Vas a hacerlo?

—Tú me dejarías que te hiciese cualquier cosa, ¿verdad? —Él asintió, algo más animado ante la expectativa—. Podría... —Carla utilizó un tono sugerente—. ¡Borra esa sonrisa estúpida de tu cara! —saltó enfadada. ¿Por qué todo se lo tomaba así?

—Perdona, estoy borracho, ¿recuerdas? Sigue. ¿Qué ibas a hacerme? —intentó disimular su alegría.

Carla se acercó a él, susurrándole: «no te muevas, no abras los ojos».

Su primera intención era tocarle un poco la moral y enfadarle, pero a medida que iba acortando la distancia e iba sintiendo la respiración de él cada vez más pesada, su mente empezó a configurar otro tipo de práctica.

Pero no lo hizo. Metió la mano por un costado y Aidan se mantuvo inmóvil, mientras ella indagaba en el interior de su chaqueta. ¿Dónde coño las tenía?

Bajó la mano hasta su cadera.

—Cuidadito —dijo él con voz risueña al sentir cómo ella introducía la mano en el bolsillo derecho de su pantalón.

«¿Cuidadito?». Carla se echó a reír.

Al principio, los comentarios de Aidan le parecían ridículos, pero al cabo de los días se acabó acostumbrando, incluso le parecían graciosos.

—Tranquilo, no te va a doler —dijo ella en voz baja. Sacó la mano y cambió de bolsillo.

—Frío, frío —indicó él—, pensé que tenías más experiencia —apuntó burlón—. Si quieres te hago un mapa para que la encuentres.

—No estoy buscando tu po... ¡Sí! —gritó al sacar las llaves del coche. Empezó a agitarlas delante de su cara con expresión triunfante.

Aidan la miró como si estuviese loca.

—Patético —dijo él—, e infantil. ¿Crees que soy tan tonto como para conducir hasta casa en este estado?

—¿Eh?

—El coche está en el depósito de la comisaría. —Sonrió con petulancia; la había calado desde el primer momento, aunque siempre hubiese preferido que de verdad le metiera mano—. He venido en taxi. Tienes las llaves, pero..., por favor, responde con sinceridad: ¿cómo vas a hacer para que te dejen sacar el

coche sin mi autorización?

—Está bien. —Le devolvió las llaves de malos modos.

—Hay que joderse —arguyó poniéndose en pie con dificultad—. Qué raras sois algunas, podríamos haber pasado un buen rato y tú te dedicas a birlarme las llaves. —Negó con la cabeza—. ¡Mujeres!

Al girarse para esquivarla, tropezó con la mesita de centro y cayó de nuevo en el sofá.

—Ven. —Ella le tendió la mano—. Deja que te ayude a llegar vivo e ileso hasta la cama.

—¿Te quedarás conmigo? —pidió él poniendo cara de perrito abandonado.

—Aidan, estás borracho. —Le ayudó a incorporarse y salieron del salón—. No creo que esta noche puedas cumplir. Así que te ahorraré la vergüenza.

Él se rio entre dientes. Podía llegar hasta su cama, más o menos, pero... ¿perderse tanta generosidad por su parte? Ni hablar.

Exagerando un poco su estado se apoyó en ella, pasando la mano por encima del hombro y haciendo que Carla soportara el peso. No se quejó, simplemente se limitó a andar junto a él hasta llegar al dormitorio y hacer que se sentara en el lecho.

—No necesito tu ayuda —dijo él esperando que ella le contradijera; sabía que si se mostraba demasiado receptivo, sospecharía.

—¿Esto va a ser una práctica habitual? Lo digo porque no soy tu madre y no tengo que ocuparme de ti —masculló con desdén—. Si no sabes controlarte con el alcohol, te sugiero que te pases al agua mineral.

Él resopló y se dejó caer de espaldas, arrugando intencionadamente el traje.

Carla le descalzó y le movió hasta dejarle acostado en la posición correcta.

—¿No vas a desnudarme? —sugirió él.

—¡Por favor! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. Está bien, pero las manos quietas.

Inmediatamente Aidan extendió los brazos, dejándolos inertes junto a su cuerpo.

Carla se inclinó y le movió hasta poder quitarle la chaqueta. Él la miró de reojo; la estaba dejando sin ningún cuidado sobre una silla, pero bueno, merecía la pena arrugar la prenda si ella le ponía las manos encima. Después empezó con los botones de la camisa. «Se está acercando», pensó. Cuando ella tocó su piel casi da un respingo, y eso que solo estaba en la parte superior.

—Sosiégate, corazón —le advirtió ella.

Aidan supo en el acto a qué se refería: se estaba empalmando delante de sus ojos. Pero qué demonios... Estaba borracho, ¿no?

Ella se sentó de medio lado junto a él, llevando las manos hasta su cinturón, el cual no tuvo dificultades para desabrochar. Estaba cada vez más tenso, por decirlo de una forma agradable. Ella soltó el botón del pantalón y sin mirarle le bajó la cremallera.

—O te relajas o te haré daño.

—Pues deja de manosearme.

—¿Que yo...? ¡Serás cabrón!

—Estoy pedo, no muerto —dijo él aguantando la risa.

—Gilipollas. —Tiró de los pantalones hacia abajo—. Haz algo útil, levanta el culo. —Él lo hizo obedientemente y ella pudo deslizarle los pantalones hasta quitárselos—. Muy monos —dijo cuando vio sus *boxers* de rayas blancas y negras—. Métete dentro de la cama y duerme la mona. Y tápate, no vayas a enfriarte.

—Te aseguro que frío no es precisamente lo que tengo ahora —respondió él con voz ronca.

—Mejor para ti. —Ella se puso en pie.

Aidan vio cómo apagaba la luz y se dirigía a la puerta. Joder, le iba a dejar así...

Bueno, pues ella se lo había buscado. Con un movimiento rápido se quitó los *boxers*.

—¡Un momento! —exclamó y Carla se detuvo, dándose la vuelta.

—¿Qué pasa ahora?

—Toma. —Y lanzó sus *boxers* hacia ella, acertando en su cara—. Un regalo para ti.

—Imbécil —exclamó agarrándolos en el aire. El muy idiota estaba tumbado en la cama, completamente desnudo, intentando provocarla.

Lamentablemente, lo consiguió. Ver esa magnífica polla erecta pidiendo guerra no dejaba indiferente a nadie, y menos a ella.

Carla le oyó reírse a carcajadas mientras cerraba la puerta y regresaba a su dormitorio, sola, echando chispas.

Carla acabó de colocar los botes de pintura blanca en oferta en el expositor de la entrada. Puso bien el letrero de la promoción y se quitó los guantes para secarse el sudor de la frente. Afortunadamente Jeremy no estaba por allí, así que podía escaquearse un rato e ir a tomar un café. Llamó a Lara, una de sus compañeras, para no ir sola; esta asintió con la cabeza y dejó su tarea junto al mostrador de herramientas.

En ese momento, una mujer vestida de traje se acercó a ellas.

—¿Señorita Stone? —inquirió la desconocida..

—¿Sí?

—Me llamo Nicole Sanders. Me gustaría hablar con usted en privado.

—¿De qué? —Se guardó los guantes en el bolsillo trasero—. No la conozco.

—Os dejo —intervino Lara.

—¿Puedo invitarla a tomar un café? —preguntó Nicole amablemente.

—Pero tendrá que ser aquí mismo. Sígame.

Carla se dirigió a la zona situada junto a la entrada, donde había dispuestas unas mesas junto a una máquina de café y otra de refrescos.

—Y bien... —dijo ya con un vaso de papel en la mano—. ¿De qué quiere hablar conmigo? —inquirió con desconfianza.

—Represento a Greg Hart.

Carla inmediatamente se puso en pie dejando bruscamente el vaso de café sobre la mesa, y derramando parte de su contenido.

—Entonces no tengo nada de que hablar con usted.

—Espere un momento, por favor —pidió Nicole con fría serenidad—. Es importante. Sé la clase de tipo que es, y por eso quiero recavar cuantos más datos sea posible antes de entablar un pleito.

—Pida los informes a la policía —respondió con brusquedad.

—Aidan... —Rectificó sobre la marcha—: El señor Patts no se muestra muy colaborador, y de ese otro... mejor no hablar. Me temo que tiene problemas, señorita Stone. Mi defendido quiere presentar cargos contra usted, por agresión. Y contra el señor Patts por no hacer nada.

—Intentó violarme, me defendí como pude y Aidan me ayudó. Punto final.

Ahora, si me disculpa, tengo trabajo.

—Me temo que no es tan sencillo: usted no ha aportado ningún parte de lesiones, es su palabra contra la de él.

—Aidan estaba allí.

—Pero algunos testigos indican que usted tonteo con mi cliente.

—Suponiendo que fuera verdad —dijo poniendo cara de repugnancia—, ¿eso le da derecho a agredirme? —preguntó levantando la voz—. ¿Qué clase de persona es usted? Mire, haga lo que quiera, ya hice una declaración.

—Yo no soy quién para juzgarla, pero está claro que mi defendido sufrió varios golpes. Conozco a Aidan, él no es violento, y aunque no llego a entender por qué la protege, sin duda él también tendrá que afrontar las consecuencias —lo dijo con voz tranquila, pero sus palabras dejaban entrever una amenaza.

—Hizo lo que tenía que hacer, ¿me entiende? —Estaba hasta el gorro de la burocracia. Esa era una de las razones por las que en un principio se negó a denunciar.

—Ya veo —murmuró Nicole observando la reacción de ella.

—¿Algo más?

—He hablado con su padre y... Bueno, él está bastante molesto con todo esto, prefiere que no se haga publicidad. También me ha mencionado hechos bastante desagradables sobre su comportamiento. Según su padre, señorita Stone, usted no ha sido la hija modelo...

—Haga su trabajo y déjenos en paz —insistió. De ninguna manera iba a permitir que esa abogada utilizara sus problemas familiares en su contra.

Carla se alejó sin dejar que ella respondiera. Maldita sea.

Odiaba tener que ir a la comisaría, pero no le quedaba más remedio. Nada más terminar su turno, se encaminó hacia allí.

Con los nervios ni siquiera se cambió de ropa, aún iba con el vestuario laboral, compuesto de un horrible pantalón, la camisa de rayas rojas y el chaleco, pero en esos momentos no tenía la cabeza para bobadas.

Aidan no se merecía eso. Él la había ayudado, y una abogada presuntuosa no iba a tocarle las narices porque un matón del tres al cuarto estaba herido, más que nada en su orgullo.

La recepcionista preguntó el motivo de la visita y le colocó un pase de visitante, para a continuación indicarle dónde estaba su compañero de piso a

la par que casero. Mejor no recordar que también podía atribuirle el título de amante ocasional...

Mientras subía en el ascensor, maldijo mil veces. Maldita Nicole Sanders.

Y su padre, menudo egoísta cabrón. ¿Tan resentido estaba como para hablar mal de su propia hija?

Salió al vestíbulo y entró a una sala donde estaban dispuestas varias mesas. A Aidan no le vio por ninguna parte.

«Mierda».

—¿Puedo ayudarla... señorita? —preguntó un policía situado junto al mostrador de información.

Carla, que pretendía dirigirse directamente a la mesa de Aidan, se detuvo y se giró.

—Ah, sí, gracias... —Se volvió—. Busco al agente Patts.

Se cruzó de brazos a la espera de que el hombre cumpliera con su obligación, es decir, identificarla, o al menos eso es lo que pensó.

—Vaya, vaya con el chico de oro... —El hombre la miró de arriba abajo—. Vienen hasta con el uniforme a verle. Pues no está, pero ¿puedo servirte yo?

Ella aguantó el tipo ante aquel comentario, no podía expresar abiertamente su opinión.

—Pues... no. —Quería quitarse de encima a aquel pelma—. Volveré en otro momento. —Se dio la vuelta dispuesta a salir cuanto antes de allí.

—¡Qué impaciente! —exclamó impidiendo su retirada—. ¿No quieres pasar a esperarle?

—Suelta, gilipollas. —Insultar a un agente no era lo que se decía muy ortodoxo, pero no podía callarse por más tiempo. Después consiguió liberar su brazo.

—Qué genio.

—Mike, deja de hacer el imbécil —intervino Luke acercándose a ellos—. Hola, Carla.

—¿La conoces?

—Sí. —No dijo nada más, dándole a entender a Mike que se marchara—. ¿Y bien? —preguntó Luke una vez solos—. ¿Has venido a alterar el orden?

—No, necesito hablar con Aidan. Es importante.

—Vivís juntos, ¿no puedes esperar? —preguntó con retintín.

—Mira, sé que te caigo como el culo, pero por una vez podrías dejar de ser tan idiota y resultar útil. ¿Dónde está Aidan?

—En el archivo —respondió Luke abandonando su tono burlón—. ¿Qué

ocurre?

—¿Estás al tanto de mi caso? —Él asintió—. Hoy ha venido a verme una tal Nicole Sanders.

—Joder... —masculló entre dientes—. ¿Y qué te ha dicho?

—Me ha amenazado, eso sí, muy sutilmente, con denunciarnos a Aidan y a mí por agresión.

—La madre que la parió... Esa tía va a por él, parece que no tuvo suficiente la primera vez —aseveró Luke con tono serio—. Ven, acompáñame.

—¿A dónde?

—No seas desconfiada, estoy contigo en esto. —No parecía muy contento consigo mismo tras afirmarlo, desde luego.

—¿Porque si no Bianca te corta las pelotas?

—No, porque ese Greg Hart es un hijo de puta. —Su tono era contundente y Carla se arrepintió en el acto de su comentario—. Y tú no te mereces esto.

Le acompañó hasta una mesa, él se sentó y le indicó a Carla que lo hiciera en frente. Nada más hubo ocupado su lugar, se dio cuenta de que era la silla de Aidan, pues su chaqueta estaba en el respaldo.

—Bueno, cuéntamelo todo, desde el principio —pidió Luke con voz profesional.

A ella le sorprendió ese tono tan formal, ni de lejos parecido al que habitualmente utilizaba para dirigirse a ella, burlón y cínico. Claro que ella misma tampoco se quedaba corta.

Pero, por el bien de la investigación, optó por responder de igual manera, aparcando por un día sus diferencias.

—Fue a buscarme al trabajo, por suerte el encargado no estaba por allí. Quería hablar conmigo, y...

—¿Qué haces aquí?

Carla se giró y vio a Aidan tras ella, sosteniendo una carpeta y mirándola de forma extraña. Estaba guapísimo, con la fina camisa blanca, la corbata rosa floja que nadie mejor que él lucía, y los puños arremangados mostrando sus brazos.

Se sintió como la mierda allí sentada, con su traje de faena.

—Tu amiga Nicole le ha hecho una visita —le informó Luke rompiendo el silencio.

Frunció el cejo; los dos se habían quedado como dos pasmarotes mirándose.

—Joder, lo siento... —se disculpó Aidan.

—Va a por ti, te la tiene jurada —aportó Luke—. Y me atrevería a decir que —se estiró en su silla— no va a parar, no parece ser de las que admiten que uno pase de ellas.

—Ya, bueno, ¿y qué tengo yo que ver con esto? —preguntó Carla.

—Tú eres un atajo para ir a por él. —Señaló con la barbilla a Aidan—. Es retorcida.

—No sabes cuánto... —admitió el aludido haciendo una mueca—. Bueno, no te preocupes, me encargaré de ella.

Luke arqueó una ceja ante ese comentario.

—Ha hablado con mi padre —dijo Carla.

—No pasa nada —la tranquilizó—. ¿Has acabado ya tu turno?

—Sí.

—Vale. Tengo que llevar esto al departamento de cuentas, si me esperas nos vamos para casa —dijo Aidan—. Y de paso paramos en la tintorería, tengo que recoger unos trajes.

—No hace falta, los he recogido este mediodía.

—Ah, bueno, pues entonces aprovecharemos para hacer la compra.

—Muy bien. Tengo la lista en el bolso. ¿Tardarás mucho?

—No, en media hora estoy contigo. Espérame aquí.

Luke escuchaba toda la conversación sin creerse lo que estaba oyendo: parecían una pareja convencional. Carla no le contestaba de malas maneras, Aidan hablaba de las tareas de la casa con normalidad, ella aceptaba esperarle obedientemente, él se marchaba con una sonrisa estúpida...

Frunció el entrecejo.

—¿Qué? —preguntó ella al cabo de unos minutos al ver que Luke la miraba fijamente.

—Nada. —Se incorporó en su silla.

—Vamos, suéltalo, tienes una cara...

—Voy a arriesgarme... ¿Qué está pasando?

—¿A qué te refieres?

—A ti y a Aidan. —Se cruzó de brazos.

Luke se había percatado de que su compañero últimamente se mostraba distinto; no sabía afirmar el qué exactamente, pero algo estaba cambiando. Si bien seguía atormentándole con sus comentarios ridículos, no era el tonto gracioso que todos creían.

—No es asunto tuyo, pero ya que preguntas, ¿qué esperabas? ¿Que le hiciera la vida imposible?

—No, pero me sorprende, pues se preocupa por ti. —Sonrió—. Y por lo que veo, tú por él.

Durante un largo minuto ambos se sostuvieron la mirada; parecían dos contrincantes en el *ring* evaluándose antes de atacar, y nadie podría asegurar quién de los dos era más cabezota.

—Bueno, ¿y?

—Simplemente me gustaría saber qué le estás haciendo, no parece el mismo de siempre.

Carla sonrió de medio lado. El muy cotilla...

Sin dejar de mirarle estiró el brazo hasta un pequeño recipiente de caramelos que seguramente sería de Aidan, desenvolvió uno y con total parsimonia se lo llevó a la boca, pero en vez de hacerlo normalmente lo mantuvo entre los dientes, entrecerrando los ojos como si estuviera saboreando néctar divino, para después, con un golpe de lengua, llevarlo al interior de la boca y succionarlo de manera extremadamente sensual y siempre manteniendo el contacto visual con Luke.

Este miró a su alrededor, esperando que ninguno de los compañeros que pululaban por allí se diera cuenta. ¿Por qué tenía que ser tan explícita?

«Esto me pasa por preguntar», se dijo a sí mismo. Viendo que si no se ponía a trabajar sus compañeros podrían empezar a tocarle los huevos, se recolocó en la silla y puso la vista en la pantalla de su ordenador.

La muy zorra se estaba riendo descaradamente de él.

Y por si fuera poco, provocándole.

«Joder».

Decidido como nunca empezó a aporrear las teclas; debía terminar la redacción de un informe antes de acabar la jornada.

Pero el jodido ordenador no quiso cooperar.

—Me cago en la puta —soltó enfadado dando un manotazo al monitor.

—No me hagas mucho caso, pero creo que esa función no vale para el sistema operativo —apuntó ella.

—¿Y qué sabrás tú? —respondió él gruñendo y dando de nuevo un manotazo.

—Así, por lo pronto, que no conseguirás arreglar nada a golpes. —Se levantó, situándose tras él—. Vamos a ver, ¿qué estabas haciendo?

Luke giró la cabeza para mirarla; sí, claro, iba a dejar que manejase el maldito trasto...

—No toques nada —advirtió él—, llamaré a alguien de informática.

—Aparta —dijo empujándole.

Él lo hizo desplazando su silla y ella se colocó a su lado inclinándose sobre el monitor.

—Cuidado con lo que haces —recalcó por si acaso.

—Has bloqueado la pantalla —apostilló mirándole de reojo como si fuera el mayor inútil del mundo. Después agarró el ratón e hizo varios clics, hasta reiniciar el ordenador—. ¿En qué programa estabas trabajando? —Él señaló con el dedo el icono del escritorio, sin decir nada—. Vale, ahora escribe tu contraseña. —Él lo hizo—. Puedes utilizar más de dos dedos, ¿sabes?

Apareció en pantalla el texto en el que Luke estaba trabajando.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó verdaderamente sorprendido.

—Fácil. —Se encogió de hombros—. En la empresa en que trabajaba antes nos pasaba bastante a menudo. Bueno, ya lo tienes.

Luke cogió unas carpetas y sacó los documentos. Carla se apartó para dejarle trabajar, pero al ver cómo el pobre tecleaba puso los ojos en blanco y se apiadó de él.

—Así vas a tardar una eternidad.

—¿Y?

—Pues que podrías escanear los documentos y luego insertarlos, ahorrarías bastante tiempo.

—¿Y eso cómo se hace?

—Muy fácil también. —Carla cogió el primer folio y levantó la tapa del escáner, después se situó de nuevo frente a la pantalla—. ¿Ves? Una vez que el documento está guardado, puedes trabajar con él.

—Increíble...

—Y rápido. Pásame el resto.

Luke hizo de secretaria mientras que ella iba procesando todas las hojas. Después le empezó a explicar el sencillo método de ir insertando.

Aidan entró en la oficina y se quedó paralizado al ver a Carla inclinada sobre el monitor del ordenador, mostrando una vista impresionante de su trasero a todos los allí presentes. Él único que no parecía darse cuenta era su compañero, que estaba a su lado escuchando atentamente todo cuanto ella le iba diciendo.

—Es inútil que intentes explicárselo —interrumpió Aidan colocándose tras Carla y evitando que los presentes siguieran disfrutando de las vistas—. Yo lo he intentado mil veces y no hay manera.

—Tal vez porque eres un pésimo profesor —respondió Luke sin mirarle;

después se dirigió a Carla—. Entonces, simplemente tengo que ir arrastrando los documentos...

—Ajá. Como ves, ahorras mucho trabajo —le respondió ella amablemente.

Aidan sonrió. Ver para creer: Luke escuchando atentamente las explicaciones de ella, y más asombroso aun, Carla hablándole con paciencia para que entendiera todo el procedimiento.

—Joder, no me extraña que este zángano termine antes que yo —aseveró Luke echando su silla hacia atrás y sonriendo ante sus progresos—. ¿Qué coño pasa ahora? —preguntó al ver cómo parpadeaba un icono.

—Te acaba de llegar un *mail* a la bandeja de entrada —respondió Carla pacientemente e hizo clic.

—Ah —dijo Luke como un tonto—. Vale, eso sí que sé manejarlo.

En pantalla apareció el programa de correo electrónico.

—¿No vas a abrirlo? —inquirió Aidan, que había visto quién era la remitente.

—No —respondió categórico—. Es un asunto privado.

—Vale. —Carla se incorporó tropezando involuntariamente con Aidan, que estaba a sus espaldas.

Él se apartó y se dirigió a su silla para agarrar la chaqueta y colocársela.

—¿Nos vamos? —preguntó a Carla.

Ella asintió y le siguió hasta el pasillo donde estaban los ascensores.

—Estás muy mona con ese traje —apuntó él mientras caminaban en dirección al coche.

—¿Con esto? —preguntó señalándose a sí misma—. No me vaciles, que la camisa es ridícula, por no hablar del maldito chaleco, y no digamos estos pantalones... Me hacen un culo enorme.

Aidan echó la vista atrás para comprobarlo.

—Bueno, yo diría que tu trasero ha hecho muy feliz a unos cuantos.

—Ya, sobre todo al imbécil de mi encargado. —Él arqueó una ceja, intrigado—. Siempre que puede se hace el contradizo conmigo para tocármelo.

—¿El encargado te acosa? —dijo riéndose—. Joder, no me sorprende... Créeme, yo también lo haría. —Pulsó el mando a distancia para abrir el coche.

—La diferencia es que yo preparo algunas de tus comidas, así que yo que tú no me arriesgaría.

—Cierto, muy cierto —aceptó de buen humor.

Carla se subió al vehículo mientras observaba cómo Aidan se quitaba la chaqueta y la dejaba en el asiento trasero junto con unos documentos. Inmediatamente se unió a ella.

—Tengo que pasar por casa de unos amigos a llevarles unos papeles, no tardaremos. Después iremos de compras.

Se puso el cinturón de seguridad y arrancó el vehículo.

Ella se acomodó en el asiento intentando no pensar en él, pero no podía evitar echarle una miradita de vez en cuando; conducía con total tranquilidad, aferrando el volante con una sola mano.

Maldita sea, el viaje se le iba a hacer eterno.

Cuando dejaron atrás la ciudad, le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A una zona residencial. Kath y Bryan viven a unos quince kilómetros, no les gusta la ciudad.

—¿Son para quienes estás preparando la web?

—Ajá.

—¿Y se puede vivir de eso?

—Bryan dejó el trabajo en el banco cuando le dio un infarto. Asegura que prefiere vivir con menos, pero vivir, y por supuesto a Kath le encantó la idea.

—Parece que los conoces muy bien.

—Ella estudió conmigo en el instituto, siempre hemos sido buenos amigos. Y antes de que lo preguntes, no, no salimos juntos. —Aidan salió de la carretera principal.

—Yo no he preguntado.

—Y además, Bryan y yo coincidimos en la universidad, yo los presenté.

—Podrías ir un poco más rápido —sugirió ella para cambiar de tema—. Este coche es para eso.

—No te digo que no, pero prefiero disfrutar del paisaje. —De pronto pegó un acelerón, dejándola clavada en el asiento.

—¡Joder! Podrías haber avisado —chilló ella intentado agarrarse a algo.

—Es lo que has pedido —se rio—. Vale. —Frenó el coche.

—Es muy bonito —dijo refiriéndose al entorno—. No me extraña que prefieran esto a la ciudad.

—Sí. —afirmó él. De pronto miró bruscamente por el retrovisor; el conductor que iba tras ellos iba dando destellos con las luces—. Joder, ¿qué coño querrá?

—¿Qué pasa? —preguntó ella girando la cabeza para mirar. Unas potentes luces casi la cegaron.

—No lo sé —dijo algo tenso—. Será gilipollas, aquí no se puede adelantar...

—Se está acercando demasiado. Menudo imbécil, pisa el acelerador y que se joda.

—Estas curvas son traicioneras. —Miró de nuevo por el retrovisor—. Mierda.

—¿Qué...? —Las palabras se atascaron en su garganta al recibir el primer impacto—. ¡Maldita sea! —Carla apoyó las dos manos en el salpicadero.

Aidan aceleró para evitar que los embistiera de nuevo, corriendo el riesgo de derrapar en alguna curva. Pero el vehículo que los seguía hizo lo mismo, impactando de nuevo contra el parachoques trasero. Esta vez con más fuerza.

—Agárrate bien —ordenó él, tenso.

—L-Lo intento —respondió nerviosa sin dejar de mirar hacia atrás y a Aidan alternativamente.

Él ya no tenía esa expresión relajada que había mantenido desde que salieron del *parking* de la comisaria, ni rastro de su característica sonrisa. Carla nunca le había visto así: aferraba el volante con manos tensas, manteniendo en todo momento la atención en la carretera.

—Ese cabrón viene a por nosotros —aseveró él, lo cual era obvio, y llevó bruscamente la mano a la palanca de cambios.

Aidan pasó de cambio automático a manual para así llevar mejor control del Mercedes, pues sabía que ese hijo de puta quería echarlos de la carretera. Odiaba verse metido en una cosa así, era la primera vez; menos mal que hizo el curso de conducción especial, cierto que en su día le pareció absurdo, pero ahora se alegraba enormemente. Claro que una cosa era practicar en un circuito dónde estaba permanentemente vigilado, y otra muy distinta involucrarse en una situación real.

La visibilidad era reducida; aunque Aidan conocía el trazado de la carretera, solo rezaba por que no apareciera otro vehículo por el carril contrario.

Comprobó cómo el vehículo que los seguía mantenía la misma velocidad, esperando de nuevo su oportunidad para embestir, cosa que hizo a la primera ocasión.

Carla no podía creérselo; se aferraba al cinturón de seguridad con una mano mientras que con la otra agarraba el tirador, y alternaba la mirada entre Aidan y el vehículo que los perseguía sin saber qué hacer o decir. No quería desconcentrarle.

Pasaron el tramo de curvas y Aidan aceleró de nuevo al ver una recta. El Mercedes tenía la potencia suficiente para dejar atrás a cualquier otro vehículo.

Pero no hubo suerte. Vislumbró a través del retrovisor que se trataba de un potente todoterreno, pero no podía distinguir el color; verde oscuro, o seguramente negro.

El todoterreno dejó de embestirlos pero se colocó a su lado, girando con brusquedad y haciendo que Aidan tuviera que corregir la trayectoria para evitar que los empujara contra el guardarraíl. Miró por el cristal para tratar de ver al conductor, pero los cristales tintados del todoterreno, así como la oscuridad de la noche, lo impidieron.

—¡Joder, ese loco nos quiere matar! —chilló Carla.

—Ya me he dado cuenta —respondió entre dientes manteniendo el control del coche.

Pero cada vez que conseguía separarse apenas unos centímetros, el todoterreno volvía a empujarlos hacia el guardarraíl.

Aidan sabía que pronto llegarían a otro tramo lleno de curvas y en semejante situación la cosa no pintaba nada bien.

Con una fuerte embestida el Mercedes chocó contra las protecciones de la carretera. Carla vio las chispas producto de la fricción y Aidan maldijo dando un volantazo, pero la carrocería del todoterreno era más resistente.

Los tenía atrapados. Pensó en pisar el freno en seco, pero se arriesgaba a perder el control del coche, así que mantuvo la velocidad, esperando que otro vehículo apareciera en sentido contrario obligando al todoterreno a cambiar de carril.

Entraron en la zona de curvas, lo cual reducía la visibilidad, pero quedaba una pequeña esperanza: un desvío consistente en un camino de tierra sin asfaltar. Aidan sabía que allí, si continuaban a esa velocidad, derraparía, pero podrían librarse del todoterreno.

Recibieron otra sacudida, de tal brusquedad que partió uno de los

retrovisores.

Aidan mantenía en todo momento la concentración, agradecido por que Carla no empezara a ponerse histérica; sabía que estaba tan nerviosa como él, pero al menos no le hacía perder los nervios con sus chillidos.

Pisó el freno y giró el volante nada más ver el viejo letrero que señalaba la pista forestal para internarse en el camino, pero las ruedas se bloquearon y, al no calcular bien, una de las delanteras se encalló, haciendo que el Mercedes hiciera un trompo. Un lateral golpeó contra una gran piedra, destrozando parte del chasis, por lo que ya únicamente alumbraba uno de los dos faros.

Por suerte, el vehículo perseguidor no fue capaz de predecir la maniobra y continuó circulando por la carretera principal, al tiempo que Aidan conseguía, a duras penas, detener el coche.

—¡Joder! —Dio un manotazo al volante, echó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla completamente en el reposacabezas y cerró los ojos. Un momento; necesitaba un momento para calmarse.

—¿Estás bien? —Carla se giró en el asiento y le agarró una mano.

Apretó con fuerza la mano de ella; no, no estaba bien.

—¿Y tú? —acertó a decir. Abrió los ojos y la miró. Podía ver reflejada en su rostro toda la angustia y el miedo.

Apagó el contacto; lo único que se escuchaba eran las respiraciones entrecortadas de ambos mezcladas con los sonidos nocturnos.

—No sé qué decirte, es la primera vez que me veo en una de estas —dijo ella—. ¿Cómo podéis vivir con tanta tensión?

—Créeme si te digo que también es la primera vez que me pasa algo así.

—Pues lo has manejado bastante bien —murmuró ella con absoluta sinceridad.

—Gracias, lo mismo digo.

Los dos se quedaron en silencio durante unos minutos.

Aidan fue el primero en moverse y soltó su cinturón de seguridad. Ella le imitó.

—¿Y ahora, qué?

—Avisaré para que vengan a recoger el coche, y si tenemos suerte encontrar marcas en la carretera que nos ayuden a localizar a ese hijo de puta.

—Se giró para alcanzar su chaqueta y buscar su móvil.

Carla abrió la puerta. Necesitaba estirar las piernas y comprobar por sí misma que era capaz de caminar. Le oyó hablar por el móvil y dar instrucciones e indicaciones para que acudiesen al lugar del accidente.

—No, no he podido ver la matrícula. Un todoterreno, sí, un Jeep Cherokee. Joder, ¿no te lo acabo de decir?

Carla se acercó a él. Estaba demasiado tenso, comprensible; hablaba del mismo modo, conciso y profesional, como la noche en que la ayudó en el callejón a librarse de esos dos matones. Verle así daba que pensar. ¿Cómo podía después comportarse como si fuera un niño grande, bromeando, haciendo comentarios estúpidos?

—¿Qué? —Se dio la vuelta prestando atención, pues ella le estaba diciendo algo.

Aidan sonrió y repitió la información a su interlocutor. Después colgó. Tiró el teléfono dentro del coche y la atrajo hacia sí, poniendo ambas manos en las caderas.

—Tengo que hacerlo, ya me criticarás después.

La besó con determinación, con locura, marcándola, sin dejarla respirar, sin darle la oportunidad de réplica. Quería hacerlo, necesitaba hacerlo.

Y ella respondió del mismo modo, sin vacilación, con deseo, a pesar de que temblaba, y no solo por el frío. Se aferró a él, dejándose envolver por sus brazos. ¡Cómo lo echaba de menos!

—Aidan... —gimió.

Pero él no dijo nada, sino que volvió a besarla, implicándose con todo su ser, deseando que las circunstancias fueran totalmente distintas.

Ella se colgó de su cuello haciéndole perder el equilibrio. Por suerte el coche estaba a sus espaldas y se apoyó en él para así poder continuar besándola. Cielo Santo, Carla era todo fuego, con ella no había medias tintas. Notó cómo la temperatura de su cuerpo iba subiendo; la noche era fría, estaban en mitad de la nada, pero él ardía. Su polla tensaba la tela de los pantalones y ella, al notararlo, se restregó con más ímpetu, haciéndole gruñir, más que nada de frustración.

—Aquí no pode... —Ella no le dejó terminar la frase al meterle la lengua en la boca, produciéndole un escalofrío en la columna. Al diablo con las consecuencias; podía tumbarla en el capó del coche y follársela allí mismo. Con Carla nunca sabía cuándo tendría otra oportunidad.

Aidan se giró con ella en brazos sin abandonar su boca. Tal y como iban las cosas ni siquiera iba a poder moverse... Bueno, también podían hacerlo allí mismo, de pie, contra la fría y abollada carrocería.

—¿Qué pretendes?

—Pues terminar esto como se merece, joder. Estoy a punto de correrme en

los pantalones y preferiría hacerlo dentro de ti.

—¿Aquí? —Apartó los brazos del cuello de él, mirándole extrañada. Echó un vistazo a su alrededor; no había nadie, pero nunca se sabía...

—Date prisa. —Volvió a intentar quitarle los pantalones.

—Pero...

—No me digas que no, Carla, lo deseas tanto como yo.

—Puede ser. —Se apartó de él.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —No entendía por qué tantos reparos—. No puedo aguantar. —Agarró su mano y la colocó en la entrepierna para que ella fuera consciente, si no lo había sido ya, de cómo estaban las cosas.

—*Mmmm* —dijo pensativa.

—Joder, nena, no vas a dejarme así, ¿verdad? —Ella tuvo el descaro de sonreír—. Lo sabía —se pasó una mano por el pelo—. No aprendo.

—Aidan... —Puso un dedo en su barbilla haciéndole girar a un lado para que viera las luces que se aproximaban por la carretera—. Me parece que va a ser que no, así que si no quieres dar más explicaciones de lo necesario... —le dio unos golpecitos en el bulto de sus pantalones— te sugiero que te... relajes.

—Mierda. —Hizo una mueca—. Pero que conste que esto no se ha acabado aquí. —Se reajustó los pantalones—. Luego hablaremos. —La besó rápidamente—. Así que prepárate.

—Uy, qué miedo... Chaval, no me vengas con amenazas que luego no puedas cumplir.

Aidan gruñó y avanzó hasta el primer coche que apareció por el camino. A Dios gracias que era de noche.

Un par de agentes de tráfico descendieron del vehículo y saludaron a Aidan. Carla se hizo a un lado para dejarles hacer su trabajo. Entre los tres examinaron el coche; tampoco hacía falta ser un experto para llegar a la evidente conclusión de que debían remolcarlo, pero se abstuvo de opinar.

Se frotó los brazos; estaba refrescando y no tenía nada para abrigarse, pero no quería interrumpirlos, así que esperó pacientemente a que acabaran con los trámites.

Observó a Aidan moverse, linterna en mano, para señalarles a sus compañeros las marcas dejadas por los dos vehículos en la calzada. Volvía a comportarse como un profesional, parecía otro. Ni rastro del hombre con el que hacía unos minutos se había estado besuqueando. Eso le hacía pensar que no era ningún tonto, y empezaba a sospechar que su actitud era tan solo una fachada, una forma de no desvelar al auténtico Aidan. En los momentos más

serios sabía mantenerse frío y actuar en consecuencia, lo había demostrado eficientemente durante la persecución. Por extraño que pareciera, en aquellos angustiosos minutos confió en él. Para Carla era toda una novedad llegar a esa conclusión, puesto que apenas confiaba en nadie, desde que se marchó de casa nada más cumplir los dieciocho se había valido por sí misma, exceptuando a Bianca, a la que le unía una gran amistad, pero no se arriesgaba a dar su confianza a nadie más.

Él, sin duda, era un caso especial, lo cual representaba cierta preocupación. Con él se sentía a gusto y, por encima de todo, segura.

Podía valer la pena conocerle, ver al verdadero agente Patts...

—¿Tienes frío? —La voz de Aidan la sacó de sus pensamientos—. ¿Por qué no lo has dicho antes? Toma —se quitó su chaqueta—, pónstela. Enseguida acabamos.

—Vale. —Se la colocó.

Aidan lo dijo en serio, pues apenas quince minutos más tarde ya tenían el coche subido en la plataforma de la grúa y ambos viajaban en el asiento trasero del coche patrulla.

Durante el trayecto se mantuvo callada, oyendo cómo los tres barajaban las distintas posibilidades, pero aunque nadie lo dijo, en la mente de todos flotaba una sospecha. No se trataba de un conductor borracho, sino que iban a por ellos. Los habían seguido, pero para saberlo con seguridad habría que esperar al día siguiente. Identificarían el vehículo y eso los llevaría al autor, aunque Carla podía aventurarse a decirlo en voz alta, cosa que no hizo.

Llegaron de nuevo a la comisaría y Aidan se despidió de sus compañeros.

Se dirigieron a las oficinas, pero en vez de subir, él se encaminó al sótano. Entraron en una gran nave y Carla abrió los ojos como platos: ante ellos estaban perfectamente aparcados unos cuantos vehículos. De todos los tamaños y colores.

Aidan la agarró de la mano, llevándola hasta una pequeña oficina. Nada más entrar, una mujer se levantó de su asiento sonriendo al chico de oro.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —le dijo muy solícita.

—Buenas noches, Amy, ¿cómo te va?

Carla se dio cuenta de que volvía a ser el mismo de siempre.

—Muy bien, encanto.

Por la mirada de la mujer Carla dedujo que debía de ser invisible.

—Me alegro. Te queda muy bien ese nuevo peinado.

Por favor, ¿iba a ponerse a coquetear con ella?

—Gracias, tú siempre tan detallista. Y dime, ¿qué necesitas?

—¿Qué tienes? —dijo con una sonrisa encantadora—. Mi coche está en el depósito, dame algo bueno, necesito sentirme mejor.

Pues sí, Aidan estaba desplegando sus encantos. Y Carla seguía siendo invisible.

—Si tuviera veinte años menos... —suspiró la mujer.

—Si tuvieras diez años menos me casaría contigo —respondió Aidan.

Carla entrecerró los ojos. Una mujer con aquella apariencia no debía de tener más de cuarenta..., ¿o no?

—Primero tendrías que deshacerte de Brandon —aseveró Amy riendo.

—No soy celoso.

«¡Para ya!», quiso gritar Carla. ¡Qué empalagosos!

—Está bien, solo por eso te daré lo mejorcito que tenemos. —La mujer abrió un pequeño armario junto a la pared y sacó unas llaves—. Un Jaguar, negro, está aparcado en la parte de atrás. Haz todo lo que yo haría. —Le entregó las llaves y, para sorpresa de Carla, él la besó en la mano, como todo un maldito caballero de los que ya no quedaban, o de los que ella no sabía que existieran—. ¡Eres un amor!

—Por ti, Amy, haría cualquier cosa. ¿Seguro que no quieres abandonar a Brandon?

—Oh, vete ya, a tu amiga la va a dar un infarto si sigues tirándome los tejos.

«Mira por donde, ya no soy invisible», se dijo.

—Gracias, y lo digo en serio, te queda muy bien ese peinado.

—Largo de aquí, antes de que mande mis buenos principios de vacaciones y terminemos los dos encima de esta mesa.

—Cosa que me encantaría...

«Pero anda que es pelota», pensó Carla.

Se despidió de Amy, y cuando fue a coger su mano, se la apartó. Vale, era un gesto absurdo, pero se sintió mejor. ¿Y a ella que más le daba? Si quería coquetear con cuanta mujer se encontrase, mejor para él.

Cuando llegaron hasta el Jaguar, Aidan hizo lo que menos esperaba: le arrojó las llaves .

—¿Yo? —preguntó, incrédula.

Él asintió y se montó en el asiento del copiloto.

—Conduce tú, yo no estoy de humor.

—Nadie lo diría —dijo Carla entre dientes y él se rio. Sin duda, la había

escuchado.

Arrancó el motor, sintiéndose la reina del universo.

Aidan observaba a Carla mientras conducía, era como ver a un niño con sus juguetes el día de Navidad. Parecía que el Jaguar estaba hecho para ella. Y aunque su forma de conducir no era la más apropiada, por nada del mundo iba a corregirla. Además, a esas horas el tráfico era escaso.

—No irás a ponerme una multa, ¿verdad? —preguntó ella leyendo sus pensamientos.

—¿Quieres que lo haga?

Carla le respondió acelerando y cambiando bruscamente de carril. Esperaba que él dijese algo, maldita sea, no era habitual verle tan callado.

Redujo la velocidad; merecía la pena disfrutar alargando el recorrido hasta casa.

¿A casa...?

«No pienses en ello», se dijo.

Pero, sin quererlo, se acordó de algo. Tenía una rutina establecida y con los acontecimientos de esta noche se olvidó completamente.

—Mierda, tenemos que buscar un sitio de esos que abren veinticuatro horas —le dijo.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Últimas noticias, tenemos la nevera vacía. —Se sintió gilipollas al decirlo—. A no ser que te alimentes de aire, no tenemos cena.

—¿Después de lo ocurrido te preocupas por eso? —Era lo último que esperaba de ella—. No puedo creerlo, deberías estar un poco nerviosa al menos, ¿no?

—¿Y qué gano estándolo? Soy consciente de que alguien ha intentado matarnos, pero no voy a perder el sueño, lo que faltaba. —Giró con brusquedad en un cruce.

—¿Dónde vas?

—Acabo de decírtelo: compraré algo y prepararé la cena.

—Tú no vas a cocinar hoy, no me jodas. —Se enderezó en el asiento—. Te invito a cenar, escoge un sitio.

—Ni hablar.

—No discutas, maldita sea. Por una puta vez mantén la boca cerrada. Esta noche no tengo humor para nada, así que vamos a cenar fuera —intentó sonar convincente.

—¿Para nada? —le provocó ella.

—No sigas por ese camino —rebató él—, sabes perfectamente lo que quiero decir.

—No quiero que me invites a cenar —dijo ella tozudamente, evitando cualquier tema relacionado con lo ocurrido mientras esperaban a la grúa.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque... Bueno, da igual. Porque no me da la gana y punto.

—Eso no es un motivo válido. —Aidan parecía aburrido manteniendo la conversación—. Mira, no te lo tomes a mal, pero me parece que estás siendo un poco infantil.

—¿Yo?

—Tú, sí. El que te invite a cenar no tiene por qué implicar nada más, ¿vale?

—Bueno —accedió al cabo de unos instantes—. Pero pagamos a medias.

—Te invito yo, pago yo, no seas ridícula. El día en que me invites tú, pagarás tú, así que deja de hacerte la independiente. Vamos al Nobel, que está aquí cerca y a estas horas encontraremos sitio.

—Y si no lo hay coquetearás con la camarera, ¿no? —le provocó ella.

—Si es necesario para conseguir mesa... —Se encogió de hombros. Ella le miró de reojo dando a entender su desaprobación—. ¿Qué, tú no lo harías? —Carla no dijo nada—. No me digas que te molesta... —Parecía divertido.

—Me importa un pimiento con quién babeas, siempre y cuando no salpiques. —Él se echó a reír—. Eso dice mucho a tu favor. Cómo consigues las cosas, quiero decir.

—Parece mentira que tú digas eso, las mujeres lleváis siglos haciéndolo. —Seguía riéndose—. Aparca ahí.

—Está prohibido.

—¿De veras? Hazme caso, deja el coche ahí.

—¿También coqueteas con los agentes de tráfico? —preguntó maliciosa.

—Si son mujeres, por supuesto, pero para tu información este coche lleva distintivo oficial. No será necesario.

—Ah.

Por suerte Aidan no tuvo que persuadir a ninguna camarera para encontrar sitio, aunque le saludaron efusivamente. Carla se sentía fuera de lugar; llevaba el traje del trabajo, estaba sin maquillar y no quería pensar en cómo tenía el pelo. Aunque cuando una de las camareras trajo el menú y vio su mirada interrogante, se sintió mejor. Vale, tenía una pinta horrible, pero era

ella quien estaba sentada con Aidan.

—Parece que vienes mucho por aquí —dijo estirando la servilleta sobre sus rodillas.

—Sí. —Él arqueó una ceja. ¿Hasta dónde iba a atreverse a preguntarle?

—Nada, era solo un comentario.

Carla, por si acaso, pidió lo más económico del menú. Aidan se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario. Hasta cierto punto la entendía, depender de alguien podía resultar engorroso.

—¿Le pasa algo a tu lasaña? —preguntó él una vez estuvieron servidos.

—No. ¿Por qué?

—La miras como si dentro hubiera vida inteligente. Relájate.

—No estoy nerviosa —contestó a la defensiva.

—Pues no lo parece. Vamos, cuéntame qué te pasa. —Aidan bebió de su copa.

—¿De verdad quieres saberlo? —Él asintió—. Está bien, mírame y dime lo que ves.

—No voy a contestar, es una pregunta trampa. Y no estás preparada para oír la verdad. —Esbozó una de sus sonrisas patentadas.

—Pues yo te diré la verdad: estoy aquí, en un restaurante medio elegante, sentada contigo...

—¿Y eso qué tiene de malo? —interrumpió él.

—Eres más tonto de lo que creía... Mírate: siempre perfectamente arreglado, y yo con este asqueroso traje de faena. Cualquiera que nos vea pensará que soy la pariente pobre, o peor aún, la tonta de turno. Y no me digas que no lo has pensado. —Se metió un trozo de lasaña en la boca con brusquedad.

—Vamos a ver si me aclaro... ¿Estás de mal humor por cómo vas vestida? —Ella asintió—. Hace tiempo que no escuchaba una tontería tan grande. Si te sirve de consuelo, no creo que ese pantalón te haga el culo enorme.

—Ya, eres tío, no puedes evitarlo. —Hizo una mueca.

—Por eso mismo, sé de qué hablo. Y ahora, come algo.

Carla decidió abandonar el tema; él jamás lo entendería.

Terminaron de cenar. Aidan insistió en que pidieran postre, pero ella se negó en redondo. Cuando la camarera trajo la cuenta, Carla intentó echar un vistazo, pero él fue más rápido.

De vuelta a casa Aidan dejó que ella condujera de nuevo, pues no tenía la cabeza como para manejar el volante. Durante toda la cena Carla no había

dejado de mostrarse inquieta; joder, podía entender que fuera a causa del incidente con el coche, pero no por algo tan trivial como su atuendo. Vale, no estaba para ir a una fiesta, ¿importaba? A él, no, desde luego.

Le gustaba de cualquier modo. ¿Debía preocuparse por ello?

Carla aparcó el coche y tras bajarse le entregó las llaves sin decir una palabra. Estaba cansada, frustrada, harta de todo. Odiaba ser dependiente, odiaba el hecho de que fuera Aidan quien estuviera con ella, viéndola en sus horas bajas, y lo peor de todo, que él se mostrara amable constantemente, atento. Estaba acostumbrada a otro tipo de tíos, sabía que si la invitaban a cenar ella los «invitaba» luego a su cama. Si bien Aidan no dejaba de atormentarla con comentarios picantes, a los cuales ella respondía más o menos del mismo modo (cosa que disfrutaba), en el fondo sabía que él no era de esa clase de hombres. Y eso la dejaba fuera de juego.

Cuando llegaron al apartamento Aidan se le acercó; tenía muchas ideas en mente, pero al observar su cara de agotamiento decidió que ella se merecía un descanso.

—Venga... —La empujó por el pasillo hasta la puerta del baño—. Date una buena ducha y a la cama. Necesitas descansar. —La metió dentro y cerró la puerta, dejándola sola—. Soy un gilipollas olímpico —dijo para sí.

Carla cerró los ojos mientras el agua caliente caía por su cuerpo. ¡Dios, qué bueno! Él tenía razón, otra vez; eso era justo lo que necesitaba para sentirse mejor. Aunque los feos patitos de la baldosa se rieran de ella.

Cuando salió del baño la casa estaba en silencio. Supuso que él se habría encerrado en su estudio para trabajar, y pensó por un instante en acercarse y hablar con él, pero ¿qué iba decirle? Se dirigió a su habitación, cerró la puerta y buscó entre sus cosas algo que cumpliera dos requisitos: uno, que sirviera para dormir, y dos, que estuviera limpio. Aún no había tenido tiempo de ordenar sus cosas, que permanecían en las cajas tal y como él las había dejado. Puesto que no encontraba nada cogió una de las camisetas de Aidan, no le importaría. Al pasar por delante de la puerta del baño supuso que él estaba dentro.

Suspiró, cansada, pensando en acostarse, cerrar los ojos y no volver a la vida real hasta pasadas al menos ocho horas. Ni siquiera tenía ganas de secarse el pelo; al día siguiente estaría horrible, pero ante la perspectiva de entretenerse con el secador prefirió tumbarse.

En lo que se refería a Aidan, tan pronto oyó cerrarse la puerta del dormitorio de ella apartó a un lado el mando de la consola y se levantó. Tenía

pocas o ninguna gana de jugar, pero había buscado algo con lo que tener las manos ocupadas. Por supuesto, hubiera preferido tenerlas en otro sitio, sobre el cuerpo de ella, para ser exactos.

Se levantó de mala gana. Él también necesitaba una ducha, pero en su caso, fría.

Carla debía de haberse dormido, no era de extrañar dadas las circunstancias, así que resignado regresó a su dormitorio tras la ducha. Encendió el televisor y empezó a pasar los canales con el mando a distancia. Si tenía suerte podía encontrar algo lo suficientemente aburrido como para quedarse grogui.

Localizó un canal de televenta, se apoltronó en la cama y apagó las luces, quedando tumbado boca arriba, con una mano bajo la cabeza y en la otra el mando a distancia.

Había hecho lo correcto. ¿No?

En efecto, Carla debía estar dormida como un tronco, pero no era así. Demasiadas cosas en la cabeza. Nunca aprendió a dejar la mente en blanco y relajarse. No al menos cuando se sentía tan inquieta; necesitaba algo, pero no sabía exactamente qué. Estaba alimentada, limpia tras la ducha, sana y salva, teniendo en cuenta su introducción en las persecuciones de coches, y cansada tras una jornada de trabajo. Entonces, ¿por qué esa sensación de vacío? Quizás si se levantaba y buscaba algo de beber, algo realmente fuerte que le hiciera perder el conocimiento, podría, al menos por esa noche, sentirse mejor. Hacer un repaso mental de todas sus meteduras de pata no iba a llevarla a ningún sitio, era mejor concentrarse en lo positivo.

Pero entonces surgía la pregunta del millón: en su actual estado, ¿qué podía considerarse positivo? «Busca algo, maldita sea», se dijo. Una buena razón para no venirse abajo, para no caer en la autocompasión.

Se colocó de lado agarrando la almohada con fuerza, como si fuese su tabla de salvación. Su cuerpo estaba pidiendo algo que no conseguía descifrar.

Estaba tensa, enfadada consigo misma, harta de todo. Pero últimamente esa parecía ser la banda sonora de su vida. Como si alguien repitiera una y otra vez, dentro de su cabeza, la misma cantinela.

Golpeó la almohada y cambió de postura, pero la incomodidad, esa maldita sensación, seguía presente.

Harta de dar vueltas en la cama se sentó contra el cabecero y comprobó la hora; era demasiado tarde para llamar a Bianca y contarle lo sucedido,

desahogarse y sacar toda la frustración contenida. Pero ella tenía su vida, no tenía derecho a molestarla y crearle preocupaciones. Así que, como siempre, debía apañárselas sola.

«Busca algo positivo, algo bueno. Tiene que haberlo».

Y mientras ella daba vueltas, en el otro dormitorio Aidan hacía tres tantos de lo mismo.

No funcionaba, su cabeza estaba procesando demasiada información, repasando una y otra vez lo acontecido, y a la jornada siguiente le esperaba un duro día de trabajo. Si al menos pudiera quitarse de encima esa sensación fatalista... Estaba seguro de que tal y como iban las cosas, aún podrían ir peor. Solo conocía una manera de relajarse y poder olvidarse por una noche de los problemas que se avecinaban, y no era caer redondo con una botella de alcohol en las manos.

Aspiró con fuerza mientras daba golpecitos en la cama con el mando a distancia, como si de esa forma pudiera relajarse... ¿Cómo había llegado a esta situación? Joder, debía de estar loco, pero loco de remate, y para colmo de males, su cuerpo no atendía a razones. La deseaba, maldita sea, la deseaba, cosa de por sí bastante desaconsejable, si tenía en cuenta todas las contraindicaciones: era una tocapelotas de mil demonios, estaba metida en un buen lío y le estaba arrastrando a él; además, cabezota, con un retorcido sentido del humor..., pero, pese a todo, era valiente. Joder, esa mujer tenía más huevos que muchos de sus compañeros. No se amilanaba ante nadie. Y escandalosa, escandalosamente provocativa, eso podía atestiguarlo de primera mano. Era de las que podían ponerte de rodillas con ese cuerpo que además no escondía.

La puerta se abrió lentamente.

Aidan se quedó en blanco cuando la contempló de pie, en el umbral de la puerta.

Carla le miraba fijamente.

Iba vestida solo con una de sus camisetas viejas de deporte, dejando a la vista sus piernas desnudas.

Pero algo no iba bien...

Se levantó de la cama rápidamente ignorando su desnudez y se acercó a ella.

—¿Estás bien? —preguntó realmente preocupado.

—No —respondió ella en voz baja dejándole aún más intranquilo.

—¿Te duele algo? Joder, sabía que debía haberte llevado al hospital. —Le tocó la frente—. No parece que estés caliente.

—Quizás porque no has puesto la mano en el sitio adecuado...

Carla colocó una mano sobre su pecho desnudo y le empujó, entrando en la habitación. Él se quedó rígido.

—Me estás empezando a preocupar. —Dio un paso atrás—. Me visto en un minuto y nos vamos. Puede que te hayas golpeado y en el momento no lo notases, pero no quiero correr riesgos.

Ella sonrió de medio lado y avanzó hacia él, haciendo que Aidan volviese a retroceder hasta tropezar con el borde del colchón. Negó con la cabeza manteniendo esa sonrisa algo siniestra.

—Vas a hacer lo que yo diga. —Le obligó a sentarse en la cama.

—Creo que no —murmuró levantando la cabeza para mirarla y averiguar, o al menos intentarlo, qué estaba tramando.

Carla colocó las manos sobre sus hombros y se subió a horcajadas sobre él.

—Vas a obedecerme —le dijo en voz baja pero firme.

—Tú estás mal de la cabeza. —Por puro instinto la sujetó de las caderas, percibiendo que no llevaba bragas bajo su camiseta.

Al menos una buena noticia...

—No te he dado permiso para tocarme.

Carla le apartó las manos y se inclinó hacia delante, haciéndole caer de espaldas en la cama.

—Definitivamente nos vamos a urgencias —dijo él sintiéndose ridículo.

—Allí no pueden hacer nada por mí. Tú, en cambio...

Aidan tenía los brazos extendidos y ella le apresó por las muñecas, inmovilizándole bajo su peso. Comenzó a mover las caderas, excitándole deliberadamente.

—No —protestó él—, tú no estás en condiciones de... Joder —siseó cuando ella, mediante un movimiento de pelvis, atrapó su polla entre las piernas.

—¿Decías? —Apretó con ganas.

Aidan cogió aire bruscamente; debía controlarse.

—Esto no está bien.

—¿Tú crees?

—Pues... —No le dio tiempo a responder, y eso que tampoco era capaz de hacerlo con coherencia, pues le besó de forma agresiva, privándole de cualquier derecho, manteniéndole inmóvil bajo ella; sin embargo, le bastaba con coger impulso apoyando los pies en el suelo para quitársela de encima. «Tiene razón, chaval: eres tonto».

Aidan se movió intentando ser él quien manejase la situación, pero ella le mantenía sujeto por las muñecas y causándole estragos en su entrepierna. Mierda, estaba en buena forma. Con una mujer así, había que ponerse casco si uno quería salir vivo.

Carla interrumpió el beso, dándole un momento de tregua para incorporarse y quedar ante él como una amazona.

—Aquí mando yo —repitió muy segura de sí misma—, harás lo que yo quiera, cuando yo quiera y como yo quiera, ¿estamos?

Definitivamente, estaba loca. Su mente masculina se reveló contra esa idea.

—No te lo crees ni tú.

—Veo que quieres pelea.

—No, quiero saber qué está pasando aquí.

—¿No es obvio?

—No sé qué decirte, no estamos en igualdad de condiciones. ¡Deja de hacer eso! —gruñó cuando ella volvió a apretar las piernas aprisionando su polla—. No voy a hacer lo que tú ordenes. ¿Queda claro?

—¿Ah, sí? —Carla se quitó la camiseta y la tiró despreocupadamente. Enderezó su espalda levantando orgullosa sus pechos y los balanceó ante él—. Abusaré de ti una y otra vez, y no podrás decir nada.

—Abusa, abusa. Lo que tú digas —gimió súbitamente convencido ante la visión. Al saberse libre levantó las manos y atrapó esas dos preciosidades. Ella le dio un manotazo para que se apartase.

—No, ni hablar; aún no te has ganado el derecho de hacer eso —le espetó.

—¿Cómo? —inquirió dudando si había oído bien, pues no estaba para tonterías de dominación, aunque su postura, claramente sumisa, dijera lo contrario.

Ella volvió a inclinarse hacia delante agarrándole de nuevo por las

muñecas, y le mordió el labio inferior para después besarle. Eso no era un beso, sino un asalto en toda regla.

Aidan se revolvió bajo su peso, consciente de que tenía la batalla perdida y también de que no le disgustaba lo más mínimo. Pero ¡qué narices! Podía ponérselo un poco difícil.

Carla sonrió encantada, le tenía donde y como quería; sabía que él podía en cualquier momento cambiar la situación, pues era más fuerte que ella. Aun así, resultaba encantador.

Trepó por su cuerpo hasta situar uno de sus pechos sobre la boca de él. Sus pezones estaban tiesos y necesitaban atención.

Él se limitó a sonreír como un tonto y no hacer nada.

—Lámelos —ordenó ella—, con fuerza. ¡Hazlo!

—Cómo no...

Levantó un poco la cabeza y abarcó con su boca uno de esos tentadores y tiesos pezones. Hubiera preferido tener las manos libres para tocar con libertad, pero ella insistía en tenerle sujeto por las muñecas, lo cual de por sí aumentaba la excitación. Succionó con fuerza, haciendo que ella se contoneara sobre él; sentía la humedad de su coño sobre el estómago de la misma forma que sentía que, si ella persistía con ese numerito de la dominación, iba a quedar en evidencia. Debía controlarse o ella le vería como un imbécil.

—Bien. —Carla le privó de su entretenimiento enderezándose—. Así me gusta.

—Quiero tocarte. —Ella negó con la cabeza—. ¿Por qué?

—Porque si haces lo que yo digo obtendrás tu recompensa —le respondió con voz sensual.

—¿Y cuál es mi recompensa? —preguntó ansioso.

Carla no respondió; en cambio, le liberó las muñecas y se echó hacia atrás. Con una sonrisa perversa se llevó un dedo a la boca, lo humedeció deliberadamente despacio sacando la punta de la lengua y después recorrió toda su polla con el dedo humedecido, también despacio. Él cerró los ojos totalmente entregado. Carla se arrodilló frente a él y sustituyó el dedo por su boca, succionando apenas la punta.

—Joder, ¡qué bueno! —jadeó él intentando permanecer quieto con la esperanza de que ella continuara. Pero Carla no se limitaba a chuparle la polla... Con una mano le masajeaba los testículos ampliando así las sensaciones. Era imposible permanecer inmóvil, sus caderas se arquearon y

enredó las manos en sus cabellos, masajeándolos mientras ella continuaba succionándole. Gran error.

—No te he dado permiso para tocarme. —Levantó la cabeza y le miró seria.

—Me importa una mierda. —Se incorporó sobre sus codos—. Por favor, sigue. —Carla negó con la cabeza—. ¿Por qué no?

—Porque aquí no tienes ni voz ni voto —recalcó las palabras rodeándole la polla con una mano, acariciando desde la base hasta la punta.

—*Bueeeeno*, vale —acertó a decir cerrando los ojos y dejándose hacer.

—Buen chico. —Le premió con un fuerte lametón—. Voy a ocuparme de ti —ronroneó.

Permaneció tumbado, con los brazos en cruz; no sabía si rezar una oración de agradecimiento por su buena suerte o dejarse de tonterías, agarrarla, tumbarla en la cama y desahogarse. Ella iba a matarle, joder, no recordaba una mamada así; aplicaba la presión justa con sus labios mientras sus manos hacían estragos en sus testículos, apretando y soltando. Esa boca valía millones.

—Oh, joder, sí... —gruñó él apretando los puños; estaba al límite.

Y ella, la muy bruja, lo sabía. Aumentó el ritmo de la succión; estaba perdido: el roce su melena sobre el estómago, el roce de sus uñas en el interior de los muslos... Todo combinado de manera magistral para llevarle al orgasmo.

Arqueó la cadera. Estaba cerca, a un paso de correrse en su boca...

—Vamos, Aidan —susurró ella echando el aliento sobre su sensible glande —, córrete para mí, venga...

¡Encima le animaba! Como si lo necesitara.

—Carla... ¡Oh, Dios! —Se tapó la cara con un brazo—. Sigue..., no pares... Aaah —jadeaba en busca de aire—. ¡Eres increíble!

Treinta segundos después él eyaculó con fuerza. Como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo.

—Lo sé —respondió ella limpiándole hasta la última gota.

Aidan levantó el brazo y la miró de reojo; permanecía entre sus piernas, observándole.

—Ahora es mi turno —dijo cuando fue capaz de hablar. Intentó incorporarse, pero ella se lo impidió sentándose de nuevo a horcajadas sobre él—. Quiero devorarte, voy a saborearte, así que prepárate.

—Aún no tienes fuerzas —se burló.

—Puede que me hayas dejado seco, pero te aseguro que soy capaz de utilizar mi lengua de una forma muy creativa.

—¿Ah, sí? Dime, ¿qué harás?

—Primero quiero tumbarte y separarte las piernas...

—*Mmmm*.

—Después voy a observar ese bonito coño que tienes, ver cómo poco a poco se humedece para mí...

—Sigue.

—Y cuando ya no puedas más, pasaré mi lengua, una y otra vez, hasta que grites, hasta que me pidas que te folle. Con fuerza, dejándote sin respiración, que tengas que agarrarte a mí para poder sobrevivir. —Entonces, sonrió—. ¿Qué te parece?

—No sé... ¿No se te ocurre nada mejor?

—Esas tenemos, ¿eh? —Se levantó de repente sorprendiéndola, y la agarró para que ella no se cayese hacia atrás—. Qué te parece esto... —Acunó su cara con ambas manos y la besó sin pedir permiso, metiendo la lengua bruscamente, exprimiendo su boca hasta hacerla gemir con fuerza y removerse encima de él.

—No está mal —dijo agarrándole por los hombros.

—Déjame decirte una cosa —arguyó él peinándola con los dedos—: no hace falta que me provoques, cariño. En estos momentos soy capaz de cualquier cosa.

—Interesante... —Carla le sonrió y Aidan se quedó anonadado, no recordaba una mirada así por parte de ella. Siempre tan mandona, tan controladora... Ahora parecía más vulnerable.

Se levantó con ella en brazos y se giró rápidamente, haciéndola caer de espaldas en la cama.

—Ahora, si no te importa, abre bien las piernas. —Las abrió un poco—. Más. —Carla las abrió otro poco, riéndose—. Vale, no me dejas otra opción.

Puso las manos sobre sus rodillas separándolas al máximo, dándole así una excelente vista de su precioso coño rasurado. Se quedó unos instantes de esa forma, contemplándola hasta que ella chasqueó los dedos.

—¿Necesitas ideas? —le provocó.

—Te aseguro que no. —Se colocó de rodillas frente a ella—. Ahora, si no es mucho pedir, te agradecería que te quedaras calladita. —Recorrió con un dedo toda la hendidura, empapándose con sus fluidos; se llevó el dedo a la boca y lo saboreó—. Excelente.

Carla se acomodó en la cama, quedando totalmente expuesta a él; iba a comprobar de primera mano si era tan bueno como había prometido. Por el momento, Aidan se limitaba a acariciarla, arriba y abajo, con el dedo, sin presionar, sin penetrar. Solo lentas caricias, jugando con su humedad, extendiéndola.

—¿Eso es todo lo que sabes hacer? —suspiró ella, más que nada con ánimo de pincharle, pues ese lento masaje resultaba divino. Estaba acostumbrada a un poco más de agresividad por parte de sus amantes. Quizás demasiada, aunque no podía criticarlos por eso, pues se quedaba, la mayor de las veces, satisfecha.

Aidan no respondió a su provocación con palabras. A esas alturas la conocía lo suficiente como para saber que solo buscaba pelea. No iba a entrar en su juego, ahora él tomaba las decisiones.

Sus movimientos le indicaban que no era tan insensible a sus caricias como fingía. Deliberadamente mantuvo ese ritmo lento. Cuando acabase con ella iba a tragarse sus palabras por provocarle.

Era bueno, joder sí era bueno... Aidan sabía lo que hacía, de eso no quedaba duda. Carla arqueó sus caderas pidiendo más, pero él ignoró su petición; eso tendría que molestarla, pero no era así. Aquel ritmo la estaba volviendo loca, necesitaba correrse ya, en ese momento; su cuerpo lo pedía a gritos, toda la tensión acumulada, todas sus desdichas, todos sus problemas... Podía al menos tener un buen orgasmo y así poder pensar que merecía la pena seguir hacia delante. Quizás el razonamiento era inmaduro, pero siempre era mejor que darse a la bebida.

Aidan la sorprendió besándola en el mismo centro. ¡Sí! Eso era justo lo que necesitaba, ahora venía lo mejor...

—¿Qué haces? —preguntó incorporándose sobre los codos para mirarle—. ¿Por qué paras?

—Aquí hay algo que no funciona... —dijo haciendo una mueca.

—Puede que lo que no funcione seas tú —le espetó enfadada.

—O puede que no, pero si no te dejas llevar no conseguiremos nada. Piensas demasiado —la acusó—. Mientras no cedas el control, esto no funcionará.

—¿Pero de qué hablas? ¿Qué control ni qué bobadas? —Se sentó apoyándose contra el cabecero de la cama—. Lo que pasa es que eres un inepto, eso es lo que pasa.

—¿Yo? Eso sí que tiene gracia... Pues que sepas que es la primera vez que

una mujer se queja.

—O, simplemente, puede que las mujeres con las que sales se conformen con cualquier cosa —contraatacó mirándole con los ojos entrecerrados.

—Sí, seguro que es eso. —Hizo una pausa buscando la frase exacta para hacerla saltar—. Y yo creo que eres incapaz de disfrutar de lo bueno.

—¿Lo bueno? No me hagas reír, no tienes ni puta idea de satisfacer a una mujer.

Para aumentar su enfado, él se echó a reír.

—¿Por qué no hacemos una prueba?

—¿Por qué no te vas a la mierda? —respondió ella y se levantó—. Me voy, ya he perdido demasiado tiempo contigo. Madura, chaval.

—No. —La agarró con brusquedad, dejándola momentáneamente desconcertada—. Tú no te vas de rositas, guapa. —La inmovilizó contra la cama—. Nadie me llama inútil y luego se larga.

—Siempre hay una primera vez —alegó ella intentando controlarse; se estaba pasando con él y lo sabía, pero no podía evitarlo.

—Vas a tumbarte y dejar que haga contigo lo que quiera —dijo en tono autoritario aunque sin perder la sonrisa—. No quiero que pienses en nada, solo que sientas, y por una vez en tu vida dejarás de controlarlo todo. ¿Estamos?

—Mira...

—¿Qué acabo de decir?

Carla sonrió de forma perversa y eso le acojonó un poco. ¿A qué estaba acostumbrada? Aun así ella le obedeció, manteniendo en todo momento esa sonrisita y una expresión que decía a las claras «chaval, no tienes ni idea de en dónde te has metido». Para rematar la jugada, ella estiró las manos y le agarró la polla, dejándole sin aliento. Maldita sea, así no.

—Vamos a dejar las cosas claras. —Se liberó de su agarre—. Mientras estés ahí tumbada, olvídate de mi polla hasta que yo lo decida. Vas a dejar que te toque de la forma que yo quiera. Te haré disfrutar, y hasta puede que te corras más de una vez.

Carla decidió no decir nada. Se le veía tan seguro, tan confiado en sí mismo... Valía la pena mantener silencio con tal de dejarle seguir. Además, ¿qué tenía que perder?

—Vale —musitó.

Aidan no se lo creyó ni por un momento. Joder, follar con esa tía era una actividad de alto riesgo.

Empezó a pellizcar uno de sus pezones, ya tieso, lo cual demostraba la excitación de ella y que no era tan inmune a sus caricias. Jugó con él, apretando y soltando, observando en todo momento las reacciones de Carla. Con la otra mano fue bajando por su vientre hasta encontrar su coño húmedo; esta vez no se entretuvo y la penetró, curvando dos dedos en su interior.

—Muévete en mi mano —presionó un poco más—, muévete como si fuera mi polla. ¡Vamos!

Ella obedeció, apretando sus músculos internos, contoneándose contra su mano, tal y como él había pedido. Empezó a jadear, sintiendo cómo él presionaba en todas las terminaciones nerviosas de su interior. Quizás no era algo nuevo para ella, pero la voz firme de Aidan resultaba como un látigo contra su piel. Sus gemidos ahogaban las palabras susurrantes de él animándola a seguir, excitándola, haciendo que olvidara que ella era quien siempre llevaba la batuta. Carla buscó su mirada y durante unos minutos se perdió en esos ojos azules mientras los dedos de él continuaban en su interior de forma implacable. Carla sentía crecer desde lo más profundo de su ser esa presión previa al orgasmo. Estaba cerca. Un poco más de fricción, un movimiento más...

—No, aún no —dijo él privándola del contacto de sus dedos.

—¿Cómo que...? —Él la hizo callar besándola de esa forma tan característica, abarcando todos sus labios, apretándola contra la cama utilizando para ello su peso. Su boca se movía sobre la de ella de forma contundente, pero, al mismo tiempo, encerraba la promesa de lo que estaba por venir.

Carla intentó hablar de nuevo, pero sintió un estremecimiento por todo su cuerpo que la dejó jadeante, pidiéndole en silencio más, otorgándole el control que él deseaba y que ella detestaba ceder.

Siguió besándola, ahora de forma más suave, con una ternura que Carla desconocía.

—No pienses —murmuró él mirándola fijamente—. Solo siente. Déjame a mí el resto. —Empezó a acariciarla de nuevo entre las piernas—. Estás muy húmeda, empapada... Me gusta.

Se deslizó por su cuerpo, dejando un rastro de besos por su estómago. Hundió la lengua en su ombligo, antes de llegar a su meta.

El primer contacto de su lengua casi la hizo saltar de la cama. ¡Dios, qué bocazas puedo llegar a ser!, se dijo a sí misma. «No pienses más, haz lo que te ha dicho y te sentirás mejor».

—Delicioso... —murmuró él contra sus sensibles labios vaginales.

Y, entonces, comenzó la verdadera tortura. Succionó con fuerza su hinchado clítoris mientras que la penetraba con dos dedos, sincronizando perfectamente los movimientos de boca y manos.

—¡Síiii! —jadeó ella—. ¡Oh, Dios! Continúa así...

«Debería aprovecharme de la situación y darle la lección de su vida», pensó Aidan. Si paraba estaba seguro de que la vería rogar, y eso sería tan placentero... Casi tanto como enterrarse en ella; cómo lo deseaba, pero debía jugar limpio aunque Carla no lo mereciera, así que mantuvo la boca sobre su coño, presionando con la lengua, succionando con fuerza y penetrándola. Introdujo un dedo más, percibiendo una entusiasta respuesta ante la invasión.

Ella intentaba mover las caderas con desesperación, pero no se lo permitió; el ritmo lo marcaba él.

Carla emitió un sonido a medio camino entre la satisfacción y el enfado que a él le divirtió, además de indicarle que lo estaba haciendo bien. Ella respondía a cada una de sus caricias sin reprimirse, lo cual le estaba haciendo el mismo efecto que el más potente de los afrodisíacos; darle placer a ella era al mismo tiempo gozo y tormento, pues su propio cuerpo estaba más que preparado, y dudaba muy seriamente cuánto más iba a aguantar. Estaba duro de una forma que hacía tiempo no recordaba, y eso que nunca, a Dios gracias, había tenido problemas de erección.

Se moría de ganas por penetrarla, con fuerza, invadiéndola sin dar tiempo a pensar, lo cual podía hacer, porque si preguntaba ella, seguramente le respondería con cualquier tontería, y eso de ninguna manera podía permitirlo.

—Vamos, nena... Quieres correrte, hazlo, venga, sé que lo necesitas... —la animó levantando un momento la vista para mirarla. Estaba al borde, se mordía el labio inferior y su cara expresaba claramente la tensión.

—Quieres... hacer... el... favor... de... callarte...

Hasta en los momentos más inesperados e inoportunos, ella no se aguantaba una respuesta. Incluso eso le gustaba de Carla: sincera a no poder más, lo cual comparado con sus últimas compañeras de cama resultaba de lo más innovador y refrescante. Estaba harto de mujeres que no se atrevían a pedir lo que querían esperando que uno fuera poco menos que adivino. Claro que siempre se podían interpretar los síntomas, pero así se facilitaban las cosas...

—Aaaaah, ¡sí!.. ¡Sí...! ¡Sííí! —gritó golpeando la cama con los puños.

Él observó su actuación? Gritaba al estilo más tradicional de una actriz

porno.

—¿Ya? —preguntó no muy seguro, pero al mirarla se dio cuenta de que su expresión tensa había abandonado su rostro y lucía una cara soñadora.

Aidan no se lo pensó dos veces y gateó por su cuerpo más que preparado para entrar en ella, su polla lo pedía a gritos. Tal y como la había dejado dudaba que tuviera fuerzas para protestar, y en el hipotético caso de hacerlo pasaría por alto cualquier sugerencia.

La embistió con fuerza. No iba a causar ningún daño, eso lo sabía, y disfrutó como nunca. Siempre el primer contacto era el mejor.

De rodillas frente a ella pasó las manos por debajo de su culo para así mejorar el ángulo de penetración y moverse a su antojo. Ella parecía como ida, sin mostrar ninguna reacción. Permanecía quieta, eso sí, sin perder esa expresión soñadora.

Joder, ¿qué pasaba ahora?

—¿Vas a quedarte ahí, sin hacer nada? —gruñó él.

Ella se limitó a sonreír, pero no movió ni un músculo.

No podía creerlo... La muy zorra permanecía inerte como si estuviera tomando el sol, sin hacer nada en absoluto por él.

Embistió con más fuerza esperando algún tipo de reacción, pero nada.

—Oye, si sigues así, esto no va a funcionar.

—¿Y qué pretendes que haga? —inquirió con total descaro.

—¿Moverte un poco? —sugirió con ironía.

—Tú eres quien ha dicho que me deje llevar, así que estoy disfrutando. Tú sigue con lo tuyo.

—Joder, parece que me lo estoy montando con una muñeca hinchable...

Ese comentario la hizo reír a carcajadas, contagiándole a él. «Bueno, algo es algo», pensó. Por lo menos no resultaba indiferente.

—Yo solo quería parecerme a esas insulsas a las que estás acostumbrado, para que no te sientas cohibido o algo así.

—Muy graciosa, pero que sepas que espero que mis compañeras de cama sean un poco más... —Salió de ella para arremeter con fuerza, haciéndola jadear—... colaboradoras.

—Ah, bueno... Si es lo que quieres..., haberlo dicho antes. —Contrajo sus músculos internos. Después movió las piernas hasta colocar los talones sobre sus hombros.

—Mejor, mucho mejor —dijo arrastrando las palabras.

Se lo estaba pasando en grande viendo cómo él intentaba mantener el

ritmo, descolocándole a propósito; no recordaba haberse divertido tanto con un tío en la cama, había que reconocerlo. Aidan se lo tomaba con mucha, mucha deportividad.

—A mandar —respondió ella con una sonrisa que le encandiló.

Empezó a moverse al ritmo que él marcaba. Joder, qué bueno... A pesar de que a ella no la gustaba para nada esa postura, tenía que reconocerlo: con Aidan entrando y saliendo de su cuerpo, rotando las caderas para crear mayor fricción y agarrándola con fuerza, resultaba excitante.

—Te gusta, ¿eh? —jadeó él.

—¿Me has oído quejarme? —Cambió de postura y elevó las caderas, clavando los talones en la cama.

—Haz eso otra vez. —Ella obedeció—. Retiro... lo... de... muñeca... hinchable.

—Gracias.

—De nada.

Aidan notaba cómo su orgasmo estaba cerca. Podía abandonarse a sus necesidades, lo cual, aunque egoísta, era comprensible; aun así quería demostrarle que era capaz de mucho más. Modificó su postura tumbándose sobre ella, apoyándose sobre los antebrazos para no ahogarla. Cada vez que ella se movía sentía el roce de sus tetas contra su pecho y cómo ella apretaba sus músculos vaginales, recibiendo así una presión deliciosa sobre su polla.

—Eres buena... —jadeó a escasos centímetros de su boca.

—La mejor. No lo olvides nunca.

También podía haberle dicho que él también era bueno, pero ¡qué narices!, después tendría que soportar verle pavonearse como el gallo del corral.

—Córrete conmigo —pidió él.

Ella también estaba cerca, pero no dijo nada; jadeó en busca de aire y después colocó una mano en su cuello para obligarle a bajar la cabeza y poder así besarle, pues Aidan lo hacía realmente bien. Con la otra mano buscó su trasero, palmeándolo con fuerza.

—Venga, Aidan. —Otra palmada, un poco más fuerte—. Haz que merezca la pena. —Para evitar sus protestas le besó de nuevo, y en vez de darle otra palmada le clavó las uñas.

Él separó su boca bruscamente.

—No me dejes marcas. —Intentó sujetar esa mano díscola.

—Ay, pobrecito, ¿quién va a ver ese culito tan mono? —preguntó siguiendo el ritmo que él imponía.

—Joder, no quiero ser el centro de atención en el vestuario.

—*Humm*.

—*Humm*, ¿qué?

—Nada. Sigue, por favor.

—Tenía que haberme puesto el chaleco antibalas.

—¿Tan peligrosa soy? —inquirió encantada.

—Sí, la que más.

—Bueno, tú también eres peligroso con esa maravilla que tienes entre las piernas...

—¿Eso es un cumplido? —preguntó sonriendo como un idiota.

—Lo sabes perfectamente, así que dale utilidad, ¿quieres?

Aidan respondió presionando con más fuerza, iba a saber lo que era bueno. Dejó de apoyarse en los brazos, cubriéndola totalmente e inmovilizándola bajo su peso. Consiguió sujetarle las manos por encima de la cabeza y escondió la cara en su cuello, mordiéndola con fuerza; si a él le quedaban marcas en el trasero, ella no iba a ser menos.

Carla tembló y todo su cuerpo se estremeció de placer. ¡Oh, sí! Eso era realmente bueno. Echó el cuello hacia atrás, buscando aire, ya que Aidan se lo impedía. Notó cómo él se estremecía encima de ella antes de soltar sus manos y caer abandonado, sin salir de su interior.

Ninguno dijo nada durante varios minutos. Tan solo se oía la respiración de ambos volviendo poco a poco a la normalidad.

«Increíblemente bueno», pensó él.

«Demasiado intenso», pensó ella.

Soportar el peso de Aidan no resultaba desagradable. Carla aún mantenía las piernas enredadas en sus caderas, y aunque nunca lo admitiría en voz alta, estar así, unida a él, resultaba increíble, pero su diablo interior tomó la palabra:

—¿Puedes apartarte?

—¿Mmmm?

—Me estás aplastando —dijo de mala gana.

—Estoy muy bien así. —Para demostrarlo se movió, aún dentro de ella—. He encontrado un buen sitio para aparcar —bromeó.

—¿Tienes que hacer un chiste precisamente ahora? —Carla puso las palmas contra su pecho intentando separarle. Él se incorporó sobre sus brazos y la miró—. ¿Qué?

—No he conocido una tía que esté de tal mal humor tras echar un polvo.

—Negó con la cabeza—. ¿Estás segura de que no necesitas un psiquiatra?

—Déjate de chorradas. —Intentó apartarle de nuevo, pero él se mantuvo firme.

Aidan, al final y con un suspiro de resignación, hizo lo que pedía. Se apartó, pero arrastrándola con él, hasta quedar ambos de medio lado sin dejar de estar unidos. Ella podía protestar cuanto quisiera, pero aquel calor era demasiado bueno como para abandonarlo. Cielo santo, no hacía ni diez minutos y ya estaba duro otra vez... Eso daba que pensar.

Con una suavidad y delicadeza a la que no estaba acostumbrada, él retiró los mechones rebeldes de su pelo hacia atrás, despejándole la cara.

—Deja de hacerte la dura y da las gracias, como una buena chica —dijo con voz risueña—. Reconoce que ha sido espectacular.

—No ha estado mal. —Forcejeó para librarse de él; no era partidaria de conversaciones íntimas postcoitales. Debía salir de allí, él no era tan tonto como para no darse cuenta de cómo le había afectado, y en ese momento, si seguía mostrándose tan malditamente comprensivo, a pesar de que una y otra vez ella le respondía impertinentemente, podría llegar a mostrar una parte de

sí misma para la que no estaba preparada.

—Ya veo... Pues una de dos: o finges muy bien, o eres una maldita desagradecida —arguyó sin perder la sonrisa, pero en su voz dejaba translucir un punto amargo. Finalmente se separó de ella, dejándose caer de espaldas.

Carla se incorporó, dejando caer los pies a un lado de la cama con intención de levantarse. Vale, él llevaba más razón que un santo, pero debía nadar y salvar la ropa, es decir, follar con él sin implicarse, y para ello mantener las distancias era imprescindible. Las cosas ya se estaban complicando más de la cuenta. Por alguna razón, ella acudió a su cama y no al revés, cosa que por cierto analizaría más tarde.

La excusa de «es el único disponible» ya no servía, pues podría haberse quedado en su cuarto e intentar contentarse con uno de sus múltiples juguetes.

—¿Dónde vas? —preguntó agarrándola por la muñeca e impidiendo que se levantara.

Carla siempre se sorprendía de lo rápido que era; tenía buenos reflejos.

—Al baño, quiero lavarme.

—Ni hablar —dijo categóricamente—. Me gusta saber que yo soy el responsable de la humedad que te resbala por las piernas.

Ella intentó soltarse. Pese a que Aidan no le hacía daño, era firme. Rodó hasta quedar tras ella y empezó a recorrer su columna vertebral con un dedo.

—No hagas eso. —Su voz ya no era tan segura.

—¿Por qué? —susurró él—. ¿No te gusta? Deja de fingir, por favor, admite que no te lo esperabas.

Maldito Aidan y su percepción. No era tonto, definitivamente no lo era.

—Vale. Si te dijo que ha sido el mejor polvo de mi vida, ¿me dejarás en paz?

—Gracias, por la parte que me toca, pero no pienso dejarte en paz, quiero que te quedes a dormir conmigo. —Siguió recorriendo su espalda—. Quiero que por una vez te muestres como una mujer sensible y dejes tus bravuconadas a un lado.

—¿Y tú dejarás de hacerte el tonto? —preguntó sin mirarle—. No creas que no me he dado cuenta. ¿Ensayas por las mañanas o lo de hacer el payaso es de nacimiento?

—Carla...

Cada uno escondía sus propios miedos de una forma diferente y, aun así, ambos no se mostraban tal y como eran.

Aidan estaba pillado; sin saber muy bien por qué deseaba que ella se acurrucase junto a él, y no solo porque por la mañana, o a medianoche, podrían tener sexo de nuevo. Quizás le podía la curiosidad de saber algo más sobre Carla.

—¿Qué?

—Quédate.

Ella permaneció en silencio unos instantes, descolocada ante la ternura de sus palabras. Aidan seguía acariciándole suavemente la espalda; no era una caricia sexual, sino más bien relajante.

Lo había vuelto a hacer, siempre era igual: Aidan jamás se mostraba ofendido por sus palabras o por sus actos, nunca un mal gesto, una mala contestación, lo cual a esas alturas, si hubiera estado con otro hombre, ya hubiese ocurrido.

¿Podía hacerlo?

¿Debía hacerlo?

Miró por encima de su hombro. Allí seguía él, con esa expresión relajada, esperando su respuesta. Decidió que podía dar una de cal y otra de arena.

—De acuerdo. Pero te lo advierto: como ronques, o des patadas, o..... —Él la detuvo poniendo un dedo en sus labios.

—Déjalo ya, ¿vale? Te he calado hace tiempo. —Se apartó para dejar que se metiera en la cama, incluso apartó las sábanas—. Túmbate —pidió él, amable pero firme.

Ella se dejó caer en la cama y con un gesto demasiado teatral agarró la sábana, se cubrió y le dio la espalda. Oyó su risa y cómo se arrimaba a su cuerpo.

—Que corra el aire —masculló Carla intentando mantener las distancias.

—No puedes evitarlo, ¿eh? —dijo él con voz risueña. Ella gruñó—. Me refiero a ser tan borde.

A su pesar se separó de ella, tumbándose de espaldas. Si se relajara más a menudo, tal y como lo hacía en contadas ocasiones, Carla sería una agradable compañía. ¿No lo era ya? Joder, le volvía loco; eso sí, aún no sabía si en el buen o en el mal sentido de la palabra. Debía mandarla a paseo, ya se la había tirado, ambos habían quedado satisfechos y no tenía por qué soportar sus salidas de tono, pero resultaba tan divertido averiguar cuál era su próximo movimiento...

—No soy borde —musitó ella en voz baja al cabo de unos minutos.

—¿Ah, no? Pues yo creo que sí. —Quería acercarse más a ella, pero no lo

hizo—. ¿He hecho o he dicho algo que te moleste?

—Sí —le respondió con rapidez sin pararse a pensar.

—¿Como qué?

—No pienso decírtelo —replicó, más que nada porque necesitaba encontrar un motivo.

—No te enfurruñes.

—Yo no me enfu... ¿Qué haces? —Dio un brinco al notar cómo él la abrazaba.

—Voy a decirte lo que pienso. —Apartó el pelo para poder besarla en el cuello—. Te comportas como una borde porque tienes miedo de que alguien llegue a conocerte de verdad, te esfuerzas por ser desagradable, crees que así te dejarán en paz, te gusta mantener las distancias porque odias que se compadezcan de ti.

—Gracias —murmuró con aspereza—. Es una opinión que no necesito. —Intentó apartarse de él sin éxito.

—¿Pero sabes qué es lo más importante?

—¿Qué? —No pudo reprimir la pregunta.

—Que en realidad, lo necesitas. Necesitas que alguien cuide de ti. Aunque por alguna extraña razón no quieres reconocerlo, piensas que es un signo de debilidad.

—No me conoces lo suficiente como para decir eso —le espetó a la defensiva—. Así que ahórrate los psicoanálisis.

—Sin embargo es la verdad, te he observado. Puedes decir todas las tonterías que quieras, mostrarte todo lo indiferente que puedas. —Se apretó más fuerte contra ella; estaba tensa, aunque ya no luchaba—. Pero te preocupas por aquellos que te interesan. Te pierde esa boca, pero tus gestos te delatan.

Carla escuchaba a Aidan intentando buscar la réplica adecuada para mandarle a paseo y que la dejara en paz con su jodido, pero acertado, análisis. Sentía su calor en la espalda; bueno, eso y su polla presionando contra su trasero. ¿Cómo podía estar otra vez así? Podía ser que sí necesitara a alguien que, para variar, se ocupase de ella, pero una cosa era necesitarlo y otra muy distinta aceptarlo. Eso solo conllevaba problemas, depender de alguien no solo podía hacerte vulnerable, sino que llegado el caso te podía hacer también estúpida, y cuando te dejan en la estacada es más difícil salir del hoyo. Vale, las cosas en aquel momento no le iban a pedir de boca, pero tarde o temprano podría recuperarse.

—He dado en el clavo, ¿eh?

Ella se removió hasta poder liberarse y se dio la vuelta, quedando frente a frente.

—Hablemos de ti, ya que estamos en plan filosófico. —Él arqueó una ceja—. Y aparta eso. —Movi6 la rodilla peligrosamente cerca de su entrepierna.

—¿De mí?

—Exactamente, del tontaina que deja que le tomen el pelo, hace chistes sin gracia y psicoanaliza gratuitamente. Y por Dios, ¿no tienes control sobre tu polla?

Él se rio.

—No te sientas intimidada —respondió con aire de superioridad—, tarde o temprano se relajará, pero entiéndelo, cariño, tú eres en parte responsable.

—Ya, claro, ahora me saldrás con alguna tontería del tipo *mi sangre no está precisamente regando mi cerebro*. ¡Ja! Pues no te va a servir, tú te has despachado a gusto y ahora me toca a mí. —Le empujó hacia atrás.

—¡Pero es verdad!

—Si has sido capaz de hablar sobre mí empalmado, también eres capaz de escucharme. Ya nos ocuparemos de eso más tarde. —Él sonrió de oreja a oreja—. Pero no intentes despistarme, que siempre lo haces: dices algo ridículo para desviar la atención y prefieres que te infravaloren, así tienes la oportunidad de saber los puntos débiles de cada uno, pero llegado el momento te muestras capaz de afrontar las cosas sin titubear. Haces que los demás se sientan superiores, pero en el fondo eres tú quien lleva la voz cantante. Tú no eres el único que observa a la gente, colega. Sonríes, te muestras encantador, adulas, pero es solo teatro.

—Te ríes con mis chistes —argumentó él—. No lo niegues.

—Lo estás haciendo otra vez. —Él parpadeó inocentemente—. Si me acusas de esconder cosas, por lo menos ten la decencia de admitir que tú también lo haces.

—Puede...

—Admítelo: hoy, cuando las cosas estaban verdaderamente feas, has mantenido la cabeza fría.

—Bueno, tú también has sabido aguantar la situación. —Levantó una mano y buscó uno de los tiosos pezones; no era el único excitado.

—No me adules. —Le dio un manotazo, a pesar de lo provocador de su caricia—. Y confiesa.

—*Vaaale*, sí, lo admito. ¿Podemos follar de nuevo?

—No, y no hace falta que me des la razón como a los locos para follar conmigo, yo no soy tan retorcida. Con eso no se negocia, quiero que seas sincero.

—Las cosas no son tan simples —dijo ahora más serio—. Pero supongo que tienes razón.

—Así me gusta.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo no admito nada. —Bajó la mano hasta encontrar su erección y empezó a acariciarle—. Pero como te he dicho, no mezclo las cosas.

—Lo harás.

De un rápido movimiento se colocó sobre ella.

—¡Oye! Ahora me toca a mí encima —protestó Carla intentando zafarse.

—Calla.

Mientras aparcaba frente a la comisaría, Aidan pensó en cómo podía disimular su cara de satisfacción total. ¡Joder, qué noche! ¡Y qué despertar! Cuando abrió los ojos y pudo enfocar con claridad, vio a Carla trepando por su cuerpo aprovechándose descaradamente de su erección matinal. Un hombre podía acostumbrarse a eso, vaya que sí.

Se miró en el retrovisor; ahora tocaba trabajar, sabía que no le esperaba precisamente un día agradable y que lo que había empezado de forma deliciosa estaba empeorando por momentos. Por un lado, convencer a Carla de que se quedara en casa a descansar había requerido de todos sus esfuerzos. No resultó sencillo, pero al final lo había logrado. Después se pasó por el trabajo de ella y comunicó de forma rápida, omitiendo detalles, que iba a ausentarse. El imbécil del encargado había exigido un parte médico como justificante, y aunque Aidan odiaba aprovechar su condición de policía, no le quedó más remedio. El muy idiota insinuó que Carla se lo estaba inventando.

Entró en el edificio, esperando que su coche ya hubiese sido examinado a conciencia, pues eso beneficiaría la investigación.

No hubo suerte. Nada más sentarse en su mesa, su compañero se abalanzó sobre él.

—¿Por qué cojones no me llamaste anoche? —disparó a bocajarro sin ni tan siquiera decir buenos días.

—*Tranqui*, tío. Estamos bien, gracias por preguntar.

—Joder, parece que últimamente te persiguen los problemas, y ella es la responsable.

—No sigas por ahí —le cortó en seco, pues no iba a permitirle semejante acusación—. Carla es la víctima.

Luke observó a su compañero. Mierda, estaba preocupado, y quizás sacando conclusiones precipitadas...

—Está bien, disculpa. ¿Sabemos algo?

—Estoy esperando el informe técnico. Mi coche quedó hecho una mierda, tenemos la matrícula del todoterreno y poco más.

—Genial. —Luke se sentó frente a él—. Bueno, solo te pido un favor: no le digas nada a Bianca. Se preocupará.

—¿Ahora le ocultas las cosas?

—No seas gilipollas. Simplemente prefiero no molestarla.

—Vale.

Aidan llamó un par de veces, esperando que sus compañeros se dieran más prisa en redactar el informe. Necesitaba saber algo, la espera resultaba tediosa. Para su desesperación, tanto a él como a Luke los llamaron al despacho del capitán.

Dos horas más tarde y echando humo, ambos salieron de las dependencias del capitán Orson. Aidan no entendía la diversión que reflejaba la cara de Luke. Una de dos: o era un imbécil, o ya estaba más que acostumbrado a las voces del jefe. Probablemente era eso último.

—¿Un café? —sugirió Luke mientras se acercaban a sus respectivas mesas.

—Llamar café a ese líquido oscuro es pasarse, pero bueno, vale.

Aidan aceptó el vaso de plástico que le entregó su compañero y dio un sorbo. Por encima del vaso vio salir de los ascensores a una rubia y sonrió. Luke, quien se percató y se giró, también vio a la mujer. Volvió a prestarle atención a Aidan.

—Ni una palabra —le advirtió—. Hola, cielo —dijo a Bianca cuando llegó junto a él—. ¿Cómo así tú por aquí?

—Hola a ti también. —Le besó en la comisura de los labios y miró después al compañero de su marido—. Hola, Aidan. —Se acercó a él y este, muy solícito, puso su mejilla para que ella le diera un beso.

A Luke no le gustaba nada que se tomaran esas confianzas delante de sus narices, aunque sabía a ciencia cierta que no tenía de qué preocuparse. De todas formas, alargó el brazo y la atrajo de nuevo hacia sí.

—Hoy se han suspendido dos clases por un problema con las tuberías. —Se encogió de hombros—. Así que he venido a ver si me invitáis a comer.

—Por supuesto —dijo rápidamente Aidan, consciente de cómo molestar a Luke.

—Tú ocúpate de tus asuntos —alegó y después miró a Bianca—. Cariño, dime dónde quieres ir y olvídate de este perdedor.

—No seas malo.

—¡Ah! Aquí estás —dijo una voz tras Aidan—. Te he estado buscando.

—¿Qué pasa, Brenda?

—Ha llegado el informe del laboratorio. —Brenda le tendió una carpeta—. He visto cómo quedó tu coche. Lo siento, de verdad. Menos mal que los dos

salisteis ilesos.

Bianca se percató de cómo Luke, a su lado, se tensaba, y miró a Aidan, que tenía la misma expresión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Anoche un pirado intentó echar de la carretera el coche de Aidan. Menos mal que esos vehículos llevan todo tipo de sistemas de seguridad, que si no... —Brenda negó con la cabeza— tanto él como la chica habrían acabado bastante mal.

—Brenda... —masculló entre dientes Aidan en tono de advertencia.

—¿Qué chica? —siguió preguntando Bianca.

—Una tal... —Cogió el expediente de manos de Aidan, lo abrió y leyó—: Carla Stone.

—¿Qué?! —chilló Bianca.

—¿Brenda! ¿No sabes que no puedes revelar datos de una investigación? —la reprendió Luke.

—No me vengas con chorradas —se defendió Brenda y le devolvió el archivo a Aidan bruscamente—. Bianca es como de la casa.

—¡Joder, Brenda! Podías callarte un poco, ¿no?

—Esta mañana me pediste que te lo trajera cuanto antes y aquí estoy, no sabía que era un secreto de Estado. —Se dio la vuelta y desapareció.

—Mierda —masculló Luke.

—¿Por qué no me has dicho nada? —Dio un golpe en el brazo a su marido y después miró a Aidan con cara de pocos amigos—. Y tú —le señaló con un dedo—, ¿estás bien? —Él asintió—. ¿Y Carla?

—No te preocupes, fue más el susto que otra cosa —mintió—. Un loco, seguramente borracho, nos echó de la carretera.

—Los dos están bien —aseveró Luke, tenso.

—¿Dónde está Carla? No habrá ido a trabajar, ¿verdad?

—No, la convencí para que se quedara a descansar en casa.

—Vale, me voy a verla.

—Cariño, ¿y la comida?

—Hoy comes solo —le espetó de mal humor Bianca—. Y después ya veremos. Mira que no decirme nada...

—Yo no me he enterado hasta esta mañana —se defendió Luke en tono conciliador.

—¿Y por qué no me has llamado nada más enterarte?

—Esto...

—Yo le pedí que no lo hiciera —intervino Aidan mirando a su compañero.

—¿Por qué será que no te creo? —dijo a Aidan—. Bueno, da igual, me voy a verla. A ella también voy a decirle cuatro cosas por no avisarme.

Luke intentó retenerla para calmarla, pero ella fue más hábil escabulléndose.

—Lo siento —arguyó Aidan cuando se quedaron solos.

—Mierda, tú no tienes la culpa. Esa bocazas de Brenda...

—Me parece, compañero, que esta noche vas a tener problemas.

Luke, como toda respuesta, le dedicó una mueca burlona.

Carla estaba terminando de hacer la cama cuando sonó el teléfono. Genial...

Cuando contestó y reconoció la voz de Jeremy se sentó en el borde de la cama y le dejó hablar sin interrupciones. Blablablá. Se sabía el cuento de memoria. Pero cuando él dijo que un *poli* se había presentado en el trabajo, dio un respingo. Pensó que Aidan se limitaría a llamar, no esperaba que se presentara personalmente. Ella ya había llamado y hablado con una compañera de trabajo contando por encima lo sucedido.

¿Qué narices había ido a hacer el chico de oro allí?

—Meterse donde no le llaman —farfulló respondiéndose a sí misma.

Pero la gota que colmó el vaso fueron las palabras: «Y dile a ese novio *poli* que tienes que no venga por aquí amenazando».

Maldito Aidan... No tenía bastante con romper sus esquemas, también tenía que involucrarse en su vida.

—Nunca aprendo —murmuró tras colgar el teléfono.

La noche pasada, cuando le buscó, solo quería pasar un buen rato, no terminar abrazada a un tío hablando de sí misma. Miró por encima de su hombro la cama donde había dormido con él. Bueno, dormido, lo que se decía dormido, unas cuatro horas... Cielo santo, vaya correa que tenía Aidan. No pudo reprimir una sonrisa. Había sido divertido, vaya que sí.

Lo cual llevaba a una lógica conclusión: no debía repetirse.

Se levantó llevando enrolladas en sus brazos las sábanas que había quitado. Demasiado sexo. No supo qué tipo de impulso la llevó a olerlas... Ya se había duchado, como si así pudiera eliminar de su cuerpo las pruebas incriminatorias de lo sucedido, pero no así de su mente, que se negaba a pasar página.

Maldita sea. Siempre, al día siguiente, en su cabeza solo quedaba un vago recuerdo; sin embargo, en esa ocasión no dejaba de recrear, una y otra vez, todo cuanto había hecho con él en esa cama. Tenía que admitirlo aunque escociese: Aidan, además de insaciable, era un excelente compañero sexual, y no solo por sus habilidades, sino también porque no se quejaba ante sus sugerencias, cosa que a muchos hombres irritaba. ¿Acaso pensaban erróneamente que si una mujer sugería algo, se los infravaloraba? Gilipollas.

Aidan no era, afortunadamente, así. *Mmmm*, eso abría todo un mundo de posibilidades.

—No, no y mil veces no. Tú esta noche duermes sola, bonita —dijo en voz alta como si de esa forma sonara más convincente.

Estaba poniendo la lavadora, como si quisiera borrar la evidencia física, cuando sonó el timbre de la puerta. No esperaba a nadie. Decidió que era mejor no abrir; además, sus conocidos no sabían aún dónde estaba. ¿Y si era alguien enviado por Greg Hart?

El timbre volvió a sonar, esta vez con más insistencia. ¿Estarían buscando a Aidan?

Muy despacio se acercó caminando sigilosamente por el pasillo. Se colocó frente a la puerta y, con mucho cuidado, miró por la mirilla.

Hizo una mueca: solo veía una larga cabellera rubia, por lo que se apartó. Si era alguna mujer buscando a Aidan, ella no tenía el cuerpo como para aguantarla.

La mujer insistió llamando de nuevo, iba a quemar el timbre. Miró de nuevo; ahora solo veía una sillita de niño. Joder.

Abrió la puerta poniendo los ojos en blanco, se estaba volviendo paranoica.

—Menos mal, pensé que no estabas en casa —dijo Bianca empujando el carrito hacia dentro.

—Ah, lo siento, estaba... en el baño.

Bianca entró casi sin mirarla, maniobrando con el carrito, la gran bolsa que llevaba al hombro y cara de pocos amigos.

Carla cerró la puerta tras ella. Debía prepararse mentalmente para el chaparrón, al que seguiría el interrogatorio y por último la retahíla de consejos; aun así, la quería con locura. Podía poner la mano en el fuego por Bianca y nunca llegaría a quemarse, así que buscó un tema para distraerla.

—¿Puedo? —dijo señalando a la niña.

—Por supuesto. Eso sí, te advierto que no está en su mejor momento.

—¿Y eso?

—Tengo que cambiarla.

—Ah.

Bianca la siguió hasta el salón, allí estarían más cómodas. Empezó a sacar cosas de la bolsa mientras Carla sujetaba a la pequeña Sarah; su madre tenía razón, pensó haciendo una mueca.

—¿Quieres cambiarla tú? —inquirió Bianca tras extender una mantita sobre la mesa de diseño de Aidan.

—¿Yo?

—No es difícil. Ven, tumbala y empecemos, así todas nos sentiremos mejor. —Carla depositó con cuidado a la niña sobre la mesa—. Mírala, parece que no ha roto un plato —Bianca empezó a jugar con la niña—. La tía Carla va a ocuparse de ti —le dijo a su hija.

—¿Qué tengo que hacer?

Bianca le dio instrucciones detalladas mientras iba pasándole los productos necesarios. La niña, evidentemente más contenta, sonreía y movía sus piernecitas; a Carla se le caía la baba, claro que su madre la superaba.

—No sé cómo de un bruto como tu marido ha podido salir una niña tan mona. Si no fuera porque es morena, pensaría que Luke no es su padre. —Carla la provocó deliberadamente, intentando retrasar lo inevitable.

—Ya, bueno, es lo que tiene el ADN. Pero no intentes distraerme.

—Misión cumplida —dijo Carla al terminar de colocar el pañal, obviando a su madre y empezando a hacerle carantoñas a Sarah—. ¿Te apetece un café?

—Nos vendrá bien. Haz una cafetera bien grande, que tú y yo tenemos mucho de que hablar.

Carla se escabulló a la cocina. Mientras preparaba el café repasó mentalmente cómo tenía que contar lo ocurrido a su amiga. No iba a mentir, pero si podía evitar decir toda la verdad...

—Empecemos —dijo Bianca sentada en el sofá con la niña en brazos—, por el principio.

—¿Azúcar?

Bianca asintió.

—Estoy muy enfadada contigo. Esta mañana, cuando he ido a buscar a mi marido, me entero de que anoche os echaron de la carretera y tú, que se supone que eres mi mejor amiga, no levantas el teléfono para contármelo.

—Iba a hacerlo —mintió intentando zanjar la cuestión.

—Ya, pero eso no es todo: por si fuera poco tengo que enterarme, de pura

chiripa, de que te echan del apartamento, sufres un ataque y te vienes a vivir con Aidan. ¡Con Aidan, cielo santo! Y para rematar la jugada, le dices a todo el mundo que estáis prometidos. ¡Prometidos!

—Bueno, eso fue una mentira piadosa —se defendió en voz baja—, una emergencia; él se presentó en el apartamento y... Bueno, ¡fue idea suya! Maldito gilipollas, no se le ocurre otra cosa para defenderme delante de la señora Waytt —explicó Carla indignada.

—¿Y qué haces aquí? Estas viviendo con él, quiero decir.

—Esto... también es culpa suya.

—Mira, conozco a Aidan, es un buen tipo, no es la clase de tíos con los que tú acostumbras a salir. No te ofendas, pero sabes que es verdad.

—No me ofendo. Es temporal —se justificó—, en cuanto pueda me busco algo.

—¿Y no se te ha ocurrido llamarme? Joder, Carla, ¿es que no nos tenemos confianza?

—¿Qué quieres que te diga? —Se puso en pie—. Desde que tú dejaste el apartamento todo se fue al garete, ¿vale? Me echaron del trabajo, y no me quedó otra opción que trabajar de camarera.

—En un tugurio. ¿Y para qué están las amigas?

—¡Pero tú tienes tu vida! No voy a presentarme en la puerta de tu casa y crearte mal rollo con tu marido.

La conversación iba tornándose cada vez más en un enfrentamiento. Sabía que Bianca tenía toda la razón.

—Está bien, de acuerdo, lo entiendo, no querías causarme problemas —aceptó esta en tono conciliador.

—Gracias. Yo... —Se sentó junto a su amiga—. No sé cómo pude ser tan imbécil, lo admito.

—¿Y Aidan?

—¿Qué pasa con él? —preguntó a la defensiva.

—¿Qué pinta en todo esto? Y no me vengas dando largas. Te conozco, tú normalmente no aguantas tonterías, y sin embargo vives con él. —Estaba insinuando algo que Carla no quería admitir—. No nació ayer, aquí hay gato encerrado.

Carla cogió a la niña, evitando así mirar a Bianca.

—Tu madre es muy curiosa —susurró a Sarah.

—Carla... —advirtió.

Empezó a jugar con la pequeña sin contestarle. ¿Cómo iba a explicarle

algo que ni ella misma entendía? Claro que estaba pasando algo, y muy extraño. Pero tal y como había decidido esa misma mañana, no iba a volver a pasar.

Además, tampoco se acababa el mundo por haberse acostado con Aidan, ¿no? Ambos eran adultos y estaban libres.

—¿Os acostáis juntos? —lanzó a bocajarro Bianca.

—¡Por Dios! ¿Delante de la niña? —Bianca puso los ojos en blanco—. Aunque no sé de qué me sorprende, lo que tendrá que ver la pobre en casa, con tu marido en constante periodo de celo...

—Deja a Luke en paz, que no pinta nada en esta historia, y responde.

—Una vez —mintió en voz baja.

Bianca esbozó una cínica sonrisa; no había colado.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—Que me parece muy extraño, lo digo más que nada porque aún no le has mandado a paseo. Una de dos: o fue muy mal o... ¡Cielo santo! —chilló al ver la expresión de enfado de Carla—. Fue genial, ¿verdad?

—Sí. Bueno... Más o menos.

—¿Sí? ¿A lo primero o a lo segundo?

—Qué morbosa eres —refunfuñó tapando los oídos de la niña.

—¡No me vengas con esas! Siempre tratabas de escandalizarme con tus «experiencias». ¿Desde cuándo eres tan recatada?

—¿Desde que hay menores presentes?

—Déjate de bobadas. —Bianca la señaló con el dedo—. Aidan está cañón y tú no has podido resistirte, ¿eh?

—Ni que fuera la mala de la película. —Le pasó a la niña a su madre para que la acostara—. No es delito, sucedió y punto.

—¿Y cómo es? En la cama, me refiero. —Bianca metió a la niña en su capazo y la miró expectante—. ¿Sabes cómo le llaman? —Carla asintió—. Pues su apodo de chico de oro será por algo.

—Si tanto te gusta —dijo a la defensiva—, para ti.

—No digas bobadas. —La miró fijamente—. Esa cara... Algo me dice que no ha sido solo sexo... Hay algo más, ¿me equivoco?

—Me cae bien. —Carla desvió la mirada.

—Ajá.

—Se ha portado estupendamente conmigo. —Tal afirmación no la comprometía.

—Ya veo...

—Me cuenta chistes por la mañana. —Eso era una verdad como una casa.

—Oh...

—¡Vale! ¿Quieres que admita que siento algo por él? Pues sí, no es como yo esperaba, pero no pasa de ahí, te lo garantizo. ¡Bah! —Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Las mujeres como tú —la señaló con un dedo—, «felizmente casadas» —dijo con sarcasmo—, os pensáis que a todas nos va a pasar lo mismo. Pues déjame decirte una cosa: el matrimonio no es para todo el mundo.

—¿Quién ha hablado de boda? —preguntó Bianca, divertida—. Aunque... no pierdo la esperanza.

Carla se dejó caer en el sofá con total abandono. Seguir esa conversación, además de no llevar a ninguna parte, la irritaba.

—¿Y a ti cómo te va?

—No me puedo quejar, la verdad, pero algunas veces echo de menos nuestras conversaciones hasta las tantas, riéndonos de cualquier cosa, Carla —agarró a su amiga de la mano—. No pretendo organizarte la vida, lo sabes, pero no puedo evitar preocuparme por ti. Tú harías lo mismo.

—Lo sé —concordó—, pero poco a poco todo va a ir mejor. —Sonrió a su amiga—. Yo también me preocupo por ti, y que esto no salga de aquí: me alegro tanto de que todo te vaya bien... Luke no es santo de mi devoción, pero está loco por ti, te lo mereces.

—Vaya... —Bianca sonrió de oreja a oreja—. En el fondo tú esperas lo mismo, ¿no? Todo ese ir y venir, todo ese desfile de tíos sin dos dedos de frente, no es más que una excusa.

—No sé qué decirte. Me lo paso bastante bien.

—Pero Aidan no es uno de ellos, ¿verdad? Admítelo.

—No quiero pensar en ello, simplemente ocurrió. La tensión, los nervios, la cercanía, me sentía en deuda... Ya sabes, me dejé llevar.

—Tú no te acuestas con un tío porque estés agradecida, no me vengas con esas. Él te importa. Si no, ¿cómo explicas que aún estés aquí, en su casa? A cualquier otro ya le hubieras mandado a paseo hace tiempo. Y a él creo que le pasa algo parecido, no es tan tonto como nos hace creer.

—De eso ya me he dado cuenta —explicó con una mueca.

—Podía haberse desentendido de ti, dejar que te buscaras la vida, pero te ayudó.

—¿Piensas que no lo sé? —suspiró—. Me porté fatal con él y, aun así...

Por eso no quiero que se confundan las cosas, Bianca. Tú me conoces, ¿alguna vez me has visto salir en serio con alguien?

—Siempre hay una primera vez —arguyó la voz de la razón.

—Es muy distinto estar agradecida que estar enamorada.

—Pero te acostaste con él.

—No me lo recuerdes.

—No lo niegues: te descolocó, ¿verdad? Te sorprendió. Esperabas a un tonto redomado, a un inútil, he oído cosas sobre él... —Bianca dejó sin acabar la frase, esperando que Carla mordiera el anzuelo.

—Oye, ¿tu marido sabe que hablas así de su compañero? Porque puedo hacer una excepción y mantener una conversación con él acerca de esto. Estoy segura de que se iba a «alegrar» un montón.

—No te pongas celosa —dijo Bianca para irritarla—, ninguna mujer heterosexual en su sano juicio puede pasar por alto a un hombre así, claro que... tú tienes más referencias, picarona, le has visto desnudo. —Se rio—. Oh, por favor... Tú, la experta, a la que siempre le ha gustado escandalizarme con los detalles más excitantes, ahora no suelta prenda.

—Si quieres, mañana le hago unas fotos con el móvil para que lo compruebes por ti misma. No, mejor aún, se las enviaré por correo electrónico a tu marido, a ver qué opina.

—Qué pesadita estás con eso. Venga..., cuéntame cómo es.

Carla se dejó caer en el sofá, totalmente desquiciada. ¿Pero qué le pasaba a aquella mujer? ¿No podía dejar pasar el tema sin más? Miró de reojo a su amiga; Bianca esperaba una respuesta, podía dársela.

—Vale, tiene un cuerpazo, ni le sobra ni le falta nada y sabe cómo moverse. ¿Satisfecha?

—Por el momento, sí —murmuró y se echó a reír.

Bianca decidió darle una tregua y no insistió más. El resto de la tarde la dedicaron a hablar de otras cosas y a jugar con Sarah, y a ambas se les pasó el tiempo volando.

Necesitaban reírse de nuevo, y lo hicieron dedicándose a recordar buenos momentos.

—Cielito, ¡ya estoy en casa! ¿Me has echado de menos, rayito de sol?

—¿Rayito de sol? —preguntó Bianca riéndose. Ambas estaban en la cocina, con Sarah en brazos medio dormida y Carla cocinando.

Esta puso los ojos en blanco ante las tontas palabras de Aidan, que acababa de entrar con tanto escándalo que le oían andar por el pasillo.

—¡Joder! —le oyeron decir claramente.

—Ha vuelto a tropezar con las cajas —aclaró Carla.

Él entró en la cocina, dejó varias bolsas del supermercado en la encimera y, tras ver a Carla, se lanzó a por ella.

—*Humm*. —Se pegó a su espalda aprisionándola contra el armario, moviéndose provocativamente contra ella—. Me muero de hambre, ¿podemos empezar por el postre? —Abarcó con ambas manos sus senos, frotando su erección contra el trasero de ella.

—¡Aidan! —chilló Carla.

—No te resistas, nena —dijo utilizando ese tono de policía de serie B y la manoseó descaradamente—, llevo todo el día pensando en esto... —Bajó una mano hacia el botón de sus pantalones, buscando el calor.

—¡Ahora no! —siseó intentando apartarse.

—Cuanto más luchas, más me pones. *Mmmm*. —Consiguió soltar el botón de los vaqueros de ella—. Tengo la artillería lista, cariño, mi arma del veintidós para servirte.

—¡No es buen momento!

Pero Aidan parecía no escucharla, pues su mano ya estaba dentro del tanga.

—Odio estos pantalones tan ajustados, es una misión de alto riesgo quitártelos, pero vale la pena. Me he pasado las horas imaginándote aquí, en la cocina, tumbada sobre la mesa, abierta de piernas para mí. Voy a devorarte, cariño. Anoche te quedaste dormida antes de acabar contigo...

—¡Aidan, para de una vez! —exclamó buscando con la mirada algún utensilio de cocina que pudiera utilizar como arma defensiva.

—¿Por qué? —La mordió en la oreja mientras que con dos dedos empezaba a masturbarla—. Estás a punto.

—Ejem, ejem...

Se quedó paralizado; eso sí, sin sacar la mano. Giró lentamente el cuello.

Al ver a Bianca allí sentada con Sarah en brazos, tapándole los ojos y los oídos, sacó la mano de los pantalones de Carla como si quemara. Se apartó,, liberándola, y ella le empujó, se abrochó los vaqueros y le miró enfadada.

—Por esto —señaló a su amiga con la cuchara de madera.

—Hola, Aidan —ronroneó Bianca.

—Eh, hola... ¿Cómo estás? —acertó a decir sintiéndose el imbécil más grande del universo.

Carla empezó a sacar la compra de las bolsas. Maldita sea, sólo Aidan podía comportarse así...

—¿Has traído todo lo que te dije? —le preguntó.

—Creo que sí —respondió inseguro—. Bueno..., voy a cambiarme y te ayudo. —Salió de la cocina a toda prisa—. ¡Joder! —gruñó al volver a tropezar con las cajas en el pasillo.

—No digas nada —aconsejó Carla cuando se quedaron solas—. Ni una maldita palabra. —Y siguió guardando los productos en los armarios.

—No sé qué pensar... —reflexionó Bianca en voz alta—. Ahora que... me siento mejor. Por lo menos sé que Luke no es el único que anda en... ¿cómo dijiste?, ah, sí, en celo permanente. —Y se echó a reír a carcajadas para mortificación de su amiga.

Veinte minutos más tarde, Aidan entró en la cocina. Se había quitado el traje y duchado, y llevaba unos vaqueros descoloridos y una de sus camisetas arrugadas.

Bianca le miró de arriba abajo, evaluándole; ella también podría dejarse llevar con un tipo así... Mierda, Carla tenía razón. Si su marido se llegara a enterar de eso... sería divertido. Mira que excitarse con otro hombre... «Oh, Luke, espero que hayas recuperado fuerzas», pensó.

—¿Cómo estás? —La pregunta de Aidan la sacó de sus ensoñaciones.

—Hum, bien. —Y antes de pararse a pensar, añadió—: Por cierto, los vaqueros te quedan de muerte.

—Esto... Gracias —respondió un poco cohibido.

—Has olvidado el eneldo —interrumpió Carla.

—¿Eh?

—El eneldo. ¿Cómo piensas que voy a preparar el salmón marinado?

—Lo siento, mañana no me olvidaré —admitió humildemente.

En ese momento Sarah empezó a moverse inquieta y Bianca se levantó.

—Vaya, parece que ella también tiene hambre —dijo mirando elocuentemente a los dos. Y para asombro de Carla, le tendió a la niña a Aidan, quien la cogió de forma natural, acunándola en sus brazos. Parecía disfrutar sosteniéndola. Bianca, por su parte y sin ningún pudor, se levantó el jersey y desabrochó uno de los tirantes de su sujetador; él tranquilamente devolvió a Sarah junto a su madre y la acomodó sobre su pecho para ayudarla.

Carla observaba la escena, sorprendida. No esperaba eso de él, normalmente los hombres se mostraban nerviosos e intentaban escapar cuando se les ofrecía un crío, pero, por lo visto, el chico de oro no: actuaba con normalidad, y eso daba que pensar.

—¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros? —preguntó Aidan—. Carla está preparando lasaña.

—Vale. —Él volvió a ayudarla con Sarah, cogiéndola en brazos para que la madre pudiera colocarse bien la ropa—. Voy a llamar a Luke para que pase a recogerme. —Empezó a buscar en su bolso—. ¿Dónde narices he puesto el móvil?

—Toma —Aidan, solícito, le entregó el suyo sosteniendo aún a la niña en brazos.

—Gracias.

—Pulsa asterisco y dos. Marcación rápida —dijo paseándose por la cocina con Sarah a cuestas.

—Espero que sea algo importante, chico de oro, porque voy camino de casa de mi suegra y tengo intención de recoger a Bianca, tenemos mucho de que hablar —fueron las palabras de su marido nada más descolgar.

—Hola, cariño.

—¿Qué haces tú con el móvil de ese petardo? —gruñó Luke, sorprendido.

—Estoy aquí, en casa de Aidan. —Sonrió—. Me quedo a cenar.

—Dile que por fin has visto la luz y le has abandonado —bromeó Aidan junto a ella, lo suficientemente alto para que Luke lo oyera—. Qué cosa tan bonita... —Se dirigió a la niña—. Vas a pasarlo muy bien con tu nuevo papi.

—Dile a ese tonto del culo que no me toque los cojones.

—¿Vienes a recogerme?

—Dile que venga a cenar —indicó Aidan fingiendo resignación. Le encantaba tomarle el pelo a su compañero.

—Vale —dijo y colgó.

—Cómo te gusta hacerle rabiar —aseveró Bianca devolviéndole el

teléfono, para nada ofendida ante las bromas de Aidan.

—Vivo para ello —respondió con una sonrisa deslumbrante.

—Si ya habéis acabado con vuestro numerito del club de la comedia, sugiero que me echéis una mano —intervino Carla.

—No te pongas celosa, cariño, aquí hay Aidan de sobra para las dos —bromeó él.

—Tranquila. —Bianca se situó junto a él comprobando el estado de Sarah—. Hoy es todo tuyo.

Carla bufó ante el comentario. Dispuesta, más que nunca, a no dejarse provocar por ambos, pues parecía como si hubiesen estado ensayando, les dio la espalda y se concentró en lo que verdaderamente importaba, la cena. Cuando comprobó la temperatura del horno, estuvo a un tris de subirla en exceso para estropearles la comida a aquellos dos payasos. Por fortuna, no lo hizo.

Bianca empezó a llevar los platos al comedor mientras el sonriente y solícito Aidan le indicaba dónde se guardaban los enseres sosteniendo a Sarah, a quien hacía carantoñas.

Puaj, ¿quién era más niño de los dos? La pequeña Sarah correspondía a las atenciones de él moviendo sus manitas y haciendo gestos con la boca; desde luego, no se podía afirmar que no tuviera un don con los niños, en este caso, con las niñas.

Luke apareció media hora más tarde, con cara de pocos amigos.

—Espero que la comida sea decente —dijo a modo de saludo cuando entró en la cocina. Bianca se acercó a él y, como si le hubiera echado una especie de maleficio, cambió de inmediato su expresión.

—Cariño, espera a probar la lasaña de Carla —le susurró Bianca.

—¿Pero es que sabe cocinar? —preguntó incrédulo.

—Bueno, para ti, solamente lo mejor, machote —le respondió Carla con la cuchara de madera en la mano—. Espero que tengas antiácido a mano, creo que se me ha ido la mano con el matarratas.

—¡Mira quién está aquí! —Aidan entró en la cocina con Sarah—. Dile algo al gruñón de tu padre.

Luke le miró con los ojos entrecerrados; aunque las ganas de arrearle un buen mamporro por tocapelotas eran irresistibles, no pudo evitar deleitarse con cómo sonreía Sarah en brazos de su compañero; maldita sea, hasta eso tenía que hacerlo bien.

—Aparta las manos de mi niña —pidió Luke fingiendo enfadarse. Se

acercó y cogió a su hija en brazos—. Ya te pasaré la factura del psicólogo infantil.

La niña reconoció inmediatamente a su padre y se agitó entusiasmada. Luke parecía otro con la pequeña, tanto que Carla se le quedó mirando como si fuera un extraterrestre. Resultaba curioso ver a un tipo como Luke deshacerse en mimos con su hija. El *padre del año* levantó la vista y sus miradas se cruzaron; la estaba retando en silencio a que hiciera otro de sus comentarios maliciosos.

Ella, por supuesto, no lo hizo. Volvió a sus quehaceres, pero se sentía observada por Aidan, quien mantenía una sonrisa en el rostro también desafiante. ¿Qué les pasaba a esos dos? ¿Pensaban, acaso, que era una devoradora de niños pequeños?

—En diez minutos, cenamos —anunció rompiendo el silencio.

—¿Un vinito? —propuso Aidan y se acercó a la nevera. Sacó una botella, la descorchó y sirvió las copas.

Bianca cogió la suya y la de Luke y se dirigió al salón, seguida de este para malestar de Carla, quien no quería quedarse a solas con Aidan, a pesar de que sabía que se comportaría adecuadamente por tener visita.

Mierda, todo resultaba tan sumamente cotidiano y estereotipado... Como si de una pareja típica se tratase, preparando la cena para disfrutarla en compañía de unos amigos.

Evitó en todo momento mirarle mientras se movía frenéticamente por la cocina. Cambió dos veces los trapos de sitio y comprobó el estado de la cena sin ser necesario, pues el programador del horno avisaría; hasta se lavó repetidamente las manos, todo con tal de no quedarse quieta.

Aidan notó su nerviosismo; en parte era culpa suya, pero le había resultado imposible resistirse cuando al entrar en casa la vio.

—Lo siento —murmuró en voz baja acercándose a ella.

Carla aún le daba la espalda, reuniendo fuerzas para enfrentársele. Puede que Aidan se hubiera comportado como el típico tío arrogante y seguro de sí mismo al entrar, pero si Bianca no hubiera estado en ese preciso instante sentada en la cocina, hubiera terminado con las piernas abiertas sobre la mesa, tal y como él había pronosticado.

—¿Por qué? ¿Por tener que hacer cena para cuatro? —inquirió sabiendo que esa no era la razón.

—No. —La agarró por los hombros—. Mírame —pidió en un tono muy alejado de su humor habitual.

Carla aspiró con brusquedad. Maldito Aidan, lo que menos necesitaba era sentir esas manos sobre su cuerpo, sentirle a él pegado a su espalda. A primera hora buscaría la forma de deshacerse de cualquier envase de colonia masculina que hubiera por la casa.

No tenía por qué sentirse una estúpida, pero lo cierto era que así resultaba. Ella siempre encaraba cualquier situación de frente.

Lentamente se giró y le miró a los ojos.

—Anda, déjate de bobadas —dijo peleona.

—¿Vas a atizarme con eso? —Señaló la cuchara de madera que ella tenía en una mano y que no soltaba desde hacía un buen rato.

—No me tientes... —Hizo amago de apartarse, pero él la detuvo.

—No era mi intención ponerte en un aprieto —se disculpó, serio.

—Vale. ¿Algo más?

Los dos se quedaron en silencio, mirándose, evaluándose, midiendo sus fuerzas. Carla tenía ganas de gritar, de hacer cualquier cosa con tal de que él dejara de ser tan malditamente correcto. ¿Por qué se disculpaba? Joder.

—No debí hacerlo —siguió él pasando por alto su comentario desdeñoso, y para mortificación de Carla acarició su mejilla en un gesto íntimo y tierno—. ¿Me perdonas?

—Disculpas aceptadas. Y ahora, ¿puedo sacar la cena del horno?

Él sabía que sus disculpas podían causar el efecto contrario, pero de momento no insistiría más.

—Puedes —indicó, pero no se movió y siguió acariciándole la mejilla.

—Si te apartas...

—Carla...

—¿Qué?

La besó, no tenía otra forma de responder. Con ternura, delicadamente, acunando su rostro con las manos; era la forma más segura de no empezar a buscar por debajo de su ropa hasta tocar todas esas terminaciones nerviosas que tanto la excitaban.

Se separó de ella con una sonrisa triste en el rostro.

—Tienes razón, no tenía que disculparme. ¿Sabes por qué? —Ella negó con la cabeza, incapaz de responder como le hubiera gustado: con una grosería—. Porque... —cogió aire— en cuanto nos quedemos solos, voy a encargarme de que todo cuanto he dicho se cumpla, punto por punto.

—¿Viene o no viene esa cena? —La voz impaciente e impertinente de Luke los hizo reaccionar.

—Déjalos tranquilos —oyeron que decía Bianca.

—Joder, esto está de muerte —expresó sin ningún reparo Luke en voz alta tras probar la lasaña.

—Te lo dije, cariño. Carla cocina estupendamente.

—¿Pero cómo iba yo a saber que ella cocina así? —Luke miró a Carla y después a Aidan, y señalándole con el tenedor, afirmó—: No me extraña que este esté de tan buen humor últimamente.

Lo que Luke no dijo en voz alta, fue que probablemente ese no era el único motivo del cambio obrado en su compañero.

—¿Más vino? —sugirió Aidan a la mesa en general. Por supuesto compartía la opinión de Luke, pero no quería ir más lejos y seguir por un camino que podía comprometerle.

Carla apartó la vista ante la elocuente mirada de Bianca, que sentada enfrente de ella no dejaba de sonreír; eso sí, de una forma un tanto pícara. Por fortuna no estaban a solas y se podía librar de su interrogatorio. Aidan le había dado, con su espectacular entrada, las pruebas de que se estaba cocinando algo en esa casa. Se sintió como una idiota, pues durante toda la tarde no había hecho otra cosa que dar respuestas vagas e imprecisas acerca de su relación con Aidan.

Cuando acabaron de cenar, Carla se levantó rápidamente y se dirigió a la cocina. A nadie se le había pasado por alto su extraño silencio durante la cena. Una retirada en toda regla, lo sabía, y por eso no dejaba de darse tortas mentalmente ante su cobardía.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Bianca entrando tras ella.

—No, tranquila, enseguida llevo el café —respondió evitando mirar a su amiga a los ojos.

Bianca estaba a punto de decir algo cuando Luke hizo acto de presencia con varios platos en la mano.

—Vaya, ¡qué sorpresa! Tu marido ha dejado en casa el disfraz de machote —dijo Carla, pero sus palabras no sonaron tan ácidas como siempre.

Luke hizo una mueca burlona.

—Es lo justo, ¿no? —dijo y volvió a dejarlas a solas.

—Le has enseñado bien, ¿eh?

—Lo suyo me ha costado, no creas. Bueno, bueno...

—No empieces. —Carla dispuso las tazas en una bandeja junto a la

cafetera—. No estoy de humor.

—Eso ya lo veo. No te preocupes, nos marcharemos enseguida. —Miró a Carla arqueando una ceja esperando que dijera algo, pero al no hacerlo, continuó—: Ya sabes cómo son los niños pequeños, necesitan llevar un horario y todo eso.

—Mira —dejó bruscamente el azucarero contra la bandeja—, déjate de indirectas y di de una jodida vez lo que piensas y deja de tocarme las narices. —Se cruzó de brazos. Ya estaba más que harta.

—Uy, uy, pero qué quisquillosa estamos hoy, ¿no?

—Suéltalo de una puta vez.

—Vale, allá vamos: ¡me encanta! —chilló y se acercó a su amiga para abrazarla. Empezó a dar saltitos—. ¡Me encanta! —repitió.

—¡Estás como una puta regadera! —exclamó Carla intentando no contagiarse del entusiasmo de su amiga—. ¡Loca!

—¿Ocurre algo? —Aidan entró en la cocina.

—Nada, cosas nuestras —respondió Bianca.

—Deja eso, ya lo recogeremos mañana —dijo Aidan tomándola de la mano. Se estaba empezando a poner nervioso, pues ella no dejaba de moverse por la cocina evitándole en todo momento—. No hace falta que ordenes de mayor a menor los cacharros en el lavavajillas.

—Típico: *deja eso* —se burló con voz chillona—. Claro, cómo se nota que eres hombre, os pensáis que por la noche los duendecillos mágicos recogen la cocina, ¿no?

—Carla, ven aquí —murmuró con voz suave. La apartó del dichoso lavavajillas y la abrazó; ella se resistía, pero aun así no la dejó.

¿Para qué luchar? Con un resoplido dejó que Aidan la estrechara entre sus brazos. Aceptó ese gesto, pese a que siempre se mostraba reacia. Durante mucho tiempo creyó no necesitarlos y, sin embargo, por algún motivo se sintió a gusto.

Aidan la mecía, peinándola con los dedos y con la otra mano acariciando su espalda. Sentaba tan bien...

Tímidamente al principio, colocó sus manos en los hombros de él, devolviendo el abrazo.

Estaban completamente unidos, fundiéndose con el calor de sus cuerpos. Por primera vez que recordase, estaba abrazada a un hombre sin necesidad de

pasar a más.

Bueno, eso no era totalmente cierto... Le deseaba; con desesperación o no, ya lo decidiría más adelante.

¡Si hasta se reía con sus tonterías! ¿Por qué no darle una oportunidad? Desde el primer minuto había soportado todas sus malas contestaciones, su mal humor, sus groserías... Sí, podía ser amable con él.

Bueno, aquello de los abrazos era agradable, así que se apretó más a él. No era tan difícil después de todo...

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltado Aidan.

—¡Cerdo!

—¿Cómo?

—Eres un cerdo. —Levantó la mano para darle una bofetada, pero él la interceptó—. ¡Suéltame!

—¿Pero qué te pasa? Joder, estate quieta.

—¿Creías que no me iba a dar cuenta? —Miró elocuentemente su entrepierna—. Todo ese rollo tierno, putas mentiras. Sólo quieres llevarme a la cama.

No sabía por qué reaccionaba así, no era el primero ni sería el último en fingir ser un hombre comprensivo para lograr sus propósitos. Solo que no esperaba eso de Aidan. De cualquier otro sí, pero no de él.

—¿Y eso te extraña? —preguntó ahora más tranquilo—. Es una reacción perfectamente lógica, joder, para nosotros es más difícil esconder las pruebas. ¿Qué esperabas? No has dejado de provocarme.

—¿Yo? ¡Tendrás morro! A ver, ¿cómo te he provocado yo exactamente? Venga, suéltalo.

—No has parado de contonearte delante mí. —Ella abrió los ojos como platos—. Sabes perfectamente el efecto que causan esos vaqueros ajustados en mi libido. —Se abstuvo de decir que al ser de cintura baja podía vislumbrar la fina tira de su tanga rojo.

—¿Y tú, qué? También me provocas y no voy por hay echándome encima.

—Una pena, la verdad —sonrió satisfecho ante esa confesión—. Te estaría más que agradecido si te echaras encima de mí.

Ella gruñó y se dio la vuelta. Todo tenía que tomárselo a broma. Le insultaba y él respondía como si le hubiera piropeado. ¿Pero qué clase de tonto estaba hecho?

Un tonto muy listo.

—Está bien —dijo ella al cabo de unos minutos. La técnica de Aidan

estaba más que clara: con su aparente tranquilidad sólo conseguía que ella se delatase. De acuerdo, si quería jugar duro, por ella no iba a quedar—. Lo admito —fingió arrepentimiento, pero no debió de hacerlo muy bien porque él se cruzó de brazos y la miró desconfiado; tras tantos años siendo una bravucona, como para ahora tomarla en serio—. Aidan, guapetón... —Se giró lentamente y se acercó a él bamboleando sus caderas—. Eres tan listo..., tan... peligroso...

—No te pases. —Estaba loco si confiaba en ella, bien sabía de lo que era capaz.

—Me pones *taaaan* caliente —Puso la mano sobre la abultada entrepierna de sus vaqueros—. Me provocas pensamientos de lo más...

—¿Interesantes?

—Perversos.

—Ah.

—Me entran unas ganas locas de...

—¿Desnudarte?

—Follarte.

—Joder.

—Así que... —Le desabrochó el botón de los vaqueros y metió la mano dentro— necesitaré tu ayuda.

—Cariño, estoy a tu entera disposición. —Él no iba a quedarse con las manos quietas y abarcó una teta.

—Esas manos... —le advirtió ella—. Lo justo es justo, tú necesitas un especial.

—Yo necesito tumbarte en esa mesa y follarte.

—No te muevas. Vuelvo en dos minutos —ronroneó ella.

—¡Espera! —gritó a la cocina vacía y a continuación miró hacia abajo; estaba a punto de explotar. Solo un pensamiento se le pasaba por la cabeza: ¿un especial? La incertidumbre le atormentaba y le excitaba al mismo tiempo.

Carla cumplió su promesa. Exactamente un minuto y medio después estaba de nuevo frente a él con una sonrisa sospechosa en la cara.

—¿Un especial? —preguntó reticente.

—Para ti, solo lo mejor, nene. —Le bajó la cremallera sin dejar de mirarle a los ojos.

Aidan seguía sin confiar, pero de momento la dejó hacer. Buscó una posición más cómoda apoyándose en la encimera, para dejar más clara su actitud despreocupada; no quería que ella creyera que estaba intrigado, cosa

que era cierta. Después extendió los brazos apoyando las manos, ya que de momento no iba a tocarla. De momento.

—Muy bonitos —dijo ella sonriente al ver sus *boxers* de topos blancos sobre fondo azul. Después se los bajó con la misma eficacia, sin titubeos.

—Especiales para la ocasión.

Gilipollas... Carla se rio. Aidan siempre parecía tener el comentario idóneo para cada situación. ¡Ja! «Espera y verás», se dijo.

Él movió sus caderas tentándola y ella en respuesta le agarró la polla con una mano y le dio un tirón de advertencia; él siseó, comprendiendo el mudo mensaje..

Sin perder el contacto visual se arrodilló frente a él y, totalmente descarada, se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos no una vez, sino dos, para mortificación de Aidan.

No era fácil arrodillarse y permanecer en esa postura; por un lado, el frío suelo de baldosas, y por otro lo ajustado de sus vaqueros.

—Vas a matarme.

—Tranquilito. —Empezó a recorrer la longitud de su polla con una mano y a continuación le plantó un sonoro beso en la punta.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Lo sé perfectamente: la fantasía de cualquier hombre, tener a una mujer de rodillas ante él dispuesta a mamársela.

—Tengo otras fantasías.

—¿Ah, sí?

—Pero por el momento, esta me parece bien. Continúa.

—Gracias —murmuró ella.

El primer contacto de esa húmeda y caliente boca envolviendo su erección casi le hace perder el sentido. Se aferró al borde de la encimera para no dar pruebas de su debilidad ante ella.

Carla empezó sin ejercer demasiada presión, con largos y constantes lengüetazos combinados con toques suaves en sus testículos, preparándole para el final.

Con la mano libre recorrió su estómago, notando cómo él contraía los músculos en cada uno de sus roces, bajando después por su cadera hasta cogerle el culo con la juguetona mano. Todo ello sin abandonar la succión y el toqueteo.

Aidan suspiró sin dejar de mirarla. Era malditamente buena, joder si lo era... Aplicaba la presión justa para que su orgasmo fuera creciendo, lo cual

era de agradecer. No era la primera vez que le hacían una mamada, pero la técnica de Carla merecía un sobresaliente; no como otras, que se limitaban a chupar haciendo ruiditos molestos, como queriendo acortar el proceso natural de las cosas.

—Podrías quitarte la blusa —sugirió él.

—¿Por qué? —La pregunta fue acompañada de un ligero mordisco en uno de sus testículos.

—Para alegrarme la vista.

—*Mmm*, creo que te voy a alegrar algo más que eso.

Aidan no tenía ninguna duda al respecto.

Ella siguió succionando, apretando ahora con más intensidad, metiéndosela entera en la boca. A juzgar por los gruñidos de Aidan, él apreciaba el detalle. Levantó un momento la vista y observó su expresión concentrada, con el cuello tenso echado hacia atrás, los ojos cerrados y la boca entreabierta, su respiración entrecortada. Era el momento.

Ahora o nunca.

Sin dejar de lamerle, se llevó una mano al bolsillo trasero de sus vaqueros. En su rápida escapada había seleccionado de entre sus juguetes un pequeño vibrador en forma de barra de labios que, cuando se le giraba la base, se ponía en marcha.

Para no asustarle, de momento no lo activó. Buscó una posición cómoda para poder llevar a cabo sus intenciones y, sin que él se diera cuenta, lo colocó debajo de sus testículos. Una vez allí giró con la mano libre la base y empezó a estimularle con la vibración.

—¿Pero qué...? —se sobresaltó él al sentirlo.

—Relájate —murmuró ella aprovechando la pausa para respirar profundamente.

Era jodidamente bueno recibir esa estimulación en sus huevos. Nunca antes nadie le había dispensado esa atención. Era para volverse loco. No podía permanecer más tiempo en esa actitud pasiva, así que empezó a embestir con las caderas, metiéndosela hasta la garganta, cosa que a ella no parecía importarle.

Carla sabía que él se estaba descontrolando; «muy bien, *señor buenos modales*, aún queda lo mejor», dijo para sus adentros. Sabía que tenía que andarse con ojo, no adelantar acontecimientos, así que jugó con el pequeño vibrador recorriendo la longitud de su erección, estimulando los testículos, que fuera confiándose.

Parecía que era así, pues notaba las palpitaciones de su polla dentro de su boca; estaba cerca.

—Sigue... —imploró él ahora más dispuesto a participar, aferrándose a su cabello para poder penetrarla con fuerza—. No se te ocurra parar —jadeó.

Carla pasó una mano entre sus piernas llevando el vibrador, moviéndolo, buscando su ano. Iba a proporcionarle la mamada de su vida. Notó cómo él intentaba cerrarle el paso, pero no desistió. Con fuerza le agarró con la mano libre el trasero, inmovilizándole, colocándole como ella quería.

—No... —murmuró él intuyendo lo que se avecinaba.

Ella no respondió; presionó con el vibrador, penetrándole apenas un centímetro. Él intentó liberarse, pero con sus movimientos sólo consiguió que ella pudiera introducirle aun más el dispositivo.

—Joder, no, aparta —gruñó él.

Pero estaba perdido, su negativa se debía más a los prejuicios que a las sensaciones que el vibrador le producía. Era difícil de aceptar, imposible, pero ella no le hizo ni caso, y movió el falso pintalabios, entrando y saliendo de su cuerpo mientras le chupaba la polla.

—Ni hablar... —se quejó en un último intento por apartarse.

Pero era demasiado tarde.

Se corrió como nunca lo había hecho antes, lanzando espesos chorros de semen dentro de su boca, que le atrapaba y le chupaba sin descanso. Gritó de tal forma que seguro que algunos de sus vecinos le oyeron. Creyó quedarse seco, y aun así ella siguió lamiéndole hasta limpiarle completamente.

Después Carla le quitó el dispositivo mientras le daba un último beso en la punta.

En silencio, ninguno de los dos era capaz de expresar en voz alta una frase coherente. Le subió la ropa y se la colocó correctamente. Incluso le cerró los pantalones antes de ponerse en pie.

Sin decir nada, le dejó en la cocina.

Aidan tardó unos minutos en reaccionar, y cuando lo hizo se percató de que estaba solo, aún apoyado sobre la encimera. Se llevó una mano a la cara, restregándosela como si acabara de despertar de un sueño.

La realidad le golpeó de repente.

Hundió un instante la cara entre las manos; sus pensamientos acerca de lo ocurrido se le agolpaban en la cabeza. Nunca antes había permitido algo así, claro que nunca antes nadie se había atrevido ni siquiera a proponérselo.

Vio la botella, que aún contenía algo de vino, y sin molestarse en buscar

una copa se la llevó a los labios, bebiéndose el líquido de un trago. Era incapaz de moverse.

—Increíble —reflexionó en voz alta—, pero cierto. Acabo de correrme con un maldito vibrador en el culo. —Lo dijo en voz alta, como si así pudiera terminar de creérselo—. Y lo peor de todo, es que me ha gustado. —Esto último lo expresó haciendo una mueca de incredulidad hacia sí mismo—. Joder.

Se enderezó e inspiró con brusquedad, tal vez su cerebro no estaba recibiendo la cantidad y la mezcla correcta de oxígeno. Tras ello, apagó la luz. A medida que poco a poco iba asimilando lo ocurrido, salió de la cocina dispuesto a ajustar cuentas.

Hizo una parada técnica en el baño, y allí se quedó parado unos minutos delante del espejo, observándose a sí mismo en el cristal. Volvió a preguntarse por enésima vez cómo demonios había consentido semejante invasión. Curiosa elección de términos... Después, fue a su dormitorio.

No se sorprendió al encontrar su cama perfectamente hecha, pero vacía.

De eso ni hablar.

Entró en el cuarto de invitados sin molestarse en encender la luz. La figura de Carla, tumbada de lado en la cama, era visible con la tenue luz procedente del exterior.

En un arrebato tiró de las mantas para dejarla destapada.

—¿Qué haces aquí?

—¿Eso no debería preguntarlo yo? —respondió ella estirando un brazo con la intención de volver a cubrirse.

—Levanta —dijo él tenso observando su cuerpo, tan solo cubierto por una camiseta de tirantes de corte masculino que sabía que era suya, y una de esas bragas grandes que las mujeres llamaban *culotes*. Curioso... Para salir, un ridículo y escaso tanga, para dormir, unas superbragas.

—Estoy cansada, Aidan —murmuró suavemente—. Buenas noches. — Volvió a intentar taparse, pero de nuevo él se lo impidió.

La muy zorra quería llevar la voz cantante, pero de eso nada...

Aidan se quitó la camiseta y la tiró al suelo; después desabrochó sus vaqueros, al mismo tiempo que se deshacía con un puntapié de sus deportivas. En menos de un minuto estaba completamente desnudo y preparado para hacerle probar su venganza, con una salvedad: no la serviría en frío.

—¿Pero qué pretendes?

—Hazme sitio —dijo intentando meterse en la cama.

—¿Estás loco? Es muy pequeña para los dos.

—Tienes razón. En la mía estaríamos infinitamente mejor, pero como siempre te empeñas en hacer las cosas de la manera más difícil posible...

Aidan se estiró junto a ella, agarró las mantas y los cubrió a ambos. Cierto que la cama era incómoda, pero la encontraba más idónea para sus planes.

Resultaba divertido ver cómo ella intentaba apartarse; un poco más y acabaría en el suelo.

—Te vas a caer —dijo él en voz baja, con ese tono condescendiente que a Carla tanto la irritaba.

—Vete a la mierda, profeta —farfulló ella—. O mejor, lárgate a tu cama.

—No —respondió rotundo.

—Así no vamos a poder dormir.

—Mejor, no tengo ganas. —La agarró de la cintura atrayéndola hacia él.

—Aidan... —le advirtió porque le veía venir.

—¿Qué? —Empezó a bajar una mano buscando su entrepierna.

—No tengo ganas —mintió.

—¿Lo comprobamos?

Ella se retorció intentando liberarse, pues si la tocaba estaba perdida, ya que él notaría en el acto que estaba sumamente excitada. Claro que deseaba correrse, pero no quería ceder ante él.

No tuvo suerte; con un ágil movimiento Aidan consiguió tumbarla de espaldas e inmovilizarla bajo su peso. Para que no tuviera posibilidad de librarse levantó sus brazos por encima de la cabeza, dejándola totalmente a su disposición.

—No sigas por ahí —le avisó dejando claro que no estaba para tonterías.

—*Mmm*, no sé qué decirte, en estos momentos se me están ocurriendo al menos diez formas de devolverte el favor. Debo admitir que tu técnica me ha sorprendido —dijo él en tono juguetón.

—¿Y?

—Hasta ahora nadie, repito nadie, se había atrevido a traspasar ciertas *fronteras*.

Carla se rio ante el eufemismo.

—¡Ay, pobre! —exclamó con fingido pesar—. ¿Me estás diciendo que cuando os juntáis todos en los vestuarios no jugáis a las espadas? Tantos chicarrones desnudos, ¿y nada? —Él negó con la cabeza—. ¿Ni una estocada?

—Permíteme señalar lo obvio: no me gustan los hombres.

—Pues deberías probarlo. —Él hizo un elocuente gesto de desagrado—. Qué antiguo. Dicen que todos somos bisexuales.

—¿Tú...?

—¿Yo...?

—¿Te has acostado con otra mujer?

—Lo dices como si fuera un delito.

—Joder. ¿Y cómo es?

—Ya deberías saberlo. Dímelo tú, que has follado con algunas, ¿no?

—Muy graciosa... Sabes a lo que me refiero.

—Te atrae la idea, ¿eh? Claro, muy típico: los hombres os ponéis como motos si veis a dos tías montádoselo. —Al ver su expresión, añadió rápidamente—: Y no hagas el chiste fácil de que te gustaría ser como el papel de calcar y estar en medio.

—¿Cómo lo has sabido? —inquirió divertido.

—Sois demasiado transparentes.

—Puede ser... —reflexionó en voz alta.

—Pues para tu información, a nosotras también nos pone ver a dos tíos follando.

Aidan sonrió; era sincera hasta la médula, cosa que agradecía, pero no necesitaba que fuera tan gráfica. Dejó sus manos libres, más que nada porque quería tocarla, devolverle el favor como había dicho.

—No sé por dónde empezar. —Se puso cómodo encima de ella, moviéndose hasta que Carla le alojó entre sus piernas. Le pellizó un pezón; ya los tenía endurecidos, cosa que le gustó—. Me preguntaba...

—Oh, por favor, deja de dar rodeos. ¿Quieres follar? —Ella se movió invitándole—. Pues adelante.

—*Tranqui*, nena, todo a su tiempo. Aún estoy un poco confuso.

—¿Y eso por qué, machote?

—Debo reconocer que nunca hubiera imaginado algo así.

—No sé con qué clase de tías te has acostado. ¿Ando muy desencaminada si digo que eran un pelín clásicas? —A pesar de no ser muy dada a los gestos tiernos, no pudo evitar acariciarle el rostro y enredar la mano en su pelo.

—Clásicas, *hmmm*. —Hizo un rápido repaso mental antes de contestar—. Podría ser, pero te aseguro que me lo he pasado bastante bien. —Eso era cierto, aunque debía admitir que siempre sabía lo que hacía y no había sorpresas. Dar y recibir. Sabía complacer a una mujer, pero muchas no habían sabido complacerle a él; las palabras de Carla tenían bastante sentido.

—En el sexo no basta con pasarlo bien. Eso puedes pensarlo cuando tienes veinte años y las prisas lo estropean todo. Con el tiempo y las experiencias lo entiendes de otra forma, no basta con llegar al orgasmo. —No dejaba de acariciarle. Joder, Aidan era condenadamente guapo.

—¿No es ese el objetivo?

—Sí, pero hay que buscar nuevas sensaciones, probar cosas nuevas, abrir la mente. El órgano sexual más importante lo tenemos aquí —señaló su cabeza—. Si no funciona esta parte, el resto es gimnasia.

—Es sexo al fin y al cabo, ¿no?

—En teoría, sí. Pero no puedes dudar que el cuerpo reacciona a las caricias, lo quieras o no, vengan de donde vengan.

—Ya... Pues a mí me van las mujeres, perdona si soy tan simple.

—Por supuesto. ¿Pero siempre funciona?

—Puede que hasta tengas razón.

Se quedaron unos minutos en silencio, simplemente observándose. Habían llegado a un punto de entendimiento que a ambos les sorprendió. Carla podía hacerse una idea de lo que a él le pasaba por la mente. Aún estaba asumiendo su sorpresa en la cocina.

—Bueno... —Ella rompió el silencio—. ¿Va a ser una conversación muy larga?

—¿Tienes prisa? —Aidan empezó a jugar con sus pezones sin dejar de mirarla.

—Simplemente estoy cansada.

—Entonces tendré que hacer algo para que puedas dormir bien, ¿no te parece?

—Empieza por irte a tu cuarto. —Él negó con la cabeza—. Mira que eres cabezota, mañana los dos vamos a estar hechos una mierda.

—En eso tienes razón, mañana estamos ocupados.

—¿Ocupados? Eso lo dirás por ti. Yo tengo suficiente con deslomarme durante la semana, mañana me voy a dedicar a descansar.

—Te recuerdo que tenemos una cita. —Sonrió satisfecho al recordárselo—. En casa de mis padres, por si lo olvidaste.

—Aidan... Eso no es buena idea, tu madre me cae bien y...

—Sin excusas. —Y sabiendo que a ella no le gustaba, añadió—: Rayito de sol.

Bajó la cabeza para besarla. ¿Cómo podía haberla dejado escapar durante tanto tiempo? Desde que había llegado a casa, no deseaba otra cosa. Besar a Carla no era como besar a cualquiera, ella se entregaba al cien por cien. Al oírla gemir se encendió todavía más; podría fingir todo cuanto quisiera, pero era tocarla y responder perfectamente. Con ella el aburrimiento estaba descartado.

Sintió cómo se abandonaba bajo su cuerpo, empezaba a moverse bajo él y

con sus manos iba recorriendo la piel de su espalda. Nada de timidez, una mujer hecha y derecha reclamando su sexualidad y, lo mejor de todo, dispuesta a compartirla con él.

—¿Me prometes una cosa? —preguntó Aidan.

—¿Qué?

—Que durante la próxima media hora me dejarás hacer cuanto quiera y como quiera con tu cuerpo.

—¿Media hora? ¿No tienes demasiados aires de grandeza? —Ella le devolvió la sonrisa acunando su rostro, y Aidan se derritió, literalmente.

Volvió a besarla. No iba a obtener la respuesta que buscaba, pero aun así se dispuso a complacerla. Empezó a levantar esa camiseta liberando sus perfectas tetas, suaves y proporcionadas.

—Media hora —susurró él contra su cuello.

A Carla la vibración de su voz le produjo un escalofrío. Cuando Aidan ponía esa voz susurrante, ronca y erótica, era capaz hasta de olvidar su propio nombre. ¿Por qué, maldita sea?

Él se apoyó en un brazo para no aplastarla y con la mano libre terminó de subir la camiseta para descubrir la máxima cantidad de piel posible. Decidió ayudarle un poco y ella misma se la sacó por la cabeza. Aidan sonrió agradecido y bajó la vista indicándole en silencio que esas bragas debían desaparecer. Ella arqueó una ceja, desafiante, como diciéndole: *hazlo tú, machote*.

Aidan aceptó el reto deslizándose hacia abajo, y mientras mordisqueaba un pezón con la boca sus manos trabajaban más al sur. Como Carla no colaboraba bajó un poco más hasta poder agarrar el elástico con los dientes. Ella se rio ante la ocurrencia y arqueó las caderas para que él pudiera deshacerse de la prenda. Levantó la vista un momento y le guiñó un ojo, a lo que ella se echó a reír para después hacer un gesto de indiferencia con la mano.

Su fingida pasividad le excitaba, y para demostrar que no iba a desistir la mordió en el muslo. Ella le tiró del pelo en represalia. ¿Quería jugar fuerte? Pues por él no iba a haber ningún problema.

Inspiró profundamente inhalando su aroma, el perfume de la excitación femenina. En una palabra: irresistible.

Separó los pliegues con un dedo, impregnándose de sus fluidos, y ella gimió y se movió. Iba a ir todo lo despacio que su libido le permitiera. Acarició una y otra vez los hinchados labios vaginales, evitando

deliberadamente llegar al clítoris. Ella mostraba su impaciencia, pero le daba igual.

—¿Buscas algo? —murmuró Carla.

«Muy graciosa», quiso responder, como si no supiera qué estaba haciendo.

Carla quería gritarle, pero se conformaba con tirarle del pelo. ¿Qué pretendía? ¿Tenerla media hora a punto sin rematar la jugada?

Cuando pensaba que iba a permanecer entre sus piernas tanteando el terreno, sintió el primer contacto de su boca. Directo al centro. No solo presionaba con sus labios, sino que también sentía el roce de sus dientes atrapando su clítoris.

En cuanto a Aidan, su cerebro no dejaba de enviarle un mensaje claro: «déjate de chorradas, haz que se corra y así podrás metérsela». Tenía la polla tan dura que el roce con las sábanas le estaba torturando; cambió de postura para intentar resistir la tentación.

—Más, más fuerte —imploró ella sin dejar de tirarle del pelo.

—Vas a dejarme calvo —gruñó él.

—Pues deja de jugar ahí, maldita sea.

Ese tono autoritario le hizo reír. Vale, estaba siendo un auténtico cretino, pero cómo le gustaba ser él quien llevase la voz cantante...

Introdujo dos dedos, curvándolos en su interior, y notó cómo ella contenía la respiración para luego soltar un ronco gemido de satisfacción. Como no dejaba de hacer tenaza con las piernas, modificó la postura y la obligó agarrándola de las rodillas a abrir las piernas al máximo; Carla se lo permitió, pensando que tal vez así él se concentraría de una vez y dejaría ese absurdo jueguecito de dar y quitar.

Volvió a penetrarla, ahora con tres dedos, succionando al mismo tiempo con la boca a un ritmo constante. Ella respiraba cada vez con más dificultad, señal inequívoca de que estaba cerca.

—¡Más, más! —gritó ella.

Y él se lo dio, abandonando su idea de hacerla sufrir, entrando y saliendo de su cuerpo con los dedos, bebiendo de ella.

Carla se tensó, y sintió el momento exacto en que alcanzó el orgasmo. Aun así no dejó de lamerla, cada vez más lentamente, dejando que se recuperase, pero tampoco como para que volviera a ser ella.

Con rapidez se colocó encima y sin preguntar la penetró hasta el fondo. Ella abrió los ojos y le miró; no lo esperaba, la dejó clavada en la cama.

Carla se agarró a sus hombros. Estaba extremadamente sensible, sus

tejidos hinchados recibían cada empuje, y la fricción era como para volverse loca.

—Así me gusta —susurró él—, calladita. ¡Dios, qué bueno!

Esas palabras la hicieron reaccionar. Puede que un orgasmo increíble la hubiera dejado fuera de juego durante unos minutos, pero no lo suficiente como para no saber qué quería exactamente. Aidan se mostraba implacable, bombeando sus caderas, jadeando encima de ella.

De eso ni hablar.

—Quiero estar encima —le dijo moviéndose para desconcentrarle.

—Calla...

—¡Aidan! —intentó girarse, pero él era más fuerte, así que se balanceó una y otra vez.

—¿Pero qué coño haces? —Se apoyó sobre sus brazos y la miró como si estuviera loca, deteniendo por un momento sus embestidas pero sin salir de ella.

—Me toca encima, ¡muévete! —insistió ella sin dejar de intentar tumbarle.

«Definitivamente, está loca», pensó él. Intentó mantener la postura, clavándose en ella con más ahínco, pero no dejaba de balancearse.

—Carla... Joder..., nos vamos a...

No pudo evitarlo y tras notar un golpe en su espalda, remató la frase:

—... caer.

La cama era demasiado estrecha para esos meneos, así que ambos terminaron en el suelo.

—*Guauuuu* —gritó ella irguiéndose sobre él, por fin le tenía debajo. Le miró preocupada—. ¿Estás bien?

—Estás como una puta regadera, joder. —Había aterrizado de culo en el suelo y, para rematar la jugada, soportando el peso de ella.

—Aidan, machote... —dijo alegremente al ver que no se había roto nada, exceptuando la lamparita de noche que había seguido sus pasos—, ¿podemos continuar?

Sus cuerpos ya no estaban unidos, pero ella observó encantada que Aidan seguía con la artillería preparada, así que con un gesto provocador le acarició la polla. Después, ante la mirada estupefacta de él, se llevó los dedos a la boca y los chupó, uno a uno, con lentitud.

—Vas a acabar conmigo.

—Nada más lejos de mi intención. —Se recolocó a horcajadas sobre él—. Venga..., que no se diga.

—Desde luego, contigo debería traerme el equipo de asalto.

—¡No seas quejica! —Se empaló a sí misma haciéndole jadear—. Y muévete, no tenemos toda la noche.

—No me quejo —gruñó al sentir cómo le envolvía su calor—. Simplemente hago una observación.

La muy zorra se rio con descaro. Estaba encima de él, rotando sus caderas en un sensual compás, arqueando la espalda y presionando con sus muslos.

Era todo un espectáculo.

Se inclinó hasta poder mordisquearle el labio inferior, pero sin dejar que la besara como él quería. Después se rio de forma provocativa volviendo a enderezarse.

Él llevó las manos a su trasero y la azotó. Qué gustazo palmearlo...

—Esas manos —advirtió ella.

—Te lo mereces. —Clavó las plantas de los pies en el suelo y embistió con fuerza, levantándola—. ¿Te gusta, eh? —repitió la acción.

—¡Ooooh, sí!, me gusta. Y mucho. —Parecía fuera de sí. Buscó su boca con un dedo y él se lo lamió, encantada. Después empezó a acariciarse a sí misma los pezones con ese dedo humedecido.

—Carla... ¡Dios! —cerró los ojos ante tal magnitud erótica. Esa mujer era excitación pura y dura. A pesar de estar tumbado en el suelo, helándose el culo, dejarse follar por una mujer así debería ser obligatorio para saber lo que era un buen polvo.

—Tócame —le incitó, bajando su propia mano hasta posarla sobre su entrepierna, masturbándose ante él sin ningún pudor.

—Por supuesto. —Entrelazó sus dedos con los de ella, frotando unidos su clítoris—. Vas a matarme —pronunció entrecortadamente.

—Por supuesto. *Mmmm*, esto es bueno.

—Tú eres buena.

Carla estaba acostumbrada a que alabaran sus dotes, eso no constituía ninguna novedad; sin embargo, las palabras dichas por Aidan no estaban cargadas de esa asquerosa condescendencia masculina que tanto odiaba.

Cuando decían que era buena más bien querían decir que era una profesional, poco menos que una puta. Eso sí, sin remuneración económica.

El tono de Aidan revelaba verdadera admiración y complicidad. Cualquiera otro se hubiera puesto de morros y enfadado al verse en el suelo. Él no.

Podía estar fingiendo, pero Carla sabía que no era así.

Le miró. Resultaba casi tan satisfactorio observarle como su propio

disfrute. Le debía algo más que un buen polvo, así que se inclinó hacia delante para besarle.

A él le sorprendió ese gesto tan tierno, tan escasos en ella, y la recibió encantado. Poco a poco iba vislumbrando a una Carla más cariñosa, no tan indiferente como aparentaba ser, lo cual agradecía sobremanera. Uno podía llegar a colgarse de una mujer así.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—¿Eh? Nada —respondió rápidamente volviendo a concentrarse en lo que tenía entre manos.

Aun así, su mente no dejaba de divagar. ¿Tendrían alguna posibilidad juntos? El sexo podía nublar el pensamiento de cualquier hombre, teniendo en cuenta que su riego sanguíneo no estaba precisamente en dicho órgano...

Ella empezó a jadear cada vez con más intensidad, con lo que cualquier posibilidad de raciocinio quedaba completamente anulada. Le estaba montando de forma incansable, apretándole la polla con sus músculos internos, una y otra vez. Sin descanso.

—Aidan... —gimió echando la cabeza hacia atrás, y le apretó la mano entre sus piernas pidiéndole más.

Él se lo dio todo.

—Eso es, cariño, córrete... Oh, sí, córrete con mi polla metida hasta el fondo... —Para dar más énfasis a sus palabras, clavó los talones en el frío suelo y la embistió.

Carla explotó cayendo encima de él, quien la recibió con los brazos abiertos. La abrazó con fuerza, su propia satisfacción podía esperar. Tenerla en brazos resultaba emocionante, un acto más íntimo que el propio sexo.

Sentía las convulsiones de ella, el sudor en la piel de la espalda, las cosquillas de su pelo. Todo, absolutamente todo, le gustaba. Saber que era el causante de su placer resultaba una justa recompensa. Más incluso con una mujer tan exigente como Carla. Podía apostar lo que fuera a que ella no era de las que se conformaban con cualquier cosa, y que tampoco era dada a esas muestras de afecto.

Ella se incorporó lentamente y fijó su vista en él. Le impactó su expresión: Aidan sonreía, pero no con esa sonrisa burlona que utilizaba tan a menudo a modo de defensa, sino que era una sonrisa expectante, cariñosa, cargada de ternura.

Era una sonrisa insoportable para ella.

Aun estaban unidos íntimamente, así que empezó a moverse de nuevo

encima de él.

—Ahora te toca a ti —le dijo—. No voy a dejarte a medias, si es lo que estás pensando. —Eran palabras tal vez un poco hirientes, pero necesarias para mantener su cordura intacta. La tentación de dejarse llevar por el momento, dejando que él la viera de una forma distinta a la habitual, era como poco peligrosa.

—Tranquila, no importa. —Acarició su rostro.

—Sí que importa, que no se diga que Carla deja a un tío insatisfecho. —Su balanceo constante daba prueba de su tenacidad.

—Cariño, esta no es una jodida competición. Me vale con que tú estés satisfecha.

—Deja ese tono condescendiente conmigo. —Se clavó en él con un hábil movimiento de sus caderas, haciéndole jadear—. Nunca, ¿me oyes bien,? nunca dejo las cosas a medias.

—Como quieras.

¿Para qué luchar contra ella?

La dejó hacer, pero aunque sabía que estaba cerca de correrse, no iba a resultar un orgasmo bien recibido, si era posible considerar esa paradoja. Él no quería eso.

Quería algo imposible: que Carla no le considerara un reto personal, sino que le viera diferente, como a un compañero, a un amigo y, llegado el momento, como a su pareja.

¿Imposible?

Carla se levantó en cuanto sintió cómo él llegaba al clímax. No tenía ganas de hablar y menos aún de que él intentara averiguar qué demonios había pasado. Durante un breve lapsus se había mostrado vulnerable, y se odiaba a sí misma por eso.

Solo era sexo, maldita sea, sexo, puro y duro, nada de connotaciones sentimentales. Sexo caliente y sudoroso, pero nada más.

—¿Dónde crees que vas?

Una vez más se sorprendió ante la rapidez con la que Aidan se movía. La tenía agarrada del brazo, bajo el umbral de la puerta.

—Al baño —respondió intentando zafarse y evitando mirarle.

—Carla, ya te he dicho que me gusta saber que la humedad entre tus piernas es por mi causa. Ven aquí. —Ignorando sus protestas, la abrazó.

Ambos estaban sudorosos y poco a poco sus cuerpos se iban enfriando. Estaban de pie, en penumbra, y él quería un maldito abrazo.

—¿Contento? —inquirió ella rindiéndose entre sus brazos.

—¿Lo estás tú? —susurró en tono conciliador—. Escúchame, Carla, yo no soy uno de esos tíos con los que... —Se detuvo. Medir sus palabras era necesario; decirle que no era uno de esos tíos con los que ella acostumbraba a estar, podía ser contraproducente.

—Venga, sigue. ¿Qué ibas a decir?

—Pues... —continuó con infinita paciencia; eso sí, sin dejar de abrazarla— que después de follar me gusta dormir abrazado contigo, nada más.

¿Qué podía responder a eso?

Aidan aprovechó su silencio. No sabía si era buena o mala señal, pero qué demonios... Estaba seguro de que era mejor no preguntar. Notaba el frío en su propio cuerpo, debía actuar rápidamente.

Dejó de abrazarla y colocó ambas manos en su rostro, obligándola a sostener su mirada. Ella fue a decir algo, seguramente una de sus respuestas ácidas, así que no se le ocurrió nada mejor que silenciarla con sus propios labios.

La besó con posesividad, sorprendiéndose incluso a sí mismo. No recordaba esa sensación, ninguna de sus anteriores parejas podía acusarle de desconsiderado, pero sentía la necesidad de demostrar algo, más bien de demostrárselo a ella.

Sin romper el beso acarició sus mejillas con los pulgares, apreciando la suavidad de su piel, y gimió satisfecho cuando notó su abandono. Un beso podía ser el preludio de una noche ardiente, pero en ese momento era simplemente un instante de entendimiento.

—¿Qué...? —chilló ella al ver cómo sus pies se separaban del suelo.

—Cariño, es algo que me apetecía hacer —la cargó en brazos—. Sé buena, déjate llevar y prometo portarme bien.

—¡Aidan! —Le golpeó en el hombro, pero enseguida le rodeó el cuello con los brazos, no estaba segura si él la dejaría caer—. ¡Bájame! —dijo aguantando la risa—. Mira que te gusta hacer el tonto.

—Sí, ese soy yo. —Empezó a caminar con ella en brazos en dirección a su habitación.

—Eres imposible, si mañana te duele la espalda no pienso sentirme culpable.

—Si mañana... —hizo una pausa para abrir la puerta de su dormitorio— me duele la espalda, no será por cargarte en brazos precisamente. —Dejó que cayera en la cama—. Y pienso pedir una compensación.

—¿Ah, sí? —ronroneó siguiéndole de buen humor la conversación.

—Tendrás que ser mi enfermera personal —movió las cejas sugestivamente—, darme masajes..., cuidarme... Bueno, y todas esas cosas que hacen las enfermeras.

—¿Con uniforme y todo?

—Ajá. Así que... —Apartó el edredón para que ella se metiera en la cama y acto seguido se le unió—. Compórtate.

Aidan se acurrucó tras ella y pasó la mano por su cintura, evitando así que se distanciara. Si el humor funcionaba, pues nada, a seguir así. Ella, como era de esperar, se movió intentando mantener las distancias.

—Así no me dejas respirar —le informó.

Le sorprendió y le agradó que Carla utilizara un tono bromista.

—Duérmete. Y no ronques.

—¡Yo no ronco! —exclamó indignada—. ¿Cómo te atreves? —Movié su trasero intentando asestarle un golpe.

—Si sigues por ese camino, me veré obligado a recordarte quién manda aquí.

—¿Yo?

—Ni de coña. Soy más fuerte y conozco varias técnicas para inmovilizar a la gente.

—¡Ja! Yo solo conozco una técnica para inmovilizarte y puedo asegurarte que no te va a gustar.

—Mira cómo tiemblo. —La apretó aún más—. No me obligues a ponerme duro.

—Nene, eso no debería preocuparte. —Con un hábil movimiento logró agarrarle la polla y él siseó—. ¿Decías?

—Buenas noches —respondió entre dientes, a medio camino entre el dolor y el humor.

Poder descansar en la cama hasta tarde era una aspiración razonable y legítima. Al menos eso pensaba Carla antes de agarrar la almohada con fuerza y lanzársela al estúpido que intentaba levantarla haciéndole cosquillas.

Tumbada boca abajo en la cama, miró de reojo y calculó las posibilidades que tenía si le daba una coz al tontaina que, sentado, insistía. No ayudaba mucho verle ataviado únicamente con una toalla enroscada en las caderas y el pelo húmedo.

¿Patada o quitar esa toalla? *Humm.*

Difícil elección.

Aidan continuaba tocándola. Un suave pellizco por aquí, un sensual roce por allá... Mierda, necesitaba descansar.

—Rayito de *soool* —canturreó él.

—*Gilipollaaaaas* —le imitó ella.

—Estamos quisquillosas esta mañana, ¿eh?

—Deja de sobarme. —Se cubrió la cabeza con las mantas. A ver si con un poco de suerte lograba deshacerse de él.

—Nada más lejos de la realidad... Ya me gustaría, ya, pero te necesito duchada, vestida y lista para salir en una hora. Vamos. —Tiró de las mantas; sin embargo, ella las mantenía bien sujetas a modo de escudo.

—¿Sabes? Los domingos son para descansar, remolonear, no hacer nada —farfulló ella de mal humor—. ¿Entiendes el concepto?

—Por supuesto, y créeme, me encantaría quedarme no sólo toda la mañana, sino todo el día en la cama contigo, pero tú y yo tenemos un compromiso. ¿Lo recuerdas?

—Ve a plancharte una camisa o algo así. —Carla no estaba para bromas.

—Ya te encargaste tú de eso ayer, cosa que agradezco. —Metió la mano por debajo de las sábanas revueltas y la agarró del tobillo—. Vamos, nena, si quieres te froto la espalda.

Como vio que no iba a dejarla en paz, terminó por resignarse y aceptar la derrota. Ya encontraría el modo de devolvérsela.

—Está bien... —Se incorporó en la cama.

—Tápate, ¡por Dios! —Aidan se puso bruscamente en pie—. Será mejor

que prepare el desayuno. ¿Café o zumo?

Carla contestó un «vete a la mierda» entre dientes mientras él salía de la habitación. Después, sin importarle su desnudez, se fue directa al baño, pero como todas las mañanas, él tenía que torturarla en forma de chiste poco o nada gracioso, así que Aidan golpeó la puerta del baño con los nudillos, no para entrar, sino para llamar su atención.

Ella suspiró, resignada.

—¿Te he contado ya el del calvo y el jorobado? —habló tras la puerta para respetar su intimidad, pero no así sus deseos de no oírle.

—Sí —mintió Carla para ver si así lo disuadía.

Aidan no picó el anzuelo.

—Es muy bueno. Verás, un calvo va por la calle y ve pasar a un cheposo. Entonces, va y le pregunta con guasa: «¿Qué llevas en la mochila?» —Se rio antes de rematar—: Y el jorobado, cabreado, le responde: «Tu peine, gilipollas». ¡No me digas que no es gracioso!

Ella, decidida a no entrar al trapo, se tragó un par de creativas contestaciones. Pero claro, contenerse con él, que volvía a la carga, era imposible...

—Y te he contado el de...

Carla abrió la puerta del aseo y le interrumpió:

—Te voy a contar yo uno la mar de gracioso —le espetó con una sonrisa de oreja a oreja, ocultando su irritación.

—¿Ah, sí?

—¿En qué se diferencian un camión lleno de cerdos y un camión lleno de hombres?

Él reflexionó la cuestión, pero ella le dio la respuesta:

—En la matrícula —soltó dejándole con la palabra en la boca y dirigiéndose a su dormitorio.

Al parecer, Aidan debía de estar almacenando el jodido chiste para contárselo a alguien en otra ocasión, porque le oyó reírse a carcajadas sus espaldas.

Veinte minutos más tarde estaba en su habitación terminando de vestirse cuando este entró, sin llamar.

Tras observarla de arriba abajo como si no la conociera, preguntó:

—¿De qué te has disfrazado?

Carla se giró y le fulminó con la mirada. Él permanecía apoyado en el marco de la puerta, mirándola como si fuera un bicho raro.

Estaba para comérselo, vestido con unos Levi's oscuros desgastados y una camisa blanca, con las mangas remangadas. Aún tenía el pelo húmedo; eso sí, peinado. Como un jodido anuncio.

—Déjame en paz —respondió con su habitual acidez.

—Vamos a una reunión familiar, no a una convención de mojigatas reprimidas —dijo él señalando con la barbilla el recatado jersey de punto gris oscuro y su falda negra recta por debajo de las rodillas—. Rayito de sol, quítate eso. —Avanzó hacia el armario y rebuscó en su interior—. Supongo que se lo habrás pedido prestado a alguien, no te veo capaz de comprarte algo así. —Sacó una camiseta morada con escote modesto y una falda vaquera—. Toma, cámbiate.

Ella le quitó las prendas de un manotazo. Estaba enfadada, no por su comentario, pues tenía más razón que un santo, pero, maldita sea, no quería causar mala impresión a su familia.

—Sal de aquí —le dijo antes de quitarse el horrible jersey.

—Ni hablar, quiero supervisar tu ropa interior. Me temo lo peor.

—¡Imbécil!

Carla se quitó primero la falda y Aidan lanzó un silbido al contemplar sus piernas. Llamarla mojigata reprimida era estúpido, lo admitía, más aun cuando debajo llevaba escasa ropa interior roja y negra.

—Mejor, mucho mejor —dijo cuando ella terminó. En ese momento sonó su móvil y contestó—: ¿Diga? —No dejaba de mirarla—. Sí, mamá. No, no te preocupes, estaremos allí... —comprobó la hora en su reloj— en una hora. —Escuchó las palabras de su madre—. Sí, viene conmigo. Sí, vale, adiós.

—Aidan...

—Dime.

—¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? No me importa quedarme sola.

Él advirtió en su voz la duda. En dos pasos se situó frente a ella, la cogió de las manos y sonrió.

—No te preocupes, ¿vale? Nos lo pasaremos estupendamente.

—Tu madre me cae bien, no me gusta mentirle.

—Ya me encargo yo de eso. Hablaré con ella, ¿de acuerdo? Venga, ya he preparado café.

Una hora más tarde, ambos estaban frente a una casa de planta baja, a las

afueras. Aidan la arrastró, literalmente, hasta la puerta. Carla no había abierto la boca durante el camino, lo cual representaba toda una novedad.

Él abrió la puerta con su llave, y eso la sorprendió. La hizo pasar delante, apoyando la mano en su espalda. Bueno, más bien la empujó. Carla no sabía qué iba a encontrar allí. Estaba nerviosa.

Una mujer salió a recibirlos y Carla se quedó boquiabierta al contemplarla: vestida totalmente de negro y con una melena oscura y mechas moradas, se acercó a Aidan.

—¡Hermanito! —chilló esta y se le echó encima para abrazarle.

—Hola, Pam —consiguió decir Aidan cuando su hermana le soltó—. Esta es Carla.

—Vaya, vaya... —murmuró Pam, quien miró de arriba abajo a Carla y, sin cortarse un pelo, se acercó a ella.

Carla no podía creerse que fuera hermana de Aidan, pero sonrió de todas formas.

—Hola —dijo algo tímida.

Carla pensó que Pam iba a darle los dos típicos besos a modo de saludo, pero la sorprendió al besarla en la boca. Al principio se mantuvo inactiva, pero los labios de la mujer eran suaves y sin pensárselo dos veces devolvió el beso.

—Eh, eh... —intervino Aidan—. Ya vale.

No le hicieron caso; era frustrante: su hermana intentando levantarle una chica y, lo peor de todo, Carla parecía encantada.

La agarró por la cintura y la separó de Pam.

—Me gusta —murmuró esta y miró a su hermano—. ¿Estás seguro de que no juega en mi liga?

—No te emociones...

—Besas muy bien —le dijo a Carla.

—Gracias, lo mismo digo.

A Aidan no le hizo ni puta gracia que Carla y su hermana intimaran de ese modo, y tan rápido.

—Pam —intervino—, siempre haces lo mismo. Ella está conmigo.

—Hermanito, no te pongas celoso. Además, es la única que no se ha espantado. —Miró a Carla, sonriéndola—. Deja a mi hermano, cariño. Él no puede darte lo mismo que yo.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Te lo agradezco, pero por el momento soy hetero, mi etapa de lesbiana

la dejé atrás. —Devolvió la sonrisa a Pam—. Aunque nunca se sabe... —Y miró a Aidan de reojo, cualquier cosa por pincharle un poco.

—¡Ya estáis aquí! Hola, Aidan —saludó Merry a su hijo sin mirarle y abrazó con efusividad a Carla.

—Me alegro de verla, señora Patts —murmuró ella tímidamente. Todos en aquella familia parecían no tener problemas en exteriorizar sus sentimientos...

—Merry. Te dije que me llamaras Merry.

—¿Dónde está papá? —preguntó Aidan.

—Tu padre está en su despacho peleándose con el ordenador. ¡Eduard! Sal inmediatamente, ha llegado tu hijo.

—No hace falta que chilles, mamá —apuntó Pam agarrando a su madre del brazo.

—¡Enseguida voy! —Los cuatro oyeron una fuerte voz masculina.

—Me alegro tanto de que hayáis venido... —suspiró su madre.

—¿Y Sam? ¿Dónde está? Creí que venía.

—Tu hermana llegará un poco más tarde, no te preocupes.

—¿Dónde está el fuego?

Carla vio bajar las escaleras a un hombre delgado, alto y tan parecido a Aidan que, si no fuera por las arrugas que surcaban su rostro, podrían haber pasado por hermanos. Su sonrisa no dejaba lugar a dudas: era su padre. Se acercó a ella y, tras un repaso visual, miró a su hijo y le sonrió, dando por hecho su aprobación.

—Eduard, cariño, esta es Carla, la novia de tu hijo.

—Encantado —abrazó a Carla—, muy guapa.

—Gracias, señor Patts.

—¿Nadie le ha explicado a esta preciosidad que no es necesaria tanta formalidad?

—Venga, acompañanos, tenemos mucho de que hablar —Merry la rescató—. Y vosotros dos —señaló a Aidan y a Eduard—, id preparando la mesa en el patio.

A Carla no le quedó más remedio que seguir a la madre de Aidan, acompañadas en todo momento por Pam.

Una vez a solas, padre e hijo se dirigieron al exterior acatando las órdenes de Merry.

—Tu madre me ha dicho que estáis prometidos —dijo Eduard mientras empezaba a sacar las sillas de un pequeño cobertizo—, pero algo me dice que exagera, como siempre.

—Ya sabes cómo es —asintió Aidan—. Pero no, no lo estamos.

—¿Entonces?

—Vive conmigo. —Su padre arqueó las cejas—. No es lo que piensas —se apresuró a concretar—. Simplemente, ocurrió así. Ella es amiga de la mujer de Luke.

—Parece que también es tu *amiga*...

—Nos llevamos bien —cogió una de las mesas y la colocó.

—Y también parece buena chica.

—Las apariencias engañan —le contradijo Aidan sonriendo.

Terminaron de disponer las mesas y las sillas y entraron en el salón. Se acomodaron y su padre sirvió algo de beber.

Aidan lo conocía bien y podía hacerse una pequeña idea de lo que le estaba pasando por la cabeza: traer a una chica a casa la calificaba automáticamente por encima de la categoría de *amiga*, así que para que no sacase conclusiones precipitadas, le contó por encima lo ocurrido, hasta que se vio interrumpido por la entrada de su hermana Sam y su sobrina Norah, quien interrumpió la conversación.

—¡Abuelito! —canturreó la niña y se lanzó a sus brazos.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo le va a mi nieta favorita?

—Es la única que tienes, papá —intervino Samantha—. Hola, Aidan.

Los dos hermanos se dieron un abrazo.

—¡Tito Aidan! —La niña se bajó de los brazos de su abuelo para subirse a los de su tío.

—Os dejo —dijo Sam—. Estoy segura de que en la cocina se cuece algo. —Miró intencionadamente a Aidan—. Te veo bien, papá.

Samantha los dejó con la niña, que no paraba de contarles todo acerca de sus amigos, su apasionante vida en la escuela y de lo buena que era.

Cuando entró en la cocina vio a su madre, a su hermana Pam y a una mujer morena sentadas en la mesa, riéndose.

—¿Qué es tan gracioso? —interrumpió Sam.

—¡Hola, cariño! —Merry se levantó para darle un beso a su hija mayor—. ¿Dónde está Henry?

—Llegará tarde —le tembló un poco la voz—. Tiene que preparar un caso importante.

—Ah, bueno. —Merry señaló a Carla—. Te presento a la novia de tu hermano.

—¿Ah, sí? Vaya con el enano...

Carla se levantó para saludarla; la primera impresión que le dio, fue que parecía la más normal de la familia .

—Estábamos contándole a Carla aquella vez que le vestimos de chica para que así pudiera venir a nuestra fiesta de cumpleaños —explicó Pam.

—Siempre habéis sido malas con vuestro hermano... Pobre chico, apenas tenía cinco añitos y estas dos le vistieron de rosa y le pusieron un lazo en el pelo —Merry se rio.

—Es que era tan mono... —secundó Pam.

—Creo que deberíamos enseñarle las fotos —convino su hermana.

—Sí, así se lo pensaría mejor —suspiró la otra.

—Déjala, está con él —intervino Merry—, y muy enamorados, salta a la vista.

Carla estuvo tentada de corregir esa afirmación, pero por alguna extraña razón se abstuvo. En cambio, preguntó:

—¿Puedo ayudar en algo?

—No te preocupes, lo tengo todo listo. —Dejó a un lado el delantal—. Voy a ver si esos dos me han hecho caso.

Carla se quedó a solas con las dos hermanas de Aidan en la cocina. Era evidente que ambas la estudiaban, especialmente Pam.

—Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Dónde está el gran hombre? —le preguntó esta a su hermana.

—Henry está bien, en su línea —respondió sin mucha convicción.

—¿Ocurre algo?

—No te preocupes —Sam esbozó una sonrisa—. Bueno, mamá ha dicho que Aidan y tú vais en serio. —El tono dejaba entrever una pregunta.

—Me temo que no —dijo Carla—. Es difícil de explicar, simplemente vivo con él. —Y pasó a narrar las circunstancias de su situación, omitiendo detalles como, por ejemplo, los de la noche anterior.

—Ya veo... —reflexionó Pam en voz alta—. Pero hay algo que no cuadra: Aidan te mira de una forma... Ni cuando estaba a punto de casarse con esa... zorra calculadora, le vi así.

—No sabía que Aidan estuvo a punto de casarse —apuntó Carla sorprendida.

Que su «casero» guardara secretos no era ninguna novedad, pero por una de esas extrañas razones cualquier dato referente a su pasado la importaba, hecho que no debería ser así. No al menos cuando pensaba no implicarse más allá de una relación temporal.

—Pues sí. Nicole, era. Una estirada. Me alegro de que le dejara plantado, ¡Dios! Solo pensar en tenerla que aguantar... —Sam simuló un escalofrío.

Norah entró en ese momento en la cocina brincando alegremente. Su tía Pam la abrazó, pero la niña no dejaba de mirar a Carla.

—¿Quién es?

—Una amiga de tu tío Aidan —respondió su madre.

—Hola, me llamo Norah, tengo... —Levantó una mano mirando a Carla—
...Cinco años. ¿Y tú?

—Hola, me llamo Carla, y tengo más de cinco años.

—¿Cuántos?

—Cariño, no puedes preguntar eso —advirtió Pam con su sobrina en brazos, aunque era evidente que se moría por saber la respuesta.

—No importa. Tengo treinta y ocho.

—Uf, eres tan vieja como la tía Pam...

—¿Que yo soy vieja? —La aludida se mostró falsamente indignada con el comentario de su sobrina—. ¿Entonces tu madre qué es?

La niña miró a esta; su sonrisa mostraba la falta de algún diente.

—Mamá es más vieja —soltó tapándose la boca con la mano y riéndose.

—Ya verás luego lo vieja que es tu madre —dijo la aludida—. Venga, ve a ver si la abuela necesita algo.

—Antes de que vuelva mamá, suéltalo. Tienes una cara de acelga... —exigió Pam en voz baja a su hermana—. ¿Qué pasa con Henry?

—Esto... —Carla se levantó—. Supongo que queréis hablar a solas.

—Quédate —la cortó Pam—. En lo que se refiere a hombres, yo no soy la más indicada para dar consejos. —Después se dirigió a su hermana—. Vamos, cuéntanoslo.

—No sé por dónde empezar... —Samantha se dejó caer en una silla, apoyó los codos en la mesa y hundió la cara en las manos—. Henry es un hombre muy ocupado y..., bueno, desde que yo volví al trabajo, apenas tenemos tiempo. Los dos llegamos a casa demasiado cansados, no hablamos más que de las cosas imprescindibles. Desde que le hicieron socio del bufete, su humor ha cambiado. Llevamos más de tres meses sin...

—¿Sexo? —tanteó Pam—. *Hummm*.

—Creo que tiene una querida —admitió Sam con pesar—. Antes... Antes no me quitaba las manos de encima, y ahora parece que ni siquiera me ve.

—¿Estás segura? —preguntó Carla.

—Supongo que yo tengo parte de culpa, estoy tan agobiada... Cuando llego

a la cama solo me apetece dormir, y los días que tengo libres pues... Henry no está por la labor.

—¡Tú no tienes la culpa! —intervino su hermana.

—¿Ah, no? Entonces cómo lo explicas, ¿eh? Mira hoy, por ejemplo. Ha preferido quedarse en su despacho en vez de acompañarme. Supongo que entre acuerdo y acuerdo puede desahogarse con su querida —dijo Sam amargamente.

—¿Y por qué no le sorprendes? —sugirió Carla. Samantha la miró sin comprender, así que prosiguió—: Podrías presentarte en su despacho y comprobar por ti misma lo que ocurre.

—No podría soportarlo, de verdad que no. Si me lo encuentro con otra mujer en una posición comprometedoras...

—Pero así saldrías de dudas —convino Pam.

—Y, por supuesto, tener un encuentro *especial* con tu marido.

—¿En el despacho? —preguntó Sam sorprendida.

—Por supuesto. ¿Qué hombre no agradece una interrupción así? —dijo Carla en tono pícaro.

—Llámale. —Pam se levantó y le tendió el teléfono—. Pregúntale primero si va a venir, por si acaso. Si no, después de comer, que antes mamá no te lo perdonaría, te vas derechita al despacho de Henry.

—Entras en su oficina, cierras la puerta con llave, si quieres, claro, te presentas ante él y...

—Te lanzas encima —interrumpió Pam.

—... y tranquila y disimuladamente dejas caer algo al suelo. Dices en voz alta lo torpe que eres e inmediatamente te agachas para recogerlo.

—Oh, eso es tan típico... —se quejó Sam.

—Los hombres son así de simples —aseguró Carla.

—¿Y después? —preguntó Samantha con interés.

—Después haces realidad la fantasía preferida de los hombres, una mujer que... —Miró a su alrededor por si alguien las estaba escuchando y bajó la voz—... Que les hace una mamada de cinco estrellas bajo su escritorio.

—Puaj —dijo Pam.

—¿Tú crees que Henry...?

—Le encantará —aseveró convencida de su teoría.

No pudieron seguir intercambiado sugerencias, ya que Merry entró en la cocina con su nieta en brazos, instándolas a las tres a moverse y sentarse a la mesa.

Carla ya no se sentía tan nerviosa. Tenía que reconocer que toda la familia de Aidan se estaba comportando maravillosamente con ella, y que desde el primer minuto la habían tratado como a una más.

Ocuparon sus asientos en la terraza exterior. Quería situarse junto a Pam y Sam, pues se sentía cómoda entre las hermanas de Aidan, pero Merry insistió para que Aidan y ella estuvieran juntos.

—Aplicate el cuento —susurró Aidan en cuanto se sentó a su lado.

—¿De qué hablas? —le respondió ella, suspicaz.

—Consejos vendo pero para mí no tengo, ¿eh? —contraatacó él con una de sus sonrisas patentadas, y entonces Carla comprendió a qué se refería.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación escuchar las conversaciones privadas? —murmuró ella—. Además, hasta donde yo sé tú no tienes despacho propio.

A Aidan se le borró la sonrisa de la cara, pero se dio cuenta de que tanto hablar en susurros había atraído la atención de los demás, que los miraban sonriendo pensando que compartían secretitos de enamorados.

Para no llamar más la atención, Carla pasó por completo de Aidan, ignorándole deliberadamente, y compartió comentarios inocuos con los demás.

Al final de la comida se sentía relajada y a gusto, y no era para menos: todos, sin excepción, se mostraban abiertos y amistosos. Intercambió una mirada cómplice con Samantha; Henry no había aparecido y ella ya había tomado una decisión.

—Prestad un poquito de atención —Eduard se puso en pie—. Tengo algo que comunicaros.

—Papá, por favor, no hace falta tanta ceremonia —se quejó Pamela.

—No seas impertinente, cielo —dijo Merry mirando a su marido con admiración.

Carla miró de reojo a Aidan, que se había colocado en actitud relajada y para su enfado pasó una mano por el respaldo de la silla de Carla, rozándole «casualmente» el brazo. Estuvo tentada de quitárselo de un manotazo, pero no era el momento de montar una escena.

Menudo imbécil...

—Como sabéis, vuestra madre y yo llevamos casi cuarenta años casados. —Miró a su mujer dedicándole una sonrisa—. Ella se queja a menudo porque mi trabajo me obliga a viajar, y por eso quiero deciros que he dejado mi actual puesto y he aceptado trasladarme a otro departamento.

—¡Oh, cariño! —Merry se llevó las manos al pecho, emocionada.

—Tendré que viajar, pero ocasionalmente, y espero que me acompañes, querida. —Miró después a sus hijos—. Estos tres gandules ya son mayorcitos como para quedarse solos.

—Papá, ¿estás seguro? —preguntó Sam.

—Completamente. Vuestra madre tiene razón, no me puedo pasar por ahí cuatro días a la semana y dejarla sola —Eduard hablaba como un hombre enamorado—. Sam, tú ya estás casada y tienes tu casa, y tú, Pam... Bueno, eres capaz de cuidarte muy bien sola. Y tú, Aidan, vas por buen camino. —Miró a Carla con aprobación y después agarró a su mujer por la cintura—. Te quiero, Merry. Y no llores, te lo mereces todo.

—Oh, Eduard, yo también te quiero —Merry abrazó a su marido con devoción.

—Ejem, ejem —tosió Pam interrumpiéndolos.

—Déjame en paz, mocosa —advirtió su padre abrazando a su mujer.

—Me alegro por vosotros —dijo Samantha.

—¿Ya estás contenta, mamá? —inquirió Aidan, a quien no parecía sorprenderle la noticia.

—Mucho, hijo, mucho. Vuestro padre lo es todo para mí. Ay, Eduard...

—Tranquila, ¿eh? —respondió su marido sonriendo.

Carla no dijo nada. No podía, esa devoción tan sincera era algo a lo que no estaba acostumbrada. Ver a esa familia explicaba en gran parte la forma de ser de Aidan.

Se había dado perfectamente cuenta de que este la rodeaba con el brazo, un gesto sin duda afectuoso, y reconoció que no se sentía tan molesta como creía estarlo. Le observó de reojo y cuando él se percató, esbozó una sonrisa que a ella le llegó hasta lo más hondo. Mostrarse ofendida o grosera con él no tenía sentido, Aidan le estaba brindando una visión nueva del significado de la palabra familia.

—Te veo algo cansada, querida. ¿Por qué no te echas un rato? Que ellos se encarguen de recoger esto —dijo Eduard.

—Yo te veo bien, mamá —dijo Pam.

—Tu madre está cansada y punto.

—Sí, tantas emociones... —dijo Merry tímidamente, pero con un brillo inconfundible en los ojos.

—¡Por favor! No busquéis excusas —interrumpió Pam de nuevo.

—Y tú, deja de meterte donde no te llaman —respondió su padre—.

Vamos, cariño. —Cogidos de la mano los dejaron solos.

—¿La abuelita está enferma?

—No, cariño, solo cansada.

La niña asimiló perfectamente la noticia, cosa que todos los adultos agradecieron, ya que explicarle que sus abuelos «dormían» la siesta juntos resultaría difícil.

—Tito Aidan, ¿vienes a jugar conmigo al ordenador?

Al *tito Aidan* no le apetecía especialmente dejar sola a Carla con sus hermanas, pero no le quedó más remedio ante la insistencia de su sobrina.

—Venga, tito Aidan... —la niña le tiraba de la manga.

Sin poder evitarlo tuvo que irse con su sobrina. Ya se pondría al día después.

—Bueno... —comenzó Pam sonriendo cuando las tres se quedaron solas y miró el reloj—. El tiempo apremia —dijo a su hermana arqueando una ceja.

—No sé... —Se mordió el labio—. ¿Y si Henry se enfada?

—Pues entonces tienes la excusa perfecta para dejarle, ¿no?

—Me parece que tienes más interés en quedarte a solas con ella que en salvar mi matrimonio —se quejó Samantha.

—Bah, no tengo ninguna posibilidad con ella. ¿Has visto cómo se miraban los dos tortolitos? —aseveró Pamela con disgusto.

—¡Eh! Que estoy aquí —interrumpió Carla—. Y que quede claro yo no miraba así a tu hermano.

—¿Ah, no? Pues todos hemos sido testigos —la contradijo Sam.

—Tú ocúpate de lo tuyo —Pam agarró a su hermana para que se levantara.

—Suerte —dijo Carla—. Y ya nos contarás *todos* los detalles.

—Sinceramente, espero que no —apuntó Pam.

—No se atreverá —aseguró Pam a Carla una vez solas—. Samantha es demasiado remilgada, y Henry... es demasiado serio. Son tal para cual.

—Démosles un voto de confianza, ¿no te parece? Creo que no tienes muy buena opinión de tu cuñado.

—Bueno, sólo tiene un defecto... —Hizo una pausa calculada—: Es hombre. —Ambas estallaron en carcajadas—. Pero por lo demás le quiero a rabiar y, a pesar de lo que diga mi hermana, él nunca la engañaría, simplemente están atravesando un bache. Llevan diez años juntos.

—En fin —Carla se encogió de hombros—, háblame de ti. Si te soy sincera, no te pareces mucho a tu familia.

—¿Lo dices por mi pelo o porque soy lesbiana?

—Por tu pelo. Es guay, ese morado es increíble. Yo lo intenté una vez, pero siendo tan morena...

—Yo soy rubia, así que cualquier color se fija bien.

—¿Y a qué te dedicas?

—Tengo una tienda de productos naturales. —Carla la miró sorprendida—. No te lo esperabas, ¿verdad?

—Pues no, pensé que tendrías un grupo de *rock* o algo así.

—Lo intenté, no te creas —Pam se echó a reír—. Pero mis padres insistieron en que debía buscarme algo más serio. —Hizo una mueca—. Samantha y Aidan estudiaron una carrera universitaria, Sam es profesora de primaria.

—¿Y Aidan? —preguntó interesada.

—Veo que no os lo contáis todo... Él estudió informática.

—¿Y después se metió a policía? ¿Por qué?

—Eso tendrás que preguntárselo a él. Conseguí sonsacarle algo un día que se pasó bebiendo, así que debo guardarlo, es como el secreto de confesión.

A Carla estas palabras la dejaron intrigada. Desde luego que quería saberlo, ya vería la forma de interrogarle. Aidan escondía más secretos de los que daba a entender. Claro que tampoco podía reprochárselo, ella tenía los suyos...

Dedicaron el resto del tiempo a hablar de temas menos importantes. Pamela era realmente divertida y le contó unas cuantas aventuras de ella y sus hermanos; en casi todas, Aidan salía malparado, pues al ser el pequeño siempre hacían con él cuanto sus hermanas querían.

Aidan interrumpió justo cuando ambas estaban riéndose a carcajadas.

—Supongo que mi hermana te habrá puesto al corriente de los *trapos sucios* de la familia. —Aidan se sentó junto a ella en el sofá con total naturalidad, demasiado cerca para el gusto de Carla, no lo suficiente según el criterio de él.

—Estaba contándole el día en que nos escondimos en tu cuarto, papá y mamá no estaban y tú te presentaste con una chica del instituto. —Aidan gimió—. Le dimos un susto de muerte y la pobre chica...

—Arruinasteis mi vida amorosa —reconoció Aidan.

—Ay, pobre... Su primera cita y tus hermanas echándola a perder.

—Nunca os lo perdoné.

—¿Dónde está Norah?

—Se ha quedado frita, está durmiendo en tu antigua habitación.

La conversación se vio interrumpida cuando aparecieron Merry y Eduard, muy sonrientes. Sin duda, echarse la *siesta* les había sentado de maravilla.

—Me llevo a vuestra madre al cine. —Miró a Pamela—. ¿Te parece bien? —preguntó con sorna.

—¿Dónde están Sam y Norah? —preguntó Merry.

—Norah está dormida, y Sam... ha ido a buscar a Henry —respondió Pam.

—Ah, bueno. Por cierto, tengo que hablar con Henry.

—Mamá, no te metas donde no te llaman.

—¿Nos vamos? —interrumpió Eduard.

Los padres de Aidan abandonaron la casa cogidos de la mano como dos adolescentes.

Él, por su parte, no veía el momento de llevarse de allí a Carla y tener la oportunidad de desnudarla. Durante toda la jornada tuvo que controlarse en varias ocasiones para no fingir una emergencia, pues le estaba volviendo loco. Jodidamente loco, y eso no era bueno. ¿O sí? Además, si todo salía según sus planes, esta noche iba a sorprenderla.

—No tienen remedio —bufó Pam refiriéndose a sus padres.

—Pero eso está bien, ¿no? Quiero decir, después de tantos años, que aún conserven la magia... —murmuró Carla.

—Ya, bueno —respondió Pam en tono reflexivo—. Te terminas acostumbrando; desde que tengo uso de razón siempre se han comportado así. —Se encogió de hombros—. A veces me resultan empalagosos, pero en el fondo todas los envidiamos.

—Supongo que sí —admitió Carla en voz baja.

Aidan permanecía a su lado. Se empezaba a poner nerviosa, ya que él no dejaba de tocarla a la menor oportunidad: jugaba con su pelo, le daba toquecitos en el muslo... En definitiva, transmitía demasiada familiaridad, cosa a la que no estaba acostumbrada, y para la que, al parecer, tampoco estaba preparada.

Pam no dejaba de sonreírle, como si la escena de los dos juntos en el sofá fuera de lo más habitual; estaba claro que los dos hermanos se comunicaban a la perfección, pues Aidan seguía a su lado, sin mirarla mientras mantenía una conversación con Pam. Eso sí, sin dejar de rozarla.

Cuando la puerta se abrió, los tres vieron cómo Samantha entraba sin decir ni mu y se iba directa a la cocina. Pam y Carla se miraron, preguntándose en silencio qué había pasado, y se levantaron de inmediato en su busca.

Aidan también quería saber qué había sucedido, pero cuando iba a seguirla

se encontró frente a frente con su cuñado Henry.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó este pasándose una mano por el pelo, evidenciando su inquietud.

—En la cocina. —Henry se giró para dirigirse a la cocina, pero Aidan le detuvo—. Yo que tú no lo haría, compañero —le informó de buen humor—. Son peligrosas, y hoy cuentan con refuerzos. —Hizo una mueca—. Así que pasa, tómate algo y relájate.

—Ya, bueno, como si eso fuera posible. Tu hermana... —Aidan levantó la mano impidiéndole seguir hablando.

—No quiero saberlo.

Los dos hombres se acomodaron en el sofá, y a Aidan le resultó divertido el nerviosismo de Henry. Por pura casualidad había oído la conversación de sus hermanas y Carla. Que era peligrosa, eso ya lo sabía, pero que su sensata hermana mayor prestase atención a sus consejos resultaba perturbador. No era de extrañar que su cuñado estuviera en esos momentos tan alterado.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Henry aceptando una copa de manos de Aidan sin dejar de tamborilear los dedos sobre el brazo del sofá.

—Nunca se sabe —le informó manteniendo la calma aun sabiendo que así se exasperaba más.

—Pues yo no tengo todo el día —refunfuñó en respuesta. Dio un trago y preguntó—: ¿Y a ti cómo te va? He oído rumores... —Hizo una pausa típica de abogado—. Tu ex últimamente está muy habladora.

—No me digas... —hizo una mueca de disgusto.

—Pero me sorprende aun más lo que me cuenta tu hermana. ¿Es cierto?

—Deja ese tono burocrático, por favor...

De repente unos chillidos procedentes de la cocina los sobresaltaron. Y no solo chillidos, sino exclamaciones de «¡oh, Dios mío!», grititos, golpes de manos sobre la mesa... Todo un compendio de excitación femenina.

Henry, siempre tan serio y discreto, hizo una mueca; no le hacía mucha gracia ser el centro de los cotilleos. Aidan rio con socarronería.

—¿Tendré la oportunidad de conocerla? —preguntó Henry.

—Supongo que sí —respondió enigmáticamente.

—¡Papá! ¡Papá! —Norah entró chillando en el salón echándose a los brazos de su padre.

—Hola, cielo. —Besó a la niña—. ¿Cómo estás?

La pequeña le hizo un resumen muy especial de toda la reunión familiar. Era sorprendente cómo un hombre tan serio como Henry escuchaba a su hija,

preguntándole, y haciendo que la niña se expresara, a su manera, con total libertad.

—¿Por qué no vas a buscar a mamá?

—*Vaaaaale*. —La niña saltó de los brazos de su padre y corrió hacia la cocina.

—Pero qué pedazo de guarra estás hecha...

—Mamá, ¿por qué la tía Pam te llama guarra?

Las tres mujeres se quedaron congeladas al ver entrar a la niña en la cocina. ¿Cuánto había oído? Samantha se sonrojó hasta la raíz del pelo; contar a su hermana y a Carla lo sucedido ya la había dejado acalorada, pero enfrentarse a su hija resultaba como poco incómodo.

—No, cielo, tu tía está de broma —Sam miró a su hermana instándole a que prestara ayuda.

—Claro que estoy de broma, Norah. ¿Qué te ha enseñando hoy el tío Aidan? —Con esa pregunta trataba de engatusar a su sobrina, que, por supuesto con toda su inocencia, empezó a parlotear, encantada de ser el centro de atención. Sam suspiró aliviada, aunque no perdía el intenso rubor.

—Es hora de irnos —interrumpió Henry al entrar en la cocina. Después miró a Carla—. Por fin nos conocemos —le tendió la mano, siempre manteniendo las formas.

Henry arqueó una ceja al ver la tranquilidad y aplomo con los que Carla respondió a su saludo. Vaya con Aidan, qué callado se lo tenía... Ella era muy diferente a Nicole. Un cambio agradable, se podría decir.

Cuando su cuñado se unió a ellos en la cocina, le miró en silencio. No hacían falta las palabras, en el universal idioma masculino aprobaba su elección. Menos mal que Aidan tuvo el buen tino de no pavonearse, evitando así que le pusieran en su sitio.

Tras pasar un agradable rato más con toda la familia, decidieron que ya iba siendo hora de marcharse.

Carla, tras despedirse de las hermanas de Aidan con la firme promesa de juntarse un día y así las tres poder dedicarse a charlar y otros menesteres sin ser interrumpidas, se subió junto a él en el coche, ambos dispuestos a volver a casa.

Al poco de arrancar, sin que aún hubieran salido de la calle donde vivían sus padres, él detuvo el vehículo junto a la acera. Echó el freno de mano y se giró en el asiento para mirarla. Bueno, para eso y para besarla.

Carla se sorprendió, no por la actitud de Aidan, sino porque ella misma parecía sentir la misma necesidad. No se resistió y se entregó a él sin reservas, posicionándose en el asiento para concederle el mejor acceso posible.

No sólo la besó, la devoró literalmente, echándose encima de ella a pesar de las dificultades que implicaba hacerlo en el interior del Jaguar.

—Debemos parar —murmuró él antes de que las cosas se desbordaran, pero no siguió su propio consejo, ya que volvió a buscar su boca. Una y otra vez.

—Lo sé —acertó a decir ella. Le atrajo más hacia sí, tirando de él.

—Pero no puedo.

—Yo tampoco.

Las cosas se estaban acercando a un punto de no retorno. La mano de él ya estaba entre sus piernas; la mano de ella, igual de traviesa, presionaba por encima de los vaqueros, acariciando su erección. Aidan gimió en su boca. Lo que habría dado por no tener esa horrible barrera de la ropa...

Él se movió buscando aun mayor contacto y se apoyó en el volante para poder maniobrar. De repente el estridente sonido del claxon del vehículo les detuvo. Se miraron y se echaron a reír.

—¿Acostumbras a meter mano a las chicas en el coche, en plena calle? —inquirió, para nada molesta.

—¿Y tú acostumbras a dejarte meter mano en un coche? —preguntó él a su vez en el mismo tono.

—En uno como este, sí —le espetó sonriendo de medio lado, dando a entender que si quisiera podría continuar.

Sin embargo, y con un largo suspiro de resignación, Aidan retomó su postura al volante y se incorporó de nuevo al tráfico, con la idea de llegar en el menor tiempo posible a casa y allí ver cómo solucionaban ese recalentón.

Ahora sólo debía preocuparse de conducir.

Mientras Aidan abría la puerta del apartamento, Carla se preparaba, ya que estaba segura de que él se lanzaría encima sin miramientos después del breve pero intenso prelude del coche. Evitó las cajas con sus pertenencias, que seguían apiladas en la entrada. Esta vez no habría ese tira y afloja previo que siempre mantenían antes de dejarse llevar. Ni verbal ni físico. En una palabra, estaba cachonda. Le deseaba.

Pero no de la forma habitual, no solo buscaba su propia satisfacción, sino que también quería la suya. Por alguna extraña razón, empezaba a

preocuparse por él. Podría deberse al agradecimiento, pues por primera vez en su vida un hombre se preocupaba por ella y eso daba que pensar. No mantenían una relación formal en el sentido clásico de la palabra, pero esa inquietante sensación de necesidad estaba ahí. Y lo más curioso del caso, es que fuera con alguien como Aidan.

Cuando él echó la llave a la puerta y se volvió, le sonrió; era una clara invitación, pero para su asombro él se limitó a devolver el gesto y pasó delante de ella como si fuera un elemento decorativo.

—Voy a darme una ducha y después trabajaré un rato, tengo proyectos pendientes —dijo Aidan saliendo de la cocina sin detenerse.

Carla le vio pasar delante de sus narices y no supo qué responder. Parpadeó intentando encontrar una explicación, pero cuando oyó el ruido del agua pareció salir del trance. De acuerdo, no pasaba nada. Se dirigió a la cocina y buscó algo para picar.

—¿Qué mosca le habrá picado? —se preguntó.

Su cuerpo se iba enfriando, no quedaba más remedio ante la indiferencia mostrada. Tras sentarse en la mesa de la cocina con una copa de vino en las manos, llegó a la conclusión de que era lo mejor. La situación con Aidan estaba empezando a complicarse; ya no solo vivían juntos, ya no solo se acostaban, sino que además, después de ese día, la familia de él estaba de por medio.

Aidan había prometido aclarar las cosas, aunque sospechaba que no era así, pues todos se portaron con ella como si fuera una más. Ella, que siempre había huido de ese tipo de situaciones.

Todo lo vivido durante el día daba que pensar. Pero no quería hacerlo, pues debía reconocer que desde el primer segundo se sintió cómoda entre ellos, en especial entre Pamela y Samantha. Bien podían haber sido amables simplemente porque era la acompañante de su hermano, y aunque fue sincera, ambas parecían no querer escuchar sus explicaciones.

Se levantó; no merecía la pena darle más vueltas a lo sucedido, y además, aunque tarde o temprano su extraña relación con Aidan llegara a su fin, le gustaba pensar que había encontrado a dos nuevas amigas.

Al pasar junto al baño vio que ya estaba libre. Se encogió de hombros; si Aidan tenía trabajo, pues muy bien.

Entró al dormitorio de invitados que ella ocupaba y se quedó de piedra.

—¡Cerdo, cabrón! —cerró los ojos y volvió a abrirlos—. ¡Cabronazo! —exclamó rabiosa.

Dio media vuelta, encaminándose hacia la habitación de él.

La puerta del dormitorio de Aidan se abrió con tanta fuerza que por poco no se sale de sus bisagras. Chocó violentamente contra el armario, rebotando y cerrándose en las narices de Carla.

Aidan reprimió la risa y siguió trabajando en su ordenador portátil.

—¡Maldito gilipollas! —Ella atacó de nuevo—. ¿Quién te has creído que eres?

Él aguantó el chaparrón, mirándola de reojo y disimulando su regocijo. Eso podría llegar a ser contraproducente, pero qué carajo, valía la pena.

—Eres un imbécil —prosiguió Carla—. Un imbécil olímpico. —Esperó a que él, por lo menos, tuviera la decencia de responder, pero seguía en silencio mirando el maldito ordenador e ignorándola—. ¿No vas a decir nada? —Más silencio—. Perfecto.

Carla entró como un vendaval en la habitación, se colocó frente a él y le cerró el ordenador bruscamente. Casi le pilla los dedos, pero él fue más rápido.

—¿Decías? —Se cruzó de brazos y la miró.

—¿A qué juegas? Joder, ya te vale. ¿Cómo puedes ser tan cabrón?

—No sé a qué te refieres. —Se estiró para coger el mando a distancia y encendió el televisor.

—Deja de hacerte el tonto —tomó aire con brusquedad—. ¿Dónde está mi cama? —Él se encogió de hombros—. ¿Dónde se supone que voy a dormir?

—¿Aquí? —respondió Aidan señalando el lado vacío de su propia cama. Le estaba costando resistir la tentación de levantarse, agarrarla y tumbarla. Sobre todo viéndola allí, ante él, con una de sus camisetas de deporte que dejaban al desnudo sus espléndidas piernas; sin duda, a ella le quedaban mucho mejor.

—Vete a la mierda, Aidan. —Le dio la espalda y a él casi le da un infarto al ver ese lindo culo marcándose bajo la camiseta.

Carla empezó a pasearse por el dormitorio, mascullando todo tipo de improperios en voz baja, lo mejorcito de su repertorio dedicado en exclusiva a Aidan. Agarró con violencia el mando a distancia, arrebatándoselo de las manos, y apagó el televisor. Que él se mantuviera tan indiferente la ponía aún más nerviosa.

—Mira, no sé qué pretendes, pero no tiene ni puta gracia. —Se acercó a él—. Quiero mi cama, maldita sea, Aidan, y la quiero ahora.

Estaba tan encantadora que se le hizo la boca agua. La deseaba, por

supuesto, pero ese deseo iba más allá del simple aspecto físico. Ella parecía no entenderlo. Vale, quizás la jugada de mandar desmontar la cama, que permanecía en el trastero, iba un poco lejos, pero las situaciones desesperadas exigían medidas desesperadas, y la quería en su cama todas las noches, sin excepción.

Se mantuvo callado mirándola, esperando el momento de intervenir. Carla era una mujer de carácter, eso ya lo sabía, pero llegado el momento, él podía imponerse. Oh, la idea le encantaba...

Su oportunidad llegó cuando se detuvo frente a él, apuntándole con un dedo. No se lo pensó dos veces.

Ella esperaba una respuesta y, en cambio, de un rápido tirón se encontró de repente tumbada de espaldas con Aidan encima, sujetándole los brazos e inmovilizando sus piernas.

—¡Suéltame, cabrón! —Se retorció bajo él—. Te voy a dar una hostia...

—No. Y deja de decir palabrotas, que te voy a tener que lavar la boca con jabón. Quiero que me escuches. —Su voz autoritaria contrastaba con su típica expresión risueña.

—Vete a tomar por el culo. Y quítame las manos de encima. —Pataleó una y otra vez aunque sin resultado.

—A mí no me engañas, Carla, no eres la tocapelotas que aparentas ser, ni la mujer indiferente que tanto te esfuerzas en interpretar.

—¿Y qué sabrás tú? —resopló ella.

—Lo sé porque te tengo calada. —Ella bufó—. Desde que estás aquí, mis trajes siempre están a punto, no tengo que preocuparme de cocinar...

—Hay días en que me aburro.

—Me preparas la cena todas las noches, tienes la casa como los chorros del oro...

—No te pago alquiler.

—He visto cómo te comportas con aquellos a los que quieres.

—¿Y?

—Y no solo eso, sino que me haces desear cosas que nunca antes se me habían pasado por la cabeza. —Aidan fue bajando su voz al mismo tiempo que se inclinaba para susurrarle al oído—: Pienso constantemente en ti, en todas y cada una de las perversas ideas que se me ocurren... —Carla tembló levemente y él se percató de ello—. Ideas en las que nunca antes había pensado. Quiero todo de ti, aunque reconozco que no empezamos con buen pie.

—Deja de decir tonterías —masculló ella en voz baja.

—Normalmente primero conozco a una mujer, la invito a salir, si tengo suerte me la llevo a la cama, después si la cosa marcha bien se viene a vivir conmigo y por último la llevo a casa de mi familia.

—Tu familia me cae muy bien.

—Lo sé. —Sonrió encantado con el cumplido—. Pero contigo todo lo he hecho al revés —mordisqueó su oreja y Carla jadeó levemente—. Por eso quiero hacer bien las cosas.

—Preferiría discutir esto en otra posición, si no te importa...

—Quiero más de ti. —Él pasó por alto su comentario—. Estoy dispuesto a dejar que me mangonees a tu antojo, siempre y cuando yo te tenga a ti.

—Estás loco.

—Lo sé, ni yo mismo puedo creer que quiera darte carta blanca, pero es así.

—Aidan...

—Deja de luchar, Carla. Esto no es un *ring* en el que ver quién se queda de pie tras sonar el *gong*. Somos tú y yo. Solo los dos.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente? —inquirió ella sin poder creer lo que estaba oyendo. Muchos hombres hacían ese tipo de promesas con una intención clara, tener sexo, pero Aidan eso ya lo había conseguido. ¿Por qué, entonces, dejaba todo en sus manos?

—¿No lo adivinas? —preguntó mientras mordisqueaba su cuello—. ¡Joder, qué bien sabes!

—Deja de hacer eso —murmuró Carla sintiendo cómo su cuerpo iba rindiéndose a él.

—No sólo quiero tu cuerpo, lo quiero todo. Intentémoslo, ¿vale? Puedo ser tu esclavo, dejaré que hagas cuanto quieras. Todo, absolutamente todo.

Él buscó su boca y la encontró, cálida, húmeda y receptiva. Notaba cómo ella devolvía el beso con ardor, con deseo, pero prefería ralentizar un poco. Su propia excitación podría echarlo todo a perder.

—Aidan..., maldita sea —jadeó ella—. No puedes pedirme eso.

—¿Por qué? —preguntó él empezando a bajar y buscando un pecho por encima de la camiseta. Cuando lo encontró presionó con sus labios hasta localizar el pezón y mordisquearlo—. ¿Qué te preocupa?

A Carla le preocupaban muchas cosas, demasiadas; pero en ese momento, la más importante era saber dónde demonios se estaba metiendo. Aidan le estaba pidiendo una especie de compromiso, y aunque le daba miedo

reconocerlo, esa idea no le disgustaba tanto como en un principio pudiera parecer. Aun así... Claro que pensar en esos instantes, cuando él estaba prodigándole atenciones, complicaba el asunto. Cada uno de sus mordiscos la encendían más y más. Cielo santo, el deseo a veces podía jugar muy malas pasadas...

—¿Te gusta esto, verdad? —susurró él contra su pecho—. A mí también.

La liberó para poder levantar la camiseta y tener así acceso directo a su piel.

Al verse sin ataduras, Carla buscó con sus manos el rostro de Aidan, pero él ignoró su petición; estaba en la gloria jugando con sus pechos. Ella le agarró del pelo, pero ni por esas.

—Date prisa, hoy no estoy para tonterías —suplicó ella mientras bajaba las manos y metía una dentro de sus apretados *boxers*—. Tú estás a punto, yo estoy a punto —le dio un tironcito a su polla—. ¡Vamos!

—Tenemos toda la noche —le recordó él—. Y no quiero perderme nada. —Abandonó sus pechos hasta llegar al elástico de su ropa interior. Ella protestó, porque ya no tenía el acceso a su entrepierna.

—Se supone que eres mi esclavo, ¿no? Pues fóllame, maldita sea.

—No.

—Vaya mierda de esclavo que estás hecho —aseveró incorporándose sobre los codos. Observó que él iba buscando su coño, así que levantó las caderas para que pudiera deshacerse de sus bragas.

—Qué curioso... Te pones tangas minúsculos para salir y bragas de abuela para estar en casa, pero da igual. —Las lanzó por encima de sus hombros—. Estás mucho mejor desnuda. *Mmm*, no sé por dónde comenzar. —Lamió la cara interior de sus muslos.

—Empieza por desnudarte —sugirió ella—. Se supone que aquí mando yo.

—Ah, pero esto va a gustarte. —Bajó la cabeza de nuevo y succionó con fuerza su hinchado clítoris.

—*Aaaaah*, sí, esto es bueno... *Síii*, ¡oh, sí! —Le dejó hacer durante unos minutos, disfrutando las atenciones de Aidan, pero quería más—. Ya, ya vale. —Se movió hasta poder quitárselo de en medio y se sentó sobre sus rodillas—. Tú —le apuntó con un dedo—, eso fuera. —Señaló sus *boxers*—. Preciosos, por cierto, pero ahora no son necesarios, que quiero ver esa bonita polla en acción.

—Sí, señora. —Él se deshizo de su ropa interior, quedándose ante ella gloriosamente desnudo—. ¿Y ahora?

—Mmmmm... —murmuró ella agarrándosela con la mano.

—Tumbate —gruñó él.

—Hablas demasiado, esclavo. ¿Tengo que amordazarte?

—Hoy no, prefiero algo diferente...

—¿Un trío? —inquirió sorprendida. Aidan siempre se mostraba bastante posesivo con ella.

Él no respondía, así que optó por provocarle un poco más. Ver hasta dónde era capaz de llegar con tal de demostrarle su teoría. ¿Vas a dejar que otro tío me toque? Abrió los ojos como platos, no por la propuesta, pues ella ya había participado en algún que otro *menage*, sino por la idea de que un tipo como Aidan quisiera probar algo así—. ¿Y vas mirar?

Aidan hizo una mueca. Joder, no le asustaba nada...

—No, pero tengo algo mejor —estiró un brazo por debajo de la almohada.

—¿Y eso? —Carla se echó a reír cuando él le mostró un vibrador verde ácido, muy realista—. Ay, pillín, qué calladito lo tenías. ¿Es para ti?

—¿Pero qué bobadas dices? —dijo accionando el mecanismo—. Muy curioso —murmuró—. No sé si...

—Aidan, dime qué pretendes —le pidió aguantando la risa ante sus dudas.

—Bueno, es algo que nunca he hecho. —Su voz sonaba sincera—. Ya sabes... —Se acercó a ella acariciándole el trasero con el vibrador—. He oído decir que...

—¿Te estás sonrojando?

Maldita sea, esa actitud despreocupada no ayudaba...

—No, simplemente te estoy pidiendo permiso para follarte por detrás.

—Ah, eso... —murmuró ella como si fuera lo más normal del mundo.

—Sí, eso. Yo nunca... Bueno, ninguna de las mujeres con las que he estado me dejó intentarlo. —En realidad, no se había atrevido ni siquiera a proponerlo.

—Eres simplemente encantador —le respondió ella acariciándole el rostro. No había ni rastro de burla en su voz—. ¿Me estás pidiendo permiso? —Carla se sintió como si hubiera recibido el mejor regalo del mundo.

—Pues claro —dijo como si fuera una verdad universal—. Nunca me ha gustado imponerme.

—Sí.

—¿Sí, qué? Habla claro.

Ella le respondió acunándole el rostro con ambas manos y besándole con toda la fuerza, transmitiéndole confianza, seguridad. Después le miró un

instante a los ojos, antes de darse la vuelta colocándose a cuatro patas frente a él.

Aidan suspiró aliviado. Maldita sea, estaba nervioso. Se acomodó tras ella acariciando ese hermoso trasero con devoción.

—¿Durante tu excursión al *sex shop* te acordaste del lubricante? —inquirió ella.

—Lo compré por Internet —confesó y Carla le dedicó una sonrisa comprensiva. Su sinceridad resultaba tentadora. Un agradable y refrescante cambio.

—¿Entonces?

—Compré alguna que otra cosita, pero no me acordé del jodido lubricante. —Esperaba que con un poco de suerte ella quisiera estrenar con él sus compras.

—Espera aquí.

La vio levantarse y salir del dormitorio. Se pasó la mano por el pelo intentando asimilar toda la situación. Ella parecía tan segura que llegado el momento podía hasta sentirse intimidado.

«No seas idiota», se dijo en silencio. «Vas a cumplir una de tus fantasías, y con ella». Desde que la conocía, ¿cuántas veces había soñado despierto con hacerlas realidad?

Fantasías que jamás se había atrevido a proponer a ninguna mujer, ni siquiera a Nicole, y eso que habían estado a punto de casarse. Pero nunca lo hizo y eso daba que pensar. Con Carla, a pesar de su extraña relación, tenía más confianza, ella no se mostraba ofendida ni horrorizada ante sugerencias que mucha gente tacharía de perversiones. Esa reflexión desencadenaba otra pregunta: ¿qué clase de compañeros había tenido ella? Joder, eso le intranquilizaba, Carla podría mandarle a la mierda en cualquier momento si no cumplía sus expectativas, ¿no?

Claro que si se mostraba dubitativo, ella se aprovecharía. De eso ni hablar.

—Te noto muy pensativo...

Aidan se giró al oírla. Ella permanecía en la puerta, completamente desnuda, con el lubricante en la mano y una sonrisa que bien podía ser traicionera.

Decidió mostrarse indiferente. Se estiró en la cama de medio lado y apoyó la cabeza sobre la mano, que ella se creyera que llevaba la batuta. De todas formas, era así. ¿Para qué resistirse? Y ya puestos, ¿para qué intentar llevarle la contraria y enzarzarse en una confrontación verbal?

Dio unas palmaditas sobre la cama a modo de invitación.

Ella, con un movimiento calculado, avanzó hacia la cama, contoneándose ante él, se sentó tranquilamente y destapó el lubricante. Un aroma a vainilla inundó la habitación. Con parsimonia echó una pequeña cantidad en sus manos, expandiendo y calentando el gel. Aidan permaneció en silencio y a la espera.

Carla extendió la mano y le agarró la polla, frotándosela lentamente.

—Veo que sigues en forma —susurró masajeándole a la vez que impregnaba de lubricante su erección.

—Eso parece. —Aguantó sin moverse a pesar de que la fricción le estaba acercando al límite.

—Bueno, esto ya está.

Aidan lamentó la pérdida de contacto, pues ese sensual masaje resultaba de lo más satisfactorio.

Carla le miró, retándole con la mirada a que hiciera algún movimiento.

Él sonrió.

Ella se cruzó de brazos.

Aidan comprobó con su propia mano el trabajo de Carla.

Ella se pasó la punta de la lengua por el labio superior.

Él se enderezó, acercándose. Quería besarla.

La atrajo hacia sí, sujetándola por la nuca e instándola a que se inclinara para poder besarla como quería, plenamente, y por suerte ella accedió. Se dejó caer en la cama con ella encima, abrazándola y entrando en contacto con su piel. Le sorprendió que Carla se dejara llevar de esa forma, no intentaba imponer su ritmo, era deliciosa. Simplemente se estaban besando, saboreándose mutuamente, rozándose, compartiendo el calor y el deseo... y algo más.

Nunca antes el simple hecho de besar a un hombre, abrazándose a él, había resultado tan satisfactorio. Huía de la intimidad, prefería centrarse en los hechos, podría decir que únicamente buscaba sentirse bien, follar por follar. Él no parecía tener prisa por avanzar y a ella, por una vez, no le importaba.

Aidan abandonó su boca dejando un reguero de besos por su cuello y suspiró encantada; que alguien se mostrara tan suave y cariñoso con ella era una novedad. Podía pasarse así horas, disfrutando del sencillo contacto. Estaba excitada, no podía negarlo, la humedad entre sus piernas era la prueba evidente.

—*Mmmm* —ronroneó—, debo reconocer que sabes besar.

—Me gusta besarte —respondió él con la voz amortiguada por el contacto en su piel.

—¿Y qué más te gusta?

—Buena pregunta. —Él dejó de saborearla y la miró—. Me gusta todo.

—¡Por favor! ¿Podrías ser más preciso? —preguntó con voz juguetona. Permanecía tumbada encima de él, sentía la presión de su polla contra el muslo.

—¿Por qué tengo que elegir? —Ella le miró con los ojos entrecerrados—. Vale. —Se giró rápidamente para colocarla debajo.

—¡Eh!

—Esto, por ejemplo —pellizcó un pezón—. Y esto... —pellizcó el otro—. Me gusta... Siempre reaccionas tan bien.

—*Mmmm*.

—Y por supuesto, esto —introdujo un dedo en su coño, impregnándose de sus fluidos—, saber que estás húmeda y preparada para mí...

—Hazlo otra vez.

—No. Voy a hacer algo mejor —estiró el brazo y agarró el vibrador—. Quiero ponerte al límite, que supliques, que me pidas a gritos que te folle.

—¡Aidan, fóllame! —gritó ella.

—¡Pero si aún no te he tocado! —exclamó aguantando la risa—. Vamos a ver, cómo funciona esto... —manipuló la base—. No sé. ¿Y bien?

—Te la estás buscando... Trae eso aquí. —Ella se lo arrebató de un manotazo y para asombro de Aidan lo puso entre sus pechos y fue bajando lentamente el vibrador, que emitía un suave zumbido, hasta situarlo entre sus piernas. Lo movió sobre su clítoris y después se lo introdujo ella misma con seguridad y sin desviar la mirada.

—Joder... —siseó él ante lo que sus ojos contemplaban.

—Oh, sí, qué bueno... —Ahora sí que cerró los ojos, y le puso aún más cardíaco al morderse el labio mientras se lo montaba sin contar con él.

Aidan se apartó, puesto que no quería perderse detalle; verla disfrutar con el vibrador era increíble. Ahora la cuestión era, ¿cuánto más podría aguantar sin hacer nada?

La respuesta llegó en el acto: ella se dio la vuelta, colocándose boca abajo con el vibrador incrustado, y a él se le secó la boca al ver cómo ella se retorció y movía el trasero, invitándole descaradamente.

No quería correr riesgos, así que destapó de nuevo el lubricante y dejó caer una buena cantidad. Le importaba un pimiento si la empapaba o si la cama

quedaba hecha un asco. Se colocó tras ella y agarrándose la polla con una mano buscó la entrada de su ano. Ella respondió elevándose sobre sus rodillas.

—¡Hazlo ya! —ordenó.

No quería lastimarla, joder, eso nunca, pero Carla no dejaba de empujar hacia atrás. Se introdujo lentamente, aferrándose a ella, y las sensaciones se multiplicaron. La presión sobre su polla era increíble, y no solo eso, sino que sentía la vibración del consolador. No iba a aguantar mucho más.

—Me estás volviendo loco... —jadeó él.

Eso era quedarse corto.

Pasó un brazo por debajo de su cintura buscando la base del vibrador, pues quería ser él quien la penetrara, tanto por delante como por detrás.

—No se te ocurra parar —chilló ella. Empujó con fuerza hacia atrás para que él pudiera introducirse completamente, ya que no era amiga de hacer las cosas a medias.

—Joder, esto es más que bueno... —embistió con fuerza sin dejar de mover el consolador—. ¡Dios, nena!

—Dímelo a mí... Madre mía, Aidan, métemela. Sí, *oooooh*, tienes la mejor polla que he visto en mi vida...

—Gracias. —Empujó con más fuerza.

Y aquello empezó a descontrolarse, porque aunque para ella no fuera la primera vez, suponía una importante novedad, pues al placer se sumaba un factor que hasta ahora nunca estaba presente en sus relaciones y al que se negaba a poner nombre.

Para Aidan, además de la novedad de cumplir una fantasía, también estaba la conexión que se establecía con ella. No era solo un deseo hecho realidad, era mucho más. Pero, a diferencia de Carla, sí quería darle un nombre.

—Me corro... Oh, Aidan, me corro...

—¡Y yo!

Ninguno de los dos supo quién lo hizo primero.

Carla se dejó caer hacia delante y Aidan la siguió, aplastándola, pero en ese momento no era capaz de hacer nada.

Tras unos instantes ella se movió. Eso hizo que él saliera de su cuerpo. También se deshizo del vibrador apagándolo y abandonándolo despreocupadamente sobre la cama.

—Lo siento —dijo él apartándose para dejar que respirase. Había durado un suspiro, menos que un adolescente cachondo ante su primera revista

guarra.

—Yo no.

Estaba demasiado sorprendido, demasiado satisfecho como para moverse o hablar. En la habitación solo se escuchaban las respiraciones de ambos, que poco a poco se regularizaban. Giró un poco la cabeza para mirarla; ella seguía bocabajo, estirada completamente, con su melena morena despeinada y la espalda brillando por el sudor... No sabía a quién debía dar las gracias por estar junto a una mujer así...

Ahora venía lo más difícil: ¿cómo convencerla de que lo suyo podía funcionar?

Joder, él estaba seguro, una de las pruebas más difíciles a las que se debía enfrentar cualquier pareja era la convivencia, y, según su opinión, ambos ya habían superado esa etapa. Y no solo porque ella se comportara de una forma que él jamás hubiera imaginado. Nadie que viera a Carla podría decir a priori que era una perfecta compañera de piso.

Pero la realidad era bien distinta, y no solo eso, sino que le divertía; era un constante reto y jamás caería en la rutina con ella.

Después de su intento fallido con Nicole, no había vuelto a plantearse en serio tener una relación estable.

Bueno, estaba claro que únicamente con paciencia podría lograrlo...

—¿Por qué te hiciste policía?

Carla le sorprendió con esa pregunta, era lo último que esperaba en ese momento y por supuesto no le apetecía hablar del asunto.

Ella abandonó su posición colocándose de lado, le apartó el brazo con el que se cubría los ojos y buscó su mirada.

—Aidan, cuéntamelo. —La voz de ella era seria y eso le sorprendió; ni rastro de burla o de malsana curiosidad.

Parecía realmente interesada y él pensó que si confiaba en ella, quizás conseguiría reciprocidad.

—Hice una apuesta —suspiró. Intentó rehuir su mirada, pero Carla se lo impidió.

—¿Una apuesta? No me vengas con esas, dime la verdad.

Él se detuvo unos instantes a reflexionar. Solo una persona conocía los verdaderos motivos, y esa era Nicole.

—¿Por qué te interesa? —cambió de postura colocándose también de lado, frente a ella, y empezó a acariciarle el estómago, esperando poder distraerla.

—Porque no te pega, no vas de tipo duro —musitó ella sorprendiéndole al utilizar ese tono tan íntimo y tan apropiado para las confidencias—, casi nunca utilizas tu arma, vistes como un empleado de banca, no elevas la voz, te pasas el mayor tiempo posible en la oficina... ¿Sigo? Y porque un tío que estudia una carrera no se mete a policía.

—¿Tan transparente soy?

—En absoluto. Cuando te conviene sabes muy bien hacerte el tonto, como por ejemplo ahora —le apartó la mano de su cuerpo—. Concéntrate.

—Mis hermanas son unas cotillas... —masculló.

—Aidan... —le advirtió.

—Fue en mi despedida de soltero. —La miró de reojo para ver su reacción, pero no hubo ninguna—. Como siempre en estos casos, uno bebe más de la cuenta. Pues bien, no fui una excepción. Mis colegas empezaron a meterse conmigo, lo típico; ellos conocían a mi novia y la opinión más extendida era que me controlaba. Estaba a punto de empezar a trabajar en una empresa de desarrollo de *software*, buen sueldo, buenos incentivos... Los dos tendríamos así la vida resuelta. Apostaron a que yo no era capaz de hacer nada sin el consentimiento de ella y surgieron varias ofertas, hasta que uno habló de la academia de policía, ya que se estaba preparando para entrar.

—¿Y tú picaste?

—Estaba bastante borracho, ¿de acuerdo? —dijo a la defensiva—. Y uno no puede achicarse ante sus amigos.

—¡Hombres! —Puso los ojos en blanco; de la combinación de testosterona y alcohol nunca salía nada bueno.

—Qué le vamos a hacer... En fin, que me apunté esperando que rechazaran mi solicitud.

—Pero no lo hicieron.

—No. Cuando vieron mi expediente académico, les encantó —explicó Aidan serio—. Así que seguí adelante; mi currículum era bueno, mi condición física no, así que todavía quedaba una salida.

—*Humm.*

—Tu padre fue mi instructor.

—¿Qué?

—Hizo todo lo posible para que desistiera y estuve a punto de irme en varias ocasiones, pero ganó mi orgullo. Además, otros responsables de la

academia me apoyaban.

—Mi padre es un cabronazo, puedo imaginarme todo lo que te hizo pasar.

—Y aún te quedarías corta.

—¿Y qué pasó con tu novia? —preguntó ella al cabo de unos minutos en silencio.

—Me dejó plantado una semana antes de la boda. Mis amigos tenían razón —dijo con amargura—. Se puso hecha una fiera, ella quería un marido con un empleo respetable y al parecer ser policía no entraba en esa definición.

—Vaya gilipollas... —resopló Carla.

—Visto con el paso del tiempo, creo que fue lo mejor. Nicole era, y es, demasiado estirada. Ahora ya no me importa, con ella hubiera llevado una vida ejemplar, pero aburrida. Al contrario que contigo —acarició su mejilla—, ¿no crees?

—Das muchas cosas por sentado, ¿no?

—Puede ser. —Se incorporó para acercarse a su boca y besarla, lo cual hizo muy suavemente, saboreándola despacio, acoplando sus labios a los de ella—. *Mmm*, me encanta tenerte así —murmuró—. Cuando estás así, tan tranquila, eres un cielo, Carla.

—Si quieres, puedo ponerme agresiva.

—No, rayito de sol. Así eres perfecta.

Cuando el odioso *ring* del despertador penetró en su cerebro, Carla quiso morir. Gruñó, cambió de postura y se tapó con las mantas, pero ni aun así dejaba de sonar. Se tumbó bocarriba y abrió un ojo; ya era de día y estaba sola en la cama. Eso le extrañó, pues Aidan parecía no dejarla en paz. «En fin, toca levantarse», se dijo. Y lo hizo.

De mal humor llegó al baño y sin más se metió en la ducha.

Cuando entró a la cocina se dio de bruces con Aidan, quien estaba esperándola.

—Buenos días —gruñó.

—Buenos días, rayito de sol. Llegas a tiempo, acabo de hacer café.

Carla aceptó una taza. No estaba para soportar sus tonterías y menos aún cuando le vio, vestido de nuevo con uno de sus impecables trajes de diseño. Cielo santo, ¿es que no podía, al menos, dejar aparcada esa sonrisa? «Y tú, tonta del culo, ¿no puedes dejar de mirarle?», se recriminó. ¿Cómo no hacerlo? Su traje gris oscuro, la camisa y corbata negra... Joder, estaba para

comérselo, con esa pinta de ejecutivo formal de día y perverso de noche.

—¿Pasa algo? —preguntó él al sentir su mirada fija.

—No —masculló y dio un sorbo de café—. Bueno, sí. ¿Siempre tienes que ir así a trabajar?

—¿A qué te refieres? —inquirió sin comprender.

—Como si fueras un jodido banquero —le explicó molesta.

Aidan se echó a reír, dejó su taza y se acercó a ella, hasta colocar ambas manos en su cadera y atraerla hacia sí. Ella solo llevaba el albornoz y sería tan fácil desnudarla en la cocina... Pero no podía entretenerse, así que simplemente le acarició los costados.

—Si te das prisa, te llevo al trabajo. —Se apartó bruscamente de ella—. Joder, eres una tentación.

A Carla se le iluminó la cara. Vaya..., esa sí que era una buena forma de elevar la autoestima. Se abrió un poco el albornoz, dejándole ver el contorno de un pecho.

—Una tentación, ¿eh?

—Joder, rayito de sol, que llego tarde... —Miró el reloj y ella abrió un poco más el albornoz—. No me tientes... —sonó a modo de advertencia, pero estaba claro que deseaba que ella continuara.

—Uy, pobre, ¡qué dilema! ¿Polvo mañanero o cumplimiento del deber?

—Difícil elección.

—Quizás necesites más incentivos. —Abrió por completo el albornoz, dejó que se deslizara por sus brazos sin caer al suelo y empezó a tocarse un pezón—. ¿Aidaaaaaaan? —canturreó mimosa y zalamera.

—Mira que eres mala. —Dio un paso hacia ella—. Pero estás demasiado buena. —Miró de nuevo el reloj y ella se cerró el albornoz.

—Tienes razón —se escabulló de él dejándole pasmado y excitado—. Me visto en un minuto.

—Bruja —dijo a su espalda mientras intentaba disimular su erección antes de que volviera y le provocara de nuevo.

Tres cuartos de hora más tarde, Aidan aparcaba en el centro comercial donde trabajaba Carla. Durante todo el camino la había observado de reojo. Su jefe era un hijo de puta, ¿cómo podía obligarla a ponerse una camisa y un chaleco dos tallas más pequeñas de las que le correspondía? El botón superior de su camisa estaba demasiado tenso conteniendo su impresionante delantera.

—Por cierto, antes de que se me olvide —dijo al verla bajarse del coche haciéndola detenerse, y ella le miró por encima del hombro—, ¿tienes algún

modelito de fiesta?

Ella le miró con los ojos entrecerrados. Odiaba que le mirase el culo tan descaradamente por encima de sus gafas de sol cuando llevaba el uniforme de trabajo.

—¿Por qué? ¿Necesitas un disfraz para una misión secreta?

Él se rio entre dientes, se ajustó las gafas de sol y respiró antes de calmarse. Todavía podía llegar tarde al trabajo.

—No, rayito de sol —respondió de buen humor—. Es para este viernes, tenemos que ir a una cena de gala.

—¿Tenemos?

—Pues sí, es la cena anual de la policía. Así que ve de compras. —Hizo ademán de sacar la cartera de su chaqueta, pero ella lo advirtió y levantó la mano para detenerlo.

—¡Alto ahí, chaval, antes de que me enfade de veras! No voy a ir de compras y no pienso acompañarte.

—Mira, llego tarde, lo discutiremos esta noche.

Ella, mirándole de forma amenazadora, se bajó del coche. Estaba claro que iba rumiando una respuesta contundente, así que se colocó bien en el asiento del conductor y metió la marcha con velocidad; antes de que ella replicara, aceleró dejándola con la palabra en la boca.

—No sé qué cojones hacemos aquí —expresó Luke con enfado, cambiando de postura en el asiento del coche—. Son casi las ocho y no ha pasado nada. —Miró a Aidan, que estaba concentrado en el ordenador portátil—. ¿Quieres dejar ese puto ordenador?

—No muerde —respondió sin inmutarse ante el mal humor, comprensible, de su compañero—. Además, resulta entretenido cuando tenemos que pasarnos horas aquí sentados.

Luke refunfuñó y buscó dentro de su chaqueta el paquete de cigarrillos. Encendió uno y bajó la ventanilla.

—Joder, sube la ventanilla, que aquí hace un frío que pela.

—Deja de quejarte. Si no abro la ventanilla, protestarás por el humo.

—¿Pero Bianca no te había obligado a dejarlo? —preguntó con tono burlón.

—Ni se te ocurra decírselo —le advirtió.

Aidan se rio. De momento no diría nada, pero desde luego era una

información muy valiosa. Se concentró de nuevo en su ordenador; si algo podía hacer durante las aburridas vigilancias, era avanzar en su trabajo, ya últimamente en casa no disponía de tanto tiempo. Tampoco le importaba lo más mínimo.

—¿Ese cacharro tiene conexión a Internet?

Aidan le miró ofendido ante semejante pregunta.

—Por supuesto, ¿para qué serviría si no?

—Esto... ¿Me lo podrías dejar un momento? No me mires con esa cara. —Apagó el cigarrillo en el cenicero y subió la ventanilla—. El mes que viene es el cumpleaños de Bianca y quiero buscar un regalo.

—¿No te dejan entrar en las joyerías?

—Muy gracioso... Simplemente quiero encontrar algo especial.

—Anda, toma. —Le pasó el ordenador.

Luke miró la pantalla. Vale, podía hacerlo como todo el mundo, ¿no? Comprar en Internet era un juego de niños.

Tras dos minutos sin saber cómo empezar, preguntó:

—¿Alguna sugerencia?

—No tienes ni idea, ¿verdad? —a Aidan le encantaba esa situación—. Bueno, vamos a ver —y le explicó, con infinita paciencia, cómo funcionaba el buscador.

—Hasta ahí llego yo solito, genio. Me refería a qué le compro.

Se quedó pensativo; entendía a Luke, desde luego acertar con el regalo de una mujer traía cola y él no tenía mucha experiencia con el tema, así que sus consejos no resultaban muy útiles. Por otra parte, le parecía algo demasiado personal como para inmiscuirse.

—Bueno, vamos a ver... ¿Qué le regalaste en su último cumpleaños?

—Un móvil.

—¿Un móvil?

—Era de última generación —se defendió Luke—, me costó un ojo de la cara.

Aidan cogió el ordenador portátil. Quizás no debía meterse en la intimidad de su compañero, pero ¡qué demonios! En el navegador todavía estaba guardada la página web donde él había comprado el juguetito para Carla.

—Mira a ver si aquí encuentras algo interesante. —Le pasó de nuevo el ordenador.

—Joder, ¿esperas que compre algo así...? —Su voz se fue desvaneciendo mientras miraba los artículos—. Interesante...

—No te emociones —se rio Aidan—. Se supone que es un regalo para ella, no algo que a ti te interese.

—Pero nadie ha dicho que no pueda cumplir ambas funciones, ¿verdad? —expresó Luke ensimismado con lo que veía—. Joder, mira esto... —Señaló en la pantalla un extraño consolador de dos cabezas, transparente—. ¡Y está de oferta!

—Ya lo veo, pero me parece que eso no es el regalo ideal.

—No sé qué decirte... —reflexionó Luke en voz alta.

—Pincha ahí, en la sección de lencería, y déjate de tonterías. —Bueno, más tarde él se encargaría de *esas* tonterías.

Luke lo hizo y ante ellos se desplegó toda una colección más que sugerente de lencería femenina, desde la más virginal hasta la más imaginativa. Ninguno de los dos era capaz de expresar en voz alta las posibilidades de esas prendas.

Luke las examinó con atención, sonriendo. Vaya..., todas cumplían a la perfección sus más inverosímiles fantasías. Miró a Aidan de reojo; joder con el chico de oro.

—Sí que es práctico esto de Internet, sí —carraspeó Luke—. Creo que me va a costar decidirme. ¿Tú que opinas?

—Me reservo mi opinión. —Consultó la hora.

—Bueno, pues este. —Escogió un conjunto de seda roja y negra compuesto por un... ¿camisón?, liguero, medias y tanga a juego—. Dame tu Visa.

—¿Eh?

—No pretenderás que compre esto con mi tarjeta, ¿verdad? Ella podría ver el extracto.

—¿Y no crees que puede hacerse una ligera idea de dónde has comprado su regalo?

—Ya, pero no es lo mismo. No seas tan desconfiado, en cuanto te hagan el cargo te lo pago.

Aidan sacó de la cartera su tarjeta de crédito.

—Espera un minuto. —Ya que iba a utilizarla, bien podía aprovechar el momento. Agarró el ordenador e hizo rápidamente su elección.

—Vaya, vaya..., ¿tú también tienes que hacer un *regalo*?

El teléfono móvil de Luke empezó a sonar y eso le evitó contestar. También pudo finalizar su compra sin tener que soportar los comentarios de su compañero.

—Hola, cariño... Sí, ya lo sé... Vale, pero no apagues el móvil. No te preocupes, hoy tengo partida con los chicos... No te prometo nada... Como quieras... Un beso. Adiós.

—Eh, vosotros dos —alguien golpeó la ventanilla—, ya podéis mover el culo.

—Joder, John, tú siempre tan oportuno —le increpó Luke.

Intercambiaron información con su compañero, que venía a sustituirlos.

Los movimientos de Hart no parecían a primera vista sospechosos, pues permanecer en su local de compra-venta de coches hasta tarde no era delito, pero tenían muy claro que ahí no todo el dinero que se movía procedía de un negocio legal.

Obtener pruebas de sus negocios ilícitos y lucrativos no era su principal misión, pues tal cometido era asunto de otro departamento. De cualquiera de las maneras, allí se encontraban.

—¿Desde qué hora están ahí reunidos? —inquirió John.

—Hart ha llegado poco antes de finalizar el horario de atención al público —explicó Luke, cansado.

—Es un cabrón muy listo y con una abogada cojonuda. Le sacó del calabozo en menos de cuarenta y ocho horas —masculló John—. Espero que las conversaciones que le están grabando sean más concluyentes. —Miró a Aidan—. Tu chica ha sido muy valiente.

—Gracias —contestó el aludido. Sí, ella había sido muy valiente, pero también muy estúpida por no hacer las cosas como Dios mandaba, y así evitar que abogadas como Nicole tuvieran argumentos para liberar a cabronazos como Hart.

—Hemos estado preguntando por ahí. Ya sabes que a ese hijo de puta le gustan demasiado las mujeres. —Revisó sus anotaciones—. Está acostumbrado a salirse con la suya y no acepta negativas. Por lo que se cuenta, eso le pone más cachondo. —El policía se dio cuenta de que Aidan podría sentirse molesto—. Lo siento.

—No te preocupes —le dijo a John. Su compañero se limitaba a informar, y el lenguaje con el que se expresaba era el habitual entre ellos. Además, no era tan tocapelotas como otros policías.

—El que sigue en el calabozo es el imbécil de Frank. Al parecer, Hart le unta a base de bien para que no abra la boca. Eso, o que es muy tonto y no sabe lo que puede pasarle si le condenan por agresión.

—Yo me inclino a pensar que Hart no quiere sacarle para que no meta la

pata. Es un tipo volátil, exaltado. No controla lo que dice en cuanto toma dos copas de más y su jefe lo sabe —apuntó Luke.

—También lo hemos pensado, y Orson cree que sería bueno soltarle y mantenerle vigilado.

—¿Y por qué coño no lo hacen? —preguntó Luke, ceñudo.

—Porque es un tema muy delicado y al principio solo se pensó en la forma de retenerle el máximo tiempo posible. Por lo que soltarle así, de repente, levantaría sospechas.

—A no ser que una jodida abogada le sacara del calabozo... —remató Luke.

—Exactamente —corroboró John—. Pero, y mira que tiene guasa el asunto, para una vez que no nos importaría que un picapleitos se saliera con la suya...

—Supongo entonces que debemos intentar pillar a Hart con las manos en la masa y con las suficientes pruebas como para que no se libre en un juicio. —Luke se pasó una mano por el pelo—. Hay que joderse...

—Para no caerse —remató Aidan, que había permanecido muy callado. Nadie decía nada, ya que entendían la implicación personal.

—No toques ahora los cojones con tus tonterías —le espetó Luke—. En fin, nosotros nos vamos. Espero que tengas más suerte. Mañana hablamos.

Se despidieron de su compañero y después arrancó el coche. Condujo unos minutos en silencio, hasta que la curiosidad pudo con él.

—¿Vas en serio? —preguntó a Aidan.

—¿*Humm?*

—Me refiero a Carla.

—Sin comentarios.

—Ya sabes que ella no es santo de mi devoción, y creo que a estas alturas ya te habrás dado cuenta de lo peligrosa que es.

Aidan sonrió. Joder, pues claro que era peligrosa, por eso estaba perdiendo los papeles por ella.

—Aprecio tu interés, pero soy mayorcito para cuidarme, ¿no te parece?

—No te mosquees, simplemente quiero evitarte un disgusto. Si quieres divertirme, por mí de puta madre, pero ándate con ojo. No me apetecería tener que soportar a un compañero lacrimoso.

—Gracias, doctor amor —respondió con sorna—. Ya veo que eres un experto en la materia.

—Está bien, tú sabrás. —Tras unos minutos reflexionando y observando a

Aidan, podía entender por qué su compañero se mostraba tan reticente a hablar de su vida amorosa. Él era igual, pero había una importante diferencia: Carla no era precisamente un angelito, no entendía cómo Bianca y ella podían ser tan amigas—. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—¿Me estás invitando a salir? —preguntó socarrón—. Ay, qué ilusión — puso voz de falsete—. ¡Y yo con estos pelos!

—No seas ganso. Hoy tengo partida, así que si te apetece...

—No sé... ¿Soy lo suficientemente adulto para eso? —Aidan siguió con su tono burlón que abandonó al ver la expresión Luke, el cual decía a las claras «o te callas o te doy con la mano abierta»—. Por mí bien.

—¡Ya era hora! Anda, pasad. —Matt cerró la puerta después de que entraran Luke y Aidan.

Unos grititos y risas procedentes del salón hicieron que el anfitrión hiciera una mueca y Luke soltase:

—No me lo digas. Hoy toca aquelarre, ¿verdad?

—Pues sí, nos recluyen en la cocina.

—¡Hola, Luke! —Wella se acercó y saludó efusivamente a su excompañero; después miró a Aidan—. Hola, agente Patts, sigues vivo y coleando. —Le examinó de arriba abajo—. Y tan guapo como siempre. —A nadie le pasó desapercibido su tono de admiración femenina.

—Gracias. No me puedo quejar —respondió educadamente Aidan—. Tú también estás estupenda.

—Oh, por favor —se quejó Luke—, deja el peloteo.

—Os dejo, sed buenos. —Bianca besó a su marido en la mejilla y se alejó.

Volvieron a oír grititos y risas cuando Wella cerró la puerta del salón.

—Es culpa del chico de oro. —Luke señaló a Aidan con el pulgar, quien puso cara de inocente.

Los tres hombres se dirigieron a la cocina, donde encontraron a Ian, el hermano de Matt, tranquilamente sentado barajando las cartas.

—¿Empezamos? —preguntó este dejando el mazo en medio de la mesa.

—Tened cuidado con lo que decís —advirtió Wella a sus amigas señalando a los gemelos, que estaban sentados en el suelo tranquilamente entretenidos con sus lápices de colores—. Edna tiene un oído muy fino y luego lo repite todo.

—No te preocupes —la tranquilizó Bianca—, una vez que esta —señaló a Carla— nos cuente todo lo que necesitamos saber, hablaremos de temas inocuos. Así que venga, rapidito.

—Sois más pesadas que una vaca en brazos... —se quejó Carla.

—No te hagas la interesante, guapa —intervino Dora—. Me muero por saber todos los detalles más... —Miró de reojo a los niños, y concretó—: Interesantes.

—Antes de que se me olvide —interrumpió Wella—, ¿todavía sigues con esa tontería del... —bajó la voz— divorcio?

—Pues sí, estoy hasta el moño de Ian.

—¿Pero qué te ha hecho esta vez?

—Nada.

—¿Entonces?

—Es por darle un poco de emoción al asunto.

—Mira que eres retorcida —aseveró Wella negando con la cabeza—. Te da todos los caprichos y tú te quejas. Sí, tienes razón —suspiró, burlona—. ¡Qué malo es tu marido!

—Mami, ya no quiero pintar más. —Edna se acercó a su madre para que la cogiera en brazos—. ¿Puedo ir con papá?

—Bueno —accedió su madre.

Edna se bajó del regazo de su madre y dando saltitos salió del salón. Entró en la cocina y sin decir nada se plantó delante de Aidan, al que miró con curiosidad.

—¿Tienes novia? —le preguntó dejando a todos con la boca abierta.

—Edna, cariño, no le molestes. —Su padre intentó cogerla, pero la niña se acercó más a Aidan. Le tiró de la chaqueta para llamar su atención.

—¿Tienes novia? —repitió sonriéndole.

—No me lo puedo creer —dijo Luke en voz baja.

Aidan miró a la niña, buscando una respuesta que no le comprometiera delante de los demás. Se sentía observado y eso no le gustaba ni un pelo.

Para su sorpresa, la cría, en vez de mostrarse tímida ante su silencio, volvió a reclamar su atención tirándole de la chaqueta. Él se giró en la silla pero antes de que pudiera emitir cualquier sonido, Edna se subió en sus rodillas, sorprendiéndole.

—Eres muy guapo —le dijo dejándole aún más desconcertado.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Aidan para salir del paso.

—Mi sobrina es toda una mujer fatal, va directa al grano —se rio Ian, y a continuación miró a su hermano—. Cuando tenga quince años te lo vas a pasar en grande.

—Me llamo Edna, tengo todos estos años. —Levantó su manita con cuatro dedos—. ¿Tú cuántos tienes?

—Algunos más —respondió algo cohibido Aidan.

—A mí no me importa —dijo ella sonriéndole—. Me gustas.

—Hay que joderse... —resopló Luke en voz baja para que la niña no se

percatara de la palabra usada.

—¿Quieres ser mi novio?

Todos se quedaron con la boca abierta ante el descaro de la pequeña; todos menos su padre, que ya debía de estar acostumbrado.

—Cariño, ven aquí. No puedes preguntar eso.

—¿Por qué?

—Me parto de risa con la enana —se aguantó Ian las carcajadas.

Aidan la acomodó en su regazo y miró de reojo a su padre antes de responder:

—Primero tenemos que saber si nos gustan las mismas cosas —explicó Aidan mirando a la niña—. Por ejemplo, ¿cuáles son tus dibujos favoritos?

—Bob Esponja —respondió ella rápidamente.

—Bueno, a mí no me gusta mucho Bob Esponja. Yo soy más de los Simpsons. ¿Y tu color favorito?

—Azul.

Matt miraba a Aidan y cómo se comportaba con la cría y comprendió al instante la táctica que estaba empleando. Respiró tranquilo.

—El mío es el verde.

—*Bueeeno* —dijo Edna—, eso no importa.

—Sí que importa. Si no nos gustan las mismas cosas, no nos llevaríamos bien.

La niña pareció meditarlo durante unos instantes.

—Pero es que eres tan guapo...

—Tú también eres muy guapa. —Aidan no sabía muy bien cómo salir de esa, así que miró de reojo a los otros hombres en busca de ayuda, pero no la recibió—. ¿Y tú, tienes novio?

—Tengo dos. —El padre de la criatura se enderezó en la silla al oír a su hija. ¿Cómo podía expresarse tan bien con tan poca edad y, sobre todo, cómo podía estar tan puesta en *ciertos* asuntos?—. Pero voy a dejarlos.

—Esto se pone interesante —observó Ian más que divertido.

—¿Y eso? —preguntó Aidan.

—Richy besa muy mal y Hugo no comparte conmigo sus juguetes.

—Esta niña apunta maneras —se guaseó Ian.

—Así que he pensado en buscarme otro novio. Es una pena que no tengamos los mismos gustos —dijo Edna en tono lastimero y se bajó del regazo de Aidan.

—No te preocupes, estoy seguro de que el año que viene lo encontrarás.

—¿De verdad? —preguntó entusiasmada.

—Claro que sí —intervino Ian—. Los niños harán cola para salir contigo.

—Tú dale ánimos —se quejó Matt, y Edna se marchó contenta—. Gracias —le dijo a Aidan—. A veces se pone imposible.

—Y hablando de todo un poco, ¿qué pasa entre esa morena y tú? —preguntó Ian.

—Déjate de tonterías y suéltalo ya. No hay más que mirarte a la cara: tú estás liada con Aidan. Lo que no entiendo es por qué te resistes tanto a admitirlo —dijo Bianca—. La llama *rayito de sol* —informó a sus amigas.

—Joder, esa sí que es buena —se rio Dora.

—Vale, admito que él y yo... Pero nada más. Es una simple coincidencia.

—Ya, coincidencia... ¡Y un cuerno! Ese tío está como un tren, ¿estás segura de que no sientes nada por él? —preguntó Dora.

—¿Por qué?

—Bueno, yo también quiero verle desnudo. Y si a ella no le importa...

—No seas bruta —se rio Bianca.

—No me digas que tú no te has fijado en él, porque no me lo creo —se defendió Dora.

—Vale, sí, pero me parece que no tiene más que ojitos para su *rayito de sol*.

Todas se echaron a reír, incluida Carla. Era imposible luchar contra esas tres.

—La próxima vez le haré una foto con el móvil —sugirió Carla—. Así podréis juzgar por vosotras mismas.

—Buena idea —admitió Dora, y añadió en tono picarón—: Y no escatimes en detalles, que tenemos que comprobar si tiene buen... equipamiento. —Todas volvieron a reírse, excepto Wella. Dora no advirtió la presencia de la niña y siguió a la carga—: A juzgar por tu cara diría que está bien equipado, ¿no?

—Mamá... —interrumpió Edna.

—Vaya por Dios. —Y fulminó a Dora con la mirada—. ¿Qué ocurre, cariño? —Cogió a su hija en brazos.

—Le he dicho a ese chico si quiere ser mi novio. —Edna se rascó la nariz con la manga de su camiseta.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues que como no nos gustan las mismas cosas, no podemos ser novios.

—Eso es porque le gusta Carla —canturreó Dora.

La niña, inmediatamente, se giró hacia la aludida, y Wella volvió a mirar a Dora advirtiéndole en silencio que mantuviera la boca cerrada.

—¿Te gustan los Simpsons? —preguntó Edna a Carla.

—Sí, mucho —respondió sonriendo a la niña—. ¿Por qué? ¿A ti también?

Edna negó con la cabeza.

—Entonces tú si puedes ser su novia, a él le gustan mucho —respondió Edna con su aplastante lógica infantil.

—Ya, bueno...

—Es muy guapo —continuó la niña—. ¿A que sí?

—Cielo, esas cosas son de mayores —dijo Wella a su hija—. Anda, ve a jugar con tu hermano. —La niña obedeció—. Lo siento —se disculpó ante Carla.

—No te preocupes.

—Y ahora acláranos, por favor, si está bien dotado o no, que me muero de ganas por saberlo —insistió Dora.

—Mira que eres pesada —se quejó Wella—. Estás casada, confórmate con lo que tienes, que no es poco.

—Sin comentarios —murmuró Carla sonriendo. Joder con esas tres cotillas... Aunque se sentía hasta orgullosa y, ¡qué narices!, que la envidiaran siempre subía el ánimo.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Bianca sonrojándose.

Wella se dio la vuelta y vio a Kevin protestando ante algo que le decía su hermana.

—¿Qué pasa?

—Mamá, Edna dice que yo no estoy bien dotado.

—Lo que me faltaba por oír...

—Es verdad —aseguró Edna—. Eres un pequeñajo. —Le sacó la lengua a su hermano.

—¡Edna! No le digas eso a tu hermano.

—Voy a decírselo a papá.

El niño se puso en pie y echó a correr, seguido de su hermana, hasta la cocina, en donde se detuvo junto a su padre.

—¡Papá! Edna dice que yo no estoy bien dotado.

—¿Qué? —dijo Matt confundido.

—Ven aquí, Kevin —intervino Ian; el niño obedeció y se acercó a su tío—.

De esto me encargo yo —le dijo al padre y cogió al niño en brazos—. No tienes de qué preocuparte, ¿vale? La genética no falla.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño, confundido.

—Eso quiere decir que todo está perfecto y en su sitio.

Kevin se quedó tranquilo al oír la explicación de su tío. Pero no así Edna, que se acercó a Aidan y llamó su atención.

—Dime —Aidan se inclinó para escuchar a la niña.

—¿Tú estás bien dotado?

Luke se atragantó con la cerveza, Ian empezó a reírse a carcajadas y Matt se llevó las manos a la cabeza ante el descaro de su hija. Aidan, por primera vez en mucho tiempo, no supo dónde meterse.

—Edna, no puedes preguntar eso —dijo su padre.

—¿Por qué? Tía Dora se lo ha preguntado a esa chica morena, ha dicho que quería ver su equipamiento.

—Joder con la tía Dora... —masculló Matt entre dientes mirando a su hermano.

—Responde a la niña, hombre —Luke palmeó la espalda de Aidan.

—¡Yo quiero saber qué es estar bien dotado! —protestó la pequeña haciendo pucheros.

—Que te lo explique tu padre —sugirió Ian.

—Ven aquí —intervino Aidan. La niña se acercó encantada, ser el centro de atención era lo que más le gustaba—. El equipamiento —carraspeó—, está aquí. —Señaló la pequeña cabecita de la niña—. Y aquí. —Señaló su corazón—. Significa que eres buena persona, que quieres a tu familia y que vas a portarte bien.

—Ah... —murmuró Edna no muy satisfecha.

—Así que tú también tienes un buen equipamiento.

—*Vaaale* —canturreó la niña.

—Ven aquí —dijo Ian y la cría fue corriendo junto a su tío—. Quiero que le digas una cosa a tu tía Dora.

—Lo que faltaba... —se quejó Matt.

Ian habló al oído de la niña, que se reía, y asintió con la cabeza. Después echó a correr hacia el salón.

—¡Tía *Dooooora!* —Edna entró corriendo.

—Dime, cariño.

—El tío Ian me ha dicho que te pregunte si esta noche vas a jugar con su equipamiento.

—Edna, ven aquí —ordenó su madre. La niña se pegó más a Dora, mirando a su madre con evidente regocijo.

—No. Además, ese chico ya me ha explicado qué es el equipamiento.

—Déjala. —Dora abrazó a Edna—. Vas a decirle a tu tío Ian que...

—¡Dora! Por favor... —se quejó Wella.

Pero Dora ignoró las protestas de Wella y habló a la niña en voz baja.

—Gracias por ser tan paciente con Edna.

—No importa, tengo una sobrina y sé lo curiosos que son los niños —se justificó Aidan.

—¡Tío Ian! —gritó la niña interrumpiendo de nuevo—. La tía Dora ha dicho que tu equipamiento ya no le gusta y que... —La niña se detuvo, intentando recordar—. Ah, sí, y que prefiere el equipamiento de Aidan.

—Joder, chaval, ahora sí que estás en un buen lío —se guaseó Luke. Todos se echaron a reír, pero Matt recobró enseguida la compostura.

—Dile a tu tía Dora...

—No vas a decirle nada a tu tía Dora —interrumpió Matt y cogió a su hija en brazos. La niña protestó, pues estaba encantada con ser la mensajera.

—Pero la tía Dora está esperando una respuesta —lloriqueó revolviéndose para que su padre la soltara.

—Tu tía es peligrosa —refunfuñó Matt entre dientes.

—¡Papáaaaaaaa! —La niña consiguió bajarse y se echó a correr antes de que su padre la agarrara de nuevo.

Matt miró a su hijo, siempre tan tranquilo, entretenido con un simple papel y unos rotuladores, tan diferente de su melliza.

—Contrólate un poco, joder —le dijo Matt a su hermano—. Y ya de paso controla a tu mujer.

Ian se echó a reír socarronamente; esa noche iba a tener fiesta al llegar a casa.

—¿Todavía te sigue tocando el culo? —preguntó Luke.

—Esa es otra —respondió enfadado.

—Eh, a mí no me mires —dijo rápidamente Ian—. Ya se lo he dicho miles de veces.

—Y tú, ándate con ojo —advirtió Luke a Aidan.

Aidan miró a Ian incómodo, pero a este parecía hacerle gracia que su mujer se dedicara a toquetear el trasero de otros hombres.

—Pues parece que vas a tener que decírselo un vez más, porque debe de estar un poco sorda.

Edna entró de nuevo al salón donde estaban reunidas las mujeres. Con tanto ir y venir debería estar cansada, pero no era así. Se acercó a Carla y la examinó con curiosidad; para ser una cría de cuatro años estaba más espabilada de lo habitual.

Carla empezó a sentirse incómoda, ya que la niña mantenía una expresión interrogante, como esperando a que dijera algo, pero visto lo visto debía andarse con cuidado. Sin embargo, lo que más le preocupaba eran esas tres cotillas que estaban sentadas a su lado.

—¿Ocurre algo? —preguntó Carla al final; no podía aguantar más la mirada escrutadora de la pequeña.

Edna negó con la cabeza y se echó a reír.

—Cariño, ven aquí —intervino Bianca—. ¿Quieres pintar algo conmigo?

A la niña pareció gustarle la sugerencia y fue a por sus pinturas; después, Bianca la subió a su regazo.

—Bueno, entonces ¿hay o no hay intercambio? —sugirió Dora mirando a Carla.

—¿Intercambio? —preguntó Carla sin entender.

—Te presto a Ian esta noche y tú me prestas a Aidan. Un intercambio justo, ¿no?

—¿Me prestas a tu marido?

—Tienes razón, no es justo. Supongo que también debería invitarte a cenar —aseveró alegremente Dora.

—¿Sabe Ian que vas por ahí prestándole? —preguntó Wella—. No creo que le haga mucha gracia, la verdad.

—Y no sé por qué, creo que Aidan no aceptaría —alegó Bianca—. Le ha invitado a la cena de gala de la policía —explicó mirando a todas.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó la aludida.

—Ay, Carla, ¿tú qué crees?

—Entonces parece que va en serio... —reflexionó Wella en voz alta.

—No, no va en serio. Simplemente Aidan necesita una acompañante, y yo soy lo que tiene más a mano.

—Eso no te lo crees ni tú, guapa —interrumpió Bianca—. Los dos años anteriores ha ido solo. Por mucho que lo niegues, tienes loco a Aidan.

—Qué pena... —suspiró Dora.

—Y aunque te hagas la indiferente, tú estás loca por él. Acéptalo.

—¿Eres la novia de Aidan? —preguntó Edna sumándose a la conversación.

—Sí, claro que lo es —respondió Bianca meciéndola—. ¿A que hacen buena pareja?

—No sé... —murmuró la pequeña haciendo una mueca.

—¿Ves? Los niños no mienten —dijo Carla—. ¡Qué pesadas estáis!

—Entonces, ¿hay o no hay tema con la morena? —insistió Ian.

—Lo hay, créeme —contestó Luke por Aidan—, tendrías que verles, aunque sigo opinando que se lo va a comer vivo...

—No parece importarle —murmuró Matt.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Ian.

—Pues que si aquí el chico de oro no se anda con ojo, ella puede dejarle hecho un trapo. No tiene los huevos suficientes para lidiar con una mujer así.

—Vaya, gracias por la confianza —murmuró Aidan molesto.

—No hagas caso a este, va de supermacho y luego se arrastra tras su mujer —sentenció Ian.

—Mira quién habla —se defendió Luke.

—Si el chico quiere quedarse hecho un trapo, ya es mayorcito —apuntó Matt—. Por otro lado, de los aquí presentes el único que no parece controlar a su mujer es mi hermano mayor.

—Me parece que aquí todos tenemos mucho que callar —dijo Luke—, así que concentrémonos en las cartas.

Aidan agradeció en silencio que la conversación tocara a su fin. Anda que tener que ver a esos tres diciéndose lindezas... Estaba claro que tenían la suficiente confianza como para hablar así, de otro modo aquello podría haber terminado muy mal. Todos parecían tomarse con filosofía las críticas.

Luke repartió los naipes, pero la aparente calma no duró mucho, pues Edna interrumpió de nuevo:

—Papá, mamá dice que Aidan es muy guapo, y la tía Dora que quiere jugar con él y que va a dejar que Carla vaya a jugar con tío Ian. La tía Bianca se ha reído.

—Ya veo... —Matt se pasó la mano por el pelo; con una hija así siempre estaba al tanto de los cotilleos.

—Pero también ha dicho que le gustas más tú. —Edna miró a su padre y después a Aidan y se rio.

—Creo que es hora de irse a la cama. —Matt se levantó.

—¡Papáaaa! —protestó la niña.

—Ni papá ni gaitas, a la cama. Y tú también, Kevin. —Él niño se levantó, obediente.

—Quiero que me lleve él. —Edna señaló a Aidan.

—Edna...

—No importa. —Aidan se levantó. La niña, encantada, se acercó a él para que la cogiera en brazos, y siguió a Matt, que llevaba a su hijo.

—Joder, tenías razón... —dijo Ian cuando se quedó a solas con Luke.

—No se le resiste ni una —confirmó Luke. Tras una pausa, añadió—: Veo que andas metido en problemas domésticos.

—¡Qué va! —Ian se rio—. Simplemente me está provocando. Ya la conoces.

—Te lo tomas bastante bien. A mí no me haría ni puta gracia.

—He llegado a la conclusión de que si entro en su juego, el que sale perdiendo soy yo. Si a Dora le hace ilusión fantasear con otros, allá ella. Después, claro está, paga las consecuencias. —Hizo una pausa—. En privado, por supuesto.

—Si tú lo dices...

—¿Nos vamos? —Dora los interrumpió.

—Hola, cariño —saludó Ian como tal cosa—. Me han dicho que esta noche tengo que «entretener» a otra. ¿Tú qué planes tienes?

—Joder... —masculló Luke en voz baja.

—Llegar a casa antes de que la canguro se marche. Después ya se verá.

—Vale —Ian se levantó—. Entonces supongo que nos vamos. —Miró a Luke sonriendo, su expresión podía interpretarse claramente como un «te lo dije». Se situó junto a su esposa y la agarró de la cintura; a ella no pareció molestarle ni lo más mínimo.

—Supongo que nosotros también nos vamos. —Luke se puso en pie.

En ese momento entró Matt, seguido de Aidan, que se sobresaltó ante todos al sentir cómo le palmeaban el trasero.

—*Humm*, sí, Carla tiene razón —murmuró Dora sonriéndole pícaramente.

Este no daba crédito a lo que vio cuando se giró: Dora estaba junto a su

marido y, sin embargo, le había tocado el culo, delante de todos.

—Mira por dónde, ahora pasa de mí —dijo Matt.

—Tranquilo, nene, también tengo algo para ti —ronroneó Dora, pero al llevar a la práctica sus palabras Matt la esquivo hábilmente.

Ian se echó a reír a carcajadas y se despidió de sus amigos llevándose a Dora consigo.

En ese momento entró Wella y se acercó a su marido, seguida de Bianca, que hizo lo propio; Carla se quedó en la puerta.

—¿Os quedáis a cenar? —preguntó Wella a los presentes.

—Me gustaría, pero tengo que pasar por casa de mi madre y recoger a Sarah.

—¿Y vosotros? —Wella se dirigió a Carla y Aidan.

Ellos se miraron sin saber bien qué decir.

—Mejor otro día —respondió finalmente Aidan.

La anfitriona sonrió, comprensiva, y no hizo ningún comentario. Estaba claro que esos dos ocultaban muchas cosas, del mismo modo que acabarían juntos.

Carla recogió su bolso sin decir nada a Aidan y se despidió de los demás dirigiéndose a la puerta. Cuando la abrió, se quedó estupefacta y la cerró de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó Bianca tras ella.

Bianca abrió la puerta e hizo lo mismo: cerró de golpe.

—¿Se puede saber qué hacéis dando portazos a estas horas? —Wella se acercó a la puerta y la abrió—. Joder, ¿no podéis esperar a llegar a casa?

—No —respondió Dora soltándose de Ian.

—Pero mira que sois críos... —dijo Matt haciendo una mueca. Negó con la cabeza y se metió en casa.

Durante el trayecto a casa ni Carla ni Aidan abrieron la boca. Cada uno iba sumido en sus pensamientos.

«Ya es hora de ir buscando otro sitio donde vivir»; esa fue la conclusión a la que llegó cuando se bajó del coche. Su trabajo era una mierda, pero por lo menos la permitiría decantarse por algo económico.

También podía aceptar el ofrecimiento de una compañera de trabajo que buscaba alguien para compartir piso. Vale, de acuerdo, después de tanto tiempo compartir piso era como volver a tener dieciocho años y telarañas en el bolsillo, pero tenía que contemplar esa opción.

Caminó tras él hasta el ascensor y sus pensamientos inmediatamente cambiaron de dirección. Esas brujas tenían razón: le mirase como le mirase, Aidan era una especie de premio gordo de la lotería. Y no solo por lo que estaba viendo, sino por cómo era. Vaya dilema, pero no quería confundir sus sentimientos... Quizás solo estaba agradecida por todo cuanto él estaba haciendo. O, tal vez, simple y llanamente, se estaba dejando arrastrar por el sexo. Corrección, por sexo fabuloso.

Había oído hablar a sus amigas acerca de que el sexo con una persona a la cual te sientes unida intensifica las sensaciones, se establece otro tipo de conexión más allá de la meramente física. Y eso daba que pensar.

Las relaciones de pareja no eran lo suyo, eso lo tenía claro, y siempre procuró distanciarse emocionalmente de sus compañeros de cama, no compartía intimidades propias ni preguntaba por las ajenas. Eso le permitía levantarse tranquilamente por la mañana sabiendo que si por la noche no volvía a ver al hombre de turno, podía seguir adelante sin remordimientos.

¿Podría ahora distanciarse de Aidan?

Lo intentaría con todas sus fuerzas, aunque tuviera que dormir en el sofá.

Lo que ella no podía figurarse era que el chico de oro tenía problemas similares.

Él, además, de «sufrir» las consecuencias de vivir con una mujer que le atormentaba y excitaba a partes iguales, tenía que sobrellevar el asunto del trabajo.

Y estaba implicado hasta las cejas. No solo porque creía firmemente que

un tipejo como ese Hart debía estar entre rejas, a ser posible bien aislado, sino porque era Carla quien, por desgracia, había tenido que sufrir una agresión.

Aunque ella se mostrara siempre fuerte, resuelta y decidida, él sabía que tenía momentos de debilidad, y por inexplicable que pareciera le gustaría estar a su lado y apoyarla en todo.

Otra cosa bien distinta era que ella se lo permitiese.

Le comentó, así de pasada, para que ella no se pusiera a la defensiva, que quería que lo acompañase a la cena anual de la policía. Pero ella, siguiendo su tónica habitual, le había mandado a paseo, eso sí, con una sonrisa y un movimiento de trasero de lo más tentador.

Esa noche hubiera preferido dormir acompañado, y no únicamente por tener uno de esos revolcones desenfrenados que le volvían loco, sino por lo a gusto que se quedaba después, cuando conseguía que ella abandonara su fachada y se mostrase más vulnerable.

Era difícil de conseguir, pero no imposible.

Tras pasar una mala noche soñando despierto, se fue a trabajar.

Nada más llegar se encontró a su superior vociferando y a su compañero con cara de circunstancias.

—¿Por qué está tan alterado? —le preguntó en voz baja a Luke.

—El juez ha admitido el recurso que ha presentado tu querida ex por agresión y brutalidad policial.

—Joder...

—Sí, yo pienso exactamente lo mismo. Hart fue listo y sí pidió atención médica. —Buscó entre los papeles allí apilados sobre su mesa—. Las lesiones no son propias de una detención habitual, por mucho que se resistiese.

—Ella le pateó los huevos, pero bien, además —murmuró Aidan. No sabía si estar orgulloso de ella o sacarla del país.

—Con mujeres así es difícil enfadarse... —reflexionó Luke.

—¿Perdón? ¿Detecto admiración?

—Lo que digo es que siempre es mejor una mujer que se defiende y sabe dar patadas, no una de esas que se ponen a gritar, a agarrarte del brazo suplicando que las salves.

—Vaya... Quién te ha visto y quién te ve.

Luke se encogió de hombros, pero sabía que tenía toda la razón. A pesar de las complicaciones derivadas de su comportamiento, siempre era mejor que una de esas histéricas descontroladas.

—En fin, el caso es que Orson presiente que, en un juicio, Hart podría quedar libre. Especialmente si tiene suerte y le toca un juez de esos que consideran que la falda por encima de la rodilla es una provocación en toda regla —dijo Luke, molesto por la situación.

—Por eso debemos pillar a ese cabrón —sentenció Aidan—. ¿Alguna novedad?

—Mañana sueltan al imbécil de Frank, esperemos que se emborrache para celebrarlo y se vaya de la lengua —aportó su compañero dirigiéndose hacia la puerta—. ¿Nos vamos a detener a los malos o piensas quedarte ahí todo el día?

—Creo que este es el vestido que buscas.

Carla cogió el que le tendía Bianca y lo primero que miró fue la etiqueta del precio.

—Joder, no me puedo gastar esto en un vestido. —Siendo sincera, más bien no quería comprarse un vestido para asistir con Aidan a la maldita cena de gala.

—No seas agarrada —protestó Bianca seleccionando un par de trajes para probárselos—, están con un cincuenta por ciento de descuento, te he visto gastar mucho más en una minifalda.

Bianca se metió en el probador dejándola con la palabra en la boca.

—Vale —refunfuñó—. Me lo probaré. Pero solo para que dejes de darme la lata.

Lo cierto fue que el vestido era precioso, ideal para ella. Elegante sin resultar aburrido ni hacerla parecer veinte años mayor. Ideal para sus zapatos rojos de tacón alto.

Su amiga salió del probador ataviada con un vestido azul marino, de escote recatado.

—¿Qué tal? —preguntó Bianca dando una vuelta para mostrar el conjunto.

—Tienes un buen par de tetas. ¿Por qué no las luces?

—Porque no quiero tener que ir sin sujetador. Y porque... —se mordió el labio— no quiero tener a Luke babeando en mi escote toda la noche.

—Vaya novedad, siempre está babeando a tu alrededor —aseveró con desdén Carla y se metió en el probador con el vestido rojo.

—Sí, claro —dijo picada—, como si a ti no te pasara lo mismo.

—Luke no babea a mi alrededor —canturreó Carla.

—Sabes a qué me refiero, *rayito de sol* —la imitó Bianca.

—Vete a la mierda.

—Sí, sí, lo que tú digas —se guaseó al más puro estilo infantil.

Al final se rindió a la evidencia y acabó comprándose el vestido rojo. Negarse era absurdo, pues le quedaba fenomenal.

Asumir que Bianca había tenido buen ojo al elegirlo no significaba aguantar el aluvión de preguntas y de consejos de su amiga. Sabía que eran con buena intención, pero ella tenía la cabeza demasiado revuelta como para ser coherente.

—Sé que no está siendo fácil para ti —continuó Bianca mientras esperaban a que les sirvieran un café tras una dura jornada de compras—, pero sabes que ellos están haciendo todo lo posible por pillar a ese cabrón.

—¿Y qué pasa si no quiero que hagan nada?

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Te has parado a pensar en que, por ayudarme, ellos se pueden meter en un buen lío?

—*Hummm*, no lo había visto así. Pero ¡es su trabajo! Saben lo que se hacen.

—Ya, pero yo... ¡Joder! Que no me pude contener —reconoció Carla—. La jodí pero bien, además. Tenía que haberme quedado quieta y no dar a ese hijo de puta motivos para denunciarme.

—¿Te quedaste a gusto?

—Sí, pues claro que sí. No veas cómo se retorció...

Bianca estiró las manos para coger las de su amiga y darle un apretón.

Carla sabía que se trataba de un apoyo incondicional.

—Deja que *machomen*, como tú le llamas, y Aidan hagan su trabajo.

—¿Y si después de todo no le condenan? —inquirió.

—Eso te preocupa, ¿verdad?

—¡Claro que sí! ¿Te imaginas la impotencia y la mala leche que sentiría si ese tipejo se va de rositas?

—Por eso te adelantaste y le pegaste.

—Algo es algo.

—Te comprendo, pero tienes que confiar.

Carla no estaba por la labor; quizás se encontraba en un momento en el que sus expectativas siempre estaban a ras de suelo para así no llevarse ningún chasco, pero dudaba seriamente que aquel asunto se resolviera como ella quería.

Unas dos horas más tarde Carla consiguió deshacerse de Bianca; no le había comentado su intención de irse a vivir con una compañera de trabajo, así evitaba el consabido sermón.

Había cedido respecto al vestido. Así, yendo con Aidan a la cena de gala, le pondría a su *relación* una especie de broche final.

Machomen y Aidan estaban sentados en la barra de un bar de carretera siguiendo al amiguito de Hart y esperando a que este se emborrachara lo suficiente como para pillarle fuera de juego.

Una compañera, Ingrid, estaba por allí, vestida para llamar la atención, paseándose delante de Frank esperando, y confiando, en que este se lanzara.

Ingrid se acercó a sus compañeros disimuladamente, se situó entre los dos y pidió una copa al camarero.

—Espero que ese merluzo se decida pronto, tengo los pies molidos con estos tacones —se quejó la policía.

—Tranquila —murmuró Aidan a su lado—, está babeando.

—No te arriesgues —apuntó Luke—, si ves que se pone agresivo...

—Le pateo los huevos —remató Ingrid, molesta con sus compañeros sobreprotectores—. Aunque los tendrá tocados con la paliza que le dio la chica de Aidan, pero...

—Tú a lo tuyo —gruñó. Empezaba a estar cansado de oír la misma cantinela.

—Déjala, supongo que le pasa lo mismo que a todas —explicó Luke.

—Pues sí —confirmó ella—. Nos morimos de envidia.

—¿Por estar conmigo? —inquirió Aidan sonriente.

—¡No seas tonto! —La policía negó con la cabeza—. Por tener la oportunidad de pisotear a tipos como ese.

Luke se rio a carcajadas; por una vez al chico de oro le ponían en su sitio.

Ingrid abandonó a sus compañeros para acercarse prudentemente al baboso de Frank y acabar cuanto antes con aquello.

No tuvo que esperar demasiado, pues diez minutos más tarde él ya le invitaba a una copa y tenía posada la mano en su muslo.

Ingrid hizo un gesto a sus impacientes compañeros para que no interfirieran mientras aguantaba las ganas de escupir al tipo y ponerle las esposas.

Tenía que conseguir que hablase de su jefe, que se desahogase sobre sus

problemas con la justicia y para eso nada mejor que culpar a Hart, dejando claro que él sólo obedecía ciegamente.

Los dos policías permanecían sentados junto a la barra, esperando el momento de poder sacar a Ingrid de allí una vez que Frank soltase la lengua.

Había que reconocer la habilidad de la mujer para aguantar el manoseo del tipo mientras le incitaba a seguir bebiendo.

—Joder... —gruñó Luke al ver cómo este empezaba a hablar a su compañera junto a la oreja. Esperaba que todo quedara registrado.

Aidanapuró su cerveza completamente de acuerdo con el comentario de Luke.

Durante los siguientes veinte minutos, sin perder a su compañera de vista, aguantaron en sus asientos hasta que la vieron despegarse, literalmente, de Frank, y sonriéndole, como si fuera una mujer encantada con las atenciones recibidas, señalarle los aseos.

Frank, *el salido*, asintió satisfecho; pensaba que la tenía en el bote y no le importaba esperar diez minutos a que ella regresara del baño.

Esa era la señal y los dos no tardaron ni un segundo en acercarse hasta ella.

—Pienso quemar este vestido en cuanto lleve a casa. *Puaj*, qué asco de tío —aseveró sacando de su escote el pequeño dispositivo de escucha.

—Sí, vale, lo que tú digas. ¿Lo tienes? —inquirió Luke.

—La duda ofende —se defendió ella.

—Eres un sol —admitió Aidan besándola en la mejilla.

—Espero que esto sirva —dijo Ingrid—. Ahora, si no os importa, invitadme a una copa.

Ninguno de los dos puso objeción alguna.

—Vamos a llegar tarde. —Aidan golpeó la puerta del baño mientras miraba el reloj por enésima vez en la última media hora.

—Vísteme despacio, que tengo prisa —respondió Carla sin abrir la puerta.

—Muy graciosa.

Volvió al salón; dijera lo que dijese, ella iba a salir cuando le diera la real gana.

Veinte minutos más tarde, Carla entró en el salón ya preparada. Él notó su presencia en el acto y se levantó del sofá; cuando la vio casi se cae de la impresión, y se limitó a parpadear ante la mujer que tenía en frente.

—¿Qué pasa? —le preguntó entrecerrando los ojos y cruzándose de brazos —. Venga a meterme prisa y ahora te quedas ahí como un pasmarote —le espetó con las manos en las caderas.

—Vámonos. —Fue lo único que acertó a decir.

Iba a ser una noche muy larga. Si no fuera porque se había comprometido a asistir, la agarraba y se la llevaba al dormitorio. ¡Qué narices! Allí mismo, en el salón.

Carla se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta y Aidan pudo ver su espalda desnuda. Madre del amor hermoso, si por delante el maldito vestido rojo era una tentación, por detrás era todo un desafío... ¿Cómo se las iba a arreglar para apartar las manos de ella? Y lo más preocupante, ¿cómo conseguiría apartar a la legión de moscones que la perseguirían durante toda la velada?

Cielo Santo, era el vestido más provocativo y escandalosamente *sexy* que jamás había visto. De un rojo tan brillante que podía dejarte ciego, tan ajustado que seguramente no llevaba ropa interior. Mierda, no debería haber tenido ese pensamiento. Algo más de lo que preocuparse.

Llegaron al hotel donde se celebraba la gala. Carla descendió primero del vehículo; no le gustaba un pelo todo aquello y, además, durante todo el trayecto Aidan se había mantenido en un inquietante silencio, cosa que la enervó aún más. Nadie tenía derecho a lucir de esa forma el maldito uniforme.

Siempre los había odiado, en especial los de policía, pues le traían

recuerdos de su infancia y juventud, recuerdos de un padre intransigente, dominante y dictatorial, pero a partir del momento en que vio a Aidan vistiéndolo, todas sus malas vivencias se desvanecieron, y en su lugar un sinfín de fantasías cruzaron por su mente, en las que Aidan era el protagonista y el uniforme parte esencial del vestuario.

Respiró hondo para tranquilizarse y esperó pacientemente a la entrada a que él diera las llaves al aparcacoches y se reuniera con ella.

Cuando lo hizo ofreciéndole el brazo se sintió cohibida. Le agarró tímidamente, tropezó con el primer escalón y él la sujetó sin hacer ningún comentario. Carla le miró de reojo y notó que estaba tan descolocado como ella.

Bueno, al menos no era la única...

Nada más entrar en el salón Carla buscó con la mirada a Bianca; necesitaba una cara amiga con la que relajarse. Pero no hubo suerte, pese a que, cogida del brazo de Aidan, recorrió por entero la estancia. Muchos de sus compañeros se acercaron a saludarlos y él la presentó, afortunadamente sin dar explicaciones sobre su relación, cosa que agradeció, al contrario que el gesto constante y posesivo de Aidan, el cual colocó la mano en su espalda. Ese electrizante contacto la estaba matando.

Para su sorpresa, muchos de los ahí reunidos, que sin duda estaban al tanto de la historia, la felicitaron por su comportamiento, hecho que la descolocó incluso más. Lo que no entendía era la especie de gruñidos que soltaba su acompañante cada vez que un compañero mencionaba el incidente, así como su habilidad para pisotear partes nobles masculinas.

Por fin vio a Bianca. La reconoció enseguida, a pesar de estar de espaldas, por su vestido azul oscuro. Junto a ella y también de espaldas, estaba Luke; ambos charlaban alegremente con otra pareja. Cuando este se giró para coger una copa de la bandeja del camarero que pasaba junto a ellos se quedó impactada, pues siempre le había visto vestido de manera informal. Dio un traspies y Aidan, de nuevo atento, la sujetó.

Seguro que parecía la tonta del baile mirando al marido de su amiga con la boca abierta. ¿Debía sentirse mal por excitarse ante Luke?

Mierda... Culpable o no, así era como se sentía. Claro que venir de casa ya excitada no jugaba a su favor... La noche se presentaba muy cuesta arriba.

—¿Estás bien? —susurró su acompañante en la oreja y Carla dio un respingo.

—Sí —murmuró obligándose a caminar.

—¡Por fin habéis llegado! —Bianca los saludó sonriendo.
—Voy a por algo de beber —interrumpió Aidan—, ahora vuelvo.
—Siempre he pensado que el uniforme le queda como un guante —apuntó Bianca mirándolo mientras se alejaba.
—Sí, bueno, como a... —Carla se detuvo a tiempo.
—¿Decías?
—Nada.
—Ya. —Bianca empleó un tono escéptico.
—Os habéis tomado vuestro tiempo para aparecer por aquí —arguyó Luke—. Voy a saludar a unos conocidos. —Besó a su mujer en la mejilla y las dejó a solas.
—No mires, pero creo que el imbécil de Ralph se acerca. —Bianca hizo una mueca.
—¿Quién?
—Ralph Wenston, un compañero de Luke. Es gilipollas.
—Hola, Bianca, te veo muy bien —saludó el hombre cuando llegó hasta ellas.
—Gracias —respondió Bianca con una falsa sonrisa.
—Te he visto con Patts —dijo Ralph mirando a Carla—. ¿Has perdido algún tipo de apuesta? —Se rio de su propia broma.
Carla se tomó su tiempo antes de responder. Le miró de arriba abajo con total descaro; ante estas situaciones sabía defenderse muy bien.
—Y supongo que tú has tenido algún tipo de accidente, ¿no?
—¿Cómo? —preguntó Ralph confundido.
—Lo digo más que nada porque se te ha saltado el *airbag*. —Carla miró su incipiente barriga y Bianca disimuló su risa como pudo.
—Ya veo... Supongo que al estar con Patts se te ha pegado su ridículo sentido del humor —masculló él, ofendido por el comentario.
—Puede ser.
—Toma. —Aidan apareció con dos copas, de las cuales entregó una a Carla—. Hola, Wenston. Creo que te está buscando tu mujer. —Aidan empleó un tono ligero, aunque dejaba traslucir lo poco que le gustaba que un tonto del culo como aquel molestara a Carla. No era ningún secreto su afición por coquetear con todo aquello que llevara faldas; otra cosa bien distinta era que tuviese éxito.
—Sigues siendo tan tocapelotas como siempre —respondió Wenston.
—Gracias. Viniendo de ti es un gran cumplido —replicó Aidan sin

inmutarse.

—Saluda a tu mujer de mi parte —intervino Bianca en tono falsamente amable.

—Tenías razón: es un gilipollas olímpico —aseveró Carla a Bianca cuando Wenston se marchó.

—Voy un momento a saludar a Adele, la esposa de Orson. Si no lo hago, llamaré a mi madre. —Bianca los abandonó.

Se quedaron a solas y en silencio. Él era consciente de las miradas especulativas de sus compañeros con respecto a Carla, lo cual era comprensible: tenía a su lado a una mujer impresionante, vestida de rojo, que le hacía sentirse orgulloso.

Saludó con un ademán a varios de los allí presentes. No quería tener que presentar a Carla a muchos de sus colegas y agradeció que la mayoría solo hicieran un gesto especulativo al mirarla.

De repente sintió cómo Carla le clavaba las uñas en el brazo; sabía que estaba nerviosa, pero no hasta ese punto. La miró y se dio cuenta de que mantenía fija la vista en un punto de sala. Siguió su mirada y vio a un hombre al cual conocía demasiado bien...

Aidan se le pegó aun más como gesto de apoyo.

Reginald Stone se les acercó, con ese aire de superioridad que Carla detestaba. Sabía que podía suceder, pero aun así no estaba preparada para ello. Cuando le vio acercarse se tensó todavía más.

—Buenas noches, papá. —Carla intentó mantener un tono despreocupado.

—Veo que picas muy alto —dijo el padre de Carla en un tono claramente intimidatorio.

—Buenas noches, señor Stone —intervino Aidan manteniéndole la mirada.

—Para ti, Capitán Stone, hijo. No olvidemos las formas. —Después volvió a mirar a Carla—. Pensaba que odiabas estas cosas, son muy diferentes a las fiestas a las que estás acostumbrada...

Carla conocía bien ese tono que siempre usaba su padre. Tomó aire y dio un sorbo a su copa antes de responder:

—Lo mismo digo.

Nada más pronunciar esas palabras, Reginald Stone se tensó visiblemente.

—Por más que lo intentes siempre pareces una fulana, igual que tu madre. No entiendo cómo te han dejado pasar.

—Es mi invitada —apuntó Aidan—. Y como tal, se merece todos los respetos.

—Vaya, vaya... El señorito se hace el valiente defendiendo a mi hija, parece que no eres tan tonto como creía. Si te soy sincero, nunca pensé que llegarías a graduarte en la academia. Si de mí hubiera dependido, puedes estar seguro de que no hubiera sido así. Pero claro, hoy en día dejan a cualquiera ser policía, es una vergüenza.

—¿Has acabado? —preguntó Carla.

—Gracias a usted acabé mi instrucción, y con respecto a quienes están dentro del cuerpo, estoy completamente de acuerdo con usted: cualquiera puede serlo —dijo Aidan mirándole fijamente; no iba a dejar intimidarse.

—Dudo que estés en posición de afirmar tal cosa, hijo. Aunque supongo que la mala influencia de mi hija tiene mucho que ver.

—Y yo supongo que usted... —Aidan habló con desprecio— es tan insensible que no ve más allá de sus narices la clase de persona que es su hija.

—¿Cómo te atreves?

—Teniendo en cuenta su influencia, es todo un milagro que ella sea como es.

—Aidan... —Carla le detuvo apretándole el brazo—. No te esfuerces. No puede evitar estar amargado.

—Eres peor que la zorra de tu madre.

—¿Algún problema? —interrumpió Luke.

—Vaya, otro lumbrera de la policía —exclamó el padre de Carla.

—Señor Stone, si va a seguir por ese camino, es mejor que se vaya —respondió Luke intentando controlarse. Muchos de los presentes ya los estaban mirando.

—Mi hija debe de ser buena de verdad manejando a dos hombres... Me pregunto qué les das.

—Se acabó —intervino Aidan—. Ella no tiene que soportar sus insultos.

—Me limito a exponer la verdad.

—Stone, haga el favor de poner fin a esta lamentable situación —intervino el Capitán Orson—. No es el momento ni el lugar de lavar los trapos sucios.

—Capitán Orson, a usted no le incumbe. Estoy hablando con mi hija.

—No, está dando el espectáculo. Váyase ahora mismo.

Carla no podía soportarlo más. Humillada como sólo podía conseguir hacerlo su padre, se soltó del brazo de Aidan y abandonó la sala. No encontró los lavabos para esconderse, así que optó por la salida de emergencia.

Mientras se escabullía de la sala fue consciente de las miradas de curiosidad de muchos de los allí reunidos. Nunca le había importado ser el

centro de atención y, sin embargo, el motivo por el que lo era ahora resultaba bien distinto. Quizás algunos conocían su parentesco con Reginald Stone, cosa que siempre ella se había esforzado por ocultar, o quizás simplemente algunos curiosos, ávidos de entretenimiento, se percataron de las «bonitas» palabras que su padre le había dedicado.

No debían haberla afectado de tal forma, puesto que no era la primera vez ni sería la última en que las oiría, pero en presencia de Aidan causaban más dolor, la dejaba al descubierto y vulnerable ante él. Más de lo que ella hubiese querido, ya que, sin saber muy bien el porqué, le había revelado más detalles de sí misma que a cualquier otra persona. Lo último que necesitaba era que Aidan se interesase por su familia.

Se sentó sobre las escaleras, esperando que nadie la descubriese y así tener tiempo para recomponerse. Por un instante llegó a pensar en abandonar la fiesta.

Carla levantó la cabeza al oír la puerta de emergencias y notar cómo se filtraba la luz procedente del salón. Genial, ahora alguien pasaría por allí y amablemente preguntaría si necesitaba ayuda... Joder con los buenos samaritanos.

Notó que alguien se sentaba a su lado y no necesitó girar la cabeza para saber de quién se trataba. Su olor era inconfundible.

No buscaba consuelo, maldita sea, prefería romper algo, gritar o cualquier otra cosa. Incluso podía largarse de allí, ir a algún club y hasta emborracharse. Lo que fuera antes que ser compadecida por Aidan. Ser la víctima no iba con ella y, sin embargo, allí estaba, sentada en las escaleras, helándose el trasero.

—Tú dirás. —Aidan habló tras unos minutos callado—. Si quieres, nos vamos, me importa un carajo la fiesta. —Se abstuvo de tocarla por el momento, pues no sabía cómo iba ella a reaccionar.

—No necesito palmaditas en la espalda.

—Lo sé —suspiró él—. Pero no quiero verte salir por la puerta de atrás.

—No tenías por qué defenderme. —Carla se puso en pie y le miró. Entonces, se dio cuenta de algo: quizás no necesitaba romper cosas o gritar, sino que necesitaba a Aidan. Y eso no era bueno. Depender de él no era buena señal. Algo había cambiado.

Este también se puso en pie y se le acercó.

—Déjame decirte una cosa. —Colocó una mano bajo su barbilla para que ella le mirara—. Eres la mujer más fuerte que he conocido en mi vida. No te asustes, te conozco lo suficiente como para saber que odias las sensiblerías. Es solo que quería decírtelo.

Carla se quedó inmóvil, hipnotizada bajo esa mirada penetrante y esa voz suave pero firme, y, sobretodo, bajo su presencia. ¿Cómo conseguía Aidan, con su apariencia de niño guaperas, controlarla de esa forma?

Muy sencillo: porque distaba mucho de ser el niño que muchos pensaban que era. Porque era un hombre con la cabeza bien amueblada, seguro de sí mismo, de tal forma que los comentarios malintencionados no le afectaban. Sabía quién era y podía pasar olímpicamente de tonterías de ese estilo.

De acuerdo, no necesitaba la compasión de nadie, solo necesitaba el calor de Aidan. Difícil de digerir, pero real como la vida misma.

Le rodeó con los brazos, pegándose a él y dejando, por una vez en su vida, que otro ser humano la reconfortase. Sintió en el acto cómo él la envolvía, en silencio. No necesitaba palabras típicas, que de tanto usarse perdían su significado y sonaban a mentira piadosa.

Se estaba exponiendo peligrosamente, lo cual, en esa ocasión le importaba un pimiento. Con Aidan había roto todas sus reglas en lo referente a las relaciones. Por romper una más no necesariamente iba a complicar la situación.

—¿Te he dicho ya lo impresionante que estás vestida de rojo? —susurró en su oído.

—¿Te he dicho ya lo impresionante que estás vestido de uniforme? —respondió ella también en un susurro.

—No puedes decirme eso y seguir pegada a mí sin que yo tome represalias. —La voz de Aidan volvía a sonar con ese tono despreocupado—. Llevo toda la noche intentando controlarme. Así que tú decides: podemos quedarnos, y que conste que para mí será una tortura posponer lo inevitable —mover las caderas para que ella fuera consciente, aunque que ya lo era, de su excitación—, o podemos regresar a la fiesta. Pediré algo con mucho hielo y disimuladamente me iré colocando los cubitos en la entrepierna.

—Pero no podemos permitir que alguien se dé cuenta de que tu uniforme está mojado. —Le mordió suavemente la oreja y él gimió.

—No hagas eso —protestó— y decide ya: ¿fiesta pública o privada?

—Todavía no he bailado contigo. —Se contoneó para torturarle.

—Bruja. —Se apartó de ella y le sonrió—. ¿Vamos? —Le ofreció gentilmente su brazo. Cuando Carla se colocó a su lado, miró por encima del hombro para contemplar toda aquella piel desnuda de su espalda, preguntándose una vez más si podría resistirlo, al mismo tiempo que se quedaba con un detalle importante: un único botón unía el vestido en su cuello, fácil de quitar.

Por lo menos, una buena noticia.

Mientras bailaban, y para evitar pensar en lo que no debía, se dedicó a hacer comentarios graciosos acerca de los que los rodeaban en la pista. Le encantaba que ella volviera a reírse y ver a muchos de sus compañeros muertos de envidia.

Joder, nunca había sido de esos a los que les gustaba restregar por las

narices sus conquistas, pero qué demonios; tener a Carla, en sus brazos, delante de aquella gente, subía la autoestima de cualquier mortal.

Cuando acabó la suave melodía de blues se dirigieron a la mesa que les habían asignado. Por fortuna no había ninguna señal del padre de Carla. En dicha mesa, que compartían con Bianca y Luke, también estaba otra pareja, y Aidan se encargó de las presentaciones.

Durante toda la cena estuvo a su lado, sin atosigarla, ayudándola a meterse en la conversación. Afortunadamente, la otra pareja no hizo ningún comentario sobre el incidente del padre de Carla. Cada vez que se inclinaba o acercaba a ella para compartir algún comentario o broma, notaba cómo iba perdiendo la batalla. Sería una grosería cogerla de la mano y llevársela a rastras hasta el lugar privado más cercano, pero su acompañante tampoco ayudaba, ya que se apoyaba en él, le sonreía, y cuando se le ocurrió posar su mano en el muslo, Aidan ahogó un gemido. Debía de notarse en su cara su estado de inquietud, pues al cruzar la mirada con Luke, este sonrió socarronamente.

Tras los postres decidieron volver al salón principal, y tuvo que acceder de mala gana a que Roger, su compañero de mesa, sacara a Carla a bailar.

Mientras daba un sorbo a su bebida, Luke se acercó a él con la clara necesidad de picarle.

—Qué, ¿cómo va la noche? —preguntó en tono divertido.

—Bastante bien —respondió Aidan sin entrar en juego.

La conversación murió ahí, cuando vieron a Bianca acercarse. Entonces, Aidan intuyó la oportunidad de molestar a Luke.

—¿Bailas? —y ofreció su mano a Bianca sin molestarse en pedirle permiso al marido de ella.

—Por supuesto —respondió encantada aceptando la invitación.

—No te pases —le advirtió Luke, pero su mujer y su compañero ya se alejaban camino a la pista.

—Ahora que no nos oye ese marido que tienes, puedo decir que estás preciosa.

—Muchas gracias —respondió Bianca mientras bailaban. Adoraba a Aidan, eran amigos, así que bien podía aprovechar la ocasión—. Pero siempre me queda una duda: ¿me has sacado a bailar para molestarle, o porque querías bailar conmigo?

—Si te digo que mitad y mitad, ¿te enfadarás?

—Sabes que no. Además, perdería mi principal fuente de información, eres

mi soplón personal. —Ella sonrió y Aidan intuyó por dónde venían los tiros—. Vamos, no pongas esa cara, que Luke no suelta prenda... —Hizo un mohín intentando camelarlo—. Se acerca mi cumpleaños y...

—No sé nada —mintió.

—No me pongas esa cara de niño bueno.

—Es la verdad.

—¿Por qué será que no te creo?

Siguieron bailando, y ambos se percataron de la expresión nada amigable de Luke, que no les quitaba ojo de encima.

Carla agradeció a Roger su amabilidad y le dejó junto a su mujer. No veía a Aidan por ningún lado, así que cruzó el salón y distinguió a Luke. Caminó hasta él y se colocó a su lado.

—Qué pasa, ¿se te ha muerto el canario?

Luke, en vez de responder, señaló con su copa la pista de baile. Carla miró en dicha dirección y entendió en el acto el porqué de esa cara: parecían la pareja perfecta, los dos tan rubios, divirtiéndose. Si no fuera porque conocía a la perfección los sentimientos de su amiga, hubiera dudado hasta ella misma.

—Gracias por lo de antes —le dijo a Luke.

—De nada. Todo el mundo sabe lo hijo de puta que es tu padre.

—Ya, bueno... Todas las familias tienen su leyenda.

—Algunas más que otras.

Desde luego era una conversación de besugos. Ambos mantenían las formas, nada más. Así que cuando Luke se acercó a ella y habló, Carla se atragantó con el champán.

—Sólo te he preguntado si te apetece bailar, por Dios. —Le dio unas palmaditas en la espalda.

Carla le entregó su copa, sorprendida a no poder más. Era lo último que esperaba, ninguno de los dos dejaba pasar la oportunidad para decirse a la cara lo que pensaban el uno del otro. Aunque en el fondo los dos querían a la misma persona, por supuesto de un modo completamente distinto; Bianca era su mejor amiga y, a pesar de lanzar constantes puyas a Luke, reconocía que era el hombre perfecto para ella.

Cuando él le agarró una mano y colocó la otra en su espalda, se sobresaltó. Era la primera vez que se tocaban.

Ninguno dijo nada durante un minuto mientras bailaban.

—Debo reconocer una cosa, aunque si alguna vez lo mencionas, lo negaré rotundamente.

—Sorpréndeme —dijo Luke divertido.

—Eres un buen tipo.

Luke arqueó una ceja.

—Tú tampoco eres tan mala.

Al girar en brazos de Luke pudo ver a Bianca y Aidan, sentados riéndose como viejos amigos. Desde luego, debían de estar tronchándose de la risa al verlos juntos.

—Haces feliz a Bianca y con eso me basta.

—*Hummm*.

—¿*Humm*, qué? —inquirió Luke, suspicaz.

—Te estás ablandando —se rio—. Supongo que el chico de oro te lo ha contagiado.

—¿Ves? Eso me pasa por intentar ser amable —refunfuñó.

—Vale, lo admito. Ya no me caes tan mal como antes —concedió él.

—Vaya, gracias.

—Dos que duermen en el mismo colchón...

—Nunca pensé que te interesaran los cotilleos —le pinchó ella.

—No me interesan en general, pero ver a Aidan pasándolo mal durante la cena tiene su gracia. ¿Hasta dónde piensas llegar con él?

—Eso no es de tu incumbencia. —Hasta a ella le sonó mal aquel tono petulante.

—Sólo pregunto por qué tienes al pobre chico loco por ti. A pesar de lo que pueda parecer, me preocupo por él.

—Pues ahórrate las preocupaciones. Esto me pasa por ser blanda... En cuanto acabe este baile volveré a meterme contigo, y pienso esforzarme en ello.

—Genial... No sé si debería decírtelo, pero cada vez que lo haces me divierto a no poder más. Ya le he dicho a Bianca que sigas.

—A veces eres de lo más petardo.

—Y tú de lo más irritante.

—Vaya, veo que aprecias mis esfuerzos.

—Ahora en serio: sé buena con Aidan o tomaré cartas en el asunto.

—Aidan prefiere que sea mala.

Luke se rio a carcajadas, contagiándola inmediatamente.

—Sabes a lo que me refiero —dijo Luke cuando dejó de reírse.

—Lo intentaré.

Esa respuesta pareció tranquilizar a Luke, quien, a pesar de todo, se estaba

mostrando amable con ella mientras bailaban, cosa que si alguien hubiera dicho que algún día sucedería, seguramente hubiese terminado tronchada de la risa. Pero a Carla esa respuesta no la tranquilizaba, más bien todo lo contrario. Al instante de haber pronunciado ese «lo intentaré», se dio cuenta de que sonaba vulnerable; daba a entender que realmente se interesaba por Aidan y bajo su punto de vista eso no era nada bueno. Ella se conocía lo suficiente como para no poner muy altas sus expectativas, por lo que si los demás creían, erróneamente, que esa «relación» podía prosperar, significaba que no había dejado claras sus intenciones.

—Aidan y yo solo lo pasamos bien juntos, nada más —se vio obligada a aclarar las cosas.

—Ya.

—¿Qué pasa? —Perdió un instante el ritmo al detenerse bruscamente, y Luke dio un tirón para que se moviese y no ser el centro de atención.

—Que no me la pegas, guapa.

La canción terminó y Carla se separó como si tuviera la peste. ¿Qué importaba un numerito más? Pero, al parecer, nadie se fijó en ellos. Caminó en dirección a la mesa donde Aidan y Bianca seguían charlando.

—Tu marido sigue tan imbécil como siempre, que lo sepas. —Se sentó y agarró una copa sin mirar el contenido, dio un trago y la dejó con brusquedad.

—¿Te ha pisado? —preguntó Bianca con una sonrisa de oreja a oreja.

—Afortunadamente, no. Pero tiene la fea costumbre de meterse donde no le llaman. —Se cruzó de brazos con una expresión ceñuda.

—No le hagas ni caso. —Luke se acercó a su mujer y tiró de ella para que se levantara, al parecer aquella noche estaba de buen humor. Los dos se alejaron.

Carla miró de reojo a Aidan, al cual parecían importarle muy poco las intromisiones, estaba segura de que ambos compartían confidencias. Parecía tranquilo y no perdía su irresistible sonrisa. Maldita sea, ¿cómo podía luchar contra eso? Él debió de darse cuenta de que estaba siendo observado y se giró, ya que le guiñó un ojo de forma cómplice. Para su asombro, en vez de enfadarse le correspondió con una sonrisa. ¿Estaba loca?

Joder. Sí, claro que lo estaba. No se encontraban en un local nocturno donde una mirada, un gesto o cualquier otra expresión corporal podía interpretarse como un intento de ligar con un desconocido. Aidan no era ningún desconocido y allí estaba ella, correspondiendo como una tonta.

—¿Nos vamos? —preguntó de repente Carla.

Él arqueó una ceja ante ese tono imperativo.

—Como quieras. —Se tomó su tiempo para levantarse, sin dejar de comérsela con los ojos, y ella tembló ante esa mirada.

El viaje en coche de vuelta a casa fue relámpago. Carla podía tener un millón de dudas en la cabeza, pero podía apostar lo poco que tenía a que esa noche iba a dejarlas a un lado; ya pensaría por la mañana. Aidan estaba allí, disponible, y por el momento era lo único en lo que debía pensar. Al cuerno con las repercusiones.

Nada más cerrarse la puerta, Aidan la rodeó con los brazos, no de forma precisamente cariñosa, más bien con ímpetu, y la empujó contra la pared apretándola con su cuerpo. La obligó a levantar los brazos por encima de la cabeza y la mordió en el cierre del vestido. Toda la noche había querido hacer eso.

—No te resistas —dijo con voz baja, insinuante y un pelín autoritaria.

Carla se aguantó la risa ante ese tono intimidatorio de Aidan y movió el trasero hacia atrás, presionando hábilmente contra su erección. Vale, si él quería jugar duro, ella opondría la resistencia adecuada. No iba a ser una sumisa así como así.

—Estoy metida en un buen lío, ¿no? —fingió sentirse intimidada.

—Pues sí —gruñó él—. Separa las piernas. —Ella no obedeció precisamente, sino que se limitó a separarlas apenas unos centímetros. Aidan tomó cartas en el asunto y tratándola como a una vulgar criminal metió el pie para colocarla como él quería—. Las manos donde yo pueda verlas.

Carla casi se atraganta con la risa.

—Yo no he hecho nada —le siguió el juego.

Le dio un buen cachete en el culo a modo correctivo y presionó después su espalda para que quedara bien pegada a la pared. Carla jadeó al notar la rugosidad de la pared, que rozaba sus tiosos pezones.

—Has estado toda la noche provocándome...

—¿Yo? —preguntó como si la cosa no fuera con ella.

—No te hagas la tonta. —Con habilidad desabrochó el único botón que cerraba el vestido a la altura del cuello—. Y ahora vas a pagar las consecuencias. —Con fuerza le bajó los brazos para poder deslizar el vestido; cuando lo consiguió volvió a colocárselos por encima de la cabeza.

—*Jodeeeeer* —jadeó ella; ahora ya no había tela que protegiera sus

sensibilizados pezones.

—Lo tienes bien merecido. —Siguió bajando el vestido y al llegar a las caderas confirmó un detalle que había estado sospechando desde que pusieran rumbo a la cena: no había rastro de ropa interior—. ¿Has estado bailando sin bragas? —Por un momento abandonó el tono policial—. ¿Delante de todos?

—Con este vestido no puedo llevar nada, se marcaría —su justificación iba cargada de sarcasmo.

—Ahora sí que estás metida en un buen lío...

Aidan recuperó su tono policial y se abrió la chaqueta con una mano mientras que con la otra seguía empujándola. Necesitaba quitarse cuanto más ropa posible, unir su piel desnuda a la de ella, la chaqueta y la camisa eran una barrera insoportable.

Carla giró el cuello para ver qué estaba haciendo.

—¡No! —chilló.

—¿Qué pasa? —Aidan se detuvo en el acto; quizás se estaba pasando un poco.

—No te quites el uniforme —le pidió ella.

—Joder...

—Si vamos a hacerlo, lo haremos bien —sugirió.

Aidan sonrió fugazmente y recobró la postura antes de continuar.

—Como quieras, pero que conste que lo has pedido tú.

—¡Pues claro que lo pido yo! —protestó—. Tú también te has pasado toda la noche pavoneándote delante de mí. Si hubiese llevado bragas, estarían empapadas.

—¿Y por qué no he sido informado de este hecho? —inquirió molesto.

—Te lo digo ahora.

—Vale de cháchara. Por una vez vas a hacer lo que yo quiera.

—¿Y qué quieres? —ronroneó ella—. Para tu información, estoy más que preparada, y si sigues empujándome contra la pared mis pezones empezarán a protestar con tanta fricción.

Aidan gimió al oír esas palabras. La imaginación se le disparó.

—¿Cómo están de sensibles? —No esperó la respuesta, sino que los buscó con su mano. Los apretó, suave al principio, pero al comprobar que a Carla la gustaba presionó con más fuerza.

—Más... —Bajó sus manos sin permiso; aunque fuera difícil en esa postura quería llegar a su bragueta, ahí había mucho tema que explorar.

—Quieta. —Él se echó un poco hacia atrás—. Lo tendrás cuando yo diga.

—Si seguimos así, nos van a dar las uvas —protestó ella. Le quería ya, ahora, sin pérdida de tiempo—. Aidan, o te pones las pilas o... O...

Recibió un buen cachete en el culo por meterle prisa.

—¿O qué?

—Me vengaré, lo juro.

—No lo dudo. —Él empezó a desabrocharse los pantalones—. Inclina ese precioso culo hacia mí —ordenó. Liberó su polla y empezó a frotarse contra ella—. ¿Esto es lo que quieres?

—¡Sí! —chilló.

—¿Y qué me darás a cambio?

—Una buena hostia como sigas jugando conmigo.

Aidan, para su desesperación, tuvo el descaro de reírse.

—Ay, cariño, cuando te pones así...

Ella notó cómo presionaba, por fin... Suspiró en silencio, pero para su disgusto él se retiró.

—¡Aidan!

Él no hizo caso de sus súplicas. Se entretuvo cuanto quiso, restregando su polla, haciendo amago de penetrarla pero sin llegar a hacerlo.

—Estás tan mojada... No sé..., quizás deberíamos tomarlo con más calma. —Eso sí que era un farol.

—Te mato, voy a envenenarte el café. —Empujó con fuerza hacia atrás intentando que él la penetrara, pero como no lo consiguió, bajó su mano y empezó a acariciarse a sí misma, buscando su orgasmo.

—Ni lo sueñes —Aidan la detuvo en el acto—. Vas a correrte con mi polla.

—¡Pues métemela!

—Cómo me gusta que me digas esas cosas... *Mmmm*, me pone cachondo.

—Joder, Aidan, te estás pasando. —Utilizó un tono más zalamero.

Él se puso de nuevo en posición para penetrarla, y no obtuvo ninguna resistencia cuando depositó las manos en sus caderas para colocarla. Antes de entrar en ella acarició la separación de sus nalgas, presionando con un dedo su ano, haciéndola saltar.

—Me encanta cómo respondes —dijo en voz baja junto a su oreja—. No he conocido una mujer tan receptiva en mi vida. —Y la penetró de un solo empujón.

—Gracias... —murmuró ella.

—De nada. Siempre a tu servicio.

Ella quiso partirle la cara. Joder con los tópicos, pero... funcionaban. Joder si funcionaban.

—Y ahora..., ¡muévete!

Aidan lo hizo, más que por cumplir una orden, porque él mismo lo necesitaba. Con embestidas potentes, sin rastro de delicadeza. ¡Dios! Adoraba a esa mujer, con ella podía dar rienda suelta a cualquier fantasía, no importaba la que fuera, que ella respondía, sin tapujos, a sus demandas. Era perfecta para él. En muchas ocasiones había reprimido sus instintos por miedo a que le tildaran de perverso, o algo peor. Con Carla no era necesario, pues ella iba por delante en eso de las perversiones sexuales. Estaba seguro de que aún no habían cubierto ni la mitad de las imaginativas ideas que le rondaban por la cabeza.

Un futuro prometedor...

Con cada fuerte empujón Carla jadeaba, pidiendo más, retándole, y él no quería que ella pensara que no podía. Le hubiera gustado deshacerse de la ropa, pero a ella parecía excitarla aún más que llevara el traje de gala.

—Córrete —gruñó él en su oreja—. ¡Hazlo! —Levantó sus brazos uniendo las manos a las de ella y pegándose a su espalda.

—Estoy en ello —jadeó—. Sigue..., sigue... ¡Oh, Dios! —La presión era exquisita, por un lado sus pezones se frotaban contra la pared y por otro lado Aidan la marcaba con los botones de su camisa.

—Vas a acabar conmigo. —Sin duda, era una forma excitante de palmarla—. Cada vez que follamos me quemas.

—Pues... aún puedo hacerlo mejor.

—¿Ah, sí? Me gustaría verlo. —La mordió con fuerza en el cuello, y al instante ella gritó, pero no de dolor.

Fue consciente de cómo se corría, lo que lo llevó también al clímax.

—Aidan... —susurró ella buscando aliento. Él no parecía oírla, pues mantenía la presión con todo su cuerpo, la agarraba fuertemente de la mano y jadeaba en su oreja.

Se dio cuenta de que en esa posición ella no podía respirar bien, así que aflojó las manos liberándola y se echó hacia atrás, perdiendo el dulce y abrasador calor de su coño. Cayó de rodillas tras ella al enredarse con sus pantalones arrugados en los tobillos. Desde luego, con una mujer como Carla siempre podía pasarle cualquier cosa.

Levantó la vista al ver cómo ella se daba la vuelta. ¡Joder, que paisaje!

Ella le despeinó como si fuera un niño pequeño en un gesto condescendiente, pero no se sintió ofendido, todo lo contrario: viniendo de Carla resultaba un gesto afectuoso. Le sonrió y la besó en el pubis, deleitándose con la suavidad de su piel y percibiendo el olor del sexo.

—¿Voy a buscar la bombona de oxígeno? —preguntó ella al cabo de unos minutos. Habló en un tono suave, muy alejado de su sorna habitual.

—Muy graciosa. —La soltó para poder incorporarse, intentando no parecer torpe mientras se arreglaba la ropa.

—Ya, bueno... —Miró con interés cómo él se colocaba los pantalones. Bostezó y cogió su vestido—. Creo que es hora de ir a la cama.

—Me parece bien.

—A dormir —le aclaró ella sin estar tampoco convencida.

—Tú ve a la cama. —Se inclinó para besarla fugazmente—. Y ya veremos. ¿No te parece?

—No puedo más —se quejó Carla empujándole para que se echara a un lado.

Aidan se había salido con la suya. Nada más llegar al dormitorio, se desnudó y se abalanzó sobre ella. Por supuesto, Carla ofreció resistencia, aunque sabía perfectamente que solo se trataba de un juego, una forma de llevar a cabo los preliminares.

—Nunca pensé que dirías eso —dijo él risueño colocándose de costado para mirarla. Ella fruncía el ceño y eso a él le encantaba—, creí que tenías más aguante —se burló mirando el reloj.

—Ja, ja, ja, mira cómo me río. —Le dio la espalda—. Buenas noches.

—Si necesitas descansar, lo comprendo —siguió pinchándola. Ella gruñó y él se echó a reír—. Pero qué susceptible eres, cariño... —Se acercó a ella abrazándola—. Vale, yo también necesito reponer fuerzas. —Así era, pero tenerla entre sus brazos parecía revitalizarle.

Ella permanecía en silencio, reflexionando. Sabía perfectamente que, pese al maratón sexual de esa noche, no iba a dormirse rápidamente. Había tomado una decisión y no sabía cómo hablar con él. Reconocer que Aidan no era uno más resultaba complicado, y chocaba de frente con su forma de pensar.

¿Eso era estar enamorada?

Noooo, por Dios, a ella no le pasaban esas cosas... ¿Afecto? Sí. ¿Cariño?

También, pero no amor, de ninguna manera. Ella no iba a convertirse en la tonta enamorada que babea por un hombre. No y mil veces no; ni de lejos iba a sufrir. No terminaría embobada como sus amigas. Ella disfrutaba con los hombres, se divertía, pero jamás pasaba de ahí.

—Estás echando humo de tanto pensar —dijo Aidan en voz baja.

—No te metas donde no te llaman —respondió arisca.

—Es por lo que dijo tu padre, ¿no? —Notó cómo se tensaba; la entendía, pero de igual modo quería saber algo más de su pasado, pues las acusaciones de Reginald Stone eran demasiado fuertes como para pasarlas por alto.

—No sigas por ahí —le advirtió.

—Carla, cariño...

—No me llames cariño.

—Te llamo como me da la gana. —Y para mortificarla, añadió—: Rayito de sol.

Ella se giró bruscamente. Vaya con el modosito...

—No pienso hablar de mi familia contigo ni con nadie. ¿Entendido?

—¿Qué pasó con tu madre?

—¿Es que no me has oído? —Le empujó para soltarse y abandonar la cama, pero él, como siempre, reaccionó con rapidez y la abrazó negándose a soltarla.

—Cálmate, por favor.

—No quiero hablar de ello —dijo con la voz amortiguada contra el pecho de Aidan.

—¿Por qué? —inquirió en tono suave.

Sus caricias eran calmantes y ella le odiaba por eso. Aquel hombre tenía el poder de hacer que olvidara sus principios. Pero se sentía tan bien...

—¿Por qué? —insistió él.

—Nos abandonó, ¿vale?

—Ay, joder... Lo siento. —La besó en la frente y empezó a peinarla con los dedos. Ella parecía relajarse, así que continuó hablando—: ¿Cuántos años tenías? —Sin duda, eso explicaría la forma de ser de Carla, y a él, como tonto enamorado, le interesaba. Como seguía en silencio, lo intentó de nuevo—: Carla, habla conmigo, por favor —pidió en voz baja.

—Doce —respondió al cabo de unos segundos—. Tenía doce años. ¿Contento?

—Debió de ser duro —reflexionó en voz alta—. Y por lo que veo, tu padre no la perdonó.

—No. Y nunca lo hará. Ella hizo lo que tenía que hacer.

Aidan vio por primera vez la vulnerabilidad de aquella mujer, y estaba a dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, incluyendo dar una paliza al cabrón de su padre.

—Supongo que él se volvió entonces un hijo de puta despiadado.

—No, ya era así antes de que mi madre se marchara. Le amarga la vida a cualquiera.

—¿Y cómo es que se casó con él?

—Mi madre... —Estaba a punto de llorar—. Ella no estaba bien, tenía problemas de aprendizaje, su coeficiente intelectual era el mínimo. Mi padre fue el primer hombre que la invitó a salir, y con veinticinco años aún no la dejaban salir sola de casa, así que se escapó. Se quedó embarazada y mis abuelos la obligaron a casarse. Son ultraconservadores, imagínate el escándalo. Al principio ella estaba ilusionada, pero mi padre se encargó de anularla.

—¿La maltrataba?

—Físicamente, no, simplemente la obviaba, ella no podía ir ni al banco sin su aprobación. Nadie se atrevía a discutir con mi padre, ante los demás era el marido perfecto, pero en casa las cosas no iban bien. Supongo que en un ataque de rebeldía decidió marcharse.

—¿Y tu padre no la buscó?

Ella negó con la cabeza.

—Mintió a todo el mundo diciéndoles que estaba enferma y necesitaba reposo. Por supuesto, nos culpaba a mi hermano y a mí y la pagó con nosotros.

—Joder. Vaya panorama.

—Mi hermano aprendió antes a no discutir, aceptaba sin rechistar, yo tardé un poco más. A los dieciséis me di cuenta de que mi padre podría hacer cuanto quisiera. Era policía, nadie iba a meterse en casa para ver lo que pasaba, así que empecé a comportarme como él quería, esperando a cumplir los dieciocho para poder largarme.

—¿Y la familia de tu madre?

—Prefirió guardar las apariencias.

Aidan notó en el acto la amargura que encerraban esas palabras y en ese mismo momento deseó, como nunca antes, poder reconfortarla, abrazarla, besarla y no dejarla escapar nunca. Del mismo modo sabía que a ella no iba a gustarle nada inspirar lástima.

No era de extrañar su comportamiento reservado respecto a su vida, prefería mostrarse frívola; una forma como otra cualquiera de esconderse.

Representaba un gran avance que ella confiara en él.

—Aidan, ni se te ocurra compadecerme —le advirtió.

Él sonrió.

—Haré lo que me dé la real gana, pero eso no te lo prometo. —Aproveché las circunstancias para besarla—. ¿Qué hiciste a los dieciocho?

—Coger mis cosas y desaparecer. —Se encogió de hombros fingiendo indiferencia—. ¿Qué otra opción tenía?

—Pero... Joder, no sé... ¿Tenías dinero? ¿Amigos? —Hizo una pausa antes de preguntar de nuevo—: ¿Novio?

—¿Novio? —se burló ella—. Nadie quería salir con la hija de un *poli*.

—¿Entonces?

—Me había buscado un trabajo, en un restaurante, y un compañero me alquiló una habitación. —Eso no pareció gustarle a Aidan—. Oye, no es lo que piensas —se apresuró ella a decir—. Mario era un amigo, y sí, mantuvimos una relación. Fue amable conmigo, pero nos dimos cuenta de que no funcionábamos como pareja.

—Ahora entiendo por qué se te da tan bien la cocina.

—Entre otras cosas...

—¿Y después?

Él no dejaba de acariciarla y tuvo la tentación de apartarle de un manotazo, por mostrarse excesivamente cariñoso. Pudiera ser la falta de costumbre, pero debía intentar relajarse. Al fin y al cabo, no se estaba tan mal.

—Estuve unos años dando tumbos, pero me divertí bastante. Se podría decir que recuperé el tiempo perdido. No pongas esa cara, me gustaría haberte visto a ti a los veintipocos.

—Estaba en la universidad.

—Pues yo no, trabajaba lo justo para vivir. Hasta que conocí a Eddie. A pesar de no tener estudios, me consiguió un trabajo como administrativa. Prefería tenerme ocupada y así evitar que su mujer se enterara. A mí me traía sin cuidado, aproveché la oportunidad: un buen sueldo y a tu amante cerca. A los dos nos venía bien el acuerdo.

—Supongo que sí —contestó él no muy convencido. Pese a que hablaba con tranquilidad, él se sentía mal por ella.

—Buscando un piso para compartir conocí a Bianca. Enseguida conectamos y lo pasábamos bien, ella estudiosa y tímida y yo loca como una

cabra. Una simbiosis perfecta.

—Rayito de sol, ven aquí. —La abrazó con fuerza, haciendo que se colocara encima; con cariño le echó el pelo hacia atrás. Fue precavido y la sujetó antes de continuar—. Vas a tener que oírlo. —Ella le miró con los ojos entrecerrados, desconfiada hasta la médula—. Carla, te quiero. Y antes de que digas algo, déjame repetirlo: te quiero. Eres increíble y no puedes hacer nada por impedirlo.

—Aidan...

—Puedes negar la evidencia, no voy a echarme para atrás. —La mejor forma de sellar sus palabras era besándola, y lo hizo, con contundencia, con decisión, hasta que ella se convenciera. Iba en serio y tenía que entenderlo y aceptarlo.

Carla correspondió contoneándose encima de él, y en respuesta su pene medio erecto se endureció del todo. Madre mía, si ella algún día llegaba a ser consciente de lo mucho que le afectaba, estaba perdido...

Mejor dicho, ya lo estaba.

La cosa se estaba poniendo interesante. Carla, como siempre, respondía sin timidez, y se fue colocando para que él pudiera penetrarla. Aún estaba húmeda, consecuencia tanto de la excitación del momento como de las dos rondas anteriores. Entró en ella con facilidad; todavía le sorprendía su calidez, no podía estar mejor.

Ella no quería oír más palabras, tampoco las necesitaba, y aun así reconoció en silencio que era bonito. No iba a convertirse en una tonta enamorada, por supuesto, pero la devoción que él mostraba había llegado a su endurecido, y hasta ahora, resguardado corazón. Que otra persona le dijera «te quiero» no era una novedad para ella, ya lo había oído antes; la diferencia radicaba en la mirada serena, emocionada y azul de Aidan.

Como siempre, no cedió el control. Le sujetó los brazos por encima de la cabeza y apoyó todo su cuerpo para contrarrestar la fuerza de él, quien hizo una mueca perversa.

—Debería haber traído unas cuerdas —le susurró antes de morderle el labio.

Y lo peor de todo, era que lo hubiese consentido, pensó él.

En respuesta embistió con fuerza, levantándola, y a ella no la quedó más remedio que ceder para no caerse.

—Gilipollas —murmuró.

—Bruja —gruñó él. Y embistió de nuevo.

—Cabronazo. —Ella apretó sus músculos internos exprimiéndole.

—Hazlo otra vez —jadeó Aidan.

—Vale —accedió y sonrió.

Y siguió moviéndose encima de él, una y otra vez. Aidan la agarró del pelo; ella le clavó las uñas en el pecho; él la azotó en el trasero, dos veces para ser exactos; ella bajó la mano hasta agarrarle los testículos; Aidan le pellizcó un pezón.

—¿Te rindes?

—Jamás. ¿Y tú?

—Cuando te corras. —Con un movimiento que la sorprendió consiguió girarse para colocarla debajo. Posicionó las manos bajo su trasero para penetrarla con fuerza, sin dar tregua, creando una fricción insoportable.

—Aidan... tienes... la... polla... más...

—¿Sí? —preguntó sin disminuir su ritmo.

—¡Increíble! —chilló antes de perder el sentido y correrse.

—Gracias. Siempre es... bueno saberlo —acertó a decir antes de eyacular.

No quería moverse. Joder, qué bien se estaba así... Se incorporó sobre sus brazos para mirar a Carla. Era, en una sola palabra, preciosa.

Despeinada, sudorosa, levemente sonrojada por el esfuerzo, pero encantadora.

Sin salir de ella, pues si de él dependiera lo alargaría lo máximo posible, ella le dijo:

—Aparta —susurró.

—Te quiero. —Y meneó un poco las caderas—. Por una vez en la vida sabrás lo que te conviene y no dirás nada. —Ella abrió la boca pero él la besó. Intentó de nuevo hablar, y de nuevo fue silenciada—. Calladita estás muy guapa.

Puesto que no iba a dejarle hablar le dijo, con la mirada, lo que pensaba de su actitud dominante, y él como un tonto sonrió.

Aidan rodó a un lado, liberándola de su peso pero no de sus brazos. Ella podía refunfuñar cuanto quisiera, pues estaba seguro de que solo trataba de seguir en su papel aunque sus gestos la contradecían, pues ya no trataba de apartarse.

Se quedó pensativa, mirando el techo. Aidan pensaba que mandaba. ¡Ja! Si no se había levantado inmediatamente era porque... Porque se estaba bien así, no solo satisfecha sexualmente. Relajada, somnolienta... En resumidas cuentas, a gusto.

¿Y por qué no?

Al oír ese «te quiero» no había sentido ese pavor que esperaba, todo lo contrario. Le hubiese gustado responderle del mismo modo.

Quizás había llegado su hora, torres más altas habían caído. Pese a ser siempre pragmática, la posibilidad de que le sucediera a ella lo que a sus amigas estaba ahí, negarlo sería de necios. Ahora bien, eso planteaba inmediatamente otra pregunta: ¿cuáles eran realmente sus sentimientos? Ciertamente que nunca antes se había visto en una encrucijada así...

—¿Cómo se llama tu madre?

Carla dio un respingo al oír la voz de Aidan. Se suponía que los hombres se quedaban fritos después de follar, aunque al parecer este tenía cuerda para rato.

—Louise —respondió en voz baja. Pronunciar el nombre de su madre era algo que no había hecho en mucho tiempo.

—¿Has vuelto a verla?

—¿Y a ti qué te importa?

—Carla, por si aún no te has dado cuenta, me importa, y mucho, todo lo que a ti se refiere. —Aidan parecía cansado de su actitud defensiva.

—Sí, fui a verla hace tres años —concedió ella—, vive en Roma.

—¿En Roma?

—Mi madre era, es, una apasionada de Italia, siempre hablaba de ir allí. Conoció a un guía turístico, Marcelo, y vive con él. —Se giró para mirarla a la cara, él mostraba su interés, no dejaba de acariciarla—. La vi feliz —dijo al cabo de unos minutos—, muy diferente a como yo la recordaba. Pese a que su marcha nos dejó solos a mi hermano y a mí bajo la amargura de mi padre, no pude culparla. Ahora tiene su vida, me explicó su versión de la historia, el miedo constante en el que vivía junto a mi padre, cómo se sentía totalmente un cero a la izquierda y cómo sufrió al abandonarnos.

—¿Y tu hermano?

—Sebastian no la ha perdonado, se niega a hablar con ella. Yo no puedo hacer eso, antes que madre y esposa es una mujer y un ser humano, era su vida y eligió vivir. —Contuvo las lágrimas y buscó algo alegre que decir—. Marcelo es un buen tipo, la quiere y la cuida, y antes de que lo preguntes, no es el típico italiano. —Sonrió—. Ni viste a la última ni engatusa a las mujeres, pero es educado, amable y cariñoso. Adora a mi madre y eso es lo que importa.

Y Aidan, con aire soñador, afirmó antes de dejarse mecer por el sopor:

—Me gustaría conocerlos.

—Joder, joder, joder...

Aidan abrió un ojo. Era de día y alguien estaba trasteando por la casa de mal humor. No le dio importancia y se estiró en la cama; sabía que estaba solo, pero, aunque le hubiera gustado aprovechar su erección matutina, no podía quejarse. Bueno, un poco sí. A juzgar por cómo la tenía de dura era todo un desperdicio. Se rascó el estómago pensando si era buena idea sorprenderla dondequiera que estuviese.

Ya le había advertido a Carla, en más de una ocasión si la memoria no le fallaba, que le gustaba despertarse con la mujer a la que se follaba por la noche, pero tampoco le iba a dar mayor importancia puesto que ella no andaba lejos.

Se oían ruidos procedentes de la otra habitación seguidos de palabrotas. Vaya, Carla no tenía un buen día... Ya se encargaría él de arreglarlo.

Apartó la arrugada sábana a un lado, más que nada porque la tenía arremolinada en los pies, y se bajó de la cama. Buscó con la mirada algo que ponerse, pero no encontró nada. Sonrió; Carla debía de haber recogido toda la ropa. Abrió el armario y sacó unos pantalones de deporte.

Cuando salió del dormitorio no la vio, así que se fue al baño, no podía ignorar la llamada de la naturaleza. Una vez allí aprovechó para darse una ducha. Al terminar se enrolló una toalla en las caderas y reconoció que contar con una mujer en casa tenía sus ventajas: siempre estaba todo a punto, ordenado, y el uso del suavizante en la colada ya no era una leyenda urbana.

Si al entrar en la cocina encontraba café recién hecho, la felicidad sería completa.

«Al parecer, Dios existe», pensó dando el primer sorbo.

Carla seguía sin aparecer. ¿Qué cojones estaba haciendo? Oía abrir y cerrar puertas, pasos interminables... No le quedó más remedio que averiguarlo.

La encontró en la habitación de invitados, que ahora parecía más grande sin la cama. Se apoyó contra el marco y observó.

Carla había sacado sus cosas del armario. Tenía ropa, zapatos y demás pertenencias amontonadas en el suelo. Eso parecía inofensivo, lo que no le gustó fue que una gran maleta estuviera casi llena junto a dos grandes bolsas

de deporte.

—¿Nos vamos de viaje o simplemente reorganizas tu ropa?

Ella le miró un instante y siguió con su tarea. Intentaba ignorarle, pero ¿cómo iba a hacerlo, allí parado, con tan solo una toalla como atuendo?

—¿Hoy no tienes que perseguir a los malos?

—Pues no. —Se incorporó para acercarse a ella—. ¿Necesitas ayuda? —Mantuvo un tono sereno, pues aunque en su interior sonaba una alarma no quería precipitarse.

—No, gracias... Mierda, no sé dónde voy a poner todo esto —dijo ella sacando varias prendas más y mirando la maleta.

—¿Vas a decirme qué haces o tengo que adivinarlo?

—Recojo mi ropa.

—¿Para?

Ella se detuvo un momento; ahora llegaba la hora de la verdad.

—Me marcho —disparó a bocajarro. ¿Para qué adornarlo?

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Jennifer, una compañera de trabajo, me ha ofrecido compartir su casa, así que voy a aprovechar este fin de semana para llevar mis cosas.

—¿Y puede saberse por qué, perdona mi curiosidad, te marchas?

—Muy simple: aquí estoy de prestado, ¿me equivoco? No me has dejado pagarte un alquiler, ni compartir gastos, y yo no soy una mantenida.

—Nadie ha dicho que lo fueras, y no creo que te haya hecho sentir así.

—Mira, Aidan, no vamos a empezar a darle vueltas a algo que probablemente nos conduzca a decir cosas desagradables. Has sido generoso conmigo, pero sabes tan bien como yo que esto era algo temporal.

—Ya, claro, lo entiendo. —La voz de Aidan traslucía su incipiente enfado—. Y tú me has recompensado esa generosidad follando conmigo, ¿no?

—No sigas por ahí. —Carla dejó sus pertenencias y se puso frente a él.

—Pues explícamelo, porque debo de ser un poco corto de entendederas. ¿Alguna vez te he echado en cara que vivieses aquí? ¿Te he molestado? ¿Te he obligado a hacer algo?

—No.

—Pues entonces no sé a qué viene esto —señaló las maletas—. Quiero que te quedes.

—No.

—¿Mi opinión no cuenta?

—Sabes de sobra que no es eso, Aidan. Me caes genial, has demostrado que eres un tío en el que se puede confiar, pero...

—¿Pero qué? —Dio un paso atrás; no quería estar cerca de ella y perder los papeles, pues la tentación de agarrarla y hacerle entrar en razón era muy fuerte.

—Simplemente, déjalo estar, ¿vale?

—Anoche no significó nada para ti, por lo que veo.

—Anoche los dos estábamos confundidos.

—Eso lo dirás por ti, yo sé muy bien con quién estaba y lo que hacía — insistió él.

—Así no vamos a llegar a ningún lado, no me apetece discutir contigo.

—Y aun así me dejas plantado.

—No te dejo plantado, simplemente hago lo que tengo que hacer —se desesperó Carla—. Aidan, ponte en mi lugar por un momento, ¿vale? No tengo nada, mi trabajo es una mierda, no quiero depender de nadie y la única forma que tengo de empezar a organizar mi vida es asegurándome de que yo tomo las decisiones, que puedo ser independiente.

—¿Y eso qué cojones tiene que ver con nosotros? Aquí nadie va a impedírtelo, nadie amenaza tu independencia. Deja de decir chorradas.

—No son chorradas —se defendió ella. No quería hacerle daño y estaba evitando de forma deliberada tocar el tema verdaderamente importante, pero si él no se rendía, no quedaba otra opción que herirle. Aunque eso implicase hacerse daño a sí misma.

—¿Cuál es la verdadera razón, Carla? —Se acercó a ella—. Siempre eres valiente, demuéstralo y dime cuál es el verdadero motivo. Hasta ahora sólo he escuchado una sarta de estupideces.

Se quedó callada, nunca antes le había visto esa expresión. Su rostro, habitualmente alegre, estaba tenso, verle enfadado era toda una novedad. Respiró profundo antes de decir lo que probablemente no debería pronunciar en voz alta:

—Como quieras, Aidan. ¿Quieres saberlo? Muy bien, allá va: eras la opción menos mala en ese momento. Si otra persona se hubiera ofrecido a ayudarme, ten por seguro que no estaría aquí. Follas bien, no eres el típico guarro con el que no podría vivir y además me has resuelto varios problemas. Pero, nene, yo no soy de esas que se cuelgan de un tío. Pregúntale a Bianca, ella puede hacerte un resumen de los tíos con los que he estado y puede asegurarte que no me he quedado con ninguno. No niego que te he cogido

cariño, pero eso es todo.

—Eres una zorra de mucho cuidado, pero ¿sabes qué? Que no me lo creo. —Se apartó de ella en dirección a la puerta—. Haz lo que te dé la puta gana —la miró por encima del hombro—. Sólo espero que alguna vez te des cuenta de que a quien realmente engañas, es a ti misma. —Dejó de mirarla—. Ojalá no sea demasiado tarde y nunca te sientas como me siento yo ahora.

Él cerró la puerta con suavidad. Carla hubiese preferido un golpe, algo que la sacara de quicio, pues seguía sin estar acostumbrada a la educación de Aidan. Sus palabras habían sido duras, al igual que su voz, pero no así sus modales.

En ese momento se sintió mal, muy mal, pero siguió adelante.

—Toma, sujeta a Sarah. —Bianca se sentó, se recogió el pelo en una coleta y miró a su alrededor; el nuevo apartamento de Carla parecía estar bien, no así su situación—. Y ahora vas explicarme otra vez por qué has vuelto a joderla.

—Tu madre habla muy mal —dijo Carla a la niña tapándole los oídos.

—Si pudiera hablar, diría lo mismo —se defendió Bianca.

Carla agradeció tener algo que hacer con sus manos mientras jugueteaba con la pequeña. Apenas llevaba una semana viviendo con su compañera de trabajo y a pesar de que Jennifer era toda generosidad y la había acogido con entusiasmo, seguía nerviosa. Había evitado el consejo de guerra, excusándose con eso de instalarse, pero Bianca se mostró implacable.

Oyeron el timbre de la puerta.

—Ya voy yo —Bianca se levantó y fue a abrir.

Carla hizo una mueca, la cosa cada vez se ponía mejor... Dora y Wella entraron en la sala y las invitó a sentarse.

Ahora no tenía escapatoria.

—Bueno, ya estamos todas. ¿Vamos a sermonearla, a darle un par de collejas o a chismorrear? —preguntó Dora de buen humor.

—Esto es serio —intervino Wella.

—Muy serio —corroboró Bianca—. Aquí, esta... ¿gilipollas os parece bien? —Wella asintió, Dora sonrió comprensiva y Carla puso los ojos en blanco—. Esta gilipollas ha metido la pata hasta el fondo.

—Primero dejemos que hable —pidió Wella—, luego nos ocuparemos de

ella.

Bianca hizo un resumen, según la opinión de Carla bastante pretencioso, de lo ocurrido; se notaba a las claras a favor de quién estaba. Tampoco era una novedad el que debía defenderse, aunque no lo hizo, estaba demasiado cansada como para ello.

—Vale, lo pillo. Si no he entendido mal, él quería algo más serio y permanente y ella le dio puerta. —Dora hizo una pausa, como reflexionando—. Yo no veo dónde está el problema, si Carla no está segura...

—Eso no es de gran ayuda —interrumpió Bianca—. El problema es que Carla es incapaz de dar su brazo a torcer.

—Pero, vamos a ver... —Wella se frotó las sienes—. Él te gusta, ¿no?

—Está colada por él, pero es demasiado imbécil para admitirlo —apuntó Bianca.

—Gracias —dijo Carla con sequedad mirando a su amiga.

—Veamos el lado positivo: si no estás con Aidan, eso quiere decir que... ¿está libre?

—Dora, si vas a seguir con eso, te echamos.

—¡Qué susceptible eres, querida cuñada! —dijo Dora con retintín—. Carla, cielo, estas dos viven en la calle de la piruleta, no les hagas ni caso, lo que importa es lo que tú sientes. Por cierto, ¿qué sientes?

—Está enamorada de él —insistió Bianca.

—Deja que responda ella.

—Yo... Bueno, no niego que me gusta... —Sarah empezó a inquietarse en su regazo y se la pasó a su madre—. Es divertido...

—Está como un tren —añadió Dora.

—Sí, eso también. —Sonrió sin ganas.

—Es lo mejor que te ha pasado en la vida. —Bianca no cedía ni un milímetro—. No es uno de esos tarambanas a los que estás acostumbrada y estás echando a perder una oportunidad única de ser feliz.

—Puede ser, aunque..., insisto, ella debe estar segura, ¿no?

—Todas hemos tenido dudas en su momento —Wella miró a las presentes—. La que lo niegue, miente como una bellaca. —Fijó de nuevo la atención en Carla—. Y nunca estarás segura al cien por cien, mi opinión es que deberías arriesgarte. —Dora resopló y Bianca asintió efusivamente—. Si no sale bien...

—Siempre podrás recomendarle a tus amigas —Dora terminó la frase por ella.

—Tú confórmate con lo que tienes —dijo Wella—, que no es poco.

—Eso hago.

—Lo dices como si fuera un sacrificio —murmuró Bianca.

—Necesita llamar la atención —explicó Wella—. Tú, ni caso.

—Llamo la atención constantemente —aseveró Dora, petulante—. Y ya que estamos, os diré que no voy a divorciarme.

—¿Por qué será que no me sorprende? —preguntó Wella sin entusiasmo—. No nos desviemos del tema.

—Tienes razón, así que tenemos que tomar medidas urgentes.

—No os metáis donde no os llaman —Carla se puso en pie—. Es mi vida y haré lo que crea conveniente.

—Tirar por la borda la oportunidad de ser feliz no lo veo como algo muy conveniente, perdona que te diga. Yo voto por hacerla entrar en razón.

—Me apunto —dijo Wella para después darle un codazo a Dora—. ¿Y tú?

—Vaaaaale. ¿Qué hay que hacer?

—O espabilas o te espabilo yo.

—¿Qué?

—Que dejes de hacer el imbécil —resopló Luke—, estamos hasta arriba de trabajo y tú te dedicas a hacer el tonto.

Aidan hizo caso omiso a la amenaza de su compañero de fatigas; ya tenía suficiente con aguantar a su madre y hermanas, que no habían dejado pasar la oportunidad de tocarle las narices durante toda la semana. Para evitar seguir escuchando a *machomen* se enderezó en la silla y se puso a trabajar en el ordenador. No llevaba ni quince minutos cuando le interrumpieron.

—Patts, tienes visita —le dijo Keller.

—Genial... —Levantó la vista del monitor—. ¿Quién es?

—Una tal Nicole Sanders. Buenas piernas, pero mala leche.

—Joder. Lo que me faltaba.

—La cosa mejora por momentos, ¿eh? —se guaseó Luke desde el otro lado de la mesa.

—¿Puedes hacerla esperar quince minutos y luego llevarla a la sala dos?

—¿La sala dos? —preguntó Keller—. Está hecha un asco, Patts, no creo que la señora...

—Haz lo que te dice —intervino Luke.

—No me toques las pelotas —Keller parecía molesto con la orden de

Luke.

—Alguien tendrá que hacerlo, a tu mujer parece darle alergia.

—Por favor... —pidió Aidan en tono conciliador.

—Como quieras —gruñó Keller y se alejó.

—Tu ex no te deja ni a sol ni a sombra, ¿eh? Ahora bien, lo de hacerla esperar y luego llevarla a esa sala... —Luke rio divertido— tiene mérito.

—¿Te apetece acompañarme?

—Una invitación tentadora, pero no, tengo cosas que hacer y quiero terminar pronto, tengo una cita —arqueó las cejas—. Mi suegra se queda con Sarah y nos vamos a cenar.

—¿A cenar? ¿Ahora se llama así?

—Joder, menos mal. ¿Eso ha sido un chiste?

—Sí —Aidan se puso en pie—. Te veo luego.

Encontrarse con Nicole era lo último que le apetecía, del mismo modo era consciente de que no había forma de evitarla, pues ella seguro que iba dispuesta a darle la lata hasta verle. Cuando antes acabara con eso, mejor. Echó a andar hacia la sala de interrogatorios y sonrió. Ella iba a enfadarse, pero le importaba un pimiento. Estaba cansado, sin ganas de nada y deseoso de salir de allí.

La idea de abandonar la policía, algo que le rondaba por la cabeza desde hacía tiempo, ya no parecía tan absurda. Quizás debía hacer caso a su amigo Kyle y dedicarse de lleno a su verdadera vocación: la informática. Otro amigo, Will, que dirigía un estudio de arquitectura, le había propuesto encargarse del diseño de un nuevo sistema informático para su empresa.

Nunca debió ingresar en la policía, no era lo suyo, y aunque le jodiera dar la razón a Nicole, tenía que haberse decantado por desarrollar su talento.

Entonces, probablemente nunca hubiera conocido a Carla.

Sí, lo mejor hubiera sido no ingresar en la policía.

Abrió la puerta de la sala número dos con tranquilidad, como de costumbre. De nada serviría perder sus modales. Ella estaría de uñas. ¿Y?

—No vuelvas a hacerme esto —fue el afilado saludo de Nicole, quien parecía estar controlándose para no tocar nada.

—Buenos días a ti también. —A él le daba el mismo repelús sentarse en una de esas sillas, pues su traje azul marino pagaría las consecuencias. Movié una silla y decidió que no, así que se acercó al ventanuco del fondo y le dio la espalda.

—Lo siento, no quería ser grosera. —Su disculpa sonó falsa.

Aidan la miró por encima del hombro, algo sorprendido, pero en seguida recordó que Nicole era muy hábil. Ese tono engañosamente amable quería decir que buscaba algo. No era nada nuevo para él, siempre que quería salirse con la suya lo utilizaba.

—Tú dirás.

—He venido a proponerte un acuerdo.

«¿Por qué no me sorprende?», se dijo.

—Te escucho. —Por hacerlo no perdía nada.

—Mi cliente está dispuesto a retirar los cargos de agresión contra la señorita Stone y contra ti por abuso policial si ella accede a declarar que hubo una confusión.

—¿Una confusión? —preguntó sin mirarla.

Él no iba a ponerle al tanto de la conversación que le habían sacado al imbécil de Frank; la conocía bien y Nicole era capaz de darle la vuelta a la tortilla, utilizando como nadie todas las argucias legales.

Si había grabado a ese segundón, había sido con la autorización del juez, y a él le correspondía la decisión de cuándo se debía informar de todas las pesquisas a la defensa.

Estaba claro que iba a ser en breve, así que... ¿para qué molestarse? Como solía decirse, *al enemigo ni agua*. Y cuanto de menos tiempo dispusiera la defensa, mejor que mejor.

—Sí, eso he dicho, una confusión. Mi cliente...

—Tu cliente es un hijo de puta —aseveró rotundo. No iba a disimular su animadversión por tipos así. Puede que un policía viera a diario imbéciles de la peor calaña, pero a tipos como Hart había que echarles de comer aparte.

—... Mi cliente aceptará retirar los cargos si ella declara que malinterpretó las intenciones del señor Hart, que no quería lastimarla, simplemente creyó que estaba dispuesta a intimar con él.

—Joder, qué despliegue de imaginación.

—Aidan, sabes perfectamente que es un buen trato.

—No.

—¿Y vas a asumir las consecuencias por defenderla?

—¿Vas a asumirlas tú por ponerte junto a un cabrón con dinero como Hart? —inquirió intentando, en vano, que reconsiderara su trabajo.

—Esa no es la cuestión. Se merece un trato justo, un abogado que se encargue de...

—Claro, claro... ¿Y por qué no escoge uno del turno de oficio?

—No has respondido a mi pregunta —le espetó ella evitando tocar ese espinoso asunto.

—Podría pasarte a ti, ¿sabes? ¿Te gustaría que un tipo, que se cree con derecho a follarse a cualquier mujer, se acercara a ti y no tuviera en cuenta tu opinión?

—Yo no voy provocando —se defendió.

Estaba claro que no iban a llegar a ninguna parte, pues era obvio en qué iban a basar la defensa. Y si tenían la desgracia de toparse con un juez conservador...

—¿Algo más? —Aidan se giró, la miró un instante y se dirigió a la puerta. Daba por finalizada la visita.

—Espera un momento. —Ella se acercó y le sujetó el brazo—. Tienes razón, él es un malnacido.

Aidan se detuvo. Que Nicole admitiera eso ante él no era nada bueno. Volvió a mirarla; siempre tan fría, tan en su papel, tan perfecta... Debía de ser agotador.

—Sé que vives con ella y que eso ha influido en tu perspectiva —apuntó.

Y pensar que casi se había creído aquel tono amistoso...

—Ya no estamos juntos —replicó Aidan. No supo por qué cojones había dicho eso.

—¿Quieres decir que... lo habéis dejado? —Parecía sorprendida y por primera vez en mucho tiempo notó que Nicole perdía su rigidez habitual.

—Sí.

—No lo sabía. Lo siento.

A Aidan no le estaba gustando nada que Nicole se mostrara amable, por lo que sospechó en el acto.

—Así que tu teoría se cae por sí sola...

—He sido sincera. Pese a lo que pienses de mí, no te deseo ninguna desgracia.

—Conmover.

Ella se arrimó más y se puso nervioso. Definitivamente, debía desconfiar de su ex; de no hacerlo podía meterse en un buen lío. La conocía a la perfección, y para ella lo primero siempre era su carrera profesional.

Se tensó, pero no se apartó.

—No te he olvidado —murmuró Nicole al cabo de unos instantes.

Eso era lo último que esperaba oír y se puso aún más tenso.

—Por favor, ahórratelo, ¿quieres? No estoy de humor.

—Es la verdad. Yo... Yo siento mucho lo que pasó.

—He visto todo tipo de estrategias para salvar a un criminal, pero esta es nueva.

—Ahora no te estoy hablando como abogada, Aidan.

—No te esfuerces. A tu querido socio Thomas no le gustaría.

—He roto con Thomas —murmuró ella.

—Lo lamento —respondió sin sentirlo en absoluto—. Tu madre se habrá llevado un buen disgusto. Aunque estoy seguro de que enseguida te buscará otro marido adecuado. —Casi escupió las palabras. Vaya familia...

—Aún no se lo he dicho.

A Aidan le estaban entrando ganas de preguntarle que por qué. ¿Por qué ahora? No quería participar en su juego, ella era demasiado hábil con las palabras, se ganaba la vida con ello, así que se apartó y la miró con pena.

—Ya se enterará, tu madre tiene todo un coro de aduladores para informarla. No te preocupes.

—Aidan, por favor. —Ella le detuvo de nuevo cuando él abrió la puerta—. ¿No podemos ser amigos?

—¿Amigos? Esa es muy buena, Nicole. No, no podemos.

—¿Por qué?

Le dedicó una última mirada; a pesar de mantener una expresión sincera, él no era tan tonto como para creerla. Nicole nunca regalaba nada, todas sus acciones eran premeditadas y buscaba algo. Salió por la puerta sin responderle.

En ese momento no quería ver a nadie, por lo tanto volver a su puesto era impensable. Se aflojó el nudo de la corbata, buscó su móvil y escribió un mensaje para Luke.

Se dirigió hacia el coche y se sentó al volante. No llegó a arrancar el motor, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. La autocompasión era una mierda y no podía darse ese lujo, así que respiró profundamente.

—Ni se te ocurra —Luke golpeó en la ventanilla y abrió la puerta del copiloto.

—Mierda —dijo entre dientes.

—Exactamente. Arranca el coche, vamos a ver si con un par de cervezas entras en razón y quitas esa cara mustia, chaval.

—¿Tú no tenías una cita?

Luke hizo una mueca; estaba claro cuál era su prioridad.

—Sí, pero alguien ha decidido cancelarla.

—Ya veo, soy algo así como el segundo plato, ¿no? Muy bonito, creía que te preocupabas por mí.

—Y lo hago, pero entenderás perfectamente por qué prefiero ver a mi mujer vestida que a ti desnudo.

—¿Es una proposición? —Luke le respondió con un codazo—. ¡Ay! Eso duele.

—Pues deja de decir chuminadas y conduce.

Veinte minutos más tarde ambos entraban en un pub de temática irlandesa. Pidieron un par de cervezas y buscaron un sitio al fondo del local.

—Cuando me comentaste que querías salir a tomar el aire, no me dijiste que lo querías lleno de humo —protestó Bianca al entrar en el club Koketo's casi a remolque.

—Ya empezamos...

—He cancelado una cita con Luke por ti, así que por lo menos muéstrate un poquito más considerada.

—Al final me lo agradecerás, tú también necesitas cambiar de aires. —Bianca resopló—. Dependes demasiado de tu marido. —Llegaron hasta la barra—. ¿Qué vas a tomar? —Bianca fue a hablar, pero la cortó—: Como te pidas una cerveza sin alcohol o alguna chorrada por el estilo...

—Un mojito. Sí, eso, un mojito.

—Buena idea, que sean dos. —Se volvió hacia el camarero—. Rob, guapo, ponme dos mojitos.

—¿Pero qué ven mis ojos? ¡La hija pródiga ha vuelto! ¿Qué es de tu vida? He oído rumores...

—Ninguno que sea cierto —le interrumpió Carla—. Vamos, no tengo toda la noche —le dijo sonriendo y Bianca puso los ojos en blanco. Carla parecía no aprender.

Al menos estaba algo más animada. «Espero que eso sea bueno», pensó Bianca dando su primer sorbo al cóctel.

—Está de muerte —afirmó.

Luego, miró a su alrededor. Vale, Carla podía tener una pizca de razón... Desde que se casó apenas habían salido. ¿Y? Tampoco era que lo echase de menos; además, encontraba en casa todo lo que necesitaba y ella nunca fue una chica nocturna.

—Deja de pensar —interrumpió Carla— y vamos a bailar. —Acompañó sus palabras con un movimiento de caderas—. Divirtámonos, hace tanto tiempo que no lo hacemos...

—Ya lo sé —respondió Bianca con una sonrisa.

Apuraron sus bebidas y se dirigieron a la pista de baile, la cual estaba abarrotada, pero Carla, con su habitual descaro, hizo hueco rápidamente.

No llevaban ni media canción cuando unos tipos se les acercaron. Carla les

sonrió y siguió bailando, Bianca ni siquiera se fijó en ellos. Pero los dos tipos no se desanimaron y volvieron a intentarlo. Mientras que Bianca siguió pasando de ellos, Carla se acercó peligrosamente a uno y empezó a contonearse sin dejar de sonreír.

—Vámonos —susurró Bianca agarrándola por el codo y tirando de ella para separarla.

—¿Por qué? —protestó Carla sin mirarla. Se soltó de su amiga para acercarse de nuevo—. ¡No seas petarda! —Después se dirigió al tipo moreno—. ¡Hola!

—Carla, por favor... —Bianca se quedó quieta mirando con enfado a su amiga, lo cual no surtió mucho efecto, ya que Carla se dejó agarrar por el hombre.

—Me lo temía...

—¿Decías? —El otro se situó junto a ella.

Bianca le miró, y aunque el tipo no estaba nada mal no iba a bailar con él. Se suponía que iban a estar ellas dos pasando un buen rato en compañía, no a ligar como adolescentes. Se apartó, observando cómo Carla se reía sin despegarse del tipo moreno, el cual parecía igual de contento que ella. Intentó establecer contacto visual con Carla, a ver si ella dejaba de hacer el tonto, pero no hubo suerte. El acompañante volvió a acercarse a ella y Bianca dio un respingo.

—Perdona, no quería asustarte.

—No pasa nada —respondió Bianca, tensa—. Creo... Creo que iré de nuevo junto a la barra. —Más que nada por si Carla entraba en razón y podían largarse de allí.

—Muy bien, te acompaño.

—No, gracias. Me las arreglaré yo sola.

—¡Qué carácter!

—Vete a la mierda.

Estaba siendo maleducada, desde luego, el tipo se había mostrado cortés y podría haberle dicho amablemente que no, pero no tenía ni tiempo ni ganas de hacerlo.

Él se encogió de hombros y la dejó sola.

Finalmente consiguió sentarse en un taburete, mientras observaba cómo Carla y el moreno mostraban descaradamente en la pista sus intenciones...

Lo cual no era nada nuevo para ella.

—No voy a decir eso de «te lo advertí, chaval», pero tendrías que haberme escuchado.

—¿Me meto yo en tus asuntos? No, ¿verdad? Pues entonces déjame en paz y hablemos de otra cosa. —Aidan agarró bruscamente su botellín de cerveza y dio un trago.

—Vale, pero una última cosa...

—¿Qué? —preguntó ocultando su irritación a Luke; parecía que no se le acababa la cuerda, durante el trayecto en coche dar la lata había sido su prioridad.

—Tienes dos opciones: una, coger el toro por los cuernos, o dos, olvidarte de ella. Elige. Lo que está claro es que no puedes seguir así, joder. Si hasta prefiero cuando cuentas esos chistes tan malos...

—Coger el toro por los cuernos... —reflexionó Aidan en voz alta.

—Por si no lo sabes, significa plantarle cara al «asunto» —dijo Luke, solícito.

—¿Tipo cavernícola, no? Ese es tu estilo, no el mío.

—A mí me funcionó —dijo satisfecho—. No veo por qué a ti no.

—Vale, amplíemos tu teoría de cavernícola: yo la agarro de los pelos, la arrastro hasta mi cueva y... después, ¿qué?

—Hombre..., si no sabes qué hacer después...

—Por si no te has dado cuenta, ella no es de las que se dejan dominar.

—Supongo entonces que es ella quien lleva los pantalones —Luke negó con la cabeza—. Triste, muy triste.

—Esa no es la cuestión.

A Luke esa respuesta le encantó y sonrió, burlón.

—Vaya, vaya, menuda noticia... Así que eres el perfecto sumiso. No me extraña... Joder, tío, échale un par de huevos.

—¡La teoría cavernícola! Avance informativo, señor cavernícola: así no se arreglan las cosas.

—Estás mareando la perdiz, chico listo. En estos casos no sirven la educación ni las buenas maneras, por lo que creo que deberías elegir la segunda opción. —Luke se echó a reír ante el gesto perplejo de Aidan—. No pongas esa cara, yo te he dado la solución, ahora todo depende de ti.

—Genial...

La conversación le estaba deprimiendo, más que nada porque él no era de esa clase de hombres, le gustaba más que las cosas se arreglaran pacíficamente, odiaba el dramatismo y las escenitas, y con el temperamento

de Carla....

—¡Hola! —Una suave voz femenina se acercó a la mesa donde estaban ellos—. ¿Qué tal?

—Muy bien, gracias —respondió Aidan sin prestarle demasiada atención.

—¿Interrumpo? —La chica los miró a ambos y sonrió.

—No preciosa, no interrumpes —respondió Luke.

La chica se sentó en la mesa frente a ellos, sin esperar a ser invitada. A Luke parecía divertirse, pero a Aidan no le hacía ni puta gracia.

—Me llamo Carla.

—Joder... —*Machomen* silbó—. Eso es lo que se dice el don de la oportunidad. —Hizo un gesto con su cerveza a modo de brindis.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó la chica a Aidan.

—No es muy hablador —respondió Luke por él.

—No es un buen momento —dijo Aidan—. Nos gustaría estar solos.

—Ah, ya entiendo... —La chica dejó de sonreír. —No pasa nada, no tenéis pinta de gays, pero bueno. —Se encogió de hombros—. Todo es posible.

—Nosotros... —Empezó Luke, pero para su eterno bochorno Aidan se arrió a él.

Y sin mediar palabra, le plantó un beso en los morros. Toma teoría del cavernícola...

Luke se apartó como si tuviera la peste y soltó un clásico:

—Joder, ¿estás loco?

Aidan dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas. Tocarle las narices a Luke era una medicina de toma diaria, pero él ya se había acostumbrado, por lo que últimamente ya no picaba. Aun así, ver la cara de Luke no tenía precio.

Este lo miró con rabia antes de propinarle una buena colleja.

—Os deajo —la chica se levantó inmediatamente—. Espero que arregléis vuestras cosas. —Dicho esto, se alejó.

—No vuelvas a hacer una cosa así. —Luke se movió en su asiento para poner la máxima distancia posible—. La próxima vez te parto la cara, ¿me oyes? Y deja de una puta vez de reírte.

—Joder, tío —volvió a reírse—. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Eres un imbécil. ¿Cómo te has atrevido?

Aidan no respondió. Primero necesitaba controlar sus carcajadas.

Luke apuró la cerveza. Eso le pasaba por intentar ayudar a un amigo,

hubiera estado mil veces mejor calladito. Esperaba, sinceramente, que nadie del local los hubiese reconocido. A la mierda las buenas intenciones. Buscó dentro de sus bolsillos y sacó el móvil.

Bianca estaba harta, y eso era quedarse corta. Se encontraba allí sentada como un pasmarote, cansada de que desconocidos se acercasen a ella, cansada de mandarlos a freír espárragos. Y, sobre todo, cansada de ver a Carla besuquearse con ese tipo. Estaba claro dónde y cómo iban a acabar esa noche. Quizás debería montar el numerito, ir hasta donde ella y obligarla a soltar a su ligue aleatorio. Todavía estaba pensándose cuando algo vibró en su bolso.

—Genial, ¿quién será ahora? —Tardó un poco en encontrar su teléfono—. ¿Diga? —contestó enfadada.

—Hola, cariño. ¿Dónde estás? Oigo mucho ruido.

—Ah, hola, Luke. —Se apartó para dejar que la gente pudiera acercarse a la barra para pedir—. Estoy en el Koketo's, pero ya me marchó. Nos vemos luego en casa de mi madre.

—¿En el Koketo's?

—Ajá.

—Pues espérame, estamos a cinco minutos.

—¿Estamos?

—Sí, Aidan y yo. Vamos a buscarte, hemos venido en su coche.

—Espera, espera. —Lo que faltaba..., que apareciese Aidan por allí—. Mejor voy yo. ¿Dónde estáis?

—No tardamos nada —insistió Luke—. Además, me apetece tomarme algo contigo. —Luke colgó.

—Mierda, mierda, mierda...

Bianca se acercó a la pista de baile. ¿Dónde coño se había metido esa inconsciente que tenía por amiga? Era mejor esperar a Luke en la entrada, así que como era imposible conseguir que Carla se soltase, simplemente se despediría de ella. Miró a uno y otro lado; nada, ni rastro.

Estar en medio de la pista de baile parada buscando a alguien no era la mejor idea, pues los empujones estaban a la orden del día.

Después de unos cuantos traqueteos, la vio. Estaba en un lado, de pie coqueteando con el chico de antes. Ninguno de los dos perdía el tiempo, y entre beso y beso se magreaban lo suficiente como para calentar el ambiente.

Bianca caminó resuelta hasta ellos y le dio un toquecito a Carla en el hombro para llamar su atención.

—Me voy —dijo en cuanto Carla se giró para mirarla.

—¿Ya?

—Pues sí, y deberías venir conmigo. —No tardó en rectificar—: Esto... Mejor quédate y no hagas ninguna tontería.

—Tengo un par de amigos que han venido conmigo —dijo el hombre—, así tu amiga no se aburrirá.

—No te molestes, está casada —respondió Carla dándole unos golpecitos en el pecho—. Es uno de esos extraños casos de felicidad conyugal.

—Te estás pasando —arguyó Bianca, molesta.

—Y tú me estás amargando la fiesta.

Bianca se dio la vuelta y los dejó, insistir no tenía sentido. Mejor dirigirse a la puerta y esperar a Luke. Pero decirlo era más fácil que hacerlo, la gente estaba a lo suyo y dejarle paso no era una prioridad. Tardó en llegar hasta la barra y pagar las copas; tuvo suerte porque Rob, el camarero, las invitó, así que agarró con fuerza el bolso y se dispuso a abandonar la discoteca; tenía que salir de allí.

—¿Necesitas ayuda?

Era la enésima vez que oía esa frase. Mira que algunos eran pesados...

—No gracias —respondió sin mirar—. Ya me iba.

—¿Tan pronto? —insistió el tipo—. Anda, tómate una copa conmigo.

—He dicho que no.

—¡Qué arisca!

—Pues déjame tranquila.

—Sólo te he invitado a una copa, nena.

—Y ella te ha dicho que no.

—¡Luke! —chilló Bianca sobresaltada. No quería montar una escena, ni tampoco parecer una mujer indefensa, aunque instintivamente se arrimó a él.

El tipo comprendió en el acto quién era Luke y desapareció inmediatamente.

—Hola, cariño. —Se inclinó para besarla.

—¿Y Aidan? —preguntó ella.

—¿Aidan? Al cuerno con ese, ven aquí —rodeó su cintura con una mano en un gesto posesivo— y dame un beso como Dios manda.

—Aquí estoy —dijo el aludido interrumpiendo.

—Mira, esta noche me estás tocando mucho las pelotas —farfulló Luke.

—Bueno, ya que me habéis encontrado, podemos irnos —intentó hablar casualmente.

—Necesito tomar una cerveza. Hace tiempo que no salimos, cariño, pasa olímpicamente de él. —Miró al chico de oro; con un poco de suerte se daría por aludido y desaparecería.

—Mejor vamos a otro sitio.

—¿Por qué? —Luke echó un vistazo a su alrededor—. Aquí se está bien. ¡Venga!

—¿Qué quieres tomar? —preguntó Aidan a Bianca.

—Para mí una cerveza —dijo Luke—. ¿Se puede saber qué te pasa? Estás muy nerviosa. ¿Te ha molestado alguien?

—No.

—Cariño, disfrutemos un poco, hace una eternidad que no nos vamos por ahí. Con carabina —dijo con retintín—. ¿Por qué no te pierdes por ahí? —preguntó sin ningún tipo de disimulo a su compañero.

—¡No! —interrumpió Bianca. Los dos hombres la miraron sin comprender, aunque el chico de oro sonrió encantado—. Quiero decir que Aidan es un buen amigo, mejor que se nos una.

—No sé qué decirte... —protestó Luke.

—Tu marido está un poco quisquilloso, no le hagas caso —Aidan le guiñó un ojo y le entregó una copa a Bianca.

Ella probó su bebida, pero estaba más pendiente de la pista de baile. Ni siquiera se dio cuenta de lo que se estaba llevando a los labios.

—No conocía este sitio —murmuró Aidan con intención de iniciar una conversación—. Y a todo esto, ¿con quién has venido?

—Con una amiga —respondió rápidamente Bianca—. Del trabajo —añadió por si acaso.

—¿La conozco?

—No, no lo creo —le informó ella en tono evasivo.

—¿Y dónde está? —insistió Luke—. Estabas sola cuando llegamos.

—Por el amor de Dios, déjala tranquila —terció Aidan.

—No te metas en mis asuntos.

—Tú insistes en meterte en... —La voz de Aidan se fue desvaneciendo.

—Joder —murmuró Luke cuando se fijó en lo mismo que su compañero.

—Aidan, yo... —Bianca intentó rebajar la tensión.

—Vámonos —dijo Luke sacando su cartera para pagar las consumiciones—. Yo invito. —Dejó el dinero sobre la barra.

—Disculpadme un momento. —Aidan se alejó de ellos.

—Mierda... —se lamentó ella.

—Podías haberme avisado, el chico no está lo que se dice pasándolo muy bien, y tu amiga, perdona que insista, cariño, es una auténtica hija de puta.

—Lo sé —reconoció tristemente Bianca. En esos instantes no podía disculparla.

En cuanto a Aidan, odiaba la violencia, huía de ella como de la peste, aunque en esos momentos no supo a quién atizar primero.

Se abrió paso entre la gente. Estaba haciendo, o mejor dicho, iba a hacer el ridículo poniéndose en esa situación por ella. Debía controlarse, joder si debía. Era de dominio público que los celos pueden hacer del hombre más tranquilo un auténtico cabronazo o estúpido, según las circunstancias, y él iba a formar parte, de un momento a otro, de ese infame club.

Cuando estaba a escasos tres metros de Carla, una inoportuna rubia menudita, con evidentes síntomas de embriaguez, se colgó de su brazo, lo cual debía tomar como una señal divina, pues en ese momento vio cómo Carla besaba con toda la pasión del mundo a aquel tipo. Y de no haber sido por la interrupción, su puño habría acabado estampado sobre su rostro.

—¿Me perdonas? —pidió a la rubia.

—Eso depende —ronroneó ella.

—¿De qué? —Se vio obligado a preguntar.

—De si me invitas a una copa —la rubia se restregó contra él.

Lo peor de todo no era que una mujer se le insinuase, sino que le estaba poniendo de los nervios. Le hacía perder tiempo y además no tenía el más mínimo interés en ella.

—Vale. —Sacó rápidamente la cartera y la mujer le sonrió, pero al instante cambió su expresión cuando Aidan depositó un billete en su escote—. Bebe a mi salud —indicó antes de dirigirse a su objetivo.

—¡Gilipollas! —le gritó la mujer a su espalda.

Aidan no prestó atención al insulto, tenía cosas mejores en las que pensar. O peores. Estaba a punto de hacer algo que siempre evitó: meterse en jaleos por una mujer.

Se plantó delante de ellos; era más que evidente que ninguno de los dos prestaba atención al resto de la concurrencia. Pedir disculpas educadamente por la intromisión con un educado «ejem» estaba fuera de lugar, y se encontraba a punto de agarrarla por el brazo cuando el tipo levantó la cabeza, sin duda para respirar. Aidan le sostuvo la mirada sin inmutarse.

—¿Quieres algo? —preguntó este, molesto.

—¿Qué pasa? —inquirió Carla, aún de espaldas a Aidan.

—Que a este imbécil —levantó la barbilla señalando a Aidan— parece que le gusta mirar.

—¿Quién...? —Carla se detuvo en el acto al reconocer al *imbécil*; se soltó inmediatamente del hombre y se encaró con Aidan—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a recogerte, cariño —escupió las palabras.

—¿Qué dice este gilipollas?

—Nada, pasa de él —respondió Carla—. Haz el favor de largarte por donde has venido.

—No. —La agarró de la mano—. Tú y yo tenemos algo pendiente. —Tiró de ella—. Y tú —señaló al hombre— vas a perderte.

—¡Oye! No quiero líos, ¿vale? —El tipo se apartó y miró a Carla—. Si tienes problemas con tu novio, pasa de mí. —Dicho esto, se alejó de los dos.

—Vete a la mierda —escupió ella intentando soltarse.

—Ni hablar.

Sin soltar su mano empezó a andar arrastrándola. Seguro que en aquel local había un espacio lo suficientemente «privado» como para hablar con ella, o lo que surgiese.

Dar con dicho lugar no fue fácil, así que se decantó por los servicios; a nadie le iba a sorprender que entraran juntos.

Así lo hizo sin preocuparse por ella, y sin delicadezas la introdujo en un cubículo vacío del servicio de caballeros, en donde la empujó contra la pared para cerrar la puerta.

Hasta el momento, la teoría cavernícola no iba nada mal...

—Te lo advierto —empezó Carla—, si sigues con esa actitud más vale que te protejas los huevos, mi rodilla no va a detenerse.

—Cállate. —Se pasó la mano por el pelo; respiraba con brusquedad, y ahora que la tenía en la *cueva* no sabía qué hacer.

—Me callaré si me da la puta gana, ¿entendido? —Le empujó con la intención de abrir la puerta y largarse. Tampoco era que hubiese mucho espacio, así que lo único que consiguió fue pegarse a él, ya que Aidan tapaba la salida.

Se estudiaron durante unos segundos. Decir algo, aunque fuese una tontería, solo empeoraría la situación. Él sabía que Carla en cualquier momento cumpliría su amenaza, y joder, solo con pensarlo ya le dolía.

—Supongo que ese tipo te ha manoseado lo suficiente como para estar

caliente, ¿no? —Era lo peor que podía decir, puesto que ella levantó la rodilla pero Aidan fue rápido, y únicamente se llevó un golpe en el muslo—. No seas tan hija de puta. —La inmovilizó contra el lavabo y sin pedir permiso le bajó el *top* palabra de honor elástico, dejando al descubierto sus pechos.

—Aquí el único hijo de puta eres tú. —Ella intentó volver a colocarse el *top*, pero Aidan la agarró de ambos brazos obligándola a colocarlos tras su espalda y con la mano libre la pellizcó sin piedad—. Es eso, ¿no? —A pesar de su enfado, Carla sintió la excitación del momento. Claro que estaba caliente, aunque no por el magreo del tipo ese, sino por la presencia de Aidan—. Pues te aguantas y te buscas a otra, yo no estoy disponible.

—¿Qué más te da, eh? —Con la rodilla abrió sus piernas—. Esta noche ibas a follarte a ese tipo, solo es un pequeño cambio de planes.

—¡Serás... cabrón! —Al intentar liberarse solo consiguió exponer aún más sus tetas.

—Últimamente, sí, soy un cabrón, no sé de qué te sorprendes, he aprendido de la mejor. —Por suerte ella llevaba una minifalda vaquera, ideal para sus propósitos.

—Todavía no has aprendido nada... —le dijo burlona.

—Lo suficiente —gruñó él desesperado por subir la falda; ella, por supuesto, entorpecía la labor—. Estate quieta.

—¿O qué?

Para qué dar explicaciones, pensó él. Se quitó la corbata; no tenía muy claro si amordazarla o atarla, qué dilema. Carla podía ser letal con ambas armas, así que decidió que aguantaría sus puyas verbales.

No sin cierta resistencia por parte de ella, pues tuvo que usar todos sus conocimientos policiales a la hora de reducir a detenidos problemáticos, consiguió su objetivo.

Una vez atada, cosa que parecía no molestarla tanto, consiguió subirle la falda. El que llevara un minúsculo tanga no le sorprendió.

—No te preocupes, vas a irte a casa bien follada.

—Y tú cojo.

La subió en la encimera del pequeño lavabo. Ella protestó, no por lo que él pensaba, sino porque estaba frío.

Tuvo un ligero momento de arrepentimiento al mirarla. Él no se comportaba así, maldita sea, sólo en presencia de ella... Se le pasó por la cabeza que así no iba a conseguir nada, en todo caso que Carla le odiase aún más, pero estaba allí, excitado, enfadado. Incluso más tarde, cuando pensase

en ello, se odiaría a sí mismo.

«Déjate de filosofías», se dijo.

Estaba atada, revolviéndose en la encimera del lavabo e intentando patearle los huevos. Menos mal que el espacio reducido jugaba a su favor, ya que podía superarla en fuerza, pero ella le superaba en resistencia.

—Puedes dar todas las patadas que quieras, cariño. —Esbozó una de sus sonrisas patentadas; dicho esto, separó sus piernas y se colocó entre ellas.

—Suéltame, *cariño* —le imitó ella—. Claro que no me extraña que necesites atarme, no tienes huevos.

—Simplemente soy precavido. —Ella no dejaba de forcejear, así que tal y como estaban las cosas, era ahora o nunca. Se desabrochó el botón del pantalón; el ángulo era difícil, mas no imposible, y con decisión colocó la mano en la garganta de ella, obligándola a sostenerle la mirada mientras que con un fuerte empujón se introducía en su interior.

—¡Dios! —exclamó ella sobresaltada ante la invasión.

Aidan, consciente de su brusquedad, no pudo detenerse. Esas no eran maneras, ni siquiera la había tocado o preparado. Esperaba algo más de resistencia, pero no era así, a Carla no parecía molestarla. Es más, sus ojos entrecerrados decían lo contrario. Qué hija de perra...

«¿Y qué esperabas, pedazo de idiota?», se recriminó.

«Lleva toda la noche calentándose con otro».

«Mira el puto lado positivo, eres tú quien se la está metiendo...».

«Sí, claro, eso ayuda».

En cuanto a Carla, sabía que él iba a hacerlo. Lo sabía, maldita sea, pero no por ello dejó de sorprenderla. Una de dos: o llevaba muchos días sin sexo (no recordaba un periodo célibe tan extenso) o Aidan había «crecido», o a saber.

Lo cierto era que, pese a no querer aceptarlo, le echaba de menos. Había fingido que su presencia era molesta, mas no era así; nadie mejor que una misma para saber que, de haberlo querido, jamás él hubiera conseguido arrastrarla por el local.

Él estaba perdido, en todos los sentidos, metiéndosela sin descanso, una y otra vez, empujándola contra el lavabo, clavándole las manos en las caderas y, sobre todo, perdido bajo el poder que Carla ejercía sobre él.

Y para más inri ella reaccionaba, jadeaba, intentaba acercar los labios a los suyos, pero él no se lo permitía, y no porque no deseara besarla, sino más bien como precaución; Carla podía morderle.

Sin saber cómo, consiguió soltarse y le rodeó inmediatamente el cuello con

los brazos; de uno de ellos colgaba la corbata anudada en una muñeca.

—Más —murmuró—, más...

Sus palabras iban acompañadas de la presión de sus piernas alrededor de las caderas de Aidan, aprisionándole e instándole a no parar.

Como para no hacerlo... En esas condiciones a él ya le daba igual si ella se corría o no, pretendía castigarla, no satisfacerla; era un planteamiento egoísta, desde luego.

—Joder... —gruñó; comportarse como un auténtico hijo de puta cavernícola exigía mucho esfuerzo.

—No pares... —imploró Carla.

—Ni loco.

—Más te vale —enfaticó sus palabras rodeándole el cuello con la corbata y tirando de él para besarle.

Desde luego que ese trozo de tela estaba dando mucho juego, y, seguramente, ya no podría volver a ponérsela. ¿Importaba eso ahora?

Carla quería besarle, más bien lo necesitaba, pero él se resistía escondiéndose en su cuello. Se estaba comportando como un cretino arrogante, lo cual a ella, en principio, no debía importarle ni lo más mínimo.

Si bien no era la primera vez que mantenía relaciones sexuales en los servicios de un club, ahora mismo no podía recordar haberse sentido más viva, sólo él conseguía llevarla a ese punto que marcaba la diferencia, para qué negarlo.

Aidan gruñó como un animal herido antes de correrse. No podía dejar pasar por alto cuánto le asqueaba aquella situación, y la satisfacción sexual no compensaba su malestar. No quería mirarla, ni verse a sí mismo. Qué patético.

Sin fijar la vista en ningún punto concreto se separó de ella, pese a que Carla quería mantener el contacto, y se arregló los pantalones con rapidez. Quería salir, huir de ahí cuanto antes.

Una vez moderadamente decente y sin preocuparse por ella, abrió la puerta y sin mirarla habló:

—Hemos terminado. —Dicho esto, la dejó sola.

En ese momento Carla fue consciente de lo ocurrido, y comprendió al fin el significado de las palabras que Aidan le dijo el día en que se marchó de su casa.

Hasta que alguien golpeó la puerta, no se percató del tiempo que llevaba allí, medio desnuda, despeinada, rodeada del olor propio de un servicio y con

las marcas del sexo humedeciendo sus muslos.

A toda prisa se colocó bien la ropa y al salir se cruzó con un tipo que la miró con una sonrisita imbécil en la cara. Pasó olímpicamente de él.

—Vámonos —dijo Aidan al llegar junto a Luke y Bianca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bianca.

—Nada relevante. Es tarde, estoy cansado y me gustaría llegar a casa cuanto antes.

—Déjale —murmuró Luke a su mujer al oído.

Aidan les acercó hasta el todoterreno de Luke y se despidió amable y brevemente de ellos. Decirles que quería marcharse con tanta urgencia era una forma educada de indicar que prefería perderse, no hablar con nadie. No estaba para bromas y mucho menos para típicas palabras de consuelo. Bianca era una buena amiga, por supuesto, y sabía de sobra que su intención no era echar sal a la herida, del mismo modo que sabía que pasado un tiempo podría llegar a hablar de ello.

Al final, acabó en casa. Si se iba a emborrachar, prefería hacerlo en la intimidad de su apartamento, lejos de las miradas de la gente y del peligro de hacer una tontería. Otra más.

No volvería a ponerse ese maldito traje en la puta vida. Se desnudó y lo tiró al cubo de la basura. Bien mirado, quizás se fuera de compras para hacer como las chicas cuando querían renovar su vida: empezar por el vestuario. Respecto a lo de ir a la peluquería y hacerse un cambio radical de imagen, lo aparcaría de momento...

No había pegado ojo en toda la noche, pero la obligación mandaba. Así que hecha unos zorros, se levantó de la cama. Otro *magnífico* día en la tienda de bricolaje por delante.

Era consciente de su mal aspecto, y sus compañeros, por suerte, no dijeron nada.

La jornada transcurrió como siempre ordenando expositores, respondiendo a preguntas de clientes, evitando al encargado y deseando que acabara su turno.

—¿Tienes un momento?

Carla oyó una voz femenina a sus espaldas. Aunque no la identificó, sí le sonaba de algo. Podría ser una clienta habitual.

—¿Puedo ayudarla en algo? —su voz fue desvaneciéndose al reconocer a la mujer.

—Tranquila, no voy a besarte —Pam sonrió—, al menos no delante de todos.

—Me alegro de verte —replicó con sinceridad—. ¿Cómo estás?

—*Humm*, no sé, debería decir contenta ya que has dejado a mi hermano, aunque por otro lado tengo ganas de partirte la cara.

—Pam, yo...

—¿Tú, qué? —La hermana de Aidan miró a su alrededor—. ¿Dónde podemos hablar?

—Me cambio en un minuto, ya he acabado mi turno.

—No te cambies, ese uniforme... Ya lo sé, no es momento de decir eso.

Las dos salieron de la tienda de bricolaje y se dirigieron a una cafetería cercana.

—Antes de que empieces a decirme lo imbécil que soy por no seguir con tu hermano...

Pam levantó la mano para hacerla callar.

—Primero pidamos algo, después te llamaré lo que me apetezca.

Eso hicieron. Carla aprovechó para pedir algo de comer; al llegar a casa sabía que no iba a ser capaz de hacerse la cena.

—¿Cómo le va a Sam con Henry? —Carla preguntó con verdadero interés. Además, así intentaba distraer a Pam.

—Parece que han vuelto a las andadas —se rio—. Creo que este mes Henry ha hecho muchas «horas extra» en su despacho. Claro que yo he tenido que hacer varias horas extras de niñera...

—Me alegro mucho. De verdad.

—Y ahora vamos al tema que de verdad importa, puesto que mi *hobby* es arreglar la vida amorosa de mis hermanos... ¿Por qué coño le has dejado?

—Me dejó él a mí. —Eso no era del todo cierto, pero confiaba en que Aidan hubiera sido discreto.

—¿Ah, sí?

Carla asintió. No debió de ser muy convincente porque Pam arqueó una ceja.

—Más... o menos.

—Explícate.

—¿Qué te ha contado tu hermano?

—Nada —afirmó con rotundidad—. Este domingo estaba más gracioso de

lo habitual y eso solo puede deberse a dos motivos: uno, que de repente se ha dado a la bebida, cosa que dudo, y dos, que oculta algo. Y puesto que conozco a mi hermano pequeño desde que llevaba pañales..., me inclino por la segunda opción.

El sonido de un móvil le evitó contestar, y por fortuna no era el suyo, sino el de Pam.

—¿Diga? —Ella hizo una pausa—. Sí. Que sí, joder, que sí. —Miró a Carla—. Está conmigo. —Pausa—. Estoy en ello. ¿Qué? —Escuchó a su interlocutor—. Vale, lo que faltaba... Sí, se lo diré. —Otra pausa—. No te preocupes. Adiós. —Guardó su móvil.

—¿Qué ha pasado?

—*Hum*, no sé si querrás saberlo... Bueno, da igual: el gilipollas del enano, para ti el gilipollas de Aidan, va a dejar la policía.

—¿Cómo?

—Parece que las decisiones importantes de su vida las toma en base a las putadas que le hacen las mujeres. Qué chico más tonto...

—Yo no le he puteado —se defendió Carla.

—Pues tampoco podría decirse que le estés ayudando, ¿verdad?

Carla apoyó los codos y hundió la cabeza ocultando el rostro. Notó cómo Pam le daba unas palmaditas en el brazo. Levantó la cara y la miró con gesto derrotado.

—Me rindo —suspiró al final.

Pam sonrió de oreja a oreja.

—¿Puedes explicarme esta tontería? —Luke le plantó una hoja de papel frente a la cara.

—Aparta, joder —Aidan la agarró con brusquedad y echó un vistazo—. ¿Qué coño haces tú con esto? Se supone que es privado.

—Ya, eso me dijo Orson, aunque por una vez estoy de acuerdo con él. ¿Te has dado un golpe en la cabeza, has comido algo en mal estado o simplemente eres idiota?

—Es mi decisión y punto —se defendió Aidan.

—Definitivamente, eres idiota —Luke le dio un golpe en la espalda—. Levanta el culo, necesito un café y de paso hacerte entrar en razón.

—Escúchame... Los dos sabemos que no estoy hecho para este trabajo.

Aidan le siguió hasta la sala que hacía las veces de cafetería.

—Sigo sin entender por qué ahora, joder.

—Nunca es tarde si...

—Déjate de refranes. —Luke le pasó un café y sacó otro para él—. Por mucho que odie admitirlo, no me apetece cambiar otra vez de compañero. Primero Wella y ahora tú...

—¿Y no te has parado a pensar que tú puedes ser el responsable?

—Vete a la mierda y deja de evadir la cuestión. Llevas unos días de lo más raro, más raro de lo habitual para ser exactos, y eso es mucho decir. Conociéndote como te conozco, no vamos a hablar de la causa, pero esta tontería de dejar la policía supera todas las que has hecho hasta ahora. —Aidan fue a decir algo, pero Luke levantó la mano para impedirselo—. Calla, y deja que termine. —Sacó un cigarrillo y Aidan le señaló el cartel que prohibía fumar—. Mierda. —Se guardó el tabaco—. Por mucho que digas que esto no es lo tuyo, estás equivocado. Sabes hacer tu trabajo y aunque algunos días me dan ganas de darte con la mano abierta, sobre todo cuando sueltas esos chistes, en el fondo aprecio tus conocimientos. Joder, Aidan, recapacita...

—¿Has acabado? ¿Puedo hablar ya? —El otro asintió—. Es curioso que sueltes todo eso... ¿Te acuerdas de lo que me dijiste el día en que me asignaron contigo?

—¿Que te cuidases tú solito?

—Sí, y además me dejaste claro que era un incordio enseñar a novatos, que no esperara un jodido maestro y que, a ser posible, no tomara en cuenta tus opiniones. Pues bien, tu opinión me importa un carajo.

—De acuerdo, no fui lo que se dice oportuno, así que ahora cambio mi discurso.

—A buenas horas... —Aidan se puso en pie—. Tengo cosas que hacer, y te agradezco tu preocupación.

—Te lo advierto —alzó la voz—: como me toque por compañero a un imbécil como Keller o Wenston por dejarme colgado, voy a ir a por ti.

—Gracias.

—¿Esperas que te dé un jodido abrazo cuando no me haces ni puto caso?

—En el fondo eres un sentimental. —Luke resopló—. Dale un beso a Bianca de mi parte y no te preocupes más por mí.

—Yo tampoco me lo explico, pero es así —parecía enfadado al confesarlo—. No importa, ya se me pasará. En fin, antes de que cometas la mayor estupidez de todos los tiempos, termina tu trabajo.

Aidan cogió una carpeta que le tendía su compañero metomentodo y revisó su contenido. Al parecer, no todo eran malas noticias.

—Vaya, menos mal... —murmuró mientras leía.

—Nos ha tocado una jueza, eso quiere decir que se mostrará más sensata a la hora de establecer si... ella provocaba o no.

—¿Y lo que le grabamos a ese imbécil? —inquirió guardando los documentos para devolvérselos.

—La fiscalía piensa que, de momento, lo dejemos a buen recaudo, por si se necesita. Además —hizo un gesto de desagrado—, opinan que no queda del todo claro, por lo visto el tipejo es fiel servidor de su amo y considera «normal» su comportamiento, por lo que no se puede decir que le acuse directamente.

—Ya empezamos con los abogados y sus interpretaciones...

—Exactamente.

—De acuerdo entonces. Terminaré con esto y se acabó.

—Joder, sé que debo impedir que la fastidies, pero no sé cómo cojones hacerlo.

—¿Sabes? Eres un buen tipo —aseveró Aidan, y sin darle tiempo a réplica se acercó a él para darle uno de esos abrazos incómodos y forzados tan propios entre hombres.

—¿Ves cómo no pasa nada? —bromeó al apartarse.

—¡Maldita sea! Si al final terminaremos compartiendo helado y confidencias —masculló Luke incómodo, mirando a su alrededor por si algún compañero tocapelotas había visto la escena.

El que Luke se mostrase tan contrariado con su decisión resultaba reconfortante; a pesar de sus malos modos y su mal humor era un buen compañero, pero ya había tomado una decisión.

Decidió salir de la comisaría y olvidarse por unas horas de todo aquel maldito jaleo. Las cosas nunca salían según lo planeado, y aunque eso podía animar de vez en cuando la vida, en esos momentos lo que necesitaba era cierta organización.

Según la explicación de su compañero no tenían nada definitivo y todo estaba en manos de los abogados. Nadie mejor que él para saber que un buen letrado era capaz de darle la vuelta a la tortilla en un abrir y cerrar de ojos. O, si era necesario, alargar tanto el proceso con recursos y apelaciones que al final, por cualquier tonto descuido en la instrucción, todo se iba al carajo por un defecto de forma.

Y, por desgracia, Nicole era malditamente buena en su profesión. No era de extrañar que nunca le faltara el trabajo.

Así que todo estaba en el aire.

Podía ser que Carla ahora no se mereciera más que desprecio y dolor por hacerle sentir como una mierda, pero de ninguna manera iba a permitir que ese cabrón se fuera de rositas y que encima ella cargara con el muerto.

El que Carla le hubiera jodido, pero bien además, en el ámbito privado, no significaba que tuviera que vengarse dejándola sola ante el peligro.

Aunque, conociendo a aquella insensata, era capaz de ir a por él con sus tacones imposibles y rematar la faena.

Ese pensamiento le arrancó una media sonrisa. Joder, hasta pagaría por verlo...

Mientras caminaba por el *parking* se fue aflojando la corbata y se deshizo de su chaqueta. Buscó sus gafas de sol y se dirigió hacia el coche.

Últimamente el insomnio era su compañero de cama, no deseado, eso sí, por lo que al abrir los ojos se sentía igual de cansado que tras una noche de juerga, solo que además podía añadir el mal humor. Si estabas jodido por la mañana tras una velada divertida, por lo menos valía la pena.

El lado positivo era que al menos ese día no tenía que presentarse a trabajar. Eso le evitaría tener que seguir oyendo estupideces y el esfuerzo supremo de mostrarse cordial cuando lo que de verdad quería era partirse la cara a más de uno.

Inquietante pensamiento, desde luego, dada su manifiesta animadversión a la violencia gratuita...

Ahora que iba a tener unos días libres podía organizarse. Empezar un nuevo trabajo (en realidad, no podía denominarse de tal modo) siempre era un reto, y eso al menos le mantendría ocupado.

Volvió a su apartamento y se dispuso a pasar la jornada.

Tomar un café, solo, de pie en la cocina, no era el mejor modo, resultaba deprimente. Miró a su alrededor; esa casa la había comprado cuando iba a casarse con Nicole. Después, tras el desengaño, estuvo a punto de venderla, en especial porque todas las reformas habían sido idea de ella, que, tan metódica como siempre, se encargó hasta del último detalle.

No lo hizo, más que nada por vagancia, y si a eso añadía el coste que tuvo que asumir por las obras, venderla no era lo más recomendable.

Eso sí, Nicole podía haberse comportado como una zorra caprichosa, pero tenía que reconocer que sabía organizar una casa.

Dedicarse a recordar el pasado esperando que pudiera ayudar a enderezar el presente resultaba cómodo, pero poco práctico, así que dejó la taza de café en el fregadero. Estar de bajón no significaba descuidar la higiene, y una ducha nunca estaba de más.

No había acabado de ducharse cuando sonó el timbre de la puerta. Genial, visitas inesperadas por la mañana... Miró el reloj, y pensó quién podía estar libre a esas horas. ¿Su madre...? Mierda. Se enroscó una toalla alrededor de las caderas, hasta que recapacitó: se suponía que sus padres estaban de viaje, así que las posibilidades se reducían. Oh, no, joder, su hermana Pam... Al ser dueña de una tienda podía permitirse el lujo de escaquearse, no tenía suficiente con darle la lata por teléfono.

No estaba ni presentable ni con ganas de cháchara, pero ante la insistencia de su visitante abrió la puerta.

Hubiera preferido mil veces que fuera su hermana Pamela.

Cerrarle la puerta en las narices a una ex también podía ser factible, pero no lo hizo.

En su lugar, masculló un taco por lo bajo.

—Entra. —Cerró la puerta—. Ahora vuelvo.

—No importa.

Aidan se batió en retirada hacia su dormitorio. Joder, joder, joder... ¿Es que las desgracias nunca venían solas? Y, por si fuera poco, ¿qué imbécil abría la puerta vestido tan sólo con una toalla?

Respuesta evidente: un imbécil al que acababan de interrumpir dándose una ducha.

Se vistió rápidamente con una vieja camiseta gris y unos vaqueros arrugados. Planchar la ropa ya no resultaba entretenido, pues ya no había por casa una morena descarada que movía el trasero, con música latina de fondo, mientras lo hacía.

Y ahora tenía que enfrentarse a doña perfecta.

Entró en el salón y al ver a Nicole distraída mirando unas fotografías se cuestionó qué había visto en esa mujer como para llegar a querer casarse con ella.

—No sabía que hacías visitas a domicilio —dijo Aidan a modo de mofa.

Ella se dio la vuelta y sonrió. Eso no era nada bueno. Entrecerró los ojos, meditando. ¿Debía ofrecerle algo de beber?

No, eso alargaría su visita. Se quedó donde estaba, esperando a que ella hiciera el primer movimiento.

—No estoy aquí por motivos profesionales —aclaró Nicole.

—Algo bastante inusual, para ti todo es *trabajo*.

A ella no le gustó nada ese comentario. Aidan vio cómo se tensaba y se mordía la lengua para no responderle algo igual de grosero. No, definitivamente eso no era nada bueno.

Nicole avanzó unos pasos hasta situarse frente a él y Aidan retrocedió instintivamente. Ella volvió a acercarse y él vio interrumpida la retirada por la maldita mesa de centro.

—He venido a hablar contigo. Y la comisaría no es el mejor lugar.

—Sorpréndeme. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Aunque te resultará difícil. ¿Te recuerdo tus hazañas en el pasado?

—Aidan... —Ella colocó su mano sobre el brazo de él, cosa que le desagradó—. No puedo cambiar lo que hice, pero sí que puedo ayudarte a pasar página. —Él arqueó una ceja, incrédulo—. A pesar de lo que puedas pensar, no te he olvidado. —Él no podía arquear más las cejas—. En mi vida he cometido pocos errores, y uno de ellos fue dejarte.

Vaya, vaya, eso sí que le sorprendió... Ver a una Nicole medianamente humilde era una novedad. «No te fíes», le dijo una vocecita interior.

—Me parece muy bien —murmuró Aidan, como si le acabaran de informar sobre la previsión de lluvias para la semana entrante.

—Sé que te resulta difícil de comprender —susurró Nicole cada vez más cerca—, pero después de estos años he comprendido lo injusta que fui contigo.

—Ale, ya está, ya lo has dicho. —Quería apartarse—. ¿Te sientes mejor? Yo sí —intentó mostrarse gracioso—. Ahora podré dormir a pierna suelta.

—No te burles. —Nicole se dio cuenta de que su tono volvía a estar cerca del habitual y respiró para controlarse—. Dame cuenta de lo estúpida que fui ha sido doloroso, aunque necesario para apreciar mejor lo que tú y yo teníamos.

—Vale, te creo —apuntó rápidamente él con la intención clara de zanjar el asunto. No quería entrar en aquel tema.

—Creo que no.

Nicole dio un paso hacia atrás y Aidan respiró, pero sólo unos segundos, con la mirada clavada en la suya. Se deshizo de la chaqueta de su elegante traje, dejando a la vista su delgado cuerpo enfundado en una blusa color burdeos, sin botones.

Aidan se tensó. Que Nicole dejara caer la chaqueta al suelo sin preocuparse

de en dónde colocarla para que no se arrugara no era buena señal.

Eso sí, al menos ese gesto le dio la oportunidad de cambiar de sitio.

—Me muero de ganas por oír el resto pero, lamentándolo mucho, tengo cosas que hacer. —Se dirigió a la puerta, y Nicole le detuvo.

—Salir con Thomas fue otro error, era lo que querían mis padres, no yo. —Rápidamente se colocó de nuevo frente a él.

Joder, si no la conociera hasta podría creer que ella estaba a punto de llorar...

—Hacíais tan buena pareja... —apuntó con retintín.

—No, él no me comprende. Tú sí.

—¿Yo?

—Sí. Te mostrabas paciente, me escuchabas y me apoyaste en todo. —Con manos temblorosas deshizo el nudo que mantenía su blusa cerrada—. Sé que yo no supe corresponderte en aquel momento, sé que conmigo te reprimías. —Abrió totalmente su blusa mostrándole la palidez de su piel y un sujetador de encaje negro—. Estoy aquí dispuesta a mostrarte que no debes hacerlo más.

Él se pasó la mano por el pelo. Munudo don de la oportunidad... ¿Cuántas veces mientras estaban juntos esperó a que ella se insinuara? Incontables, y ahora, ahí estaba, delante de él, ofreciéndose.

—No sigas —le advirtió.

—Aidan... —Ella le acarició el rostro y después se llevó las manos a la espalda para bajar la cremallera de la falda—. He venido siendo consciente de que ambos debemos darnos tiempo. —Dejó caer su falda y la apartó a un lado con el pie; su tanga era también negro—. Por eso quiero esforzarme y dejarte satisfecho, para que no haya dudas entre nosotros.

—No —consiguió decir. Era una hija de puta fría y calculadora, pero se mantenía en forma.

—Sí —le contradijo ella y le puso una mano en el pecho, sin dejar de mirarle a la cara, y fue bajando lentamente hasta dejar la mano encima de su bragueta—. Dime lo que te gusta —susurró empezando a acariciarle por encima del pantalón—. No te guardes nada, todo lo que quieras, como lo quieras. —Siguió con las caricias notando cómo poco a poco Aidan, o más bien su polla, respondía. Le sonrió tímidamente.

—He dicho que no. —Quiso apartarla, pero Nicole rápidamente se colgó de su cuello.

—No me rechaces —le pidió suavemente.

Aidan gruñó. Joder, su cerebro no sabía dar las órdenes precisas a su polla, porque al parecer esta tenía vida propia. Y, lo más intrigante, era Nicole quien le estaba manoseando.

Ella sabía que aún no las tenía todas consigo, pese a que notaba su erección él se resistía, notaba cómo luchaba contra ello. Para hacerle olvidar por completo el pasado y que por fin reconociera que debían estar juntos, no podía limitarse a toquetearle por encima del pantalón...

Nerviosa pero decidida, se contoneó contra él sin soltarle, buscando con una mano el botón superior de los vaqueros. Misión cumplida, o al menos en parte, porque él aún no la tocaba, seguía tenso. Se puso de puntillas para acercar sus labios a los de Aidan, quien la esquivó, así que terminó besándole en la mejilla.

Él, por su parte, maldecía para sus adentros. ¿Por qué ahora? Estuvo tan loco por ella, tan desesperado por tocarla, tan enfadado cuando le rechazaba porque no quería despeinarse o porque al día siguiente tenía un importante juicio... La vida no era justa. Ahora, precisamente ahora, Nicole quería follar con él y encima se mostraba ansiosa y descarada. Nunca pensó que pudiera sorprenderle de esa manera.

Ella metió la mano dentro de sus vaqueros. Maldita sea, con las prisas no se había puesto ropa interior y Nicole tenía las manos heladas. Siseó en respuesta.

¿Por qué no la apartaba? ¿Por alguna especie de ilusión reprimida?

Pues claro que no, joder, cualquier hombre respondería así ante esas caricias. Pero no las quería.

Hizo amago de apartarse.

—Déjame complacerte —susurró ella soltándose de su cuello.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó alarmado al ver que se arrodillaba.

—Espero que algo agradable para ti...

Joder, ella nunca, nunca accedió a hacerle una mamada, solo una vez lo insinuó y fue tajante y contundente con su respuesta, además de darle diez absurdas razones por las que esa «guarrería» era mala para la salud.

Maldita sea, sí que había reconsiderado las cosas, sí...

Ella levantó un instante la mirada y se encontró con la suya. Aidan vio inseguridad y vulnerabilidad, estaba claro que iba a ser la primera vez. Nicole fijó la mirada en lo que tenía delante y con un suspiro agarró los pantalones con intención de bajárselos.

¿Debía dejarla por el simple placer de comprobar hasta qué punto estaba

dispuesta con tal de convencerle?

¿Debía dejarla para saber qué tal se le daba la felación?

El sonido de unas llaves abriendo la cerradura los sobresaltó a ambos.

Estaba decidida a convencerle, ella nunca le había rogado a un hombre y mucho menos se le había declarado. Tener las ideas claras no garantizaba que el asunto discurriese como una quería y eso podía paralizar a cualquiera. Joder, era mil veces más fácil ligarse a un tipo desconocido que recuperar la confianza de alguien a quien has herido. Más que nada porque te importa un pimiento, siempre hay más a quien echar el lazo.

Pero aunque no las tenía todas consigo, decidió ir al ataque.

Entró en el apartamento intentando no hacer ruido con sus tacones, una sorpresa era una sorpresa. No se oía nada, quizás le encontrase en la cama. *Humm*, eso estaría bien.

Al llegar al salón y asomarse se quedó de piedra, inmóvil en la puerta contemplando la escena que jamás hubiera esperado. De todas las posibles contrariedades, esa era la única no prevista.

—Joder... —gruñó Aidan echándose hacia atrás y cerrándose la cremallera de los vaqueros.

Carla cerró los ojos respirando profundamente. Agarrar por los pelos a aquella zorra y sacarla a rastras podría mermar sus opciones.

La desilusión la embargó. ¿Cómo debía enfrentarse a esta situación? Decirles tranquilamente «¿uy, lo siento?», «¿no os detengáis por mí?», «¿siento interrumpir?». Mierda, la educación en situaciones normales era todo un reto, así que en un momento como ese...

Nicole se puso en pie, evidentemente nerviosa. No esperaba su presencia y la miró con odio.

«Que te zurzan a ti también», pensó Carla.

—¿Qué hace ella aquí? —inquirió Nicole molesta con voz gritona.

Carla se decidió. ¿Con que esas tenían? Muy bien; si había llamado de todo menos bonita a cualquier mujer que intentara levantarle un ligue, no iba a quedarse como una estúpida precisamente ahora.

Con decisión y dibujando una sonrisa ladina en el rostro, avanzó tranquilamente hasta situarse junto a la ex. Miró de reojo a Aidan y fijó de nuevo su atención en ella.

—Muy bonito —dijo señalando el conjunto de ropa interior de la abogada;

la rodeó examinándola y sin cortarse un pelo dibujó con un dedo el contorno del sujetador.

Nicole abrió los ojos como platos y miró a Aidan, esperando a que él hiciera algo, pero estaba embobado observando a Carla.

—Nunca pensé que fueras tú la elegida... —murmuró Carla con voz sensual para, con total descaro, acariciarle el trasero.

Nicole dio un respingo acercándose a Aidan en busca de protección.

—No me toques —siseó.

—¿Debo suponer que Aidan no te ha contado nuestras... preferencias?

El aludido, tan desconcertado como el que más, la miró sin entender. Sentía la boca seca, la tensión arterial por las nubes y una maldita erección a punto de reventar la bragueta. Cielo santo, ¿de qué se había disfrazado Carla?

—Veo que no —continuó esta—. Qué chico más travieso... —susurró provocativamente. Volvió a acariciar a Nicole, esta vez jugueteando con su pelo—. No te preocupes, cariño, te lo pasarás bien.

—¿Qué?! —Nicole casi chilló.

—Podemos hacerlo de dos maneras —prosiguió Carla y le bajó la tira del sujetador, la cual Nicole procedió inmediatamente a colocar en su sitio—. Divertirnos nosotras dos y que Aidan sólo mire, incluso podríamos atarle, o bien...

—¿Estás loca?!

Aidan gimió. ¿No se atrevería a...? «Joder, mejor no preguntes», se dijo a sí mismo.

—... O, si se porta bien... —se humedeció los labios—, ocuparnos de él...

A la abogada se le abrió la boca, totalmente estupefacta. Carla siguió tocándole el trasero con roces, recorriendo su brazo suavemente... y sin dejar de sonreír.

—Aunque personalmente prefiero la primera opción, incluyendo las ataduras. *Mmmm*, ya sabes lo que les excita a los tíos ver a dos mujeres follando y sin poder hacer nada, se volverá loco. —Dirigió una mirada ardiente al único hombre presente en la habitación con la clara intención de subir la temperatura.

—¿Aidan, por Dios, di algo! —imploró Nicole.

—Yo... —¿Y el pobre qué iba a decir ante lo que sugería Carla? Lo raro era que no babease como un perro.

—Está encantado con la idea. ¿Verdad que sí? —preguntó Carla, quien le miró un instante arqueando una ceja.

—¡No me toques! —gritó Nicole, más nerviosa que nunca.

—No seas tímida —ronroneó Carla—. Entiendo que al ser la primera vez te sientas intimidada, pero ya verás cómo poco a poco te irá gustando.

Sin dejar que Nicole contestara, la agarró por la nuca y tiró de ella para besarla.

«Esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando», se dijo Aidan. Veía a Nicole intentando soltarse y a Carla sujetándola firmemente. Y no solo eso, sino que empezó a pellizcarle un pezón. «Madre mía...».

Aunque con ella siempre había que esperar lo más difícil, eso superaba con creces cualquier hipótesis. Claro que nada más verla con ese atuendo masculino, debía haber sospechado. Joder, qué bien le sentaba el traje sastre, el pelo completamente recogido en un moño bajo y los labios pintados de un rojo ardiente... Todo un ejemplo de esas mujeres andróginas de burdel tan estereotipado, al más puro estilo *cabaret*.

Tan absorto estaba mirándolas que su mente empezó a calcular las infinitas posibilidades de dicho atuendo.

Nicole consiguió soltarse y Carla sonrió satisfecha; para dar más énfasis, le acarició los labios húmedos.

—¡Hija de puta! —gritó Nicole perdiendo totalmente la compostura—. ¡Aidan! Dile que pare.

—Esto no ha hecho más que empezar, tienes un bonito cuerpo —Carla suspiró emocionada—. Hacía tanto tiempo... Los tres nos lo vamos a pasar tan bien...

—Ni hablar. —Nicole seguía gritando—. Sois los dos un par de perversos —los acusó. Se agachó y con furia agarró su falda, poniéndosela con rabia—. Nunca pensé que fueras un desviado de esos —le recriminó a Aidan.

—No hace falta utilizar esas palabras, nada más lejos de la realidad. Solo abre tu mente.

—¡He dicho que no me toques, zorra!

—¿Por qué? ¿Preferirías tocarme tú a mí? Yo encantada...

Nicole se puso la blusa y se ató la cinturilla sin prestar atención a que estaba del revés.

—Aparta de mi camino. —Empujó a Carla, pero esta la sujetó para mortificarla un poco más.

—*Mmm*, besas muy bien —dijo Carla sonriéndole con picardía tras haber vuelto a probar sus labios—. No me extraña que Aidan haya pensado en ti

para nuestro *menage*.

—Eres un cerdo —escupió las palabras dirigiéndose a la entrada—. Un sucio perverso.

—Vaya... —dijo Carla al oír el portazo de la abogada al salir huyendo. Se apoyó en la esquina del sofá y con una pose masculina se ajustó la corbata antes de fijar la atención en su verdadero objetivo.

Aidan no se atrevía a abrir la boca. Aún tenía que asimilar todo cuanto acababa de presenciar. Hizo una mueca. Joder, seguía empalmado... Qué oportuno, sobre todo después de las lindezas dedicadas, especialmente a él, que Nicole había soltado.

Y para colmo de males allí estaba Carla, con un ajustado traje. Entrecerró los ojos; esa corbata le sonaba de algo...

Carla se incorporó despacio y caminó hacia él con la misma lentitud, provocándole al balancear sus caderas. Fue consciente en todo momento de los tacones que ella llevaba, y cuando se detuvo frente a él siguió sin saber qué decir.

Ella le miró fijamente, sin tocarle, y parpadeó.

—*Humm*, espera un momento. —Se dio la vuelta.

«¿Qué se propone ahora? Más *shows* no, por favor», pidió Aidan en silencio.

Con tranquilidad la vio abrir la bandeja del equipo de música e introducir un CD, pulsar el *play* y dirigirse de nuevo hacia él.

No tenía por qué pasar por eso, joder... El suspense lo estaba matando.

De pronto, un sonido bajo, susurrante y seductor; no reconoció la música.

I wanna kiss you in Paris.

Seguía sin saber qué canción era, aunque resultaba provocativa.

I wanna hold you hand in Rome...

I wanna run naked in a rainstorm...

Make love in a train cross-country...

Ese sonido envolvente...

Dejó de pensar cuando Carla frente a él cerró los ojos, siguiendo el ritmo de la música con su cuerpo y susurrando la letra de la canción.

You put this in me...

So now what, so now what?

Si lo que pretendía era ponerle nervioso, lo estaba consiguiendo. No quería perderla de vista, y si se iba a desnudar, la música invitaba a ello. Tampoco quería perderse ni un instante, y eso que era el segundo *streptesse* del día

que iba a presenciar. Al fin reconoció la canción *Justify my love*[\[2\]](#).

Ella abrió los ojos y sonrió de medio lado.

—Me han amenazado —susurró e hizo un puchero para nada triste, sino todo lo contrario.

Eso le puso instantáneamente en alarma; cualquier idea de seguir con el *show* quedaba descartada; y bien que lo sentía.

—¿Quién?

—Tres brujas y un *poli* malo. —Se pegó a él para poder hablarle al oído y Aidan se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros—. Ha sido horrible, no quiero acabar con la cabeza rapada y en una fría celda de castigo a pan y agua.

—Ya veo... —masculló visiblemente más tranquilo al saber «quiénes» estaban involucrados.

—Así que tengo que confesarlo todo —continuó hablándole al oído.

Aidan cambió el peso de una pierna a otra; eso sí, sin separarse un milímetro.

—¿Y qué tienes que confesar? —acertó a decir.

—Echo de menos atragantarme por las mañanas con el café mientras alguien me cuenta un chiste malo —respiró acariciándole la oreja con su aliento—. Cuando salgo de la ducha no me encuentro a un tipo macizo comiéndome con los ojos mientras se afeita. —Se contuvo para no mordisquearle el cuello—. Y ya nadie me llama *rayito de sol* antes de dormirme —terminó con otro puchero poco o nada convincente.

—Continúa... —pidió con la boca seca, el corazón a mil y una erección de campeonato.

—Ya no aguanto muy bien la presión, así que no me queda más remedio que reconocerlo. —Le besó suavemente en el cuello, dejándole una marca—. Te quiero, Aidan —notó en el acto la tensión de él—. Te quiero —repitió—. No puedo soportarlo más, tenía que confesarlo todo. —Se separó, a la espera.

—Si no he entendido mal, estás actuando bajo presión. —Ella asintió con la cabeza—. Por lo tanto podrías decir cualquier cosa para salvar el pellejo. —Ella volvió a asentir y Aidan frunció el entrecejo. ¿Qué clase de declaración era esa? Ahora era cuando se suponía que oiría las palabras precisas: Carla le diría que no, que no necesitaba ser presionada, que venía libremente a él—. Entonces, no tengo forma de comprobar si lo que dices es cierto.

—Ya te he dicho que bajo tortura me derrumbo, mentir solo prolonga la

agonía y es una pérdida de tiempo, así que tal y como están las cosas creo que no voy sobrada.

—La conclusión que debo sacar de todo esto es...

Ella le interrumpió poniéndole un dedo sobre los labios.

—No saques conclusiones precipitadas, es simple y llanamente la verdad.

—Iba a decir que si llego a saber que eres una blandengue, te hubiera sometido a un interrogatorio yo mismo.

—No sé... Tú eres el *poli* bueno.

A Aidan no le quedó más remedio que sonreír. Menuda mujer era Carla, más lista que el hambre. Sabía perfectamente mostrarse lo suficientemente humilde como para embaucarle y hacerle creer una por una todas sus palabras, pero sin perder ese toque de mandona que tanto le excitaba.

—A veces, confesar la verdad no es suficiente —dijo con intención de provocarla.

—Pero siempre resulta moralmente aceptable.

—No hablemos de tu moralidad. —Su tono ligeramente irónico le hizo sonreír y albergar esperanzas—. Aquí lo importante es que necesito comprobar tus palabras.

—¿Y cómo pretendes averiguarlo? —Le provocó ella a su vez—. ¿Lloro desconsoladamente? ¿Te suplico que me creas? —Él se limitó a cruzarse de brazos esperando a que ella hiciera su mejor oferta—. Al cuerno con todo...

Carla no se lo pensó dos veces. Tanta tontería, tanta sensiblería... Le agarró la cabeza con las dos manos y le atrajo hacia sí para besarle con rabia y desesperación. Él se tambaleó hacia atrás ante la sorpresa y la agresividad.

—Tonterías, las justas —murmuró ella un segundo antes de volver a besarle.

—Joder... —gruñó y la abrazó pegándose a ella. La echaba tanto de menos... Carla podía putearle una y mil veces, que con cuatro palabras y un beso como ese, le engatusaba de nuevo.

Poco a poco el beso se fue suavizando, y las manos de ambos empezaron a cambiar de posición buscando el calor mutuo. Ella fue quien interrumpió el contacto.

—¿Me crees ahora? —Tendría que haberlo dicho con humildad, no con aquel tono impertinente.

Pero Aidan la creyó, necesitaba hacerlo.

—Puede. —Se encogió de hombros; acto seguido quiso agarrarla de nuevo—. Termina de convencerme.

—*Vaaaale*. —Le besó de nuevo, perdiéndose, voluntariamente, en el sabor de Aidan.

Él la agarró por el culo, porque era una parte de su cuerpo que le gustaba especialmente, arrastrándola hacia el sofá. ¡Qué narices!, estaba dispuesto a comprobar por sí mismo si el polvo de la reconciliación era tan bueno como decían.

—Espera... —jadeó ella intentando soltarse—. He... traído un regalo para ti.

—¿Un regalo? —Ella asintió—. Mira esto —señaló su erección—. ¿Tú crees que estoy yo ahora como para regalos?

—Te va a gustar —resopló ella.

—¿Y por qué no hacemos como si ya lo hubiera visto, me ha encantado y te lo estoy agradeciendo?

—Porque entonces no tendría sentido.

—Que sea rápido, por favor —acertó a decir él a regañadientes.

—Desenvuélvelo —dijo ella señalándose a sí misma y después abriendo los brazos en cruz.

—Esta corbata es mía —arguyó desabrochando el botón de la chaqueta.

—Era —le corrigió ella.

Aidan pasó por alto la corrección, no estaba en esos momentos para sutilezas. Separó las solapas de la chaqueta y exclamó, impactado:

—¡Madre del amor hermoso!

Y no era para menos... Al deshacerse de la chaqueta quedaron expuestos los pechos de ella, completamente desnudos. Solo llevaba una especie de pechera blanca que con la chaqueta abrochada daba el pego, como si llevara una camisa, al igual que los dos puños blancos.

—¿No habrás cogido una de mis camisas para esto? —sospechó él.

—¿Importa?

—Para nada. —Sus manos apartaron los tirantes anchos que tapaban sus pezones, y otra impresión: Carla se los había pintado de rojo.

Tocarlos era imperativo, y así lo hizo con cada uno de sus pulgares, que se posaron sobre esos picos rojos, ya tiesos.

—Guauuu —dijo sonriendo—. Tenías razón, me encanta tu regalo.

Ella le apartó las manos mirándole con condescendencia.

—Esto —se tocó ella misma, provocándole— no es tu regalo, bobo.

—¿Ah, no?

Ella negó con la cabeza.

—Sigue desenvolviendo antes de que me arrepienta.

—Joder, no —respondió alarmado.

Soltó el botón superior de los pantalones del traje. Se le atascó la cremallera, por impaciente, y ella se rio.

—Tranquilo —murmuró Carla.

—Eso es fácil decirlo, no estoy acostumbrado a desnudar a «hombres».

—Todo llegará.

—Ni de coña.

Ella movió las caderas para dejar caer el pantalón y Aidan pudo vislumbrar el tejido de vinilo negro brillante alrededor de su cintura.

No estaba preparado para aquello: el tejido negro brillante en cuestión era un liguero ancho; empezó a sudar, pero prefería mil veces palmarla a causa de la sobreexcitación que quedarse con la duda. Siguió bajando el pantalón hasta toparse con la banda elástica de las medias que, además, sujetaban unas ligas.

—¿Para mí?

—Sigue.

Se puso de rodillas e hizo una mueca, con esa erección contenida en los pantalones no resultaba fácil. Sus ojos quedaron a la altura de un tanga rojo brillante. Ya se ocuparía de él más tarde, primero era necesario desnudarla.

Las finas medias dieron paso a algo más rígido. Joder, llevaba botas altas por encima de las rodillas... A la mierda con la delicadeza. Los pantalones acabaron en sus tobillos con brusquedad, y sin miramientos levantó primero un pie y luego otro para contemplar una de sus fantasías favoritas.

Carla apoyó las manos en sus caderas y le miró desde arriba, incitándole a que dijera o más bien hiciese algo.

Aidan se pasó la mano por el pelo. «Tranquilo», se dijo, «tienes intención de disfrutarlo, no la cagues».

Ella se inclinó a un lado, buscando dentro de su bota derecha. Tiró hacia arriba y fue sacando una especie de vara.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Es una fusta. Imprescindible, ¿no crees?

—No sé qué decirte.

—Sirve... —le acarició la mejilla con la fusta— para mis propósitos.

—A saber cuáles serán...

—Terminar de convencerte y, después..., vas a comerte mis bragas. —Él arqueó una ceja y ella le dio un toque suave con la fusta.

Aidan estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de terminar con el juego, así que acercó su boca al elástico del tanga y tiró de él.

—¿Qué...? —preguntó confundido; no era una tela convencional.

—Son comestibles.

—Es bueno saberlo. —Tiró de ellas y se desgarraron en el acto. Sabían a fresa—. Curioso —dijo examinándolas al cogerlas. Entonces las tiró a un lado y vio lo que quería ver: ese perfecto coño rasurado, pero algo había cambiado—. Carla... —Acarició las letras tatuadas con reverencia.

—Es tuyo, cariño. —Él levantó la vista y la miró—. Lleva tu nombre, ¿no?

Poor is the man whose pleasures depend on the permission of another... La música seguía oyéndose sin que los dos le prestaran demasiada atención.

No podía creérselo, pero debía ir acostumbrándose. Carla siempre iría un paso por delante de él. Ver su nombre tatuado en esa parte tan íntima de su cuerpo era el mejor regalo que iba a recibir nunca.

—No esperarás que me tatúe tu nombre en la polla... —dijo a modo de broma, para intentar no echarse a llorar.

—Todo se andará.

Dieciocho minutos más tarde, Aidan rodó a un lado y cayó de espaldas en la cama, respirando como si acabara de coronar el Everest, con los ojos cerrados y las manos sobre el pecho. Ya podía morir feliz...

—Me has roto las medias —protestó Carla. Dejó caer la primera bota; después se deshizo de la segunda.

—No haberme clavado los tacones en la pierna —contestó sin abrir los ojos.

Ella se rio.

—No me negarás que te ha encantado la idea de follar con ellas puestas...

Él respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Carla se tumbó, también de espaldas, a su lado, se estiró y colocó los brazos bajo la cabeza. Inmediatamente Aidan se giró y, doblando un brazo, apoyó la cabeza en la mano para contemplarla. No podía apartar la vista de ese tatuaje y con la yema del dedo empezó a seguir el contorno de las letras, una y otra vez.

—Vas a desgastarlo...

—¿Te dolió mucho? —Ella se encogió de hombros—. Supongo que esta es la razón por la que has estado desaparecida durante diez días. —No dejó de

acariciar el tatuaje.

—También tenía la regla —explicó a modo de excusa. Estar unos días ausente se debía a motivos más trascendentes, empezando por buscarse un abogado para que la defendiera correctamente y así evitar que Aidan tuviera problemas en su trabajo, pero no quería sacar a colación el tema en esos instantes postcoitales.

—Sabes que eso no me importa.

Ambos se sumieron en sus propios pensamientos.

—¿Aidan? —Ella rompió el cómodo silencio.

—¿*Hummm*?

—Tengo que pedirte un favor.

—Dime. —Se inclinó un instante para mordisquearle un pezón.

—No es eso. —Se giró para quedar frente a él, le acarició el rostro y él sonrió—. No quiero que dejes la policía.

—¿Por qué? —preguntó sin abandonar su entretenimiento. Ahora que la tenía en su cama, desnuda, no quería preocuparse, pero distraerla iba a ser complicado...

—Te daré tres razones.

Aidan suspiró, resignado.

—He tomado una decisión...

—La primera... —empezó ella— es que si abandonas, no podré entrar en tu oficina y gatear por el suelo a cuatro patas hasta sorprenderte por debajo del escritorio

—No tengo despacho propio —carraspeó él—. ¿La segunda? —preguntó con evidente curiosidad.

—Me gustaría hacerlo en...

—Una celda, sí, ya lo sé —contestó él adelantándose a sus deseos.

—No, eso está muy visto. En las duchas de los vestuarios, de los chicos, por supuesto... *Mmmm*, donde todos os ducháis juntos... —Le abrazó pegándose a él.

—Estás loca, puede caernos una buena si nos pillan —explicó riéndose ante la ocurrencia. Podía ser que fuera un riesgo, pero debía reconocer que tenía su morbo y, por complacerla, hasta podía jugarse una sanción.

—No seas aguafiestas...

—Bueno —accedió él después de besarla; mejor no discutir, ya vería la forma de disuadirla pese a que la idea resultaba tentadora—. ¿Y la tercera razón?

—Que eres el *poli* bueno, por supuesto.

—Ya te voy a dar yo a ti *poli* bueno...

La tumbó de espaldas y se colocó rápidamente encima de ella.

—¡Aidan! No me estás haciendo caso.

—No —reconoció él y separó sus piernas con la rodilla.

—¿Esa es tu arma reglamentaria? —preguntó dificultándole, lo justo, la entrada.

—Sí, señora.

Aidan no la penetró, sino que empezó a acariciarle con la punta de su polla sus hinchados labios vaginales, esparciendo sus fluidos y calentándola, innecesariamente. Ella le clavó las uñas en los hombros y él se retiró. Ella le palmeó el trasero, él le mordió un pezón, y ella no pudo más.

—Eres un cabronazo.

—Yo también te he echado de menos, rayito de sol.

—Pues haz algo, maldita sea —chilló en su oído.

—*Vaaaale*. —La penetró de un solo empujón manteniéndose inmóvil.

—¡Y muévete!

—Antes tengo que preguntarte algo.

—¿Ahora? —protestó indignada—. Por Dios, Aidan.

—Esto... ¿De verdad... —se movió sólo un poco— te lo hubieras montado con Nicole?

Ella le miró entrecerrando los ojos; después iba a pagar su atrevimiento.

—Mira que eres perro —le respondió.

—Contesta, o... tendré que sacarte la respuesta bajo presión. He oído que te derrumbas enseguida.

Ella intentó moverse para escabullirse, pero él la mantenía clavada en la cama. Salió de su interior para volver a entrar con fuerza, haciéndole saber quién mandaba allí. Lo cual no era más que una ilusión, por supuesto.

—Pues claro —jadeó ella—. Te... habríamos atado y luego las dos follaríamos delante de tus narices.

—¿De verdad? —Empezó a moverse a buen ritmo.

—Y no podrías tocarnos.

—Eres increíble.

—Sí... Bueno... —Contrajo sus músculos internos apretándole la polla con fuerza.

—Joder... —gruñó—, cada vez que haces eso...

—¿Te gusta? —Volvió a hacerlo y Aidan gruñó de nuevo—. He estado

practicando.

—¿Con quién? —Él se detuvo en el acto.

—No seas tonto —le dio unas palmaditas en el culo—. Tengo unas bolas para hacer ejercicios vaginales.

Aidan se apoyó en sus brazos levantándose para mirarla.

—Me gustaría verlo.

—Como sigas torturándome, me parece que no. —Le dio, ahora sí, un buen azote en el trasero.

—Deja mi culo —siseó Aidan.

—Me encanta tu culo, tiene tantas posibilidades... —dijo Carla soñadora.

—Ni lo pienses.

¿Debía ahora preocuparse por eso? Joder, no.

Gruñó antes de empezar a tomarse en serio lo que tenía entre manos. Carla se movía debajo de él constantemente; él quería ir más despacio, pero no debía hacerlo. Provocarla era la forma más segura de que ella se vengara más tarde, pero qué demonios... La agarró de los brazos, obligándola a levantarlos y colocarlos por encima de su cabeza.

—Tenemos otra cuestión que aclarar —dijo él, y se detuvo.

—¡Aidan! Te la estás jugando.

—Es importante —añadió en tono conciliador—. No quiero dejar pasar nada por alto.

—Si aprecias eso que tienes entre las piernas, deja de hacer el ton... —No terminó la frase, ya que la besó con fuerza.

—A partir de ahora te ocuparás de mis comidas.

—¿Eso es importante?! Joder, Aidan...

—Por supuesto, y además quiero que cocines desnuda.

—¿Desnuda?

—Sí, señora. ¿Te lo imaginas? Tú, trasteando por la cocina..., enseñándome ese trasero cada vez que te agaches a comprobar el horno...

—No puedo cocinar desnuda —protestó ella—. Podría saltarme algo, quemarme...

—Te compraré uno de esos delantales retro, con cofia y todo.

—Vale —accedió ella intentando aguantarse la risa—. Y ahora ocúpate de hacer que me corra.

Aidan obedeció en el acto imprimiendo un buen ritmo, besándola por todas las partes que podía permitirse sin salir de ella. Por supuesto, Carla le ayudó, respondiendo, tirándole del pelo, jadeando, contorneándose. Estaba tan

cerca... Un empujoncito más, un roce más y...

Aidan se detuvo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? —chilló ella desesperada.

—Me he olvidado de otra cosa —disimuló su risa.

—Vete a la mierda. —Agarró su muñeca y comprobó la hora—. Se acabó, tengo que irme, hoy tengo turno de tarde.

—Ni hablar —le mordió el labio—. Tú no te mueves de aquí. Llama y di que estás indispuesta.

—¡Ja! Mi jefe no se lo tragaría.

—¿Ese jefe que te mira el culo?

—Ese mismo —dijo con asco.

—Mira por dónde, esa es una buena razón para no abandonar la policía... Podría freírle a multas.

—Tú no eres guardia de tráfico.

—Pero... podría darle un buen susto.

—Aidan —dijo con infinita paciencia—, ¿eso es importante?

—Tú me has confesado tus fantasías, es justo que sepas las mías.

—Ya, el único problema es que estás a punto de quedarte impotente.

—¿Vas a seguir trabajando en ese centro de bricolaje?

—Qué remedio —dijo resignada.

—Entonces iré a buscarte, nos esconderemos en uno de esos pasillos llenos de cintas de embalar y follaremos contra las estanterías.

—No me lo puedo creer —Carla empezó a reírse—. Nadie te ha dicho que hay cámaras de seguridad, ¿verdad?

—Soy *poli*, puedo pedir a los de seguridad que me entreguen las cintas. ¡Qué buena idea! Así tendremos un vídeo porno casero. —Empezó a reírse con ella.

—No vas a ir a buscarme, mis compañeras babearían mirándote el culo y eso es de mi propiedad, yo soy la única con acceso a esa parte de tu cuerpo.

—Para demostrarlo le acarició con las dos manos.

—Déjales que miren.

—Se acabó, me marchó. Me lo he pasado... regular.

—¿Ahora piensas en el trabajo? ¿Estamos aquí en medio de un buen polvo y me vas a dejar a medias?

—Tú te lo has buscado.

—Me parece que no me has entendido —se clavó en ella, agarrándola del culo, y Carla cerró los ojos encantada—. ¿Y ahora?

—Aidan, cariño, ¿piensas que soy tan tonta como para venir a verte y no hacerlo en mi día libre?

—Ah...

—Pues empieza de una vez a tomártelo en serio.

—Una cosa más.

—Mierda. Vas a tenerme así todo el día, ¿no? —gimió—. Vale, di lo que sea, a este paso me correré a las diez de la noche, va a ser el polvo más largo de mi vida.

—Qué exagerada eres, rayito de sol. —Aidan empezó un balanceó suave, como un baile, sin dejar de besarla—. No quiero olvidarme de lo más importante. —Siguió entrando en ella, aumentando gradualmente el ritmo, conduciéndola poco a poco...

—Aidan... No pares ahora, por lo que más quieras...

—No lo haré.

—Gracias... —jadeó Carla

—Pero no quiero olvidarme de lo esencial.

—¿Y eso es? —preguntó a un paso del orgasmo.

—Que te quiero, rayito de sol.

[Justify my love, Madonna. Warner Bros Records, 1990](#)

Epílogo

Cuando antes quieres terminar para largarte, más tardas en finalizar tus tareas y quitarte a los pelmas de encima. Esa era una verdad como una catedral.

Ocuparse del papeleo se suponía que para él era algo que podía hacerse con los ojos cerrados, pero el maldito ordenador no parecía pensar lo mismo, ya que insistía en colgarse.

Irritado a no poder más, le dio un golpe.

—¡Eh! Que eso es material delicado —dijo Luke desde el otro lado de la mesa, riéndose.

—Has estado jugando con él, ¿verdad? Joder, no me explico cómo puedes ser tan cazurro.

—Yo no lo he tocado, señor gilipollas...

En ese instante sonó el móvil de Luke, y su propietario se dispuso a contestar.

Aidan intentó no perder la paciencia. «Tranquilo», se dijo, y reinició el ordenador con la esperanza de poder finalizar su tarea.

Joder, qué mala suerte... Miró su reloj y resopló. Había quedado en recoger a Carla para ir a cenar fuera. No celebraban nada, simplemente querían hacerlo.

—Sí, no te preocupes. Vale..., lo entiendo. —Luke escuchó a su interlocutor y miró a Aidan de reojo—. Otra vez será. Un beso. —Colgó el teléfono y se dirigió a Aidan—. ¿Te lo puedes creer? —Se dejó caer en la silla, enfadado.

—¿Se te ha muerto el canario? —Le miró entrecerrando los ojos—. Ay, no, espera, que no tienes canario. —Aidan se rio de su propia broma—. ¿Te han dado calabazas? —Luke mantuvo su expresión—. Mira cuánto lo siento... —Volvió a reírse—. Vale, te escucho.

—Yo no me reiría tanto —dijo Luke—. Sería más acertado decir que «nos han dado plantón».

—¿Cómo?

—La bru... Tu chica ha organizado un «aquelarre» esta noche.

—Pero si...

—Y ahora viene lo mejor... ¡En tu casa! —Ahora fue el turno de Luke para reírse—. Mira, odio que me dejen plantado, pero, joder, tío, por verte la cara merece la pena.

Aidan golpeó de nuevo el monitor. Maldita sea. ¿Ni una sola vez iban a salir las cosas según lo planeado? Con Carla esa posibilidad quedaba descartada. Por supuesto, hacer lo que ella quería tenía sus compensaciones, pero maldita la gracia.

—Eh, chico de oro, no descargues tu agresividad con el pobre ordenador. —Luke se acercó a él y le dio unas palmaditas en el hombro—. Ya deberías estar acostumbrado, te tiene bien cogido por las pelotas.

—Mira quién habla.

—Sí, bueno... —Luke miró su reloj—. Puesto que no podemos volver a casa, ¿por qué no vamos al gimnasio y así descargas tu... agresividad? O lo que queda de ella.

—¿Vas a dejar que te dé una paliza? —Aidan se puso de pie—. ¿Abuelo?

No le gustó que Luke se limitara a reírse sin darle una respuesta ácida tan típica de él. Pero lo cierto era que no resultaba mala idea bajar al gimnasio. Cuarenta y cinco minutos más tarde, lo confirmó.

—Creo que ya le has dado su merecido.

Luke agarró el botellín de agua y dejando a un lado las pesas, siguió mirando a Aidan, que se «peleaba» con el saco de arena.

—No sé qué decirte. —Aidan siguió atizando al saco sin piedad.

—Joder, tío, me das miedo. Si no fuera por esa camiseta... —Luke negó con la cabeza—. Hay que tener huevos para ponérsela.

—¿Qué pasa con ella? —Aidan señaló su camiseta rosa—. Es un regalo —se defendió.

—Cualquier día te veré con una de rejilla —dijo entre risas.

—Sí, claro, como que tú no te pondrías un traje *rosita* si Bianca te lo pidiera.

—*Humm*, puede, pero te aseguro que no saldría de casa —Ambos estallaron en carcajadas.—. Joder, qué tarde, tengo que pasar por casa de mi suegra.

—Di la verdad: estás viejo para otra sesión.

—Y tú demasiado «abstraído» como para ser un policía medio decente. Desde el juicio estás irreconocible.

—Ya han pasado dos meses —mustió—. Qué rápido pasa el tiempo...

—Y tanto. Supongo que ella aún estará nerviosa, alicaída por todo el estrés, y tú te pasarás el día *consolándola*.

Hubo cierto tono de burla que prefirió pasar por alto.

—¿Carla nerviosa? Qué poco la conoces...

—¿No lo está?

—Pues no. Y esa es otra, se toma las cosas como si no hubiera pasado nada, como si no fuera con ella —le aclaró molesto.

—Ya veo. Quizás la procesión vaya por dentro —sugirió Luke.

—Pues no —Aidan parecía tan sorprendido como el que más.

—Bueno, al fin y al cabo le hizo caso a su abogado. Menos mal que no nos dejó con el culo al aire —resopló.

—Exacto. Lo pasado, pasado está. Y si no se ha quedado afectada, pues no hay más que hablar.

—Es difícil asumir que es ella quien lleva los pantalones... en todo, ¿verdad?

A Aidan ese comentario, el cual no iba muy desencaminado, le picó en su amor propio, pero tampoco iba a ponerse a la defensiva, pues así sólo conseguiría que Luke insistiese en el tema.

Y sí, era la mujer con el carácter más fuerte y sólido que había conocido. Por eso, y por otras muchas razones, estaba loquito por ella.

—Bueno, prefiero eso a una que se me deshaga en lágrimas.

—Lo dicho, ella tiene la sartén por el... —mover las cejas burlescamente— mango.

Luke se marchó riéndose y Aidan decidió quedarse un rato más. Desquitarse con el saco le estaba sentando bien.

Empapado de sudor y bastante agotado como para estrangular a alguien al llegar a casa, se dirigió a los vestuarios; una buena ducha no vendría nada mal. Una vez ahí se encontró con un par de compañeros que le miraron, pero se abstuvieron de hacer comentarios. Mejor.

Se desnudó rápidamente, dejó sobre su bolsa de deporte el pantalón y la camiseta «rosita» para no olvidarse después de las prendas y entró en la ducha. Acababa de enjabonarse cuando todas las luces se apagaron.

—Joder... —masculló enfadado. Esos imbéciles podían haberse dado cuenta de que seguía allí.

Agarró la toalla y salió de la ducha, chorreando agua y jabón. Encendió de nuevo los fluorescentes y regresó bajo el grifo.

Ni diez segundos llevaba bajo el grifo cuando volvió a quedarse de nuevo a oscuras.

—¿Quién será el cabrón...?

Otra vez chorreando agua fue hasta el interruptor. Miró a su alrededor por si algún gracioso estaba por allí tocándole los huevos, pero no había ni un alma. Miró otra vez, por si acaso, pero el resultado fue el mismo.

Comprobó un par de veces que no fuera un problema con la conexión eléctrica, encendiendo y apagando los fluorescentes, aunque en su estado, mojado, descalzo y con una toalla como única vestimenta, no debía arriesgarse. Así que entró de nuevo en el cubículo de la ducha.

—*Joderrrr* —gruñó al quedarse por tercera vez a oscuras.

Decidió no salir, acabar y largarse. Se dio la vuelta, mirando a la pared para aprovechar al máximo el chorro de agua.

De repente algo o alguien le hizo perder momentáneamente el equilibrio al empujarle.

—Ni una palabra.

Una voz baja, ronca y amenazante le habló a su espalda.

Quiso girarse y defenderse, pero con una rapidez asombrosa le sujetaron la mano a la espalda y notó cómo le esposaban las muñecas.

—¿Qué cojones...?

—He dicho que ni una palabra.

—Me cago en la puta... ¿Qué estás haciendo?

—No seas malhablado.

Y como advertencia, recibió un sonoro azote en el trasero.

No podía creérselo, no necesitaba luz para reconocer a su agresora. Intentó mirar por encima de su hombro, pero ella le propinó otro azote en el culo.

—Te estás pasando tres pueblos. Haz el favor de soltarme.

—Ni hablar —Carla empezó a frotarse contra él y ronronear.

—Esto podemos hacerlo en casa —protestó él.

—Sí, pero perdería el factor riesgo —le susurró al oído.

Sin poder evitarlo, se excitó. ¿Cómo resistirse? Carla conocía todos sus puntos débiles y estaba sacando máximo partido. Y, maldita sea, tenía razón... Saber que alguien podía pillarlos le estaba volviendo loco.

Estaban a oscuras, pero no importaba. Su cuerpo reaccionaba perfectamente a los estímulos sensoriales, las manos de Carla recorrían su cuello, su espalda y se acercaban peligrosamente a su trasero.

—Ni se te ocurra.

Como siempre, esperar que ella obedeciera era una pérdida de tiempo. Oyó cómo se reía, lo cual era mala señal.

Contuvo el aliento cuando una mano traviesa le agarró la polla desde atrás y empezó a masturbarle.

—*Mmmm*, me encanta cuando te pones así. No puedes evitarlo, ¿eh?

—Carla...

—Quieres ser un buen chico —continuó ella masajeándole—. Si te sirve de consuelo, puedes echarme a mí la culpa, aunque por lo que veo no te disgusta tanto como me haces creer.

—Sabes... Joder..., sabes perfectamente que me encanta cuando juegas así con mi polla —jadeó él.

—Pues aún hay más.

Sin dejar de meneársela con una mano, y puesto que él en ese momento no estaba para pensar con claridad, aprovechó para llevar a cabo la segunda fase de su plan.

Qué Aidan iba a negarse, estaba claro, por eso no pensaba pedir permiso. Le tenía donde quería y, sobre todo, como quería; si ella aceptaba de buen grado cualquier sugerencia que él hiciera, ¿por qué no iba a ser recíproco?

—Hoy te voy a follar de una manera diferente —canturreó ella.

—¿Qué?! —gritó alarmado al sentir que se acercaba peligrosamente a su retaguardia. A saber lo que significaba *diferente* para esa loca—. ¡Carla!

—Tranquilo —le dijo colocándose bien el arnés que sujetaba un vibrador—. No te dolerá, está lubricado.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes?

—Ay, por favor... —Empujó un poquito el consolador—. Relájate y disfruta —dijo en tono seductor—. Es lo que siempre nos decís, ¿no?

—Maldita sea, Carla... Sabes perfectamente que... —Sintió cómo ella presionaba con más fuerza sin dejar de masturbarle, e inexplicablemente su cuerpo reaccionó en dirección contraria a su mente. Su erección no disminuía, todo lo contrario, sino que notaba la tensión propia de acercarse al orgasmo.

—*Mmmm*... ¡Me encanta tenerte así! —Empujó las caderas introduciéndole aún más el dispositivo—. Vas a correrte de un momento a otro —aceleró el movimiento de su mano.

—Joder... —Apretó los dientes, ella tenía razón. Apoyó la mejilla contra el frío azulejo de la ducha en un intento de no perder el equilibrio.

—Follarte así es increíble —le murmuró ella—. Cariño, he encontrado tu

punto P...

—Suéltame —pidió él entre jadeos.

—Dime que te gusta. —Carla retrocedió para volver a penetrarle con fuerza—. ¡Dímelo!

—¿Me soltarás?

—¡Dilo!

—Sí... Joder, suéltame...

Carla sonrió y retrocedió un poco.

—No es justo que sólo disfrutes tú. —Le mordió en el hombro y disminuyó sus caricias.

Aidan protestó por el mordisco, iba a dejarle marcas.

Otra vez.

Sin darle tiempo a recuperarse, ella se echó hacia atrás y rápidamente se deshizo del arnés.

—¿Qué coño haces ahora? —Aidan no podía creer que se detuviera en ese instante. Joder, tanto empeño para dejarle a medias.

—Has superado la prueba, no te muevas...

Aidan oyó el *click* al abrirse las esposas; desesperado, se llevó una mano al pelo mojado para apartárselo de los ojos y se dio la vuelta.

¿Estrangulamiento o venganza?

Pero allí estaba ella, completamente desnuda, mojada, pellizcándose los pezones, invitándole con la mirada. Se inclinó sobre Carla de forma amenazadora, colocando las manos a ambos lados de su cabeza.

—¿Prefieres una muerte rápida o lenta?

—Déjate de bravuconadas, chico de oro. Pensaré mal de ti si ante una mujer desnuda, en la ducha, no rematas la jugada.

—¿Qué voy a hacer contigo? —Aidan esbozó una sonrisa.

—¿Follarme? —le provocó ella.

—Bueno, eso sí puedo hacerlo, ven aquí. —Se incorporó mostrando su erección—. Sube, que te llevo.

Carla le rodeó las caderas para que él pudiese penetrarla, se agarró con fuerza a sus hombros y apoyó los pies en la pared opuesta. Así podía sujetarse y al mismo tiempo impulsarse.

Nada más sentirle en su interior jadeó sin complejos, echando la cabeza hacia atrás y levantando su pecho para que Aidan se ocupase de él.

Sin dejar de empujar y gruñir como un poseso, prefirió besar esa boca tentadora. A ella no pareció molestarle y respondió, encantada.

De repente Aidan se quedó inmóvil. Eso sí, sin salir de ella.

—¿Qué pasa? —protestó Carla.

—*Shhh*. —Tapó su boca—. Ha entrado gente en el vestuario.

—¿Y?

—Habla más bajo —siseó él.

Carla sonrió y comenzó a moverse, incitándole para que él siguiera; para mortificación de Aidan, gemía sin reparos. Iban a pillarles, joder, pero no podía contenerse.

Intentó silenciarla, besándola una y otra vez, acelerando sus embestidas para hacerla correrse cuanto antes. Después vería la forma de sacarla de allí.

—Oooh, ¡Aidan! —chilló ella—. Sigue... ¡Qué bueno!

—Por Dios, cállate —imploró él.

—¡Más! —Ella no le hizo ni caso.

Él era consciente de la conversación que se desarrollaba en el vestuario, no tardarían ni un minuto en investigar la procedencia de los gemidos.

Pero pedirle discreción a Carla era una batalla perdida. Jadeaba, cada vez más alto, soltando perlas por su boca, en las que se incluía el tamaño de su polla, lo cerca que estaba de correrse y lo mucho que le quería.

Menudo momento para escuchar esas palabras...

—¡Aidan...! —chilló antes de alcanzar el orgasmo y estremecerse en sus brazos.

Él embistió de nuevo uniéndose a ella. Enterró la cara en su cuello, luchando por no caerse y reajustar su respiración.

Ella le apartó la cara y le acunó el rostro, obligándole a mirarla. La muy bruja sonreía de oreja a oreja.

—Me van a expedientar por esto...

—Pero ha merecido la pena.

—Sí. —Se rindió. Salió de ella y la ayudó a poner los pies en el suelo; al ver el arnés tirado a un lado de la ducha, hizo una mueca—. Tienes que explicarme muchas cosas.

—No seas quisquilloso. —Se agachó y recogió el consolador junto con las esposas.

Él se las arrebató.

—¿Y esto? —Las balanceó delante de su cara.

—Trae aquí, tengo que devolverlas. —Carla cerró el grifo de la ducha.

—¿A quién se las has pedido? —Ella puso cara de inocente—. No me lo digas.

—Pues no preguntes.

Carla cogió la toalla y se envolvió en ella; con toda tranquilidad abrió la puerta dispuesta a salir.

—¿Dónde vas? —Él la detuvo asiéndola del brazo—. Espera, joder, ahí fuera hay gente.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y?

Se soltó y empezó a andar ataviada tan solo con la toalla, aunque eso no era lo peor, sino que llevaba el maldito arnés colgando de un brazo. Y no se limitaba a caminar, no, tenía que hacerlo provocándole con el vaivén de su trasero, la maldita toalla tapaba lo indispensable.

Aidan maldijo, juró y perjuró, agarró otra toalla y se la enroscó en las caderas.

Sabía que iba a encontrarse con algún compañero, les había oído hablar, pero para su desgracia vio a tres, y dicho trío miraba a Carla con los ojos como platos y babeando como perros.

Y no era para menos... La muy descarada se había parado delante del lavabo y estaba peinándose con los dedos, ajena a los mirones que la desnudaban con la mirada, lo cual no suponía mucho esfuerzo.

Ella le sonrió, mirándole a través del espejo. Después buscó en su neceser y sacó su maquillaje; lo tenía todo previsto.

Decidió, como siempre, rendirse ante la evidencia, así que se acercó a ella. Cualquiera que los viera allí, pasando olímpicamente de los demás y comportándose como si estuvieran en su propio cuarto de baño, dudaría si eran o no los vestuarios de caballeros de la comisaría.

—Si nos damos prisa podemos llegar a la última sesión —sugirió Carla guardando su maquillaje tranquilamente mientras se contemplaba en el espejo y revisaba que todo estuviera correcto.

Aidan comprobó la hora.

—Vale.

—Joder, Patts, ¿estás de obras en casa y tienes que traerte a la *churri* aquí?

—Contrólate, Keller —respondió Aidan mirándole por encima del hombro—. Y deja de babear.

—No, lo que pasa es que no debe de tener ni un céntimo para llevarse a la chica a un hotel —sugirió otro compañero.

—No les hagas ni caso —intervino Carla acercándose a Aidan—. Debe de ser deprimente tener que conformarse con mirar. —Dicho esto, enroscó los

brazos alrededor del cuello de él y le besó; eso sí, nada de hacerlo recatadamente, puso como siempre toda la carne en el asador.

Aullidos varios, palabras groseras, silbidos y demás gilipolleces fueron dichas por los tres presentes. Aidan sonrió y levantando una mano, sin dejar de besarla, les hizo la señal universal levantando el dedo corazón: «que os den».

Estaba claro que esa panda de envidiosos jamás podrían tener a su lado a una mujer como la que en ese momento abrazaba.

Interrumpió los arrumacos. Se estaba empalmando y la toalla iba a delatarle. Carla una vez más le sorprendió dándole un buen azote en el culo. Después dejó caer la toalla, para estupefacción de todos, incluido Aidan, y caminó hasta la percha donde estaba su ropa, dándoles una espectacular panorámica de su trasero.

Él negó con la cabeza. Aquella mujer no cambiaría nunca, seguiría siendo descarada como ninguna, pero los salidos de sus compañeros sólo podían mirarla, jamás tocarla.

Caminó hasta donde tenía colgado su traje y empezó a vestirse, eso sí, sin quitarles el ojo a los restantes policías, de los cuales no se fiaba ni un pelo. Claro que, en caso de que se atrevieran a meterse con ella, estaba seguro de que Carla les daría un buen repaso.

Una vez vestidos y sin prestar atención al público, salieron en dirección al *parking*.

Nada más sentarse en el coche y mientras él arrancaba, Carla sacó una libretita rosa de su bolso e hizo unas anotaciones.

—Me da miedo preguntar, pero... ¿qué escribes ahí?

—Tacho los lugares donde lo hemos hecho y anoto los que se me ocurren.

—*Hummm*, ¿incluye el dormitorio de casa?

—No seas tonto. —Riéndose, le dio un golpecito amistoso.

—Anótalo, por si acaso. Contigo nunca se sabe.

FIN



Agradecimientos

En estos casos se corre el riesgo de dejar a tanta gente en el tintero que casi es preferible no mencionar a no mencionar a nadie. Me arriesgaré.

Gracias a todas las personas que leen mis historias, que me siguen, que me mandan mensajes y que cuando se presenta la oportunidad vienen a conocerme. Sin vosotr@s esto no sería posible



www.EdicionesBabylon.es

No nos pierdas el rastro y síguenos en:

blog.edicionesbabylon.es

twitter.com/ed_babylon

facebook.com/edicionesbabylon

tienda.edicionesbabylon.es

Índice

[El compromiso de Ediciones Babylon con las publicaciones electrónicas](#)

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de Ediciones Babylon](#)